



VENDETTA

Andrea Adrich

VENDETTA

ANDREA ADRICH

© Andrea Adrich, 2016

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 52

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Epílogo

No hay sed más difícil de saciar que
la sed de venganza.

Andrea Adrich

Prólogo

El viento soplaba con una fuerza inusitada, golpeando violentamente la capa sobre la espalda de Bernard Lagerfeld. El hombre, alto y de buenas hechuras, agarraba la mano menuda de su hijo de diez años. Un niño esbelto de cabello moreno y vivos ojos verdes que

trataba por todos los medios de seguir el ritmo que marcaban las amplias zancadas de su padre.

La tarde era desapacible y un cúmulo de nubes plomizas cubría el cielo londinense como un manto denso. Bernard Lagerfeld bajó la cabeza, apretó la mano del pequeño y aceleró el paso. Pronto empezaría a llover.

La mansión de la familia Lancashire, un edificio victoriano con vidrieras emplomadas, surgió envuelta en suspiros de niebla y un halo de majestuosidad al final de *New Kent Road*. Bernard Lagerfeld traspasó la verja de lanzas de hierro negro y enfiló el sendero de gravilla que serpenteaba a través del

maravilloso jardín, prolongándose hasta las dos escaleras en forma de media luna que ascendían al pórtico de la casa.

Liam, como se llamaba el hijo de Bernard Lagerfeld, subió los escalones de piedra con una expresión de terror reflejada en el rostro infantil. No sabía muy bien qué sucedía, pero la preocupación que mostraba su padre le hizo intuir que no era nada bueno. Bernard tiró de la cuerda de la campana.

Una mujer oronda, de ojos pequeños color café y piel extremadamente pálida abrió la puerta.

—¿Qué desea, señor Lagerfeld? —dijo.

—¿Está Gilliam? —preguntó.

La mujer asintió con la cabeza.

—Sí —respondió seguidamente.

Bajó la mirada hasta Liam y sin mediar más palabra les cedió el paso para que entraran.

—Gracias —dijo Bernard Lagerfeld, al tiempo que se quitaba el sombrero de ala ancha.

La mujer los guió por una amplia galería con cristales de color ámbar y enormes maceteros con helechos. Liam caminaba al lado de su padre con la mano aferrada a la suya, como si en cualquier momento un monstruo de los que aparecían en los cuentos fuera a abalanzarse sobre él.

—Pasad —indicó la criada, abriendo

unas enormes puertas de madera maciza.

—Buenas noches —dijo Gilliam Lancashire.

Liam se quedó mirando al hombre de mediana edad sentado al otro lado del escritorio. Estaba terminando de llenar su pipa de tabaco. Por alguna extraña razón que no llegaba a comprender, sus ojos marrón claro de expresión inescrutable no le gustaban. Eran fríos como un témpano de hielo.

—Buenas noches —dijo Bernard.

—Buenas noches. ¿A qué le debo el honor de tu visita? —preguntó Gilliam.

Bernard Lagerfeld arrugó el ala del sombrero entre los dedos.

—Necesito más tiempo —expuso al

fin. De nada servía alargar el espinoso asunto con rodeos y divagaciones inútiles—. No he conseguido reunir el dinero del préstamo. Las cosas siguen sin ir bien en la fábrica...

—No puedo concederte más tiempo —dijo Gilliam con cierto aire de suficiencia.

Prendió una cerilla, la acercó a la pipa y la encendió. Dio un par de caladas lentas, inhalando profundamente el aromático humo, mientras Bernard Lagerfeld apretaba nerviosamente el sombrero entre las manos y el pequeño Liam le dirigía una mirada de expectación. Gilliam Lancashire le inspiraba un extraño miedo, casi

inhumano, como las bestias de los cuentos que su padre le leía por las noches.

—Solo serán un par de meses —alegó Bernard, desesperado.

Gilliam alzó la vista, expulsando el humo gris azulado a través de los orificios de la nariz. La bocanada formó dos finas columnas que ascendieron dibujando un velo delante de su rostro.

—Dios mediante que me gustaría darte ese par de meses que me pides —dijo, inhalando de nuevo el aroma del tabaco—, pero me es imposible. Las cosas tampoco están bien por aquí.

Bernard se quedó mirándolo de modo inconcluso durante unos instantes; sabía

que Gilliam mentía. El patriarca de los Lancashire contaba con una economía boyante, proveniente de las constantes inversiones que su familia había realizado durante décadas en la industria del hierro cuando había comenzado la Revolución Industrial. En cambio, los Lagerfeld habían visto como su fortuna mermaba con el comercio de la madera. Un mercado donde las posibilidades se habían vuelto limitadas para prosperar desde que las máquinas habían irrumpido de manera apabullante en Gran Bretaña. Pero si algo caracterizaba a Gilliam Lancashire era su avaricia y su ruindad. Eso era un dato que no desconocía ningún londinense; eso, y la

animadversión que sentía hacia los Lagerfeld, sus archienemigos por antonomasia. Ambas familias eran rivales desde tiempos inmemoriales.

—¿Y un mes? —insistió Bernard, a quien la situación le parecía humillante.

Gilliam negó ligeramente soltando otra bocanada de humo.

—Imposible —dijo tajante.

Liam miraba al señor Lancashire con sus tiernos ojos infantiles. En su rostro había una indiscutible expresión de malsano placer que el pequeño no acababa de entender. Resultaba fácil sentir antipatía por aquel hombre.

—Gilliam, yo y mi familia nos veremos en la calle si...

—Ese no es mi problema, Bernard —
cortó Gilliam.

El semblante de Bernard se ensombreció por unos momentos, y tras una vacilación dijo:

—¿Ni siquiera lo harías por Myriam?

Gilliam se retrepó en el sillón y dio una nueva calada al tabaco de la pipa.

—No sé por qué razón habría de hacerlo por ella —afirmó. Sus ojos se clavaron fijamente en Bernard—. Has sido tú quien no ha sabido darle la vida que se merecía.

Bernard sonrió de forma agridulce para sí. De pronto lo entendía todo, y supo que ya no tenía nada más que hacer allí.

—Gracias por atenderme —dijo sin añadir nada más.

Se puso el sombrero, cogió la mano menuda del pequeño Liam y salió del despacho de Gilliam Lancashire, que permaneció allí sentado, contemplando con expresión impasible como sus figuras desaparecían detrás de la puerta.

Los ojos de Liam repararon de inmediato en la niña morena de grandes e intensos ojos azules y rostro risueño y dulce que se aferraba a su madre al pie de la larga escalera que ascendía hasta el segundo piso de la mansión. Kristen le sonrió fugazmente, pero Liam no pudo devolverle el gesto porque Bernard Lagerfeld tiró de él hacia la salida.

«¿Qué ocurría? —se preguntó Kristen—. ¿Por qué aquel hombre salía pálido y con el rostro demudado del despacho de su padre?».

Alzó la vista con viveza y miró a su madre, Milena, que permanecía de pie a su lado con una extraña expresión de desconcierto en los ojos. Bernard inclinó ligeramente la cabeza en un ademán de despedida y se marchó a toda prisa.

La lluvia arreciaba fuera. Liam notó el embate del viento contra su cuerpo. Apretó la mano de su padre para que las fuertes ráfagas no lo derribaran al suelo.

Las siluetas de Bernard Lagerfeld y el

pequeño se difuminaron entre las cortinas de agua que descendían desde el cielo plomizo. La calle estaba casi desierta.

—¿Está todo bien? —preguntó Liam en su tono infantil y lleno de inocencia.

Bernard se detuvo bajo el resplandor ambarino de un farol y se acuclilló frente a su hijo. El agua le escurría por el rostro y los mechones oscuros se pegaban mojados a la frente. Se quitó el sombrero y se lo puso a Liam para protegerlo de la lluvia.

—Todo está bien —respondió con voz suave, haciendo verdaderos esfuerzos por esbozar una sonrisa, que pese a todo se dibujó con un matiz de melancolía en

los labios.

Liam se lanzó a sus brazos. La escena, recortada contra el gris del manto de nubes y el rumor sordo de Londres a sus espaldas, daba un aspecto sumamente triste y por momentos deprimente. Liam intuía que las cosas no iban bien; lo veía en las sombras que se escondían en el fondo de los ojos verde oliva de su padre.

—¡Vamos! —dijo Bernard, dándole un toquecito en la nariz con el dedo—. Tenemos que irnos a casa. Tu madre nos está esperando. —Sonrió de nuevo, está vez de un modo más convincente.

Bernard se incorporó y Liam y él salieron corriendo calle abajo con la

lluvia descargándose sobre sus cabezas.

Liam corría por el pasillo como una exhalación, canturreando para sí, sin apreciar la realidad. Su mundo se tejía de ese entorno de sueños en que estamos inmersos cuando somos niños. Se paró frente a la puerta del despacho de su padre, giró el pomo plateado con su pequeña mano y abrió la puerta. La imagen que apareció ante él lo estremeció y la realidad, ausente hasta prácticamente ese momento en su vida, le dio de pronto una bofetada en plena cara.

—¡Papá! —gritó impresionado.

Bernard Lagerfeld colgaba de forma macabra de una soga atada a una de las vigas de madera del esqueleto del techo. Su cuerpo se balanceaba ligeramente de un lado a otro, como si estuviera siendo mecido por una mano invisible con una sutileza escalofriante. Liam clavó sus ojos en el rostro. Estaba amoratado y la muerte había estampado una expresión dantesca en la expresión casi siempre dulce de su padre.

—Papá... —musitó, abrazándose con fuerza a sus piernas—. Papá, papá... —repetía una y otra vez.

Un nombre apareció súbitamente en su cabeza, golpeándolo como un martillo

de hierro: Gilliam Lancashire. No era difícil adivinar que su padre se había suicidado por los graves problemas económicos por los que atravesaba la familia y en los que había tenido mucho que ver aquel hombre que no parecía contar con ningún tipo de escrúpulos.

Liam entornó la mirada, aferrado a las piernas flácidas de Bernard Lagerfeld. Gilliam Lancashire pagaría muy cara la muerte de su padre. Él mismo se encargaría de ello.

Quince años después

CAPÍTULO 1

... porque nada está menos bajo a nuestro control que el corazón; sin poder para dominarlo, nos vemos obligado a obedecerlo.

(Eloísa, en una carta a Abelardo)

Liam abrió los ojos de golpe, sobresaltado. Una fina película de sudor le perlaba la frente. Desde hacía quince años, en su mente se repetía casi cada noche la misma pesadilla: su padre, pendido de la soga que daba forma a la horca de la que se había colgado en su despacho, le pedía que lo vengara. Aquel sueño insistente y escabroso reavivaba sus recuerdos y hacía que la ponzoña de la venganza corriera por sus venas como el más tóxico de los venenos; y nada conseguía mitigar ese ardor mezcla de ira y de odio que lo quemaba por dentro. Nada. Tampoco deseaba que nada lo aplacara. Era lo que lo mantenía vivo.

Se incorporó sobre la cama y se pasó la mano por el cabello castaño oscuro. La luz de la luna que se filtraba por la ventana dejaba su rostro sumergido entre las sombras. Aún todo, con la claridad de color plata podían advertirse sus facciones marcadas y rotundas, sus penetrantes e inteligentes ojos verdes y su extraordinario atractivo. Liam Lagerfeld se había convertido sin lugar a dudas en uno de los hombres más apuestos de toda Inglaterra.

«El día se acerca», pensó para sí en el silencio de la noche.

Liam se había decepcionado cuando, años atrás, se enteró de la súbita muerte de Gilliam Lancashire a causa de un

fulminante ataque al corazón. No es que no se lo mereciera, pero le hubiera gustado encargarse personalmente de él; hacerle pagar la horrenda muerte de su padre y cada una de las lágrimas que había derramado su madre cuando no le quedó más remedio que irse a vivir a casa de su hermana mayor Josephine, hasta que murió unos meses después. Liam siempre pensó que fruto de la tristeza. Porque su madre se sumió en la más cruel de las penas cuando Bernard Lagerfeld se suicidó.

El monstruo de la venganza se alimentó más si cabía cuando Liam se enteró de que Gilliam Lancashire había sido el principal responsable de la

estrepitosa bancarrota en que se sumió la fábrica de madera de su padre. Aquello fue la gota que colmó el vaso.

Ahora, el odio inefable que Gilliam sentía hacia su familia iba a revertirlo hacia la niña de sus ojos, hacia su mayor debilidad: Kristen. Nada le dolería más al inmodesto y presuntuoso señor Lancashire que ver sufrir a su hija. Y él se iba a encargar de ello, hasta que Gilliam se revoliera en su tumba. Él, Liam Lagerfeld, hijo de Bernard Lagerfeld, convertiría la vida de Kristen Lancashire en un auténtico infierno.

El plan estaba minuciosamente calculado. Primero la enamoraría, después se casaría con ella, y entonces

llevaría a cabo su particular venganza. Nada ni nadie lo pararían, porque cada día, durante quince largos años, había estado soñando con ese momento. Y lo relamía, como una fiera que acabase de terminar con su inocente víctima. Si Dios no lo apoyaba, lo haría el diablo, pero lograría que Kristen Lancashire fuera una desdichada.

Apartó la ropa de la cama, se levantó y se dirigió hacia los enormes ventanales de su casa en *Trafalgar Square*; descorrió las pesadas cortinas y miró a la calle. La ciudad del Támesis dormía apaciblemente al otro lado de los cristales.

¿Quién se lo iba a decir a él?,

reflexionó con la mirada entornada. ¿Quién le iba a decir que después de haberse criado humildemente con lo poco que podía ofrecerle su tía Josephine y el marido de esta, iba a terminar viviendo en pleno centro de Londres? Pero para sorpresa de todos, resultó que era un crac para las finanzas y los números, y que se le daban extraordinariamente bien los negocios; tenía un ojo avizor para ellos y mediante unas atinadas inversiones —sin exento de riesgo—, había conseguido hacerse con una más que considerable fortuna a sus veinticinco años.

—Kristen Lancashire... —musitó a media voz, blandiendo en los labios el

amago de una sonrisa irónica—. Pronto nos veremos las caras.

Kristen bajó los escalones del vagón del tren y miró por debajo de la línea del ala de su elegante sombrero. La estación estaba muy concurrida a esas horas de la tarde. La gente deambulaba atareada de un lado a otro como si fuera el agujero de un organizado hormiguero.

—¡Niña! —se oyó decir—. ¡Niña Kristen!

Kristen giró el rostro hacia su derecha y vio a Bertha, su niñera, que se abría paso como podía entre la muchedumbre

y se dirigía hacia ella con paso apresurado. Detrás estaba Ludwig, el cochero de la familia. Un hombre de unos cincuenta años con entradas y gruesas hebras plateadas en el pelo.

—Nana —dijo Kristen, abalanzándose sobre ella y dándole un fuerte abrazo.

—Mi niña... —volvió a decir Bertha mientras le acariciaba maternalmente la cabeza—. ¡Dios mío, estás hermosísima! Eres toda una mujer —observó con lágrimas en los ojos.

Su pequeña del alma había crecido y se había convertido en una joven esbelta y refinada, de rasgos singulares y exóticos: labios carnosos, piel

aceitunada, cabello negro e intensos ojos azules, como los de su madre. No en vano, por sus venas corría sangre española, y eso se reflejaba en la exquisita belleza de la que era dueña.

—Hola, Ludwig —saludó Kristen con la amabilidad que la caracterizaba.

—Señorita —dijo el cochero con una inclinación de cabeza—. Permítame, si es tan amable. Yo le llevaré las maletas.

—Gracias.

—Pero, dime... —le pidió Bertha, agarrándola del brazo y arrastrándola con ella—. ¿Qué tal te ha ido todos estos años en Madrid? Necesito saber esos detalles que no me has contado por carta. ¿Te has enamorado? —le preguntó

cómplice.

Kristen miró a Ludwig, que encabezaba la marcha unos pasos por delante, con un ligero sonrojo en las mejillas, por si hubiera escuchado el comentario de Bertha.

—No —dijo, como si la respuesta fuera obvia.

Bertha sonrió.

—Pretendientes no te han de faltar —apuntó la mujer.

Kristen negó con la cabeza.

—Pretendientes no le faltan a nadie —dijo—. Pero a mí no me atrae ninguno. Ya me conoces, nana. No me gusta ser una mujer florero, ni que me traten como tal. He estudiado, y eso

tiene que valer para algo —añadió—. Pero no hablemos de mí. Cuéntame, ¿qué tal están las cosas por casa? ¿Qué tal con Scott?

Bertha hizo una mueca con la boca.

—Bueno, ya sabes cómo es tu padrastro... Su mal genio a veces es insufrible.

—Por lo que me dices, no ha cambiado en todos estos años —señaló Kristen, deteniéndose frente al carruaje de caballos.

—Ni un ápice —afirmó Bertha mientras se subía ligeramente la pesada falda del vestido y se acomodaba en el asiento de cuero de la berlina.

Kristen lanzó un suspiro al aire. No

entendía como su madre podía haberse casado en segundas nupcias con un hombre como Scott Russell. Un tipo hosco, intratable por naturaleza, incluso mal educado sin la necesidad de que la ocasión lo requiriera, y que la mayor parte del tiempo olía a whisky, tabaco y sudor. Por tal razón, después de la inesperada muerte de su padre y de la de Milena, su madre, cuatro años después de tuberculosis, Kristen decidió irse a vivir a Madrid y estudiar en la capital de España la carrera de magisterio.

Había pasado fuera de Londres siete años sin echar de menos a su padrastro, con quien se había quedado, aparte de Bertha y Ludwig, a quienes apreciaba y

tenía más estima que a Scott Russell.

CAPÍTULO 2

*Te contaré deseos en tus labios.
El placer será mi arma para soñar.
Recorreré tu alma
y secuestraré tu amor.
No habrá rescate;
solo pasión.*

—¿Irás a la fiesta que organiza el senador Samuel MacLean? —preguntó Bertha a Kristen mientras la ayudaba a deshacer las maletas—. Estás invitada.

—La verdad, nana, no tengo muchas ganas de ir de fiesta —respondió Kristen, al tiempo que colgaba un vestido de terciopelo rojo en el armario victoriano.

—Te divertirás —afirmó Bertha—. Además, acudirá lo más granado de la sociedad londinense.

Kristen sonrió con indudable ironía.

—Ya sabes que ese tipo de ceremonias fastuosas en las que se junta la flor y nata de cada casa no me gustan demasiado. La gente solo va para lucir

figura y presumir de posición. Para aparentar que tienen más dinero que la persona que está al lado.

—Deberías hacer lo mismo —refutó Bertha con una amplia sonrisa en la boca—. Ahora que eres joven y guapa deberías ir a lucir ese tipín que tienes.

—Hablas como si tú tuvieras noventa años.

—No tengo noventa años —rio Bertha—. Pero tampoco tus maravillosos veinte.

—¿Cuándo tendrá lugar? —preguntó Kristen, sacando un abrigo.

—El sábado. —Bertha lo cogió y lo colgó en una percha.

—Quizá me anime a ir, para

comprobar que nada ha cambiado en Londres.

—Nada ha cambiado, ya te lo digo yo. La que has cambiado has sido tú —dijo Bertha con una nota de nostalgia en la voz—. Nadie te va a reconocer. Ya no eres la niña inquieta que un día se fue de aquí.

—Eso es cierto —afirmó Kristen—. No soy la misma persona que se fue.

—Ahora eres una mujer —aseveró Bertha, contemplando el rostro de Kristen. Había un cierto embeleso en la mirada de la niñera—. Una mujer bellísima.

Kristen sonrió, condescendiente.

—Es que me ves con buenos ojos,

nana.

Bertha meneó la cabeza lentamente en un ademán de negación.

—Eres igual que la señora Milena. Has heredado la belleza de tu madre.

—Ella sí que era hermosa —afirmó Kristen, envolviendo sus palabras en un suspiro.

La echaba tanto de menos. No había un solo día que no se acordara de ella, y a pesar de que habían transcurrido siete años desde su fallecimiento, todavía había momentos en que le parecía mentira que hubiese muerto. Y lo mismo le ocurría con su padre. A veces tenía la sensación de que en cualquier momento escucharía sus voces, de que los vería al

pie de la escalera, esperándola, mientras ella bajaba los peldaños corriendo para abalanzarse a sus brazos siempre protectores. Sin embargo, todo eso, incluido el recuerdo del tacto suave de sus manos, quedaba muy lejos ya.

Alguien tocó con los nudillos en la puerta.

—Adelante —concedió Kristen.

La puerta se abrió y Ludwig apareció.

—Señorita Kristen, el señor Scott ha llegado —anunció en un tono moderado, con suma educación.

—Gracias, Ludwig. Enseguida bajo.

El cochero hizo una reverencia con la cabeza en silencio y salió. Kristen se volvió hacia Bertha.

—¿Por qué Ludwig está haciendo las funciones de mayordomo?

—Porque lo es.

—¿No era el cochero? —preguntó Kristen, frunciendo el ceño. Estaba extrañada.

—También es el cochero —respondió Bertha.

—No comprendo...

—Creo que al señor Scott no le van las cosas del todo bien —pasó a explicarle Bertha—. Últimamente ha prescindido de mucho personal, tanto en la fábrica como aquí en casa.

La expresión del rostro de Kristen denotó un pequeño matiz de alarma. ¿Cómo era posible?, se preguntó. La

fortuna que había dejado su padre a su madre era lo suficientemente grande como para cubrir el sueldo de los empleados de la fábrica y el personal de servicio de la mansión durante varias décadas, durante muchas décadas, más bien.

—Tendré que decirle a Scott que me enseñe las cuentas —dijo Kristen.

Colgó en el armario el último vestido que había sacado de la maleta y enfiló los pasos hacia la puerta.

—Habrá que ir a saludar a Scott Russell —dijo en un tono más bien desganado.

Bertha alzó las cejas y movió la cabeza de arriba abajo.

—Scott —llamó Kristen al hombre de cabello y barba entrecana sentado en el sillón de orejas de la enorme sala victoriana.

Su padrastro era un individuo de rostro rojizo y rasgos enjutos. Si algo caracterizada a ese hombre ceñudo y de semblante extrañamente sobrio era la gravedad de su expresión y las pocas veces que sonreía.

—Kristen —dijo él, dejando el tabaco y la pipa sobre la mesita que tenía al lado. Se incorporó—. Vaya, como has cambiado muchacha —anotó.

—Usted en cambio sigue igual — observó Kristen con una sonrisa—. El pelo un poco más blanco, pero igual. El tiempo parece que no ha pasado por usted.

Scott la estrechó entre los brazos, aunque sin mucho entusiasmo. Incluso el mal humor permanecía intacto, pensó Kristen para sus adentros.

—¿Qué tal te ha ido por España? — preguntó, más por obligación que por verdadero interés.

—Bien —respondió Kristen—. España es un país maravilloso. ¿Y qué tal todo por aquí?

—Se podría decir que bien —dijo Scott, rascándose la cabeza—. Pero no

es momento de hablar de nada que no sea tu estancia en Madrid —salió del paso.

Kristen lo dejó pasar, aunque tuvo la soberana sensación de que su padrastro ocultaba algo.

—La cena está lista —anunció Bertha en ese momento—. Cuando deseéis podéis pasar al comedor.

—Ahora mismo vamos —contestó Scott en su tradicional tono monocorde, mirando a Bertha por encima del hombro de su hijastra—. Tú primero —dijo.

Cedió el paso a Kristen y ambos se dirigieron al comedor.

CAPÍTULO 3

*...entonces te vi,
y todas las canciones de amor
cobraron sentido.*

Liam Lagerfeld estaba en el fondo de la sala, de pie, junto a la elegante multitud, con los ojos clavados en

Kristen. No apartaba la vista de ella, como si al dejar de mirarla se fuera a esfumar y a no aparecer nunca más. Y ahora que la tenía a un par de decena de metros, no la iba a dejar escapar.

Se apoyó contra la pared con la copa en la mano y una actitud de extrema seguridad en sí mismo, sin ni siquiera fingir estar interesado en la fiesta y en las mujeres que pululaban a su alrededor como moscas a un tarro de miel fresco, y continuó con su particular escrutinio.

Tal y como Kristen se temía, y como le había dicho a Bertha, la fiesta del

senador Samuel MacLean no era más que un cúmulo de hipócritas y aparentadores, muestra de una sociedad en la que todos parecían comediantes de una compañía de teatro.

Las conversaciones que se alzaban al aire y de la que le llegaban fragmentos, giraban en torno al tanto tienes, tanto vales. ¿Dónde quedaban los principios? ¿Los méritos intrínsecos lejos de lo material?

Se subió ligeramente el pesado vestido de terciopelo azul turquesa con brocados negros y se levantó de la silla. Necesitaba refrescarse un poco en el tocador, o acabaría gritando. Giraba la esquina de la gran sala de fiestas del

senador, hacia el pasillo, cuando se chocó de bruces con Liam Lagerfeld. El golpe hizo que perdiera el equilibrio. Liam la asió habilidosamente de la cintura para que no se cayera al suelo.

—¿Está bien? —preguntó.

—Sí, perfectamente. Gracias —respondió Kristen, alisándose la falda visiblemente azorada—. Lo siento —se disculpó después.

—Oh, no tiene de qué disculparse, señorita —dijo Liam—. La culpa ha sido mía por no mirar por dónde voy.

Durante unos instantes para Kristen pareció que el tiempo se había detenido, sumergida en la profunda e incendiaria mirada de ojos verdes de Liam. Sin

saber por qué, le resultaban vaga y desconcertantemente familiares, como si los hubiera visto antes en algún lugar, pero con los nervios del momento era inútil hacer memoria; no lo recordaría.

Liam tomó la mano derecha de Kristen y la besó suavemente. A Kristen el gesto le pareció que derrochaba una sensualidad del todo insólita. Algo que se veía innato en aquel desconocido elegantemente vestido, con su chaqueta negra a la moda inglesa, su chalina de seda azul oscuro anudada al estilo Ascott, tan en boga en los últimos tiempos, y el cuello perfectamente almidonado.

—Liam Lagerfeld —se presentó,

clavando sus ojos entornados en la intensa mirada azul de Kristen.

—Kristen Lancashire —dijo ella.

—Encantado. —Su voz era acariciadora, como una mano de dedos extremadamente suaves.

—Un placer.

—Me lo parece a mí, ¿o estaba tratando de escapar de alguien? —anotó Liam divertido.

—De algo, más bien —dijo Kristen —. De la hipocresía, de las apariencias, de la falta de principios...

Liam alzó las cejas, fingiendo asombro.

—Una mujer con valores —afirmó.

—¿Le sorprende?

Liam meneó la cabeza ligeramente.

—En según que ambientes, sí. —Hizo una breve pausa, dejando que el silencio fuera protagonista y evaluando la reacción de Kristen. Hasta ese momento, el plan estaba saliendo a pedir de boca —. Puedo ayudarla en su huída — bromeó—. Hay una terraza al final del pasillo. ¿Le apetece tomar un poco de aire fresco?

Kristen vaciló durante unos segundos, pero finalmente aceptó el ofrecimiento de Liam. Había algo misterioso e inexplicable en aquel hombre con el que había chocado y que acababa de evitar que cayera al suelo. Algo que le era imposible expresar con palabras. Una

suerte de extraño carisma prendido en sus ojos, llenos de una alegre burla. Una burla del mundo que la obligó a no negarse.

—Sí. Creo que me vendrá bien — dijo.

La terraza, como bien había dicho Liam, se encontraba situada al final de la galería. Era un espacio amplio y agradable, con una balaustrada de piedra blanca y varios sillones de mimbre, desde donde podían contemplarse las tranquilas aguas del Támesis y parte del laberinto que formaban las calles de Londres. Kristen inhaló una profunda bocanada de aire.

—¿Mejor? —preguntó Liam.

Kristen comprobó que sus labios eran tan perfectos como le habían parecido unos minutos antes.

—Sí, gracias —respondió.

La brisa soplabla suave en lo alto, agitando ligeramente los mechones sueltos del moño que le caían por el rostro.

—Si me permite la pregunta... —comenzó a decir Liam—. Si no le gustan este tipo de veladas donde el verdadero invitado es el dinero, ¿por qué ha venido a la fiesta del senador Samuel MacLean?

Kristen dibujó media sonrisa en el rostro.

—Hace siete años que me fui a vivir a

España —comenzó a decir—. Mi nana... la que fue mi nana pensó que era una buena manera de integrarme de nuevo en la sociedad londinense después de haber estado tanto tiempo fuera. Pero creo que no debí seguir su consejo...

—¿En qué ciudad de España vivió?
—quiso saber Liam.

—En Madrid.

—He estado un par de veces allí. Una ciudad muy hermosa.

—Lo es, sin duda.

—¿Por qué se fue a vivir a Madrid?

Kristen reflexionó unos segundos. Nunca se había planteado aquella pregunta. O por lo menos no de aquella

manera tan directa.

—Huyendo del dolor que supuso la muerte de mi madre —contestó al fin—. Y en cierto modo, huyendo de mi padrastro, de quien me quedé a cargo. Él pasó a ser mi tutor legal. Y no es un hombre fácil de llevar.

Mientras Kristen hablaba, Liam observaba su rostro con sumo detenimiento. Realmente era hermosa. Una de las mujeres más hermosas que había visto en su vida. Pero, pese a su indiscutible belleza, él seguía viendo en ella el rostro impertérrito de Gilliam Lancashire, aquella noche lluviosa que acompañó a su padre a la mansión de la familia Lancashire.

—¿Y su padre? —curioseó Liam, aunque conocía sobradamente la respuesta.

—Mi padre murió cuatro años antes que mi madre.

—Lo siento... —dijo. Apretó los dientes.

No lo sentía lo más mínimo, pero, ¿qué otra cosa iba a decirle? ¿Que le hubiera gustado matar a su padre con sus propias manos?, ¿que gracias a él su familia había caído en desgracia?, ¿que ella iba a ser el blanco de su venganza?

La miró sagaz. Pobre infeliz; ignorante de lo que la esperaba.

Kristen asintió con expresión apesadumbrada en el rostro.

—¿Sabe que tenemos algo en común?

—dijo Liam.

—¿Ah, sí?

—Sí. Los dos somos huérfanos. Yo tampoco tengo padres.

—Vaya... Lo siento —señaló Kristen en tono suave—. ¿Hace mucho que murieron?

—Mi padre falleció cuando yo tenía diez años —dijo Liam. De pronto su voz había adquirido un matiz excesivamente serio. Hablar de ese tema precisamente con la hija e Gilliam Lancashire era tan paradójico como doloroso—. Mi madre murió apenas unos meses después.

Kristen enarcó las cejas en un gesto de indudable asombro.

—¿Murieron por alguna enfermedad o...?

—Mi padre tuvo un... trágico accidente —interrumpió Liam—. Mi madre murió de pena. No soportó la pérdida de mi padre.

Miró a Kristen, atento a su reacción. Ella continuó hablando, ajena a lo que había sucedido realmente en el seno de la familia Lagerfeld.

—Debía amar mucho a tu padre —comentó.

—Mucho —afirmó Liam—. Éramos una familia feliz, modelo, hasta que todo se desbarató... —Su tono se fue apagando despacio—. ¿Tienes frío? —preguntó a Kristen, al ver que se frotaba

suavemente los brazos.

—La noche comienza a refrescar —
dijo ella únicamente.

Liam se quitó la chaqueta y, en silencio, se la echó a Kristen por los hombros, que le dirigió una mirada de agradecimiento.

—No hace juego con tu elegante vestido, pero al menos te dará calor —
apuntó Liam con cortesía y una sonrisa cálida.

—Es perfecta. Gracias.

Kristen se la colocó bien. El gesto de Liam había provocado que su rostro se sonrojara ligeramente. Nunca había consentido que los hombres se tomarán según qué libertades con ella. No era de

ese tipo de mujeres a las que se las conquistaba simplemente con palabritas dulces y acciones de cortejo al uso. Pero Liam era distinto, o al menos lo parecía.

—Creo que es hora de que me marche a casa —habló de nuevo Kristen—. Creo que no hago nada más aquí.

—La llevo... —se adelantó a decir Liam.

—No se moleste. Mandaré llamar a mi cochero —refutó Kristen—. Pero de todas formas, gracias. Ya he abusado bastante de su amabilidad y de su compañía.

—No es ninguna molestia, y así no es necesario que espere, si no lo desea. Mi

berlina está abajo, con mi cochero — intentó convencerla Liam—. Solo tardaremos unos minutos en acercarla a casa.

Tras pensarlo durante unos instantes, Kristen condescendió.

—Está bien —dijo.

—Nos vamos, ¿entonces?

Kristen afirmó con un ligero ademán con la cabeza. Liam le dedicó la más deslumbrante de sus sonrisas, y ella solo pudo devolverle el gesto.

CAPÍTULO 4

Me quedé pensando

*que allí donde hay alguien a quien se
quiere muchísimo y donde hay alguien
que nos quiere de veras,
ese sí que es el lugar más bonito del
mundo.*

*(Ann Cameron -El lugar más bonito
del mundo)*

Liam extendió la mano cortésmente y ayudó a Kristen a subir al carruaje. Mientras el coche de caballos circulaba con un ritmo cadencioso por las calles de la sin par Londres, Liam contemplaba disimuladamente a la mujer que tenía frente a él. Repasó con la mirada sus rasgos marcados, sus pómulos altos y lejos de convencionalismos y sus intensos ojos azules.

Las sombras de la noche que se colaban por la pequeña ventana jugueteaban en su rostro aceitunado. Su ascendencia española quedaba clara, y la alejaba de cualquier canon de belleza

inglesa en que se la quisiera clasificar. La hija de Gilliam Lancashire podría enamorar a un rey, si se lo propusiese. Pero sería para él; el instrumento perfecto para llevar a cabo su vendetta.

—Antes me dijo que se había ido a vivir a Madrid huyendo de su padrastro. ¿No se lleva bien con él? —interrogó Liam, rompiendo el silencio.

Kristen volvió el rostro hacia su interlocutor.

—Scott es un hombre... —buscó alguna palabra que lo definiera—... especial —dijo al fin—. Es muy serio y tiene un carácter un tanto hosco. Hay quienes asegurarían que es intratable.

Liam analizó fríamente la información

que Kristen acababa de facilitarle. Llegado el caso, si la cosa se ponía difícil, podría hablar con su padrastro. Con el talante que se gastaba podría presionar a Kristen para que se casara con él. Sabía cómo era Scott Russell. Todos en Londres lo sabían. Pero quería conocer la opinión que la hija de Gilliam Lancashire tenía personalmente de él. Y no era muy distinta a la del resto. Estaba claro que Scott no sentía ningún tipo de aprecio hacia Kristen (ni hacia nadie), y seguro que no estaría muy contento de tenerla de nuevo en casa. Lo más probable es que estuviera pensando en buscarle esposo.

—Algo he oído de él —señaló Liam

—. Es cierto que los que le conocen hablan de su carácter hosco y desabrido.

—A veces me pregunto por qué mi madre se casó con Scott. —Kristen estaba poniendo voz a sus pensamientos, inconscientemente, como si Liam no se encontrara a un par de metros de ella escuchándola con suma atención—. Eran tan distintos. Polos opuestos...

—Los polos opuestos se atraen —intervino Liam.

—Supongo que sí —dijo Kristen, pensativa.

—O eso dicen...

Kristen alzó la vista.

¿Por qué razón Liam la miraba de aquella inexplicable manera? Parecía

guardar un secreto en el fondo de los ojos. Un secreto que por momentos resultaba enigmático; y a ratos oscuro. Movi6 ligeramente la cabeza: seguro que eran imaginaciones suyas, pens6.

El carruaje traspas6 las verjas de lanza del n6mero 9 de *New Kent Road*. Instantes despu6s se detuvo frente a las majestuosas escalinatas en forma de media luna de la mansi6n Lancashire.

—Hemos llegado —dijo Kristen, descorriendo la cortinilla de seda de la ventana y mirando al exterior.

Liam sinti6 un escalofrío descender a lo largo de su espina dorsal. Desde la noche que acompa6 a su padre a la mansi6n Lancashire, no había vuelto a

aquel lugar. La imponente construcción le trajo a la mente un torrente de recuerdos que se movían en espiral de un lado a otro. La lluvia empapando su ropa, el viento golpeándolos una y otra vez mientras se alejaban, los velos de niebla a su alrededor, la expresión de suficiencia en el rostro de Gilliam Lancashire, la de desaliento en el de su padre, la de temor en el suyo...

—¿Se encuentra bien?

La voz de Kristen le sacó de su ensimismamiento. Liam volvió en sí y la miró como si fuera la primera vez que la viera, como si nunca antes hubiera estado allí.

—Sí —respondió Liam escuetamente.

—Está un poco pálido —apuntó Kristen.

—No se preocupe, estoy bien.

Liam trató de recuperar la compostura a marchas forzadas. Sonrió. Abrió la puerta y salió de la berlina para ayudar a bajar a Kristen.

—Gracias.

Liam evitó mirar hacia la mansión; evitó que la imagen del cuerpo de su padre colgando dantescamente de la viga del despacho lo hostigara del modo en que lo estaba haciendo. Como pudo se centró en Kristen; su objetivo aquella noche.

—He pasado una velada estupenda —dijo.

—Yo también.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Lancashire.

Liam le tomó la mano, la alzó y se la llevó a los labios. Kristen sonrió ligeramente mientras Liam la besaba sin apartar los ojos de los suyos. ¿Había una insinuación en su mirada?

—Igualmente, señor Lagerfeld —dijo.

Liam no propondría un encuentro. A pesar de todo, no se lo pondría fácil. Ni quería que Kristen se lo pusiera fácil a él. Se apostaría el cuello a que a la hija de Gilliam Lancashire no se la conquistaba simplemente con palabritas susurradas al oído. Se notaba a la legua que tenía carácter y que no dudaría en

usarlo, si fuera necesario. Eso le gustó, acicatearía el juego. Él era un seductor nato, y aunque el objetivo estaba definido y claro desde el principio, aunque él tenía prohibido enamorarse, no estaba mal divertirse por el camino. Jugar, al fin y al cabo.

Liam se subió de nuevo al carruaje, dio unos toques en el techo para que el cochero pusiera los caballos en marcha y dejó que las sombras de la noche engulleran la berlina mientras se alejaba por el sendero que se abría paso a través del jardín.

Kristen lo contempló hasta que desapareció por completo de su vista. Se giró, subió las escaleras y abrió la

puerta de la mansión.

CAPÍTULO 5

*Cuando te acaricié,
me di cuenta de que había vivido
toda mi vida
con las manos vacías.
(Alejandro Jodorowsky)*

—Has llegado pronto —dijo Bertha,

que pasaba en esos momentos por el hall de la entrada—. No son ni siquiera las doce de la noche.

—Me estaba aburriendo soberanamente —comentó Kristen.

—¿Has venido andando?

La voz del ama de llaves sonaba con un viso de alarma. Acababa de ver a Ludwig, el cochero, en la cocina. Era imposible que hubiera ido a buscar a Kristen.

—No —se adelantó a responder ella—. Me ha traído un hombre.

—¿Un hombre?

Bertha parecía extrañada.

—Liam Lagerfeld.

Cuando Kristen desveló la identidad

de la persona que la había acercado hasta casa, Bertha frunció el ceño. A Kristen su gesto no le pasó desapercibido.

—¿Y esa expresión?

—Desde hace décadas, los Lagerfeld y los Lancashire son... No sé cómo decirlo... enemigos.

—¿Enemigos? —repitió Kristen, reflejando un indisimulado asombro en el rostro—. ¿Cómo los Montesco y los Capuleto de Shakespeare?

—No tan novelescos —dijo Bertha con una sonrisa—. Pero sí, algo así. Su enemistad es legendaria.

Kristen enarcó los ojos.

—Pero, ¿por qué?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta, la verdad. Es algo que se remonta muchas generaciones atrás. —Bertha hizo una pausa, trayendo a su memoria la información que sabía sobre la enemistad entre las familias—. ¿Por qué mejor no vamos a la cocina y nos tomamos un té?

—Buena idea —afirmó Kristen—. Un té cae bien a cualquier hora.

Se dirigieron a la cocina. Bertha se quitó el chal negro que llevaba echado sobre los hombros y se lo pasó a Kristen, que había comenzado a tener frío.

—Gracias, nana.

El ama de llaves vertió agua en la

tetera y la puso sobre el fogón.

—Como te iba diciendo —tomó de nuevo la palabra—, no se sabe a ciencia cierta por qué los Lagerfeld y los Lancashire son rivales. Tu madre me contó que hubo un tiempo en que eran las familias más poderosas de Londres. Fue en aquella época cuando nació su animadversión. Ambas emprendieron una feroz competencia por ser mejor que la otra, por superarse la una a la otra.

—¿A qué era debido ese afán de ser mejor que la otra? —Kristen seguía sin dar crédito a lo que escuchaba.

Bertha se encogió de hombros, al tiempo que levantaba la tapadera de la tetera. El agua había comenzado ya a

hervir en su interior.

—Supongo que para proteger el prestigio que tenían.

—Y yo supongo que también para adquirir más privilegios en la sociedad de los que ya contaban. Más dinero, más influencias, más poder... Todo se reduce casi siempre a lo mismo —concluyó Kristen. Miró a Bertha mientras ponía dos tazas de porcelana sobre la mesa de madera—. ¿Por qué yo no estaba al tanto de esto? —preguntó.

El ama de llaves retiró la tetera del fogón, se acercó a la mesa y sirvió un poco de té a Kristen.

—Porque todavía eras una niña cuando te fuiste a vivir a España —

respondió el ama de llaves, dibujado una sonrisa condescendiente en los labios—. Hace muchos años que estás fuera.

Se llenó la taza de té, que humeaba tibiamente.

—No creo que Liam Lagerfeld sepa que su familia y la mía han sido enemigas —dijo Kristen—. Me lo hubiera comentado; aunque solo fuera como anécdota.

—Bueno, los tiempos han cambiado —alegó Bertha—. Ahora las generaciones sois distintas a las de antes. No estáis tan pendientes del dinero, de la posición... Preferís divertirlos.

Kristen aferró la taza con las dos manos y dio un trago de té. Agradeció infinitamente el calor con que el líquido templaba su garganta.

—Esa supuesta enemistad tampoco tendría mucho sentido, de todos modos —anotó Kristen—. Liam Lagerfeld es huérfano, al igual que yo.

—Sí, sus padres fallecieron hace ya algunos años. En apenas unos meses murieron los dos. Fue un suceso terrible. La muerte de Bernard Lagerfeld sumió en la tristeza a Myriam.

—¿Cómo falleció exactamente el padre de Liam? —preguntó Kristen, mientras movía el té con la cucharilla—. Él me dijo que murió en un accidente.

—Nadie sabe exactamente qué tipo de accidente sesgó la vida de Bernard Lagerfeld —comentó el ama de llaves.

—¿No? —Kristen estaba extrañada ante esa respuesta.

Bertha negó con la cabeza.

—No —repitió—. La familia tenía gravísimos problemas económicos en esos momentos y los rumores que corrían de boca en boca no dejaban ninguna hipótesis libre.

—¿Y nadie pudo ayudarlos? No sé, pedir un préstamo, algo...

—Según cuentan las malas lenguas, fue precisamente la imposibilidad de devolver un préstamo privado lo que les llevó definitivamente a la ruina.

—Que asunto más espinoso — comentó Kristen.

—Mucho. Para Bernard Lagerfeld eso fue poco menos que un deshonor a su familia y a su apellido. Porque los Lagerfeld siempre han sido muy poderosos en Londres.

—¿Hace cuánto que Bernard falleció?

—Hace quince años más o menos.

—Entonces Liam tendría...

—Diez años —se adelantó a decir el ama de llaves.

—Solo era un niño —dijo Kristen. Un escalofrío recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies. El vello se le erizó. Ella sabía lo que se sufría cuando te quedabas huérfano, el vacío que se

instalaba en el interior del pecho y que no se llenaba con nada—. Pobre Liam...

—Si no recuerdo mal, embargaron la mansión en la que residían, una centenaria construcción que había pertenecido a los Lagerfeld desde tiempos inmemorables, y Liam y Myriam, como se llamaba su madre, se trasladaron a vivir a casa de la hermana mayor de Milena, Josephine. Unos meses después Myriam murió.

—Liam dice que fue de pena.

El ama de llaves hizo una mueca con la boca.

—Está claro que el fulminante declive económico que sufrió la familia desencadenó una serie de tragedias que

acabó con los Lagerfeld.

—¿Qué ocurrió con la mansión de la familia? —curioseó Kristen, que de repente sentía mucho interés por aquella historia.

—El prestamista que se la quedó, la vendió de inmediato. Creo que la compró un terrateniente alemán.

Kristen miró en derredor. Había una especie de ensoñación en sus intensos ojos azules.

—Me da igual el dinero, con tener para vivir me es más que suficiente. Pero no me gustaría perder la casa. Aquí están todos mis recuerdos, y la mitad de mi vida. Me dolería mucho deshacerme de ella. Sería como si me arrancaran un

trozo de corazón.

CAPÍTULO 6

*Si te caes, te levanto
y si no,
me acuesto contigo.
(Julio Cortázar)*

—¿Cómo estás? —preguntó Liam a

Bryan, haciéndole pasar. Le dio una palmadita amistosa en la espalda.

—Bien.

—Siéntate —dijo Liam, señalando una de las sillas que había delante de su escritorio—. No te quedes ahí de pie. ¿O quieres crecer?

Bryan Cooper era el mejor amigo de Liam. Un atractivo hombre de treinta años, de cabello rubio y ojos grises, que vestía siempre a la última moda.

Bryan blandió en sus labios una sonrisa.

—¿A qué viene esa sonrisa? —quiso saber Liam.

—Míralo por ti mismo.

Bryan cogió una carpeta de cuero de

color negro de las tantas que llevaba en la mano y se la dio a Liam, que la abrió con el rostro llenó de expectación.

—Lee —le pidió su amigo.

Liam sacó los papeles que había en el interior de la carpeta y comenzó a leer detenidamente. Minutos después, levantó la cabeza, miró a Bryan, que lo contemplaba con sumo interés esperando su reacción, y estalló en una sonora carcajada que se oyó al otro lado del despacho.

—¿Cómo es que tienes estos papeles en tu poder? —dijo finalmente.

—Uno tiene sus contactos... —dejó caer Bryan, dándose una importancia ficticia—. Que no se te olvide que,

aparte de tu amigo, también soy abogado.

—Y uno de lo más buenos —señaló Liam—. Es la mejor noticia que he recibido en meses.

—Como puedes ver, es la futura orden de embargo que pesa sobre la mansión de los Lancashire. Faltan algunos meses para que se haga efectiva, pero ya es todo un hecho, o mejor dicho, ya es toda una realidad.

—Ya veo, ya... —afirmó Liam. Su rostro se había animado con una mueca de perversa alegría—. Sabía que Scott Russell no tenía muy buen ojo para los negocios; prefiere las timbas de cartas que invertir. Pero perder la casa que su

esposa le ha dejado en usufructo es demasiado. ¿Qué haría el arrogante Gilliam Lancashire si supiera lo que ese mamarracho ha hecho con su preciada mansión? ¿Qué haría si supiera que su princesita está a un paso de quedarse en la calle?

—Revolverse en su tumba —anotó Bryan con una sonrisa socarrona—. ¿Puedo servirme un Whisky?

Liam hizo un gesto suave con los dedos, otorgando su beneplácito. En realidad, la pregunta era más bien retórica. Bryan no tenía que pedir permiso para nada. Era amigo, confidente y, además, abogado de Liam. La camaradería entre ellos era la tónica

diaria y estaba por encima de todo.

—El viejo Lancashire sería capaz de resucitar entre los muertos y matar con sus propias manos a Scott Russell.

Bryan se levantó y enfiló sus pasos hacia la licorera que Liam tenía en el rincón del despacho.

—Conociendo como se las gastaba, no le temblaría el pulso —dijo.

Cogió un vaso ancho, abrió el tapón de cristal de la botella y se sirvió dos dedos de whisky.

—El señor Gilliam no tenía piedad con nadie —apostilló Liam.

—¿Te sirvo uno? —preguntó Bryan, levantando la botella de whisky.

—No, gracias —respondió Liam—.

Aunque tenemos un motivo de celebración, es muy temprano para mí.

—Las cosas se te ponen mejor de lo que esperabas.

Bryan cogió el vaso, caminó hasta la silla y se sentó de nuevo. Liam entornó los ojos y miró suspicazmente a su amigo.

—Mucho mejor —ratificó. De pronto se sumió en una vorágine de reflexiones—. Quiero que estés atento a este asunto —dijo, transcurrido un minuto—. No lo pierdas de vista.

Bryan, que tras más de una década de amistad y buenos momentos conocía bastante bien a Liam Lagerfeld, preguntó:

—Vas a comprarla, ¿verdad?

Liam curvó los labios en una sonrisa. El gesto tenía un toque ominoso.

—Por supuesto —dijo con contundencia, echándose hacia atrás en el asiento—. Es lo justo. No creo que, llegado el momento, a la señorita Lancashire le haga gracia perder su magnífica casa y cuantos recuerdos hay en ella. Eso sí —advirtió—, no quiero que aparezca mi nombre por ningún lado. Puede ir a nombre de alguna de las sociedades, o al tuyo, si fuera necesario. Yo tengo que quedar a la sombra, o se perderá el efecto sorpresa.

—Se hará como quieras —condescendió Bryan. Hizo una pausa

para dar un trago de whisky—. Y hablando de la señorita Lancashire... ¿Pudiste verla?

Liam asintió, satisfecho.

—En la fiesta que dio el senador MacLean —respondió.

—¿Y...? —Bryan sentía una curiosidad casi malsana por saber qué había ocurrido en ese primer encuentro.

—La hija de Gilliam Lancashire es todo un derroche de belleza, elegancia y buenos modales —dijo Liam. Su rostro, tallado a cincel, adquirió una expresión grave—. Cualquier hombre, así fuera rey o emperador, perdería la cabeza por ella.

—Cualquier hombre, menos tú —

apuntó Bryan.

—El amor no forma parte de los planes, ni del juego, querido amigo. No tengo ninguna intención de enamorarme de Kristen Lancashire. Ella solo es un objetivo, un medio para alcanzar un fin: llevar a cabo mi venganza. —Las palabras de Liam rezumaban seguridad y un aplomo estremecedor—. Aunque yo soy de los que prefieren llamarlo justicia; por lo que el señor Gilliam Lancashire le hizo a mi familia, y le obligó a hacer a mi padre.

Bryan apuró de un trago el whisky y dejó el vaso sobre el escritorio.

»¿Belleza, elegancia y buenos modales? —continuó Liam con cierto

desdén en el tono de voz—. La sociedad londinense está llena de mujeres así. Kristen no tiene nada que no tengan otras.

—¿Cómo fue el encuentro? — preguntó Bryan.

—Me choqué con ella cuando se dirigía al tocador.

Bryan rió.

—Ya me imagino la escena —dijo, gesticulando grandilocuentemente con los brazos—. El caballeroso Liam Lagerfeld sujetando a *Lady* Kristen Lancashire para que no cayera al suelo, y evitarla así el bochornoso ridículo.

—Sí, fue algo así —confirmó Liam—. Pero con menos teatro. Después me la

llevé a tomar el aire a una de las terrazas de las muchas que tiene la casa del senador MacLean y finalmente la acompañé a casa.

—Eres maquiavélico... —opinó Bryan sin poder contener la risa—. ¿La has invitado a salir de nuevo? Ya sabes, un picnic, un paseo a la luz de la luna...

—No —negó Liam.

—¿No?

—No creo que Kristen Lancashire se deje conquistar al uso. No es difícil adivinar que unos cuantos lo habrán intentado ya. Hay que ser más original, mi querido amigo.

—Mira, ahí ya tienes algo que diferencia a Kristen de las demás —

anotó Bryan audazmente.

Liam negó en silencio con la cabeza.

—Ya me ocuparé de provocar otro encuentro... fortuito —anunció.

—¿Te dijo dónde ha estado todos estos años metida? —preguntó Bryan.

—Cuando murió su madre se fue a vivir a España —respondió Liam—. Madrid ha sido su hogar durante los siete años que ha estado fuera. Supongo que, a pesar de todo, se habrá sentido como en casa —añadió—. No obstante tiene sangre española.

—¿Ah, sí? Desconocía ese dato.

—Sí. Su abuela materna era española. No sé exactamente de qué parte de España, pero lo era. Y a Kristen se le

nota en la piel aceitunada y en la intensidad de la mirada. Seguro que es puro fuego.

—¿En dónde? ¿En la cama? —Bryan carcajeó—. Vas a tener que ser su mentor en esas lides —comentó con indisimulada picardía—. Me juego los dedos de las manos a que *Lady* Kristen Lancashire es pura y virginal como una doncella.

A Liam le daba igual si la hija de Gilliam Lancashire era virgen o algún hombre la había desflorado ya. Pero en su fuero interno reconocía que no le importaría desvirgarla; ser el primero en conocerla íntimamente. Había algo morboso y divertido, incluso ritualizado

o tradicional, en aquel pensamiento que reflejó en el rostro con una expresión lobuna. Bryan sonrió ligeramente; sabía lo que estaba pasando por la cabeza de su amigo.

CAPÍTULO 7

*El amor no mira con los ojos,
sino con el alma.
(William Shakespeare)*

Tommy se giró y abrió los ojos de par en par, sin dar crédito a la imagen que dibujaba su cerebro.

—¿Eres tú?

Kristen asintió esbozando una sonrisa cómplice en los labios.

—Dios mío, estás... estás... preciosa —dijo Tommy entrecortadamente cuando la vio de pie en la puerta del establo. Soltó las bridas del caballo que estaba atendiendo, corrió hacia ella y le dio un fuerte abrazo que Kristen correspondió efusivamente.

—Te he echado de menos —señaló Kristen.

—Yo también. No sabes cuánto...

Ambos deshicieron el abrazo y se escrutaron mutuamente durante un rato.

—Te has convertido en toda una mujer —comentó Tommy.

No sabía por qué, pero de pronto se sentía extrañamente intimidado por Kristen. A pesar de que aquel chico esbelto de enmarañado pelo rubio ceniza y pícaros ojos de color cobalto había sido en su infancia su mejor amigo.

Aunque a Gilliam Lancashire no le gustaba que su hija compartiera juegos y travesuras con uno de los mocosos del encargado del establo, Kristen siempre se las arreglaba para desobedecerlo. Tommy le encantaba porque eran iguales; alegres, intrépidos, vivarachos, y porque era el único chico capaz de trepar los nogales del jardín tan rápidamente como ella.

—Y tú en todo un hombre —dijo Kristen en tono cómplice.

—Los dos hemos cambiado mucho —alegó Tommy, quitándose la gorra de pana y rascándose la cabeza—. ¿Qué tal te ha ido por España?

—Bien —respondió Kristen—. Aunque como en casa no está en ningún lado. —Hizo una pausa y miró a Tommy a los ojos—. ¿Qué tal todo por aquí? —preguntó con cierta nota de confianza en la voz—. Bertha me ha dicho que Scott ha hecho recortes en la plantilla y temí que tú fueras uno de los que hubiera despedido cuando no te vi aquí.

—No, yo me quedé. El que corrió peor suerte fue mi padre...

—¿Estáis bien? Si necesitáis dinero yo puedo echaros una mano. Sobra decir que puedes contar conmigo para lo que sea.

Tommy sonrió. Pese a que Kristen se había transformado en una señorita elegante y refinada, seguía siendo la misma: generosa, atenta, sencilla; humana. A años luz de la sordidez de su padre y el egoísmo de su padrastro.

—Estamos bien. No te preocupes. Con mi sueldo nos da para vivir. De todas formas, gracias —añadió Tommy sumamente agradecido.

Kristen le cogió amistosamente por el brazo y se lo llevó fuera del establo. En el exterior, el cielo lucía azul claro y la

brisa de mediodía corría suave entre las ramas de los árboles.

—Y bueno, cuéntame qué tal todos estos años...

—Con sus más y sus menos, pero bien.

—¿Qué tal con Scott?

—Ya conoces a Scott... —Tommy dejó la frase suspendida en el aire. Cualquier explicación sería insuficiente.

—Sí, lo conozco —dijo Kristen con resignación. Nadie parecía estar contento con él.

—¿Has venido para quedarte? —cambió de tema Tommy mientras caminaban por el jardín.

—Sí —respondió Kristen—. Mi

tiempo en España ya concluyó.

—Me alegra mucho oír eso — comentó Tommy sin disimular su alegría —. Las cosas van a cambiar estando tú aquí. —Tommy se detuvo frente a Kristen y habló de nuevo—. Nunca debiste marcharte —dijo rotundo.

Kristen hizo una mueca con los labios. Tommy la observaba con los ojos llenos de admiración y de esa otra emoción que creía olvidada después de tantos años. Su belleza era asombrosa. Como cuando era niña y bebía los vientos por ella.

—Tú mejor que nadie conoce las razones por las que me fui. La muerte de mi madre fue un golpe durísimo para mí y mi relación con Scott nunca fue todo lo

buena que debería ser. Siempre me ha visto como un estorbo; aunque sigo sin saber para qué exactamente.

—Las sé. Todas y cada una de ellas. —Tommy estaba al tanto de lo mal que lo había pasado Kristen cuando falleció su madre y se quedó huérfana—. Pero te hemos echado tanto de menos... —Sus rasgos se dulcificaron como cuando era un niño y quería que lo perdonaran por haber cometido alguna fechoría.

—Y yo a vosotros —afirmó Kristen en un arranque de sinceridad—. A Bertha, a ti, incluso a Ludwig. Vosotros sois la única familia que tengo. Además, aproveché mi estancia en Madrid para obtener el título de magisterio. Sabes

cuánto quería estudiar...

—Sí, también lo sé. —Tommy tampoco desconocía la pasión que Kristen tenía por los estudios—. Te encantaba leer —añadió unos segundos después, emprendiendo de nuevo la marcha.

—Y tú lo detestabas. Nunca dejaste que te enseñara —Kristen dibujó una sonrisa en los labios y fingió un tono de reproche.

—Eso es cosa de señoritos —apuntó Tommy—. Y yo soy un chico de campo. No hay más que verme.

—Uno es lo que cree que es —dijo Kristen—. Pero no hay reglas fijas. Tampoco es muy común que una mujer

tenga una carrera, y yo la tengo. Bien podrías haber aprendido a leer. Yo te hubiera enseñado con mucho gusto.

—No lo dudo —afirmó Tommy—. Siempre corrías detrás de mí tratando de leerme un fragmento de un libro llamado... —Hizo memoria con expresión reflexiva en el rostro—. Homles.

—Hamlet —lo corrigió divertida Kristen.

—Sí, eso. Hamlet.

—En ese sentido, no has cambiado nada —señaló Kristen casi a punto de soltar una risotada.

—Nada en absoluto —le confirmó Tommy—. Tampoco han cambiado mis

gustos. Me sigo chupando los dedos con el chocolate que hace Bertha —dijo, recordándole viejos tiempos.

—Dios mío, ¡cómo olvidarlo! — exclamó Kristen—. Es el mejor chocolate que he probado jamás. — Miró a Tommy con ojillos brillantes—. ¿Todavía lo hace? —le preguntó. La boca, involuntariamente, había comenzado a salivarle.

—Y mejor que antes, si cabe.

—¿Nos hará uno, si le insistimos, como cuando éramos pequeños?

—Estoy convencido de ello — respondió Tommy—. Acuérdate de que éramos muy persuasivos.

Kristen rio abiertamente.

—Lo que éramos es muy pesados.
Nos lo hacía para que nos callásemos y
le dejáramos en paz.

—Es verdad —señaló Tommy, riendo
con Kristen.

—¿Vamos?

—Vamos —la animó Tommy con un
movimiento de cabeza.

CAPÍTULO 8

*El amor encontrará su camino,
incluso a través de lugares
donde ni los lobos se atreverían a
entrar.*

(Lord Byron)

Cuando el amanecer dio paso al día,

el cielo se quedó desnudo de nubes y un sol brillante se desparramaba por los rincones de Londres como si fuera oro líquido, dando un aspecto asombrosamente caramelizado a la ciudad.

—Buenos días, nana —dijo Kristen.

—Buenos días, niña.

—¿Ha sobrado un poco de chocolate de lo que hiciste ayer?

—Sí, Tommy te ha dejado un poco para que desayunaras —respondió Bertha.

El ama de llaves cogió un puchero y lo puso a calentar sobre el fogón de la cocina.

—Voy a ir al mercado. ¿Quieres

acompañarme? —preguntó mientras le servía el chocolate bien caliente a Kristen, que se había sentado a la mesa—. Tengo que comprar verduras y hortalizas para la semana.

—Sí, claro —dijo Kristen, untando un trozo de pan en el chocolate caliente—. Me visto y nos vamos. Bueno, antes voy a acabarme el chocolate. Está riquísimo, nana. ¿Cómo es posible que esté tan bueno? —preguntó al tiempo que se chupaba los dedos.

Bertha sonrió para sí. Algunas costumbres no cambiaban nunca; aunque hubieran pasado años.

El mercado de Londres estaba situado al final de *Sloane Street*, al oeste de la ciudad, en la explanada de *Hyde Park*. La gente iba y venía por las calles que formaban las decenas de tenderetes de los comerciantes observando atentamente lo que ofertaban. Los vendedores vociferan los precios de la miel, el pan, la fruta, los sombreros, los retales de tela, los artículos de tocador... Un sinfín de voces que se entrelazaban unas con otras tratando de convencer a la muchedumbre de que su producto era el mejor y que te vendían prácticamente cualquier cosa.

—Vaya, vaya... —dijo Liam en tono suspicaz—. Si no fuera porque no creo en el destino, diría que está haciendo un soberano esfuerzo para que me encuentre con la hija de Gilliam Lancashire allá dónde voy.

Bryan Cooper, que caminaba animosamente al lado de Liam, entornó los ojos y se puso la mano en forma de visera en la frente, tratando de ver a Kristen entre el mar de cabezas que se abría ante él.

—Allí —señaló Liam con disimulo—. La chica esbelta y morena que lleva puesto un vestido granate y negro... ¿La ves?

—Sí —fue la escueta respuesta de

Bryan.

—Pues esa es Kristen Lancashire.

Bryan profirió un silbido de lo más elocuente mientras la contemplaba abrirse paso entre el gentío. Sin duda era una de las mujeres más hermosas que jamás había visto.

—Es todo un portento de belleza y elegancia —comentó sin quitarle la vista de encima.

—Ya te lo dije.

—¿Quieres un consejo? —le preguntó Bryan a Liam volviendo el rostro hacia él.

—Te escucho. —Liam lo miró fijamente.

—Cásate con ella cuanto antes. Ha de

tener legiones de pretendientes dispuestos a... hincarla el diente. Es un bombón. Y las legiones se multiplicarán si saben que tiene dinero...

—Kristen Lancashire ya no tiene dinero —cortó apresuradamente Liam en voz baja para que nadie pudiera oírlo.

—El embargo de la mansión aún no se ha hecho público, y tardará todavía unos meses en salir a la luz. Hasta que eso pase, Kristen Lancashire sigue perteneciendo a una de las familias más acaudaladas de Londres. Su apellido la precede.

Liam giró la cabeza y posó la profunda mirada de ojos verdes en Kristen, que en esos momentos se estaba

probando un sombrero en uno de los puestos del mercado. La larga melena, semirecogida, le caía en bucles sobre la espalda.

Liam reflexionó mientras la observaba sacar dinero del bolso y pagar al vendedor. Bryan tenía razón. Que a él no le interesara como mujer no significaba que para el resto de hombres les fuera indiferente. Alguno podría perder la cabeza, y otros incluso estarían dispuestos a matar por ella.

Siguió con la mirada a Kristen y a Bertha bajando la calle al tiempo que, de fondo, escuchaba los cascos de un caballo y las ruedas de una carreta arrastrarse pesadamente por el

adoquinado. Entonces se le vino una idea a la mente. Sin pensarlo dos veces, se giró, levantó el brazo e hizo que el cochero se detuviese. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y buscó un par de billetes.

—¿Has visto que tela, nana? —dijo Kristen, mientras la acariciaba con los dedos—. Es extremadamente suave.

—Es seda traída directamente de la India —se apresuró a comentar el comerciante—. Perfecta para hacer chales y pañoletas.

Bertha se acercó y pasó la mano por el género.

—Realmente es muy suave —aseguró.

—Deme la medida necesaria para hacer dos chales, por favor —pidió Kristen al vendedor.

—¿Dos? —preguntó extrañada Bertha.

—Sí, dos. Uno para ti y otro para mí.

—No tenías que haberte molestado, niña. Esta tela tiene que ser muy cara —arguyó el ama de llaves con visible humildad.

—Déjame que te haga un regalo bonito, nana. Por lo bien que te portas conmigo, y por el chocolate tan rico que haces.

—¿Y de que otra manera voy a portarme? —dijo Bertha, halagada por las palabras de Kristen—. Eres mi niña.

Kristen sonrió. Extrajo del monedero unas monedas y pagó al comerciante, que alargó la mano ofreciéndole la bolsa con la tela. Kristen la cogió, se dio la vuelta y cuando se disponía a cruzar la calle, una carreta que había perdido el control se dirigía a ella a toda velocidad.

—¡Niña! —aulló Bertha con expresión de horror en el rostro.

Kristen levantó la vista y gritó cuando advirtió que el caballo se abalanzaba sobre ella. Sin saber de dónde, una mano fuerte la agarró del brazo y la tiró

hacia atrás. La carreta pasó a un palmo de su cuerpo junto a las exclamaciones y maldiciones que profería el cochero al semental, que relinchaba como un loco.

Kristen trastabilló y cayó al suelo encima de Liam Lagerfeld, que la sujetaba con fuerza por la diminuta cintura para amortiguar el golpe.

—¿Está bien? —le preguntó, poniendo un tono de voz de preocupación.

Kristen reaccionó al reconocer la voz de Liam. Cuando abrió los ojos, se encontró con su boca a escasos centímetros de la suya, compartiendo aliento.

—¿Está bien? —repitió Liam,

controlando en todo momento la situación.

Kristen volvió en sí.

—Sí —respondió, intentando recuperar la compostura y la serenidad. Estaba muy nerviosa, y la cercanía de Liam no la ayudaba a tranquilizarse.

—¿Se ha hecho daño? —insistió él mientras se incorporaba y ayudaba a Kristen a levantarse con suma cortesía.

—Sí, creo que estoy entera —dijo ella en tono de broma, quería quitar hierro al asunto.

—¡Por todos los santos! —exclamó Bertha, que se había acercado hasta ellos apresuradamente—. ¡Han estado a punto de matarte!

—Estoy bien, nana —se adelantó a decir Kristen al tiempo que se sacudía la tierra de la falda del vestido.

—¡Por todos los santos! ¡Es que la gente está loca! ¡Hay que saber controlar a esos animales, o un día tendremos un disgusto!

Kristen levantó la mirada y vio que un grupo de personas con ojos curiosos se había congregado a su alrededor, ávidas por enterarse de lo que había sucedido. Los murmullos corrían de un lado a otro.

—Todo está bien, nana —repitió con voz despreocupada.

—Menos mal. Qué susto nos hemos llevado —apuntó el ama de llaves con las manos aferradas sobre el pecho.

—Si le duele algo puedo acercarla al médico —arguyó Liam—. Está un poco pálida.

—No, no, de verdad. Estoy bien —dijo enseguida Kristen—. Solo necesito beber un poco de agua. Además, la peor parte se la ha llevado usted. He caído encima suyo —añadió, aprovechando el comentario para mirarlo fijamente a los ojos—. ¿Se encuentra bien?

—No se preocupe por mí —respondió Liam—. Estoy perfectamente. —Hizo una breve pausa—. ¿Qué le parece si nos tomamos un refresco en el *Delicatessen*? —preguntó unos segundos después, señalando con el índice la cafetería que había al otro lado

de la calle, en *Kensington Road*. Un edificio pequeño y achatado, con amplios ventanales y pintado de un cálido color vainilla.

Kristen se lo pensó durante unos instantes. Iba a negarse, pero nada le apetecía más en esos momentos que tomarse un refresco con Liam Lagerfeld. ¿Qué era lo que ejercía tanta atracción sobre ella? ¿Tanto magnetismo? ¿Su carisma?, ¿su porte elegante?, ¿sus ojos verdes?, ¿su deslumbrante sonrisa? ¿Qué?

—¿Me da un «sí», señorita Lancashire? —insistió Liam, desplegando en los labios su sonrisa más sensual. Sus ojos albergaban un

destello de desafío cuando se lo preguntó.

Kristen sintió que el latido del corazón se le disparaba, golpeándole las costillas estrepitosamente. ¿Por qué aquel hombre la imponía de la manera en que lo hacía?

—Sí, señor Lagerfeld, le doy un «sí»
—contestó finalmente Kristen.

Liam extendió en la boca la curva de su sonrisa, haciéndola más radiante si cabía y dejando al descubierto una dentadura uniforme. Kristen apartó la mirada de Liam y buscó a Bertha.

—Nana, ¿puedes terminar de hacer la compra tú sola? —dijo.

—Sí, niña, por supuesto.

—Cuando acabes ve a buscarme al *Delicatessen*, por favor.

El ama de llaves asintió, conforme. La petición que le había hecho veladamente Kristen para quedarse a solas con el señor Liam Lagerfeld le hubiera extrañado de no ser por la planta que se gastaba. Era rabiosamente atractivo, y dueño de una amplia dosis de encanto, que derrochaba sin la responsabilidad debida. Bertha no había podido evitar reconocer en su rostro los ojos claros y vivos de su madre y los rasgos rotundos y marcados de su padre. El hijo de Myriam y Bernard Lagerfeld se había convertido en un hombre y Kristen era una mujer. Quizá ni Dios, ni el diablo, ni

las ancestrales rivalidades entre las familias pudieran impedir que se enamoraran.

Liam extendió el brazo, ofreciéndoselo amablemente a Kristen, como era de rigor.

—Si me permite... —dijo.

Kristen se acercó y se agarró a él, sin que el corazón dejara de martillearle dentro del pecho ni un solo segundo.

CAPÍTULO 9

*Me parece haberte amado de
innumerables formas, innumerables
veces, vida tras vida, época tras
época, para siempre.*

(Rabindranath Tagore)

Bryan permanecía de pie al otro lado

de la calle. Había estado contemplando la escena con los ojos entornados y sin perder detalle. La idea de Liam de contratar a un cochero y de que este fingiera que el caballo se desbocaba justo al pasar al lado de Kristen, aunque en un primer momento sonaba descabellada, había sido, indudablemente, todo un acierto. De nuevo, en mitad de todo aquel teatro, Liam se había convertido en una suerte de salvador de la hija de Gilliam Lancashire. Un ángel de la guarda que había impedido que la atropellaran. Después, el encanto de Liam se había encargado del resto.

Bryan sonrió con una nota de

mordacidad en los labios cuando los vio entrar juntos y agarrados del brazo en el *Delicatessen*, la famosa cafetería-tetería en *Kensington Road* con muebles victorianos de color blanco y un comedido aire romántico. Liam se había salido con la suya. El plan progresaba adecuadamente.

—¿Qué desea tomar? —preguntó Liam a Kristen, retirándole caballerosamente la silla.

—Un poco de agua, por favor.

Un camarero alto, de abundante pelo castaño, vestido con chaleco y pajarita negros, salió de detrás de la barra y se acercó a ellos con diligencia.

—Agua para la señorita y una cerveza

para mí —indicó Liam.

—Enseguida se lo traigo, señor.

Se sentaron en una pequeña mesa redonda del fondo de la cafetería, al lado de una de las cristaleras. Era casi mediodía y la proximidad con el mercado hacía que el *Delicatessen* fuera a esas horas un lugar extraordinariamente concurrido. No había ni una sola mesa libre, excepto la que habían ocupado Liam y Kristen. La gente departía de todo un poco frente a los aperitivos y las bebidas a medio terminar, y los fragmentos de las conversaciones de las parejas y los distintos grupos que lo abarrotaban se mezclaban unos con otros formando un

murmullo sordo.

—Gracias... —dijo Kristen—. Por evitar que la carreta me arrollara. Hubiera salido muy mal parada si me llega a atropellar.

—No hay de qué —respondió Liam.

—Últimamente usted se ha convertido en un extraño ángel de la guarda —observó Kristen.

Liam sonrió de modo distendido. Eso es justamente lo que pretendía. Ser tan imprescindible para ella como respirar. Nadie puede hacer tanto daño y con tanta rapidez como aquella persona a la que se le entrega el corazón. Y eso es lo que quería conseguir Liam de Kristen: su corazón. Después ya sabría lo que

tenía que hacer con él.

—Para mí es un placer ser su ángel de la guarda, señorita Lancashire. Nada supondría más honor que el hecho de que me concediera ese título —dijo en tono sugestivo.

—Sería un trabajo aburrido —señaló Kristen.

—¿Por qué?

—Ir todo el día de arriba abajo vigilando mis movimientos acabaría probablemente resultándole tedioso.

El camarero se acercó y dejó las consumiciones sobre la mesa.

—¿Ah, sí? Fíjese que no parece ser una mujer con una vida aburrida —observó Liam con suspicacia.

—Algunos dirían que mi vida no es la de una mujer... normal.

«La cosa se pone interesante», pensó Liam en silencio.

—Explíqueme eso, si es tan amable —dijo en voz alta, dando un sorbo de cerveza.

A Kristen le gustó captar su interés. Sin saber por qué, ambicionaba tener la atención de Liam Lagerfeld.

—Me encanta leer y estudiar —comentó—. Así que aproveché mi estancia en Madrid para sacarme el título de magisterio.

—¿Estoy hablando con una maestra?

—Así es. —Kristen se sentía orgullosa de ello, porque sabía que no

muchas mujeres tenían el tesón y las ganas de ir a la universidad. Ella había tenido que vencer muchos obstáculos y superar muchos exámenes para finalmente poder estudiar magisterio.

Liam desconocía ese dato y tuvo que reconocer que le sorprendió. Por alguna extraña razón que en ese momento no alcanzaba a comprender, había pensado que Kristen Lancashire dedicaría su vida a vivir de las rentas de su acaudalado padre.

—No soy una mujer florero —se adelantó a decir Kristen, como si hubiera leído el pensamiento de Liam.

—¿Te gustaría ejercer? —preguntó Liam.

—Es lo que más deseo —respondió Kristen. En su voz se percibía aplomo. Un aplomo que, Liam no lo reconocería jamás, pero le gustó. Quizá Kristen Lancashire no era como el resto de damiselas encopetadas que conocía.

—Y usted, señor Lagerfeld, ¿a qué se dedica? —curioseó Kristen.

Liam se quedó mirándola fijamente a los ojos. De pronto se dio cuenta de que eran los más bonitos e intensos que había visto en su vida. Kristen se sintió intimidada, pero le sostuvo la mirada.

—Solo le responderé si me tutea —dijo Liam con una sonrisa llena de picardía.

Kristen decidió seguirle el juego.

—Está bien... —accedió—. ¿A qué te dedicas, Liam?

—Eso está mejor. Si voy a ser su ángel de la guarda, habrá que ir acortando distancias. ¿No cree? —Liam alzó una ceja en un gesto interrogativo.

Kristen tragó saliva. Todo en él era tan seductor, tan cautivador, y sus ojos eran tan persuasivos, que resultaba francamente imposible decirle que no a algo. Hubiera puesto la mano en el fuego, segura de que no era a la única a la que Liam Lagerfeld provocaba ese insólito e inexplicable efecto.

—Si vas a ser mi ángel de la guarda, tendremos que estar en igualdad de condiciones. Lo más justo es que

también me tutees. ¿No crees? — preguntó, tomando prestada su frase.

—No puedo estar más de acuerdo... Kristen —arguyó Liam, acentuando la picardía de su mirada. Levantó la cerveza y echó un trago, contemplando a Kristen por encima del borde de la jarra de cristal—. Un ángel de la guarda tiene que tener confianza con su protegida, si quiere hacer bien su trabajo —añadió, apoyando la cerveza de nuevo en la mesa—. Soy dueño de una fábrica de piezas para construir trenes —dijo, respondiendo a la pregunta que le había hecho Kristen—. Y también invierto; tengo buen ojo para las finanzas.

—Es un hombre hecho a sí mismo —

comentó Kristen.

—Se podría decir que sí —afirmó Liam—. Cuando murió mi padre, nuestra situación económica era muy precaria. Pero no hay mal que cien años dure.

—Ni bien —concluyó Kristen—. No hay nada eterno, ni lo bueno, ni lo malo.

—Eso mismo decía mi madre —reveló Liam con voz pausada.

¿Qué pensaría Kristen Lancashire si supiera que ella era la que en esos momentos tenía una situación económica precaria? Y, sobre todo, ¿qué pensaría su padre? Liam no pudo evitar alegrarse por ello. Gilliam estaría tratando de vender su alma al diablo para impedir lo que le venía a su princesa, a la niña de

sus ojos. Pero era cierto, no había mal ni bien que cien años durase y la legendaria buena bonanza de los Lancashire comenzaba a tocar su fin.

Bertha entró en el *Delicatessen* cargada de bolsas de fruta y verdura, estiró el cuello y miró a un lado y a otro para localizar a Kristen. Cuando la vio junto a Liam al fondo de la cafetería, se dirigió a ellos.

—Tengo que irme —anunció Kristen al ver llegar a Bertha.

—Puedo acercaros a casa —sugirió Liam.

—Muchas gracias, pero no es necesario —dijo Kristen al tiempo que se levantaba—. Ludwig, el cochero, nos

está esperando.

Liam asintió conforme y se incorporó de la silla. Kristen avanzó hacia Bertha y le ayudó con las bolsas.

—¿Qué te parece si organizo un picnic? —preguntó Liam bajo la atenta mirada de Bertha—. *Regent's Park* está precioso en esta época. Además, me gustaría que me explicaras mejor eso de que no quieres ser una mujer florero.

Bertha alzó una ceja y miró a Kristen. Había peculiaridades de su niña que tampoco habían cambiado en los siete años que había estado viviendo en España. Era una inconformista nata.

—Ven a buscarme el martes a las cinco —le dio como respuesta Kristen

— Ya sabes donde vivo. Estaré preparada puntualmente.

—Acudiré sin falta.

—Ahora si nos disculpas... Tenemos que marcharnos —dijo Kristen. Tendió la mano a Liam, que la tomó y la rozó suavemente con los labios, recreándose en la acción.

—Ha sido un placer, como siempre —apuntó con mirada sensual.

—Igualmente —respondió Kristen, blandiendo una ligera sonrisa en los labios.

—Hasta el martes.

—Hasta el martes.

Liam las observó en absoluto silencio mientras salían del *Delicatessen*, hasta

que los perfiles de sus figuras se perdieron entre el gentío de la calle. Le resultó curioso que la señorita de la casa prestara su ayuda a la criada con las bolsas de la compra. Kristen se estaba descubriendo ante sus ojos como una mujer francamente interesante. Lástima que fuera hija de Gilliam Lancashire, el hombre al que más había odiado en toda su vida, y que tuviera que destruirla, pensó Liam.

CAPÍTULO 10

*Te amo sin saber cómo, ni cuándo, ni
de dónde,
te amo directamente sin problemas ni
orgullo;
así te amo porque no se amar de otra
manera.*

(Soneto XVII -Pablo Neruda)

Kristen describió las cortinas del salón y se asomó por la ventana. El día lucía espléndido, con un cielo desnudo de nubes y un sol radiante; perfecto para ir de picnic. Sonrió. Estaba verdaderamente ilusionada con la cita que tenía con Liam. Para la ocasión se había puesto un vestido de organdí en color berenjena, más ligero y menos engalanado que los que acostumbraba a llevar a diario. Si iba a estar sentada en el suelo, o paseando por el parque, prefería sentirse cómoda.

—¿Vas a salir?

La pregunta que oyó a su espalda, en la voz de Scott, la sorprendió. Su

padraastro no se preocupaba lo más mínimo de ella. Jamás lo había hecho. Algo que Kristen agradecía en grado sumo, por las explicaciones que se ahorrraba darle y la libertad que su falta de interés la otorgaba. Se levantó unos centímetros la falda del vestido y se dio la vuelta.

—Sí —respondió. No tenía ninguna razón para mentirle y tampoco tenía diez años, así que le dijo la verdad—. Liam Lagerfeld me ha invitado a un picnic en *Regent's Park*.

Las cejas canosas de Scott se unieron formando una sola línea en el rostro.

—¿Liam Lagerfeld? ¿El hijo de Bernard Lagerfeld? —preguntó.

—Sí. —A Kristen le extrañó sobremanera el tono en que Scott había hecho aquellas preguntas—. ¿Ocurre algo con él?

—Tu padre odiaba a Bernard Lagerfeld —aseguró rotundamente Scott.

La afirmación desconcertó en cierta medida a Kristen, que no pudo evitar que su cara reflejara una expresión de confusión.

—Bertha me dijo que entre los Lagerfeld y los Lancashire siempre ha existido una rivalidad, desde tiempos inmemoriales —comentó Kristen.

Scott chasqueó la lengua.

—El odio que tu padre le profesaba a Bernard Lagerfeld era personal.

—¿Personal? —interrumpió Kristen, extrañada.

—Sí, personal —reafirmó Scott, que parecía estar muy seguro de lo que decía—. No tenía nada que ver con la legendaria enemistad que había entre las dos familias desde que alcanza la memoria de los más ancianos.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Kristen, que cada vez entendía menos de qué iba todo aquel asunto.

—No lo sé —contestó Scott para su decepción.

—¿Qué motivo tendría mi padre para odiar a Bernard Lagerfeld?

—Ya te he dicho que no lo sé —repitió su padrastro—. A veces, las

razones que llevan a una persona a odiar a otra son inescrutables, casi tanto como los caminos del Señor —sentenció.

Kristen negó lentamente con la cabeza.

—Para odiar siempre hay un motivo —alegó, que no creía que el odio fuera inexplicable, como argüía Scott—. Puede ser banal o no, pero siempre hay un motivo. No es como el amor, que sí es capaz de nacer y crecer de la nada.

Scott se encogió de hombros.

—Sea como fuere, ese odio existía —insistió.

Kristen reflexionó durante unos segundos.

—Ahora ya no importa —dijo,

rompiendo el silencio—. Los tiempos han cambiado. La legendaria enemistad entre los Lagerfeld y los Lancashire ya no existe. Es algo que ha quedado sepultado en el pasado. La muerte de mi padre y de Bernard se llevó el odio y las rencillas con ellos.

—Quizá en eso puede que tengas razón —apuntó Scott—. Muerto el perro, se acabó la rabia.

El ornamentado reloj de plata vieja que descansaba encima de la chimenea tañó las cinco, interrumpiendo la conversación. Unos cascos de caballo repiquetearon en esos momentos en el empedrado del jardín. Kristen se giró hacia la ventana y miró de nuevo a

través de las cortinas.

—Liam... —murmuró con una sonrisilla bobalicona en los labios.

—Tengo que irme —anunció a Scott—. Liam está aquí.

El cochero detuvo el carruaje frente a la media luna que dibujaban las escaleras. Liam abrió la puerta y bajó del coche con porte seguro, aunque la imponente mole de piedra que durante décadas había sido la residencia de los Lancashire seguía sin serle indiferente. Subió los peldaños, algo desgastados por el tiempo, cautelosamente. En su

memoria permanecía vívido, como si tuviera vida propia, el recuerdo de la noche en que ascendía esa misma escalinata aferrado a la mano de su padre, siendo apenas un niño de diez años. El miedo que le suscitaba el rostro impertérrito de Gilliam Lancashire cuando entraron en su despacho, sus palabras frías y altivas aún resonaban en su cabeza como si hubieran sido pronunciadas apenas unas horas antes, la expresión desolada y sentenciadora de su padre bajo la desapacible lluvia.

Los recuerdos se sucedían uno tras otro formando una cadena en su mente, confundiendo realidad con imaginación, mientras el odio bullía en el interior de

sus venas como una olla a presión a punto de estallar. Apretó los puños con fuerza y tensó la mandíbula. Pronto se resarciría de todo lo que había sucedido aquella noche, que no lograba borrar de su cabeza —ni lo pretendía, pues lo ayudaba a mantener vivo el monstruo de la rabia—, y de la macabra muerte de su padre.

—Buenas tardes. —La dulce voz de Kristen lo sacó de su ensoñación.

Liam alzó la vista. Kristen sonreía a unos cuantos metros de él. Estaba hermosísima con su vestido ligero en color berenjena. El corpiño se ceñía al cuerpo dibujando un torso de líneas perfectas y el escote dejaba ver un

cuello esbelto y sensual que invitaba a morderlo. Liam sacudió levemente la cabeza.

—Buenas tardes —saludó mientras salvaba el último peldaño de la enorme escalinata de piedra.

Kristen le tendió la mano y Liam la besó caballerosamente.

—¿Estás preparada? —le preguntó.

—Sí —contestó Kristen, al mismo tiempo que afirmaba con un gesto de la cabeza.

Se volvió y cogió una cesta de mimbre que había dejado detrás de ella. Levantó un poquito el paño que la cubría y mostró su interior a Liam.

—He preparado una tortilla de patatas

a la española —comentó en tono entusiasmado.

—¿La has cocinado tú? —Liam estaba desconcertado en cierta manera. ¿Kristen Lancashire entre fogones?

Kristen asintió.

—Me enseñaron a hacerla en Madrid —dijo—. Además, me encanta cocinar.

—Vaya... Eres toda una caja de sorpresas —observó Liam, que hablaba de forma pausada.

—Solo espero que te guste y que no tengamos que tirarla.

—Bueno, los pájaros y las hormigas se darían un buen festín —comentó Liam adoptando un tono jocoso—. Pero seguro que está exquisita, si la han

hecho tus manos. —La guió un ojo.

Las mejillas de Kristen se ruborizaron. Era tan sensible a los halagos de Liam Lagerfeld.

CAPÍTULO 11

*Hay muchas formas
de ser feliz.
A mí la que más me gusta
es estar contigo.*

El *Regent's Park* era una explanada situada al norte de Londres. Uno de los

pulmones de la ciudad de incandescente césped verde, árboles de todas clases y estanques de aguas cristalinas.

Liam y Kristen traspasaron las altísimas puertas enrejadas de la entrada y caminaron por debajo del arco que dibujaba un dosel formado de ramas y rosas hasta un claro rodeado de sauces llorones. Los rayos de sol salpicaban los contornos de las hojas y conferían al lugar un aire cálido y romántico.

—Hacía años que no venía aquí — dijo Kristen, embelesada por toda la belleza que la rodeaba y por los recuerdos que la embargaban en ese momento.

—No ha cambiado mucho —afirmó

Liam—. Sigue prácticamente igual.

—Ya lo veo —corroboró Kristen—. Mi padre solía traerme los domingos cuando era una niña —dijo, contemplando el precioso paisaje que se abría delante de ella, con la misma inocencia que cuando era pequeña. Los músculos de Liam se tensaron como las cuerdas de un violín recién afinado. Detestaba oír hablar de Gilliam Lancashire—. Traíamos migas de pan y se las echábamos a los patos del estanque —continuó Kristen. Sus labios se curvaron en una sonrisa agridulce. De repente los ojos se le llenaron de lágrimas. Liam se percató de ello.

—¿Estás bien? —le preguntó en tono

dulce.

—Sí, sí, perfectamente —respondió Kristen—. Lo siento... —se disculpó algo avergonzada—. Uno no acaba de acostumbrarse a estar solo en el mundo, sin unos padres que cuiden de ti. Siempre hay vivo un anhelo de que vengan a salvarte. —Levantó la vista y clavó los ojos en Liam—. Tú sabes de lo que hablo, ¿verdad? —dijo, con las pupilas dilatadas.

—Sí —afirmó él—. Sé de lo que hablas. Es muy duro crecer sin la protección de los padres. Nos enseñan todo menos a vivir sin ellos. —Liam no quería que los recuerdos le dieran un golpe bajo en esos momentos, así que

desvió el tema—. Pero ahora no estás sola; me tienes a mí. —Con el dedo pulgar enjugó las lágrimas de Kristen, que se deslizaban ya apresuradamente por las mejillas—. Recuerda que soy tu ángel de la guarda.

Kristen sonrió tímidamente. La proximidad de Liam y su profunda mirada verde le provocaba cosquillas en el estómago. Nunca antes había sentido algo parecido por un hombre. Pero al sentir sus dedos en la mejilla, una suerte de corriente eléctrica había sacudido su interior. Estaba comenzando a ruborizarse.

Liam sonrió triunfante.

Pero no iba a besarla, ya habría

tiempo después.

—¿Mejor? —preguntó, simulando un tono cariñoso con la voz.

—Sí. Gracias —respondió Kristen, terminando de secarse las lágrimas con la mano—. Gracias, de verdad.

Liam se separó un par de pasos.

—¿Merendamos? —dijo—. Tengo muchísimas ganas de probar tu tortilla española.

—Merendemos, entonces.

Kristen estiró en el suelo el mantel de cuadros blancos y verdes mientras Liam sacaba de su cesta pan, queso, aceitunas, pimientos fritos, fruta, tarta de manzana y una botella de vino de reserva.

—Espera —se adelantó a decir Liam

cuando vio que Kristen iba a sentarse directamente en el césped. Se quitó la levita y la puso debajo.

—¿No te importa que me siente encima de ella?

—No. Lo único importante es que estés cómoda.

—Gracias —dijo Kristen, visiblemente sonrojada.

«¿Habría un hombre sobre la faz de la Tierra más caballeroso que Liam Lagerfeld? ¿Y más apuesto? —se preguntó Kristen para sus adentros, mientras lo miraba de reojo—. No, seguro que no», se respondió a sí misma.

Su atractivo imponente y misterioso

volvería loca a cualquier mujer.

Introdujo las manos en su cesta, extrajo del interior la tortilla que había hecho con tanto esmero por la mañana y la partió en trocitos con un cuchillo. Liam cogió un tenedor, picó uno de los cuadraditos y se lo llevó a la boca ante la atenta mirada azul de Kristen, que esperaba su opinión con rostro expectante: quería impresionarlo y de paso darle a conocer sus habilidades en la cocina.

Liam comenzó a paladear la tortilla hasta que frunció el ceño y una mueca extraña cruzó su boca, como si estuviera comiendo algo en mal estado.

—Quizá he echado demasiada sal —

dijo Kristen al advertir su gesto de desagrado—. O quizá la he pasado mucho... Es la sal, ¿verdad? He echado mucha.

De pronto el rostro de Liam demudó en una sonrisa traviesa. Alzó la vista y miró a Kristen.

—Está muy rica —opinó, y lo decía sinceramente.

Kristen respiró aliviada, expulsando todo el aire que había retenido en los pulmones.

—Pensé que no te estaba gustando —dijo.

Liam soltó una carcajada.

—Tenías que haberte visto la cara —señaló sin poder contener la risa—.

Parecía que te iba a dar una apoplejía de un momento a otro.

—Bueno, la tuya era como si acabaras de ingerir un vaso de arsénico —se justificó Kristen—. Cualquiera diría que te estabas envenenando.

Liam pinchó otro trozo de tortilla y se lo metió en la boca de buena gana.

—En serio, está riquísima —corroboró—. Tengo que felicitarla, señorita Lancashire. Es usted una excelente cocinera.

—Gracias, señor Lagerfeld —dijo Kristen, complacida.

—No sabía que en España se hicieran cosas tan ricas —dijo Liam.

—España es uno de los países

Europeos donde mejor se come.

—Desde luego, con cosas como estas no me extraña.

Liam acabó de masticar, cogió la botella de vino, la abrió y sirvió un poquito en las dos copas de cristal de bohemia que había llevado para la ocasión. Alzó la suya y dirigió una mirada significativa a Kristen.

—Por ti —brindó sin apartar los ojos de ella. El tono de su voz se había tornado serio, aunque Kristen no entendía por qué.

Las copas chocaron en el centro y después cada una bebió un sorbo de la suya, sin mirar a ningún lado que no fueran los ojos del otro. El dulzor del

vino se extendió por el paladar de Kristen como un narcótico mientras Liam le escrutaba el rostro detenidamente. La luz del sol que se filtraba por las ramas de los árboles caía sobre su cabello como un fuego hecho de color azabache. La hija de Gilliam Lancashire era condenadamente hermosa, más de lo que le hubiese gustado, más de lo estrictamente necesario.

—Por ti —dijo Kristen—. Por mi ángel de la guarda.

Liam sonrió de aquella forma tenue que lo caracterizaba, como si se burlase de todo cuanto lo rodeaba, como si el mundo le perteneciera, como si

conociera todos los secretos de la Tierra. Seguidamente se llevó la copa a los labios y bebió. Kristen dio otro sorbo y apoyó con cuidado la suya en el mantel.

—Resulta curioso que seas precisamente tú quién se haya erigido como mi ángel de la guarda —comentó enigmáticamente—. Aunque solo sea en forma de metáfora —añadió.

Liam frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó, preso de la curiosidad.

—Mi nana... Bertha me ha contado que los Lagerfeld y los Lancashire hemos sido enemigos desde tiempos remotos —explicó Kristen.

—Algo había oído... —dijo Liam en tono natural, aunque nadie mejor que él estaba al tanto de aquella información. Dio un nuevo trago de vino.

—Según parece —prosiguió Kristen—, entre nuestras familias había una competencia feroz por ser mejor que la otra, por estar por encima de la otra, por ser la más importante de Londres; la más rica, la más poderosa, la que contara con más privilegios...

—No sería la primera vez que dos apellidos estuvieran enfrentados —alegó Liam despreocupadamente, que no quería ahondar demasiado en el tema—. La historia de todas las ciudades cuenta con ejemplos similares.

—¿Y no crees que es paradójico que tú y yo, un Lagerfeld y una Lancashire, estén compartiendo mantel y tortilla de patatas española? —lanzó al aire Kristen.

—Diría que es una de las tantas curiosidades que hay por ahí —respondió Liam, restando importancia al asunto—. Los tiempos han cambiado.

—Es lo que dice Bertha.

—¿Y qué más dice Bertha? —preguntó Liam con un matiz de suspicacia en la voz.

—Nada —dijo tajantemente Kristen.

No se atrevía a comentarle que Bertha también le había contado que su padre se había suicidado, y mucho menos que

unos minutos antes de que él la recogiera en casa, Scott le había dicho que su padre odiaba al suyo. La intuición le decía que eran más que rencillas de tiempos remotos lo que generaba ese odio que Gilliam Lancashire le profesaba a Bernard Lagerfeld. Pensar en ello la inquietaba profundamente. Sobre todo por la certeza con Scott lo había asegurado.

CAPÍTULO 12

*La decisión del beso
es la más crucial
en cualquier historia de amor,
porque contiene dentro de sí
la rendición.
(Emil Ludwig)*

Liam y Kristen paseaban uno al lado del otro por uno de los senderos de tierra que serpenteaban a través de *Regent's Park*. Los rayos de sol de última hora de la tarde se extendían como un abanico de haces de luz entre los huecos que se abrían en la espesura de los árboles.

—Se me había olvidado lo hermoso que es este lugar —dijo Kristen, rompiendo el prodigioso silencio que los rodeaba—. La magia que desprende cada rincón...

—Es, sin duda, una de las maravillas que posee Londres —anotó Liam.

Kristen se detuvo frente a un árbol de tronco ancho y robusto y se apoyó en él.

—¿Estás cansada? —le preguntó Liam, situándose frente a ella.

—No, no, estoy bien —respondió Kristen—. Son las sensaciones encontradas que me produce estar de nuevo en casa.

—¿Has echado de menos Londres mientras has estado fuera?

—Mucho. No ha habido un solo día que no me haya acordado de la ciudad que me vio nacer y en la que crecí. — Kristen hablaba con una denotada nostalgia prendida en las palabras.

Liam la miraba fijamente, como si quisiera ver a través de sus ojos claros. Se acercó lentamente a ella, acortando la distancia entre los dos a unos

insignificantes centímetros. Kristen vio como su propia imagen crecía en las pupilas dilatadas y el fino anillo que dibujaba el iris verde. El corazón se le aceleró vertiginosamente. Tragó saliva. ¿Iba a besarla?

No le dio tiempo a pensar la respuesta. Liam la aferró de la cintura y la atrajo cuidadosamente hacía él. Kristen sintió sus labios suaves y húmedos contra los suyos. ¿Qué tenía que hacer?, se preguntó. Era la primera vez que la besaban. Ninguna de las cosas que había hablado con sus amigas en petit comité parecía ser práctico en esos momentos, así que cerró lentamente los ojos y se dejó llevar.

El cuerpo de Liam presionaba el suyo con fuerza, mientras la lengua se abría ya paso por su boca. Algo se encendió en su interior. Algo nuevo, diferente, explosivo, cuando las lenguas se encontraron en una danza sublime, en un jugueteo excelso, como si un millón de mariposas revolotearan sin parar de un extremo a otro de su ser.

Liam se separó un poco y miró a Kristen. El rostro estaba ruborizado. Se sentía aturdida. Las piernas le temblaban y los labios le quemaban como si tuviera fuego dentro de ellos. Tragó saliva de nuevo, pero le fue imposible; tenía la garganta seca por culpa de la emoción.

—¿Es tu primer beso? —le preguntó

Liam, que no pudo quedarse sin saciar su curiosidad.

Kristen asintió varias veces con la cabeza, colocándose uno de los mechones de pelo suelto detrás de la oreja, incapaz de articular palabra. Liam sonrió mientras reparaba inconscientemente en el puente perfecto que dibujaba la nariz, los pómulos marcados y el labio inferior que se mordía nerviosamente, y creyó que lo más apropiado y lo que debía hacer era abrazarla.

A través de la ropa notó como el corazón de la hija de Gilliam Lancashire latía frenéticamente. Su inocencia era deliciosa, y la vulnerabilidad que

desprendía en esos momentos también. Sin embargo, nada aplacaba el odio que sentía hacia los Lancashire, incluida a la mujer a la que en esos momentos estrechaba entre los brazos y que se aferraba a su torso como si quisiera fundirse en un solo ser con él.

«Todo está saliendo mejor de lo que esperaba —pensó en silencio mientras le acariciaba suavemente la cabeza—. Mucho mejor de lo que esperaba —repitió con un matiz de malicia».

Deshizo el abrazo y con los dedos, levantó la barbilla de Kristen. Sus ojos destellaban ilusión, confianza y... deseo. Estaba convencido de que quería que la besara de nuevo, pero no lo haría.

Los platos caros se degustaban despacio, muy despacio.

—Gracias —le dijo. Ella pareció extrañarse—. Por regalarme tu primer beso. Ha sido maravilloso —añadió con voz tierna—. ¿Quieres que te confiese una cosa?

—Dime... —dijo Kristen, impaciente.

—Me moría de ganas de besarte —afirmó Liam—. Desde que nos chocamos en el salón de la fiesta que organizó el senador MacLean.

Kristen sonrió.

De pronto se sentía como si flotara sobre una nube, como si los pies no apoyaran en el suelo. Le gustaba Liam Lagerfeld, le gustaba mucho.

«Y yo a él —pensó ingenuamente—. Por eso me ha besado».

Liam extrajo su reloj de bolsillo del chaleco, lo abrió con un *clic* y miró la hora. Las agujas marcaban las ocho y media pasadas.

—Creo que es hora de que te lleve a casa —dijo, introduciendo el reloj en el bolsillo.

—Sí, será lo mejor —afirmó Kristen, sonriente como una niña pequeña.

El sol comenzaba a hundirse en la línea irregular que formaban los

edificios de Londres cuando el carruaje se detuvo nuevamente frente a las escalinatas de la mansión de los Lancashire. En el horizonte, una franja de color púrpura atravesaba el cielo como una pincelada de pintura. La ciudad del Támesis emergía entre dos luces igual que un fresco de Leonardo da Vinci.

Liam bajó de la berlina y tendió cortésmente su mano para ayudar a Kristen, que lucía una sonrisa radiante en el rostro.

—He pasado una tarde magnífica, Liam —dijo en un dechado de sinceridad.

—Yo también —respondió él—. Tu

compañía es siempre muy agradable. Pero creo que no hace falta que te lo diga... —dijo en tono confidencial. Hizo una pausa—. El próximo lunes inauguran una exposición de Vincent van Gogh en la National Gallery. ¿Te gustaría que fuéramos juntos a verla?

—Oh, sí, claro que sí —contestó Kristen, entusiasmada. Los ojos se le iluminaron cuando vio la posibilidad de tener un nuevo encuentro con Liam—. Me encanta el arte postimpresionista, y Van Gogh es uno de sus principales exponentes —comentó a modo de observación.

—Entonces, no se hable más —dijo Liam, que se apuntaba otro tanto—.

Pasaré a buscarte a las cuatro.

—Perfecto —concedió Kristen.

Liam asió su mano y la besó con delicadeza.

—Esperaré ansioso que llegue el lunes —comentó con voz sensual mientras le dedicaba una de sus intensas miradas. Kristen sintió un escalofrío descender por la espalda cuando cayó sobre ella todo el impacto de sus ojos verdes. El corazón se le fundió por completo. El carisma de Liam Lagerfeld empezaba a hacer su efecto.

—Hasta el lunes —se despidió Kristen.

Liam inclinó ligeramente la cabeza y subió de un salto a la berlina.

—A casa —ordenó al cochero.

CAPÍTULO 13

*Tu beso sacudió mi boca,
y aún me tiembla el recuerdo.*

El rostro de Kristen estaba iluminado con una insólita luz cuando entró en la mansión y se dirigió a la cocina, donde Bertha terminaba de preparar la cena.

—¿Qué tal el picnic? —preguntó el ama de llaves.

—Muy bien —respondió Kristen, dejando la cesta de mimbre encima de la mesa.

—¿Le gustó tu tortilla de patatas española?

—Sí, mucho.

Bertha la miró detenidamente.

—Se te radiante, mi niña —observó.

Kristen se ruborizó. Por un momento temió que Bertha adivinara que Liam la había besado. Aunque bien pensado, no era nada malo, ¿no?

—Ha sido una tarde maravillosa, nana —soltó sin poder contenerse. Las palabras acudieron a sus labios en

torrente—. Liam es apuesto, diligente, atento, trabajador, caballeroso, amable...

—Te vas a quedar sin adjetivos para describirlo —dijo Bertha en tono jocoso.

—Es que es tan... —Kristen suspiró —, y tan... ¡Ay, nana, no sé que me pasa con él! —exclamó, dejándose caer en una de las sillas.

Bertha se echó a reír tenuemente. Ella sabía perfectamente lo que le sucedía a su niña con Liam Lagerfeld.

—¿Quieres que te diga lo que te pasa? —dijo, aunque no dejó que Kristen respondiera—. Que te estás enamorando.

Kristen esponjó la expresión del rostro, como si de pronto se diera cuenta de ello. Y entonces el corazón le dio un vuelco.

—¿Tú crees, nana? —cuestionó con la ingenuidad de una niña.

El ama de llaves asintió, sonriente.

—Estoy completamente convencida —respondió.

—Pero, ¿tan pronto? —Kristen se mostraba sorprendida —. No sé... Pensé que el amor surgía con el tiempo, con la convivencia, con el trato...

—El amor siempre llega sin avisar —dijo Bertha—. Aparece de improvisto y cuando menos te lo esperas. Es impetuoso, precipitado, irreflexivo...

No entiende de normas ni de reglas, y no se atiene a razones, y menos a tu edad. Así que, si quieres el consejo de una vieja...

—Tú no eres una vieja, nana —apuntó Kristen.

—Si quieres el consejo de una vieja —repitió Bertha, enfatizando sus palabras—, no lo pienses mucho y simplemente vívelo.

Kristen alzó la mirada. Sopesaba si decirle a Bertha que Liam la había besado, pero tenía la imperiosa necesidad de contárselo a alguien. Estaba exultante.

—Nana... —comenzó a decir en tono de reserva

—¿Sí? —dijo el ama de llaves mientras removía con una cuchara de madera el caldo que se cocía en la olla.

—Esta tarde, mientras paseábamos por *Regent's Park*... Liam me ha besado. —Kristen lo soltó como si la frase le quemara en los labios.

Bertha se giró. Kristen pensaba encontrar una expresión de desaprobación en su rostro; las chicas no iban por ahí dejándose besar. Sin embargo, halló un ademán de condescendencia y media sonrisa que la hizo respirar aliviada.

—Mi niña... —dijo con voz maternal—. Liam Lagerfeld te tiene que gustar mucho para que le hayas dejado besarte.

Te conozco...

—Fue tan hermoso, nana —apuntó Kristen—, tan suave, tan cálido, tan especial... —Se encogió de hombros.

—¿Habéis vuelto a quedar para veros? —preguntó Bertha.

—Sí, el próximo lunes. Vamos a ir a ver la exposición de Vincent van Gogh en la National Gallery.

El ama de llaves se acercó a Kristen y la rodeó con sus brazos cariñosamente por detrás.

—Me alegra mucho que estés ilusionada con Liam Lagerfeld. Creo que es un buen hombre —opinó.

—Yo también lo creo —dijo Kristen—. Aunque nuestras familias estuvieran

enfrentadas hace tiempo. Eso es algo que a nosotros ya no nos incumbe. Es pasado.

Kristen no tenía pensado darle más importancia a aquel asunto. Sin embargo, las palabras de su padrastro brotaron de repente en su cabeza como un fogonazo.

—Nana, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro —dijo Bertha.

—Scott me ha contado esta tarde que mi padre odiaba a Bernard Lagerfeld. ¿Tú sabes el motivo por el que surgió ese odio?

El ama de llaves dirigió a Kristen una mirada extrañada.

—Lo ignoro —dijo—. Es cierto que

los Lagerfeld y los Lancashire siempre han estado como perros y gatos. Es algo que viene de atrás, ya lo sabes. Pero nunca he oído que Gilliam odiara a Bernard.

—Pues Scott está muy seguro de ello. Es como si todo Londres lo supiera.

Bertha hizo memoria. Con expresión meditabunda en el rostro intentó traer a su mente algo que diera certeza a las palabras de Scott, pero no encontró nada entre sus recuerdos.

—Yo llegué a Londres y a esta casa cuando tú naciste. Tu madre me contrató como niñera para que te cuidara y después, cuando creciste, me ofreció el puesto de ama de llaves —explicó

Bertha—. Quizá fue por algo que pasó antes de que yo viniera.

—Quizá... —dijo Kristen, pensativa—. No me he atrevido a preguntárselo a Liam, ni tampoco le he comentado que sé que su padre se suicidó. Esperaré a que él me lo cuente cuando lo considere oportuno. No quiero ser indiscreta.

—Es lo mejor que puedes hacer —le aconsejó Bertha sabiamente—. Son temas muy delicados, y dolorosos.

—Sí que saqué a colación lo de la legendaria enemistad entre nuestras familias...

—¿Y qué te dijo?

—Lo mismo que tú, que los tiempos han cambiado. Dice que todas las

ciudades cuentan en su historia con enfrentamientos entre las familias más poderosas. Le parece una mera curiosidad que las nuestras sean uno de esos ejemplos. —Kristen sonrió—. Piensa como yo; que es algo que está en el pasado y que el odio que se tenían la una por la otra murió con el fallecimiento de nuestros padres. Ahí acabó toda enemistad, todo odio. Es un asunto al que no le ha dado ninguna importancia.

—Entonces no tienes de qué preocuparte —señaló Bertha, tranquilizando a Kristen—. El motivo por el que supuestamente tu padre odiara a Bernard Lagerfeld es algo que también

ha quedado sepultado en el pasado. Vuestros padres murieron hace muchos años. Los suficientes para que nada de eso vuelva.

—Tienes razón, nana —dijo Kristen—. Pero me pica la curiosidad por saber qué pasó entre ellos. ¿Qué pudo suceder para que naciera una emoción tan fuerte como es el odio?

—¿Quién sabe? —se preguntó Bertha—. Pero sea lo que fuere, a vosotros no debería afectaros.

CAPÍTULO 14

*Eres la manera
que tiene el mundo
de decirme
qué bonita es la vida.*

El local estaba muy concurrido. Todos los ojos se dirigían atentamente hacia el

escenario, donde Leslie Simmons, una esbelta rubia de piernas esculturales, ojos grises y cintura de avispa realizaba su número de cabaret subida a unos altísimos zapatos de tacón. Algo para lo que parecía que había nacido.

Se sentó a horcajadas sobre la silla, dada la vuelta en mitad del tablado, y lanzó una mirada de ojos provocativos a Liam, acomodado en una mesa de la primera fila. Liam alzó la copa de vino en su dirección, inclinó ligeramente la cabeza y en silencio brindó por ella.

—La *señorita* Simmons siempre ha sentido debilidad por ti —comentó Bryan en tono irónico.

Liam sonrió.

—Y yo por ella —respondió. Se giró y miró a su amigo—. ¿Tienes envidia? —preguntó en broma.

Bryan suspiró teatralmente.

—He de reconocer que sus piernas me vuelven loco. Pero ella solo las abre para ti.

Liam le lanzó una mirada por encima del borde de la copa.

—No te quejes. Tú ya tienes quien te consuele. —Bryan alzó una ceja—. Lady Anabella es muy hermosa —añadió Liam.

—No lo discuto. Pero las piernas de Leslie no tienen igual. Aunque sigo sin saber qué ve en ti.

Liam soltó una estrepitosa carcajada.

—Los celos no te sientan nada bien, amigo.

—Tú tampoco deberías ver a la señorita Simmons más que como una simple amiga, o acabarás teniendo problemas con *Lady* Kristen Lancashire —le recordó Bryan.

—En eso tienes razón —dijo Liam, dando un trago de vino—. Voy a tener que cuidarme más, pero no dejaré de disfrutar de las piernas de Leslie.

—De la entrepierna —corrigió Bryan con mordacidad. Liam hizo todo lo que pudo para no echarse a reír—. Por cierto, ¿qué tal fue el picnic?

—A pedir de boca —contestó Liam.

—Nadie puede resistirse al

carismático Liam Lagerfeld —observó Bryan. En su rostro había una expresión de divertida resignación—. Ni siquiera la mismísima hija de Gilliam Lancashire.

Liam pasó por alto su comentario.

—Tenías razón —anunció.

—¿Acaso lo dudabas? —bromeó Bryan—. ¿Y en qué tenía razón esta vez?

—En que es pura y virginal.

Bryan se irguió en la silla.

—¿Ya la has estrenado? —preguntó.

—No seas ordinario —dijo Liam—.

¿Crees que me la cepillaría en medio de *Regent's Park*?

—Cosas más raras he visto —apuntó Bryan.

—Simplemente la besé.

—¿Era su primer beso? —Liam asintió en silencio, sin decir nada—. ¿Y cómo fue?

—¿Y cómo quieres que fuera? No me saltaron chispas ni nada de eso, y las mariposas de mi estómago no dieron ninguna señal de vida. Pero tengo que reconocer que a nadie le amarga un dulce.

—Seguro que ella se sonrojó hasta las raíces del cabello.

—Así fue.

—Pobre Caperucita... —se permitió ironizar Bryan, a quien todo aquello le resultaba la mar de divertido—. No sabe con qué clase de lobo feroz ha

dado. Gilliam Lancashire tiene que estar maldiciéndote desde el infierno.

Liam alzó la copa.

—Brindo por ello —dijo, chocando el borde con la de Bryan.

Bebió, saboreando a conciencia el vino.

—Ahora estoy disfrazado de cordero —comentó Liam en un tono tan frío que resultaba estremecedor—. Tengo que ser el hombre más cariñoso y atento del mundo. Después de casarme con ella, conocerá una parte de mí que dista mucho de ser cariñosa o atenta.

La expresión de Bryan se tornó grave.

—¿No vas a tener piedad de ella? —preguntó.

—Ninguna —respondió Liam, inquietantemente tranquilo—. Igual que su padre no la tuvo con mi familia.

Un silencio espeso y tenso gravitó sobre sus cabezas.

—Supongo que ya te habrás encargado de asegurarte un nuevo encuentro con Kristen.

—Por supuesto. —Dadas las circunstancias, era algo obvio—. El lunes voy a llevarla a ver la exposición de Van Gogh, en la National Gallery. Según me ha dicho, le encanta la pintura postimpresionista.

En esos momentos, las manos suaves y delicadas de Leslie Simmons pasaron habilidosamente alrededor del cuello de

Liam, interrumpiendo la conversación.

—Mmmm... Estás muy tenso, corazón —dijo. La voz era sugerente.

Liam le cogió los brazos, le dio la vuelta y la sentó en su regazo. El generoso escote, apenas capaz de contener los pechos, quedó tentadoramente a la altura de sus ojos.

—Precioso número —comentó.

—Pero si no has terminado de verlo —se quejó Leslie—. Estabas muy concentrado hablando con Bryan. —La cabaretera lo señaló con la barbilla. En su boca había dibujado un mohín. Bryan le lanzó al aire un sonoro beso.

—Lo siento —se disculpó Liam, sin dar muchas más explicaciones.

—¿Va todo bien? —preguntó la cabaretera.

—Sí, todo va perfectamente —contestó Liam.

Aferró el rostro de Leslie y la besó apasionadamente mientras los dedos buscaban los pechos por encima del corsé, sin importarle que la taberna estuviera atestada de gente. Leslie correspondió con la misma vehemencia de Liam. Cuando las bocas se separaron, la cabaretera lo miraba con ojos ardientes, transmitiendo sin pudor que podía hacer lo que quisiese.

Liam era consciente de la desvergüenza de Leslie y de su deseo, así que metió una mano por la blusa que

sobresalía por el corsé y le acarició un pecho. La cabaretera se retorció contra él.

—¿Has terminado por hoy? —le preguntó Liam.

—Sí —dijo Leslie, complacida.

—¿Qué te parece si nos vamos a mi casa?

—Sabes que no puedo negarte nada, corazón. —Fue la respuesta de Leslie, acompañada de una sonrisa pícar—. Me cambio y nos vamos.

La cabaretera se levantó y con pasos concisos y provocativos se abrió paso entre las mesas de la taberna, al tiempo que los espectadores que habían ido a verla babeaban por ella y le decían toda

clase de galanterías.

Liam se giró y miró a Bryan.

—¿Cómo demonios lo haces? —
exclamó Bryan.

—Vamos, no te quejes. Aquí el seductor siempre has sido tú —arguyó Liam, extrayendo un billete del bolsillo del pantalón y dejándolo sobre la mesa para pagar la cuenta—. ¿Por qué no vas a buscar a Anabella?

—¿A estas horas?

Liam miró el reloj. Las agujas punteaban las dos de la madrugada.

—¿Qué les pasa a estas horas? —
preguntó con tono mordaz.

—Que las niñas buenas duermen —
contestó Bryan—. Seguramente como tu

Caperucita...

—Por eso yo me voy con Leslie. —

Liam guiñó el ojo a su amigo, que bufó.

En esos momentos llegó Leslie.

—¿Nos vamos, corazón? —dijo.

Liam asintió.

Bryan los siguió con la mirada hasta que sus figuras desaparecieron detrás de las puertas de madera de la taberna. La noche era joven aún. Levantó el brazo y llamó al camarero haciendo una ligera señal con los dedos.

—Dígame, señor...

—Tráeme un whisky... doble.

—Enseguida, señor.

CAPÍTULO 15

*Andábamos sin buscarnos,
pero sabiendo que andábamos
para encontrarnos.
(Julio Cortázar)*

Kristen bajó las escaleras impaciente y se dirigió al salón. Una chica delgada

de pelo castaño claro recogido en un moño alto, con tirabuzones y ataviada con un vestido de tafetán azul celeste de bordados negros, la esperaba. Cuando la hija de Gilliam Lancashire entró en la estancia, la chica se dio la vuelta.

—¡Dios mío, no quise dar crédito a los rumores que aseguraban que ya habías vuelto de España! —exclamó en tono alegre.

—Anabella...

Kristen aceleró el paso y se fundió con ella en un fuerte abrazo.

—Han pasado tantos años.

—Muchos —afirmó Kristen—. Creí que no estabas aquí —añadió—. Pregunté por ti para que me

acompañaras a la fiesta que organizó el senador MacLean y me dijeron que te habías ido a Oxford.

—Regresé hace un par de días — explicó Anabella, aferrando sus manos y apretándolas afectuosamente—. Fui a ver a mis tíos. Los pobres están enfermos y agradecen cualquier visita que se les haga.

—Comprendo...

Anabella retrocedió un par de pasos, entornó la mirada de ojos color miel y escrutó de arriba abajo a Kristen.

—España te ha sentado estupendamente —observó—. Estás guapísima.

—Bueno, a ti Londres tampoco te ha

sentado mal —comentó Kristen.

—Cuando te fuiste a Madrid éramos un par de niñas. Ahora somos un par de mujeres.

—Tienes razón. Ahora somos un par de mujeres —repitió Kristen, arrastrando a su amiga hasta el sofá.

—Me imagino que estarás harta de que te hagan esta pregunta —dijo Anabella mientras se sentaba—, pero cuéntame cómo te ha ido por tierras ibéricas. Dime, ¿qué tal son los españoles? —preguntó confidencialmente con una chispa de picardía en la voz.

—Muy apuestos —respondió Kristen entre risas.

—Y... ¿hay alguno de esos apuestos españoles en tu corazón?

Kristen negó con la cabeza sin perder la sonrisa en ningún momento. Anabella y Tommy eran sus mejores amigos. Con ella también había compartido juegos y secretos de niñez; risas, bromas y un sinfín de diabluras, hasta que se fue a vivir a Madrid. Entonces la relación se limitó a la correspondencia que mantenían por carta. Sin embargo, Kristen sintió que el tiempo no había hecho mella en su amistad. Lo mismo le ocurría con Tommy. La complicidad con ellos seguía intacta, como si hubiera estado preservada en una urna de cristal durante los años en que no se habían

visto.

Los pasos prudentes de Bertha se oyeron en el salón.

—Perdonad que os interrumpa, niñas —dijo. Kristen y Anabella giraron el rostro hacia ella—. ¿Queréis tomar algo?

—Nana, ¿hay limonada? —preguntó Kristen.

—Recién hecha.

—Entonces yo quiero un vaso de limonada.

—Un vaso de limonada nos vendrá bien para mitigar este calor —señaló Anabella, resoplando.

—Ahora mismo os lo traigo —dijo servicialmente el ama de llaves.

—Gracias, nana. —Kristen se volvió hacia Anabella y respondió a la pregunta que había dejado sin contestar—. He estado más pendiente de sacarme el título de magisterio que de los hombres —dijo.

—Tengo que darte la enhorabuena por eso, amiga. —Anabella hablaba con total sinceridad—. Eres un ejemplo a seguir, sin duda. Pocas mujeres han logrado lo que has logrado tú, y menos en un país extranjero. Tienes mucho mérito.

—No es para tanto —apuntó Kristen, intentando quitar hierro al asunto.

En el fondo los halagos le hacían sentir incómoda. Incluso los que venían

de su mejor amiga.

—Sí, sí que lo es —atajó Anabella—. Yo le propuse a mi padre que me dejara seguir estudiando. Me hubiera gustado ser enfermera. Sin embargo, no me lo permitió. Le faltó tiempo para alegar que eso era cosas de hombres, y que yo era una mujer y que, por tanto, me debía a uno de ellos. Lo único que sé hacer a estas alturas de mi vida es ser una esposa incondicional y una madre devota. En cambio, tú...

—Para estudiar nunca es tarde —interrumpió Kristen—. En cualquier momento puedes coger de nuevo los libros y sacarte tu título de enfermera.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Todo es proponérselo. Pero no hablemos de mí —cortó Kristen, curiosa por saber cómo le había ido todos esos años a su amiga —. ¿Cómo estás?

Anabella estiró el brazo y le mostró a Kristen el anillo de compromiso que lucía en su dedo anular.

—¿Estás prometida? —dijo Kristen.

Anabella, visiblemente entusiasmada, asintió varias veces con la cabeza en ademán de afirmación.

—Sí —dijo, sin poder contener la emoción.

—Eso no me lo contaste en tu última carta —le reprochó Kristen, aunque no había enfado en su tono de voz. Todo lo

contrario, estaba pletórica por la felicidad que emanaba su amiga por cada poro de la piel.

—Es que me he prometido hace solo un par de semanas, —se excusó Anabella. Los ojos le brillaban.

Bertha entró en el salón, se acercó a la mesita en completo silencio y depositó las limonadas.

—Aquí tenéis —anunció.

—Muchas gracias, nana.

—Gracias, Bertha.

El ama de llaves inclinó levemente la cabeza y se fue.

—¿Y quién es el afortunado? ¿Le conozco? —curioseó Kristen, prestando nuevamente toda su atención a Anabella.

—Se llama Bryan Cooper.

Kristen hizo rápidamente memoria, por si el nombre le sonaba de algo. Pero se dio cuenta de que había estado demasiados años fuera de Londres para recordar a toda la gente que conocía cuando era niña. Anabella siguió hablando.

—Es el abogado de mi padre — explicó, cogiendo el vaso de limonada —. Por eso nos conocimos.

Kristen le dedicó a su amiga una mirada atestada de cariño mientras daba un trago de la limonada que había preparado Bertha.

—Me alegro mucho por ti. Lo sabes, ¿verdad? —le dijo.

Anabella alargó la mano y dejó el vaso sobre la mesa.

—Lo sé —afirmó, con las lágrimas asomando al borde de los ojos, a punto de desbordarse—. Me alegra tanto que estés aquí —dijo de pronto—. Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti.

Kristen se inclinó y volvió a darle un fortísimo abrazo a Anabella.

—¿Para cuándo es la boda? —preguntó, retomando de nuevo la conversación.

—Para finales de la primavera del próximo año.

—¡Estoy tan emocionada! —exclamó Kristen.

—¿Querrás ser una de mis damas de honor? —dijo Anabella.

—Pero, por supuesto —se apresuró a decir Kristen—. Es una de las cosas que deseábamos cuando éramos niñas. ¿Te acuerdas? Que yo fuera tu dama de honor y tú la mía —le recordó.

Anabella se echó a reír.

—Claro que me acuerdo. Estábamos todo el día hablando de ello y pensando cómo nos gustaría que fueran nuestros vestidos de novia y los nombres que les pondríamos a nuestros hijos.

—Recuerdo que tú querías tener tres niños y tres niñas —dijo Kristen entre risas.

—Vaya prole que pensaba formar —

bromeó Anabella—. Y tú querías tener un niño y una niña. Siempre fuiste más moderada que yo en eso de tener hijos.

—Sí, es cierto. Con dos para mí era suficiente.

—¡Qué tiempos! —dijo Anabella.

—¿Sabes algo de Alice? —preguntó Kristen.

—Su padre la casó hace tres años con un viejo terrateniente con bastante renombre en Londres.

—¿La casó?

—Sí, la casó. Fue un matrimonio por conveniencia. Tiene una niña y está embarazada de su segundo hijo.

—Tiene que ser horrible casarte con alguien a quien no amas —comentó

Kristen.

—Yo también pienso que tiene que ser horrible. Por suerte, Bryan cuenta con una buena posición económica y eso ayudó a que mi padre diera su beneplácito a la relación. No me imagino casada con un hombre treinta y cinco años mayor que yo.

—Yo tampoco —señaló Kristen—. Ni con alguien a quien no ame. —Hizo una pausa y bebió un poco de limonada. Estaba deliciosa, como todo lo que hacía Bertha—. En mi caso, no creo que a mi padrastro le importe mucho con quién me case o me deje de casar. Nunca se ha preocupado por mí.

Anabella miró a Kristen con cierta

compasión anidada en los ojos de color miel. Su amiga se había quedado huérfana demasiado pronto, pensó. Y la soledad que le provocaba la falta de unos padres y hermanos la acompañaría el resto de su vida.

—Míralo por el lado bueno —dijo. Anabella se sitió con la necesidad de animarla—. Al menos no te obligará a casarte con un viejo terrateniente de renombre en Londres, como a Alice.

Kristen alzó los ojos y no pudo evitar sonreír ante la ironía de su amiga.

—En eso llevas razón. Scott no puede obligarme a nada porque no es nada mío.

—Entonces, ¿no hay ningún caballero

andante que haga que revoloteen las mariposas de tu estómago? —interrogó Anabella.

—Bueno... —comenzó a decir Kristen, titubeante—. Estoy quedando con un hombre... Lo conocí en la fiesta del senador MacLean.

Kristen no sabía muy bien de qué modo abordar el tema. Hablar del amor siempre le daba vergüenza. Anabella abrió mucho los ojos.

—¿Y quién es? —interrogó.

—Se llama Liam Lagerfeld.

—¡Dios mío, no me lo puedo creer!

—¿Qué sucede? —preguntó Kristen, que había visto cómo la expresión de Anabella se tornaba de profunda

sorpresa. Durante unos segundos Kristen fue presa del desconcierto.

—Liam es el mejor amigo de Bryan —le explicó Anabella.

—¿Lo dices en serio?

Ahora era Kristen la que estaba realmente asombrada.

—Totalmente —afirmó Anabella—. Son amigos desde que tenían once o doce años, según me contó Bryan. Al parecer, fueron vecinos cuando Liam y su madre se trasladaron a vivir con su tía Josephine, después de que su padre falleciera en un trágico accidente de caballo.

—¿En un accidente de caballo?

Kristen frunció el ceño.

—Sí. El padre de Liam murió aplastado por un caballo, cuando se cayó de él. ¿No lo sabías?

—Sí, sí que sabía lo del accidente —disimuló Kristen—. Pero desconocía cómo había sucedido exactamente. Liam y yo apenas estamos comenzando a vernos —apostilló.

—Tuvo que ser terrible —dijo Anabella con rostro afligido—. La infancia de Liam ha sido muy dura. A partir de ese momento lo perdieron todo, y a su madre no le quedó más remedio que pedir ayuda a su hermana mayor, Josephine. Pero Josephine no tenía dinero, y ella y su marido les ayudaron como buenamente pudieron.

—Tuvo que ser muy duro —reconoció Kristen.

—Quizá por eso Liam es tan enigmático... Siempre está envuelto en una especie de halo misterioso que lo acompaña allá donde va.

Eso mismo pensaba Kristen, que Liam estaba rodeado de misterio, de enigma, como si tuviera una parte oscura, secreta, que solo conociera él. Y eran precisamente su reserva y sus silencios, y lo que se escondía detrás de ellos, los que la imponían de la manera en que lo hacía.

—¿Y cómo os conocisteis? —sondeó Anabella, muerta de curiosidad.

—Nos chocamos —le contó Kristen

— Yo iba hacia el tocador y al doblar una esquina, me empujó sin querer. Tuvo que agarrarme para que no me cayera al suelo.

— Ya me imagino lo galante y considerado que sería contigo. Liam Lagerfeld es uno de los hombres más caballerosos de todo Londres. — Anabella se inclinó hacia Kristen y le dijo al oído en tono confidencial—: Y dicen que uno de los más apasionados.

Kristen se sonrojó violentamente.

— ¿Y cómo sabes... eso? — le preguntó a Anabella.

— Es lo que dicen por ahí las que han estado con él — dijo ella en voz baja, con una sonrisa pícaro dibujada en los

labios.

Las mejillas de Kristen ardían. Nunca habría pensado que llegaría a tener referencias de Liam en ese aspecto tan íntimo.

—Son hombres. —Anabella habló de nuevo—. Ellos tienen más libertad que nosotros y alguien tan atractivo como Liam Lagerfeld es lógico que tenga escarceos y líos de faldas. —Miró a Kristen, que ya se le había pasado ligeramente el sofoco—. No debes preocuparte por eso —dijo—. Bryan también ha tenido los suyos...

—No me preocupa... creo —arguyó Kristen. No le preocupaba, aunque imaginar a Liam con otras mujeres,

besándolas, acariciándolas, amándolas, no le hacía demasiada gracia—. Pero me sorprende que se hable de ese tipo de cosas.

—Bueno, ya conoces a la gente; le encanta cotillear. Medio mundo habla del otro medio. —Hizo una pausa en su discurso y contempló unos instantes a Kristen—. Me alegra enormemente que estés con Liam —dijo a modo de conclusión—. Es un buen hombre. Bryan habla maravillas de él.

—Todavía no estamos juntos —aclaró Kristen, evidenciando una timidez casi palpable—. Solo nos estamos conociendo...

—No creo que Liam sea tan tonto

como para dejarte escapar. Lo sería si lo hiciera.

De repente, Anabella pareció caer en la cuenta de algo. Miró el reloj. Cuando vio la hora que marcaban las finas agujas, dio un saltó del sofá y se puso en pie, como si le hubiera dado calambre.

—¡Por todos los santos! — prorrumpió—. He quedado para verme con Bryan en *Trafalgar Square*, y si no me doy prisa llegaré tarde.

Kristen se tapó la boca con la mano, sofocando la risa. Después de siete largos años tampoco algunas cosas habían cambiado en su mejor amiga, como por ejemplo, la impuntualidad. Nadie, nunca, había acudido a una cita

con Anabella sin que ella no llegara ostensiblemente tarde.

Anabella dio a Kristen un par de besos rápidos en las mejillas.

—Antes de que acabe la semana nos vemos —dijo, sin apenas respirar entre palabra y palabra.

—¿Te viene bien el viernes? —le preguntó Kristen.

—Sí, sí... el viernes me viene bien —respondió Anabella, que ya salía a toda prisa por la puerta—. Hasta el viernes —se despidió con la mano.

—Hasta el viernes —dijo Kristen.

Pero Anabella ya no la oyó. Corría calle abajo como perseguida por las Furias para encontrarse con Bryan

Cooper en *Trafalgar Square*.

CAPÍTULO 16

*Todas las pasiones son buenas
mientras uno es dueño de ellas,
y todas son malas cuando
nos esclavizan.*

(Jean Jacques Rousseau)

—Liam... Liam...

—¿Sí, mamá?

—Liam...

—¿Sí?

—Ve a buscar a tu padre a su despacho. Vamos a comer.

—Sí, mamá.

Liam subió las escaleras de dos en dos y corrió por el largo pasillo que se abría ante él. La luz del sol entraba a raudales a través de las cortinas de terciopelo en color burdeos que caían a ambos lados de los enormes ventanales. El brillo era casi cejador según avanzaba.

—Papá, Papá... —lo llamaba mientras se acercaba a la puerta del despacho. Sin embargo, su padre no

respondía. No salía a recibirlo al pasillo como siempre hacía cuando lo oía llegar.

—Papá... Papá...

El silencio era sepulcral, como si estuviera correteando entre las tumbas de un cementerio abandonado.

—Papá... —dijo Liam, al tiempo que abría la puerta—. A com....

Bernard Lagerfeld se giró hacia él lentamente, envuelto en las lenguas que formaban las sombras de la estancia. Colgaba, como siempre que aparecía en sus pesadillas, de la viga central del despacho. Igual que en la imagen que se había quedado congelada en el cerebro del pequeño Liam. El rostro y las manos

se veían amoratados, casi negros, y el cuerpo se movía espasmódicamente. Los ojos de Bernard se abrieron de golpe. La mirada estaba inyectada en sangre cuando la enfocó en el pequeño Liam...

Liam se incorporó en la cama sobresaltado, con ese miedo visceral tan conocido metido en cada célula. Respiraba con dificultad, como si tuviera los pulmones anegados de agua, y tenía el cuerpo empapado en una película de sudor.

Inhaló profundamente.

Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño que había en su habitación. Abrió el grifo del lavabo, cogió un chorro de agua con las manos y

se lo echó por la cara mientras trataba de acompasar la respiración. Alzó el rostro y durante un rato en que permaneció inmóvil, se quedó mirando el reflejo de su imagen en el espejo.

Las pesadillas, que se hacían presentes más habitualmente de lo que le gustaría, recreaban con una exactitud pasmosa el episodio que había vivido aquel mediodía en que se encontró a su padre ahorcado en el despacho. Todo sucedía de un modo tan real en su mente, que a veces creía que no era un sueño, sino que estaba viviéndolo otra vez. Sentía de nuevo en sus entrañas el miedo, la desesperación, la impotencia y la rabia de aquel día, como si no

hubieran trascurrido quince años.

Liam apoyó las manos en el frío mármol del lavabo.

—Gilliam Lancashire... —masculló con una maldición. Se miraba fijamente a los ojos, como si fuera el mismísimo Gilliam el que estuviera frente a él—. Tu querida y hermosa hija va a pagar cada uno de tus pecados —dijo, con una severidad que erizaba el vello de la piel—. Palabra de Liam Lagerfeld —sentenció.

—Gracias por invitarme a la

exposición de Van Gogh —dijo Kristen.

Estaba entusiasmada de encontrarse allí y, sobre todo, con Liam.

—Es un placer —apuntó Liam—. Nadie mejor que tú con quien venir a la *National Gallery*. Está siendo una experiencia de lo más enriquecedora.

—¿Debo de tomarme eso como un cumplido, señor Lagerfeld? —bromeó Kristen, fingiendo un tono formal.

—No tendría que tomárselo de otro modo, señorita Lancashire —explicó Liam en la misma entonación—. O no debería. Nunca he aprendido tanto sobre la vida de los pintores y cuanta anécdota les ha acontecido en ellas como con usted.

Kristen sonrió, halagada.

Liam no mentía. Realmente estaba impresionado. Kristen había vuelto la exposición del gran Vincent van Gogh más interesante, si cabía. La hija de Gilliam Lancashire había hecho un excelso repaso de la vida y obra del virtuoso autor neerlandés, resaltando las decenas de anécdotas que habían rodeado su existencia y que había proporcionado momentos muy divertidos entre ambos.

—¿Ves qué sublimes son las pinceladas? —preguntó Kristen, deteniéndose frente al cuadro de *La habitación de Arles*.

—Y la paleta de colores, tan

llamativos —añadió Liam.

—Es fascinante.

Liam llevaba un rato observando a Kristen. Conocía al dedillo la obra de Van Gogh y, en esos momentos, dentro de la *National Gallery* había cosas más interesantes. Inesperadamente, cogió a Kristen de la mano, la arrastró hasta el recoveco que había a su derecha, la arrinconó contra la pared y con *Los Girasoles* como testigos mudos, la besó. Kristen notó de nuevo aquella sensación cálida que le recorría el cuerpo de la cabeza a los pies.

—Liam, pueden vernos —dijo muerta de vergüenza, sin dejar de mirar a todos lados, nerviosa.

—¿Tú crees? —preguntó Liam divertido y con la misma calma que un buda—. Yo creo que están muy entretenidos viendo los lienzos de Van Gogh.

—Pero si pasa alguien puede vernos... —repitió Kristen tratando de convencerlo, aunque en el fondo le encantaba el descaro y el aplomo con que actuaba Liam.

—Te ves tan hermosa cuando te ruborizas.

—Liam... —lo amonestó Kristen. El comentario la hizo sonrojarse aún más.

—No he podido contenerme —dijo simplemente, haciéndole creer que era un hecho extraordinario.

Quizá eran ciertos los rumores que afirmaban que Liam Lagerfeld era uno de los hombres más apasionados de Londres.

«Dios mío», pensó Kristen.

Liam la había besado dentro de la *National Gallery*, al lado de *Los Girasoles* de Vincent van Gogh, sin preocuparse si les podía ver alguien o no y, por lo que leía en las líneas de su cara, tenía intenciones de volver a besarla. Lo mejor, o lo peor, no lo diferenciaba muy bien, es que a ella tampoco le importaba que los vieran, pese a la época en la que vivían y los estrictos convencionalismos que imponía la sociedad.

Liam se acercó un poco más y la estrechó contra la pared, sin dejar de mirarla a los ojos. Sonrió con visible provocación. Esperó a que Kristen dijera algo. Le gustaba ponerla a prueba, sacarle los colores, llevarla al límite de las situaciones que permitía la recatada sociedad victoriana en que vivían. Pero para su sorpresa, la hija de Gilliam Lancashire no pronunció palabra; permanecía inmóvil, tensa, a la espera. Liam tuvo que reconocer que, para ser mujer, era osada, como él, y eso le impulsó a besarla otra vez.

Kristen se entregó a sus labios suaves y húmedos como lo hizo junto al árbol de *Regent's Park* la primera vez y como

lo había hecho apenas unos minutos antes allí mismo.

CAPÍTULO 17

*Hay amores tan bellos,
que justifican todas las locuras
que hacen cometer.
(Plutarco)*

Anabella paseaba agarrada del brazo de Bryan por el sendero de tierra que

discurría por la orilla del Támesis. Las ramas de los árboles que cercaban el camino aleteaban con la brisa y el sol, perfectamente redondo, se reflejaba sobre la superficie espejada del río como un gran medallón de oro.

—El otro día con las prisas se me olvidó comentártelo... —Anabella giró el rostro y miró a su prometido con ojos llenos de significado—. Ya sé que Liam está... ilusionado con una chica.

Bryan frunció el ceño con cierta alarma en la expresión. Por un momento pensó que alguien había visto a Liam con Leslie Simmons, la cabaretera, se había pensado que era una nueva conquista y le habían ido con el cuento a

Anabella.

—¿Ah, sí? —dijo con precaución en la voz.

—Sí.

Anabella sonrió.

—Las noticias vuelan —señaló Bryan escueto, intentando que fuera Anabella la que desvelara finalmente la identidad de la mujer con la que supuestamente Liam estaba ilusionado.

—Bueno, en este caso no se trata de un chisme —aclaró Anabella—. La fuente es totalmente fidedigna; me lo ha dicho la interesada.

Bryan arqueó una ceja en un gesto interrogativo a medida que avanzaban a paso lento por el estrecho sendero. ¿La

interesada? ¿Acaso su prometida conocía a Leslie Simmons?

—Kristen es muy reservada con sus sentimientos —afirmó finalmente Anabella—, y los temas del amor le dan cierta vergüenza, a pesar de lo pizpireta que es. Pero se le nota que está feliz.

Bryan respiró aliviado al oír el nombre de Kristen salir de los labios de Anabella.

—Kristen... —musitó en un tono de voz apenas audible.

—Se lo sonsaqué el otro día —explicó Anabella mientras hacía girar juguetonamente el parasol entre las manos—. Me enteré de que había vuelto a Londres y fui a verla a su casa.

—No sabía que fueras amiga de Kristen Lancashire —comentó Bryan, apartando unas ramas que salían a su paso a la altura de la cabeza.

—Somos más que amigas —aseveró Anabella, para sorpresa de su prometido—. Kristen y yo somos como hermanas.

«Qué interesante... —pensó Bryan para sí—. A Liam no le vendrá nada mal tener a Anabella de confidente. Aunque ni siquiera ella misma sepa que lo es».

—¿Sois amigas desde pequeñas? —quiso saber Bryan.

—Sí, desde niñas, como Liam y tú —dijo Anabella—. Kristen y yo hemos compartido juegos, secretos y travesuras, junto a Tommy, el hijo del

encargado de los establos del señor Lancashire.

—¿El hijo del encargado de los establos? —preguntó Bryan.

Le resultaba extraño, incluso insólito, que el soberbio y presuntuoso Gilliam Lancashire hubiera permitido que su adorada hija se mezclara con los hijos de los criados.

—Sí —afirmó Anabella, enfatizando la respuesta con una reiterada inclinación de cabeza—. A Gilliam, su padre, no le gustaba nada. Pero a Kristen le daba igual. Se llevaba muy bien con Tommy, y no iba a dejar de ir con él solo porque su padre no quisiera que lo viera —explicó seguidamente,

como si le hubiera leído el pensamiento a Bryan.

—Siempre he creído que Kristen Lancashire era una persona timorata y apocada... obediente.

—¿Kristen? —repitió Anabella elevando las cejas castañas—. ¡Qué va! Amaba a su padre por encima de todo, y su padre la amaba a ella. Pero no tenía ningún reparo en desobedecerlo, sobre todo en las cosas que Kristen veía absurdas o injustas. Y la diferencia de clases siempre era una de ellas. Recuerdo que al señor Lancashire le llevaban los demonios cada vez que la sorprendía jugando con Tommy. La reprendía contantemente por ello. Sin

embargo a Kristen le daba igual. Ella ha roto con cualquier convencionalismo de los que la sociedad nos impone a las mujeres.

Bryan la escuchaba atentamente, sin perder ningún detalle. Cualquier información o dato que pudiera facilitar a Liam de Kristen Lancashire seguro que sería beneficioso para su plan. La información era poder, si se le sabía sacar provecho.

—¿Por qué dices eso? —dijo, para que Anabella continuara hablando.

—Al poco tiempo de morir su madre, con solo trece años, viajó sola hasta España. Ha vivido en Madrid durante siete y se ha sacado el título de

magisterio por encima de los que aseveran que estudiar es cosa de hombres, como mi padre, por ejemplo, que me impidió cursar enfermería.

—Conoces la sociedad en que vivimos... —intervino Bryan con resignación.

—La conozco, sí. Y por eso mismo admiro a Kristen —concluyó Anabella.

—Entonces... —comenzó a tantear Bryan—. ¿Te ha contado que se está viendo con Liam?

—Sí, y además se la ve muy ilusionada con él. Le brillan los ojos cuando pronuncia su nombre —dijo Anabella, curvando los labios en una sonrisa al recordar la expresión de

entusiasmo de Kristen—. Es el primer hombre con el que está —añadió.

Se soltó del brazo de Bryan, se detuvo y lo miró con seriedad por debajo del ala del sombrero que llevaba puesto. La corriente de agua del Támesis se mecía silenciosa detrás de ellos. Solo el trino de algún pájaro rompía el mutismo que reinaba en el lugar.

—Liam tendrá que vérselas conmigo si le hace daño —dijo Anabella, moviendo amenazadoramente el dedo índice de un lado a otro—. Así que espero que sus intenciones con ella sean nobles.

—Lo son. Te aseguro que son las intenciones más nobles —se adelantó a

decir Bryan. Anabella agarró su brazo y ambos emprendieron de nuevo la marcha —. Liam se quedó muy impactado con Kristen en la fiesta del senador MacLean.

—Sí, Kristen me dijo que fue allí donde se conocieron —corroboró Anabella—. No me extraña que Liam se quedara impactado. Kristen es un bellezón.

—Liam está muy interesado en ella. Muy interesado —repitió Bryan, enfatizando conscientemente cada palabra—. Él mismo me lo ha dicho. Tanto es así, que no creo que se demore mucho en pedir su mano.

Bryan miró a Anabella de reojo y

esperó unos segundos a que sus palabras calaran en ella. Anabella giró la cabeza hacia su prometido. En la expresión de su rostro había un incontenido asombro.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio.

—Dios mío... —musitó Anabella.

Una sonrisa mezcla de perplejidad y alegría asomó a sus labios.

—Y yo, como su mejor amigo, le he aconsejado que se dé prisa en pedirle matrimonio. —Anabella frunció el ceño—. Kristen acaba de llegar a Londres y, como tú misma has dicho, es un bellezón. Dentro de unas semanas, va a tener una legión de pretendientes asediando la puerta de su casa —arguyó

Bryan.

—En eso tienes razón —concedió Anabella.

—A Liam le gusta, le gusta mucho. Me lo ha confesado. Y sé que sus sentimientos son sinceros —afirmó Bryan, tratando por todos los medios de sonar convincente—. No sé que le ha hecho exactamente Kristen, pero le ha calado hondo.

—Kristen se va a morir cuando le cuente lo que me estás diciendo —apuntó ingenuamente Anabelle, ignorando cuáles eran en ese asunto las verdaderas pretensiones de su prometido.

Bryan no le instó en ningún momento a

que no lo hiciera. Todo lo contrario. A Liam le convenía que Kristen supiera de boca de su mejor amiga lo que pensaba de ella y las intenciones que tenía. Así conseguiría que la historia se acelerara. Quizá antes de lo que el mismo Liam creyera, estaba casado con Kristen Lancashire y podría llevar a cabo su ansiada vendetta.

El sendero terminó en una enorme escalera de piedra rodeada de arbustos, que se abría a un largo y hermoso paseo que seguía el curso del Támesis por arriba. Anabella y Bryan ascendieron por ella.

—¿Te apetece que vayamos al *Delicatessen* a tomarnos un refresco? —

preguntó Bryan cuando coronaron la escalinata y Londres se desplegó de nuevo ante ellos.

—Sí —respondió Anabella—. Me parece una idea estupenda. Pero antes quiero que me des un beso —le pidió a Bryan haciendo un mohín mimoso con la boca.

Bryan se acercó, solícito y sonriente, la aferró por la cintura y la besó. Le gustaba cuando Anabella se ponía mimosa. Anabella levantó los brazos, le rodeó el cuello y con las manos, lo atrajo más hacia a ella, alagando el beso un poco más.

CAPÍTULO 18

*No ser amados es una simple
desventura;
la verdadera desgracia es no amar.
(Albert Camus)*

Liam apuraba el vaso de whisky mientras sostenía en la mano la nota de

embargo que pesaba sobre la mansión de los Lancashire. Observaba el papel fijamente, repasando con los ojos entornados cada una de las palabras escritas en él.

Se haría con la casa a cualquier precio. Estaba dispuesto a pagar la cantidad que fuera necesaria con tal de hacerse con ella, de ser el nuevo propietario. ¿Quién se lo iba a decir? Quién le iba a decir que un día él sería el dueño de la casa que perteneció durante décadas a la familia Lancashire. Una de las más acaudaladas y poderosas del país, y de las más arrogantes y desdeñosas también.

Si algo caracterizaba a sus miembros

era esa soberbia y esa suficiencia que parecían congénitas. Le había sorprendido que Kristen no fuera así, y a ciencia cierta no lo era. Desde luego había salido a Milena, su madre, más humilde y sencilla. Pero poco importaba cómo fuera Kristen a esas alturas; pagaría igualmente por lo que Gilliam Lancashire le había hecho a su padre, a su madre, a él mismo.

Gilliam Lancashire, con su soberbia y su odio desmedido, había destrozado a su familia. Se las había ingeniado para que la fábrica de Bernard Lagerfeld se viniera silenciosamente abajo, le había hecho un préstamo avalado por la mansión, a sabiendas de que no podría

pagarlo y, finalmente, le había embargado. Todo estaba urdido desde el principio a sangre fría. Con la misma sangre fría con la que Liam iba a vengarse. Lo había jurado quince años atrás sobre la tumba de su padre, con el corazón lleno de dolor y tristeza y las lágrimas surcando sus tiernas mejillas.

—Pobre Kristen... —dijo con mordacidad a media voz, mientras daba el último trago de whisky y miraba la nota de embargo de la mansión Lancashire con una fijeza obsesiva. Liam estaba lejos de sentir algún tipo de empatía por Kristen. Tenía el alma demasiado envenenada como para compadecerse de la hija de Gilliam

Lancashire—. Es una pena que tengas que expiar los aberrantes pecados que cometió tu padre contra mi familia. Pero así es la vida —sentenció.

Dejó el vaso encima del escritorio y miró la hora. Eran casi las nueve. En ese momento tocaron a la puerta de su despacho.

—Adelante —dijo.

—El señor Cooper lo espera abajo, señor —anunció el mayordomo. Un hombre de mediana edad, con el pelo canoso y una expresión de extrema formalidad en el rostro.

—Gracias. Dígale que enseguida bajo.

—Sí, señor.

El mayordomo hizo una reverencia y se marchó. Liam guardó la nota de embargo en la carpeta de cuero negro que había abierta sobre su escritorio y se levantó. Había quedado con Bryan para cenar. Esa misma tarde su amigo le había mandado un mensaje diciendo que tenía que contarle algo, al parecer muy interesante, sobre Kristen. Liam no podía negar que le picaba la curiosidad. Apagó las luces y salió del despacho.

—Querido amigo... —saludó Bryan.

—Te noto muy contento —dijo Liam a medida que bajaba los peldaños de la escalinata.

—No es para menos. Te traigo unas noticias que creo que te van a gustar —

dijo, guiñándole cómplice un ojo.

—La verdad es que desde que he recibido tu mensaje me tienes en ascuas —comentó Liam cuando llegó al pie de la escalera. Liam le dio unas palmaditas en la espalda a Bryan a modo de bienvenida—. ¿Qué es eso tan interesante que tienes que contarme?

—La cena está servida —anunció el mayordomo.

—¿Qué te parece si mejor te lo cuento mientras cenamos? —preguntó Bryan a Liam.

Liam asintió y le cedió el paso al comedor.

—¿A qué no sabes quién es la mejor amiga de tu querida Caperucita? —dijo

Bryan en tono misterioso, al tiempo que partía un trozo del delicioso bistec que había preparado la cocinera.

—No —respondió Liam—. Pero apuesto a que tú sí.

—Por supuesto —afirmó Bryan, haciéndose el interesante. Liam esperaba impaciente. Pero de nada le serviría meter prisa a su amigo. Bryan necesitaba de vez en cuando recrearse en su faceta teatral—. Mi querida Anabella —reveló finalmente.

Liam elevó las cejas.

—¿Anabella? —repitió. Su rostro reflejó una expresión entre sorprendido y jubiloso.

—Anabella.

—Esa sí que es una maravillosa casualidad... y favorecedora.

—Eso mismo he pensado yo —afirmó Bryan, llevándose el trozo de carne a la boca.

—¿Y qué te ha contado Anabella de Kristen?

Bryan terminó de masticar el bocado que tenía entre los dientes, se limpió los labios con la servilleta y respondió a su amigo:

—Que tienes a Caperucita a punto de caramelo. —Las palabras de Bryan hicieron sonreír a Liam con una brizna de malicia—. Kristen le ha contado a Anabella que se está viendo contigo, y según Anabella, está muy ilusionada.

Dice que le brillan los ojos cuando habla de ti. En definitiva: que le gustas.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso —dijo con cierta burla.

—Puedo imaginármelo —aseguró Bryan. Liam cogió la copa de vino blanco con un movimiento elegante, reclinó la espalda en la silla y bebió lentamente—. Le comenté a Anabella que tú estabas interesadísimo en Kristen y le adelanté que no te demorarías mucho en pedir su mano.

Liam alzó los ojos y miró a Bryan por encima del borde de la copa.

—¿Y qué dijo Anabella? —preguntó, curioso y expectante al mismo tiempo.

—Huelga decir que mi prometida es

lo primero que le va a contar a Caperucita en cuanto la vea.

—Esa es la intención...

—Exacto. Esa es la intención. Por eso se lo comenté —apuntó Bryan. Tomó en la mano su copa de vino y dio un trago—. Dijo que Kristen se moriría cuando lo supiera.

—Pues espero que no se muera —apuntó Liam, sarcástico—. La quiero vivita y coleando.

—Y vivita y coleando la tendrás, y enamorada. Como te he dicho antes, tu caperucita está a punto de caramelo.

Liam partió un trozo de carne.

—De todas formas, no estará de más que me asegure que será conmigo con

quien se casa —dijo. Se metió el pedazo de bistec en la boca y lo masticó.

Bryan dejó su bocado a medio camino, pinchado en el tenedor.

—¿A qué te refieres?

—Voy hablar con Scott Russell, el padrastro de Kristen.

—¿Para qué? —preguntó extrañado Bryan, con el pedazo de carne todavía en el aire.

—Para que presione a Kristen —respondió Liam—. No creo que a Scott le haya hecho mucha gracia el regreso de su hijastra, porque ahora tiene que rendirle cuentas, literalmente. Y las cuentas están prácticamente en números rojos. Eso implica que Scott Russel va a

tener que darle muchas explicaciones. Lo más conveniente, y es lo que voy a tratar de hacerle ver, es que se la quite de en medio cuanto antes, y nada mejor que con un buen casamiento.

—No está mal pensado —señaló Bryan, reflexionando sobre ello. Finalmente se metió en la boca el trozo de bistec—. Nada mal. ¿Y cuándo vas a hablar con él? —quiso saber, al tiempo que masticaba.

—Mañana, sin falta. Es asiduo a la taberna del *Viejo Sabio* —dijo Liam—. Por lo que me han informado, rara es la tarde que no está allí jugando a las cartas. Evidentemente, no puedo ir a la mansión de los Lancashire a hablar con

él, pero sí puedo verlo en la taberna.

—Es lo mejor. De eso modo, te vas a asegurar de que Caperucita te dé el «sí, quiero».

Liam cogió la copa, se la acercó a los labios y dio un trago de vino.

—Incluso estoy dispuesto a ofrecerle dinero, si me sale con remilgos — afirmó.

—Lo dudo —se adelantó a decir Bryan, optimista—. Scott Russell no parece un hombre precisamente remilgoso, y menos en asuntos de dinero, y menos si está en números rojos. Y lo está, solo hay que ver la nota de embargo que pesa sobre la mansión de los Lancashire.

—Yo tampoco creo que haya problema con él. Pero es bueno contar con planes alternativos por si alguno no sale bien —comentó Liam.

—Y tú has pensado en todos —afirmó Bryan, blandiendo una sonrisa en la boca—. Tu Caperucita no tiene escapatoria, Lobo Feroz.

Liam miró a su amigo significativamente. No, no tenía escapatoria.

CAPÍTULO 19

*El amor es una pieza de teatro
en la que los actos son muy cortos,
y los entreactos muy largos.
¿Cómo llenar los intermedios
sino mediante el ingenio?
(Ninon de l'Enclos)*

El sol brillaba en lo alto del cielo y emitía un halo de luz que barnizaba las fachadas de los monumentos de Londres de oro líquido. El Palacio de *Buckingham*, la Abadía de *Westminster*, la Iglesia de *Saint Martin*, o la Catedral de *Saint Paul*, parecían estar bañados en una solución dorada que arrancaba un centenar de destellos a las piedras.

Las aguas del Támesis formaban una superficie acerada. Un espejo que reflejaba perfectamente cada una de las construcciones de la ciudad.

Liam dejó atrás *Trafalgar Square* y tomó *Whitehall*. Alzó la vista y observó el imponente reloj del Big Ben. Las largas manecillas señalaban

rigurosamente las cuatro en punto de la tarde. Giró a la izquierda para coger *Vauxhall Bridge Road* y alargó los pasos hasta la conocida taberna del *Viejo Sabio*, situada en esa misma calle.

El lugar era un espacio amplio y relativamente limpio. Los suelos y las mesas eran de madera tipo escocés. Las paredes mostraban una excelsa y cuidada colección de artilugios marineros, compuesta de timones, anclas, redes de pescar, cuerdas con un millar de nudos y un largo etcétera más fijados con clavos. En el aire flotaba una mezcla de alcohol, humo de tabaco y un desinfectante que parecía que habían vertido a granel.

Liam abrió la puerta. Se detuvo en el umbral y la mirada repasó el perímetro de la taberna tratando de localizar a Scott Russell. Los ojos verdes se toparon con su figura sentada en una de las mesas cuadradas con bancos de madera del fondo, bajo la ventana del tragaluz.

—Ha habido suerte —siseó para sí mientras avanzaba hacia él.

Scott levantó la vista del solitario de cartas que estaba haciendo cuando lo vio llegar.

—¿Puedo? —preguntó Liam.

Scott dio una calada a la pipa y lo invitó a sentarse con un gesto de la mano.

—Gracias —dijo Liam.

El tabernero, un tipo tosco y calvo, con rasgos de ave carroñera, se acercó a la mesa al mismo tiempo que se secaba las enormes manos con el delantal.

—Un whisky para mí y sírvale al señor Russell otro vaso de lo que estuviera tomando, por favor —se adelantó a pedir Liam.

El tabernero dio media vuelta en silencio y se metió detrás de la barra para preparar las bebidas. A su espalda, decenas de botellas de licor se extendían perfectamente organizadas a lo largo de varias repisas.

—¿A qué le debo el honor? —dijo Scott en tono seco, hablando por

primera vez.

—A Kristen —respondió concisamente Liam, sin ningún tipo de ambigüedades.

Scott afirmó ligeramente con la cabeza.

—Me lo imaginaba... —dijo, sin dejar de hacer el solitario que había empezado unos minutos antes de que Liam lo abordara—. Sé que la otra tarde quedó con usted.

—¿Le supone algún problema? —preguntó directamente Liam.

Scott apuró la copa de absenta.

—Ninguno —afirmó.

El camarero dejó las consumiciones sobre la mesa con una mirada rapaz y

acompañado del mismo silencio con el que se había ido.

—No voy a andar con rodeos, señor Russell —comenzó a decir Liam—. Creo que a ninguno de los dos nos gusta perder el tiempo, así que voy a ir directamente al grano. Quiero casarme con su hijastra.

—¿No cree que va un poco rápido, señor Lagerfeld? —preguntó Scott, sin dejar en ningún momento de prestar atención a las cartas.

—Con algunas mujeres hay que darse prisa —respondió Liam con aplomo—. Antes de que otro hombre se adelante. Es... algo así como una carrera. No es difícil adivinar que el regreso de

Kristen ha de haber revolucionado el panorama de solteros de la ciudad. Pronto van a comenzar a acumularse las peticiones de mano. Los hombres más acaudalados de la ciudad revolotearán a su alrededor como moscas en torno a una jarra de miel. ¿Me equivoco?

—En absoluto —afirmó Scott.

—Entonces, entenderá el porqué de mi premura —dijo Liam.

—La entiendo. Mi hijastra es uno de los mejores partidos de Londres.

Liam sonrió sutilmente. Un viso de mordacidad se delineó en sus labios mientras jugueteaba con el contenido del vaso.

—No creo que se refiera a dinero —
apuntó Liam sin deshacer la sonrisa—.
Tal vez soy el único que, aun
conociendo las circunstancias
económicas por las que atraviesa el
patrimonio que le legó Milena
Lancashire, sigue queriendo casarse con
Kristen.

Liam asió el vaso de whisky, se lo
acercó a la boca y bebió un trago largo.
Scott paró en seco de hacer el solitario,
levantó los ojos y los clavó en el
hombre que estaba sentado frente a él.
En la expresión de su rostro había un
irreverente aire de suficiencia que no
había visto al principio.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó.

De pronto se sintió amenazado.

—Ya se lo he dicho: casarme con su hijastra.

—¿Y qué más?

La voz de Scott había adquirido un claro tono de gravedad.

—Que le sugiera, la aconseje, la persuada... la presione para que acepte mi propuesta de matrimonio —propuso Liam.

—¿De qué modo podría hacerlo? —dijo Scott, que ya se había olvidado por completo del solitario y de las cartas—. Kristen no se va a dejar convencer...

—No tiene que convencerla de que se case conmigo —cortó Liam—. De eso ya me encargo yo. Lo que quiero es que

la presione para que me acepte cuanto antes. Scott cogió el vaso de absenta y se lo bebió de un trago—. Me conviene a mí y le conviene a usted —continuó Liam—. Conozco a Kristen lo suficiente para saber que no tardará mucho en pedirle que le muestre la contabilidad de la fábrica y las cuentas de los gastos de la mansión, si no lo ha hecho ya...

Scott solo necesitó un segundo para saber que Liam tenía razón. Kristen no lo pasaría por alto. Ella no. Estaba seguro de que revisaría las cuentas de un lado y de otro y entonces se daría de bruces con la penosa situación económica en que se encontraba el patrimonio familiar.

—¿Por qué debería acceder a su petición? —preguntó—. Sir Roger Sullivan también desea casarse con Kristen.

Liam dio otro trago de whisky, descansó el vaso sobre la superficie desgastada de madera y trazó media sonrisa de suficiencia en el rostro.

—¿Sabe Sir Roger Sullivan que Kristen Lancashire no tiene un penique? —espetó a Scott—. Dígame... ¿lo sabe? ¿Le ha informado de que usted la ha dejado prácticamente en la ruina?, ¿que se ha lapidado toda su fortuna en los años en que ha estado viviendo en España?

Scott dio un puñetazo sobre la mesa.

Varias personas se sobresaltaron, giraron la cabeza y lo miraron.

—No le voy a permitir que hable así de mí —masculló entre dientes. Los ojos, que se clavaban como puñales en Liam, destellaban furia.

—Sí que me lo va a permitir — interrumpió de golpe Liam, sosteniéndole la mirada sin inmutarse ni demudar la expresión impasible que había dibujada en su rostro—. Me lo va a permitir porque sabe que lo que estoy diciendo es cierto.

Scott echó un vistazo a su alrededor con las mandíbulas apretadas. La gente aún le observaba. Incluso el camarero, que estaba secando jarras tras el

mostrador, tenía los ojos clavados en él. Respiró hondo y trató de tranquilizarse.

—Está bien... —capituló al fin.

Bien pensado, ¿qué más daba con quién se casara Kristen Lancashire? A él le era indiferente, y las razones por las que Sir Roger Sullivan, Liam Lagerfeld, o cualquier otro quisieran que fuera su esposa, también. Eso era problema de ellos y, en todo caso, de su hijastra, pero no suyo. Él de lo único que tenía que preocuparse es de que Kristen no se enterara del modo en que había acabado con la fortuna de su padre. Y lo mejor era casándola. Con quien fuera.

—¿Qué quiere que haga? —le preguntó Scott a Liam en tono

confidencial.

Liam, por su parte, había estado dando vueltas en su mente a una idea de última hora.

—Me alegro de que esté de mi parte —dijo. Scott intuyó que ese era el precio que tenía que pagar por el silencio del hijo de Bernard Lagerfeld. Liam se echó hacia adelante—. Quiero que obligue a Kristen a casarse con Sir Roger Sullivan.

Scott frunció el ceño con gravedad y sacudió la cabeza. Estaba totalmente confundido con la nueva petición de Liam.

—¿Qué?

—Haga lo que le pido —dijo Liam,

sin dar más explicaciones—. Coméntele que Sir Roger va a pedir su mano y que usted, como su tutor legal, está dispuesto a concedérsela.

—No entiendo qué pretende...

—No necesito que usted entienda qué pretendo. Solo que haga lo que le pido.

—Liam hablaba de forma rotunda.

Un silencio espeso y ciertamente hostil cayó sobre ellos.

—Como quiera —concedió Scott de mala gana unos segundos después.

—Bien... —Liam echó la silla hacia atrás y se levantó—. Ahora, si me disculpa... Tengo que irme —dijo en tono cordial. Ya no tenía que hacer nada más allí—. Sacó unas cuantas monedas

del bolsillo de la librea y las dejó encima de la mesa. Antes de irse, se volvió por última vez hacia Scott y le dijo—: Ah, vaya empezando a mirar un traje bonito. Dentro de poco va a tener que llevar a su hijastra al altar.

Scott lo miró desconcertado. Liam sonrió con ese gesto tenue de la boca que parecía burlar el mundo.

CAPÍTULO 20

*No pido mucho:
un olvido a prueba de caricias.
(Andy Escárcega)*

Kristen salió de la biblioteca, el santuario donde las horas pasaban etéreas como un suspiro, cruzó la

galería, bajó las escaleras con la elegancia innata que poseía y enfiló los pasos directamente hacia el salón, acompañada del sonido tenue que la pesada tela del vestido producía contra el suelo. Cuando entró, la luz que emitía la centenaria lámpara de araña iluminaba todo con un resplandor acaramelado. Un reloj envejecido por el tiempo repiqueteaba las nueve en punto como banda sonora de fondo en algún punto indeterminado de la casa. La noche estaba sorprendentemente serena, o quizá era Kristen que se sentía así.

—Buenas noches —saludó con sencilla deferencia.

—Buenas noches —respondió Scott

en tono seco.

Se encontraba sentado con semblante adusto en uno de los extremos de la alargada y ornamentada mesa de roble situada en medio de la estancia. Kristen se dirigió hacia donde estaba su padrastro y se sentó a su derecha. Casi seguidamente detrás de ella, entró Bertha portando una gran sopera en las manos.

—Buenas noches, nana —dijo Kristen, con su siempre acostumbrada amabilidad.

—Buenas noches, mi niña —dijo Bertha, brindándole una sonrisa cómplice.

Apoyó la vasija en la mesa y comenzó

a servir en silencio. A Scott no le gustaba que hablara mientras servía, y el ama de llaves acataba sus disposiciones con un rigor aristocrático.

Kristen cogió la cuchara, la llenó de sopa y se la llevó a la boca mientras Bertha abandonaba el salón.

—Mañana me gustaría ir a la fábrica —comentó, limpiándose las comisuras de los labios con la servilleta.

—¿Y tiene que ser precisamente mañana? —preguntó Scott de mala gana.

Kristen se dio cuenta de que su padrastro tenía un humor de perros; más del que ya gastaba habitualmente.

—Bueno... no necesariamente tiene que ser mañana. Pero me gustaría hacer

una visita los próximos días. Quiero ver cómo están las instalaciones, cómo se encuentran los empleados...

A Scott le molestaba sobremanera aquel interés que Kristen mostraba hacia la fábrica. ¿Por qué no podía sentarse al lado de una ventana a bordar y a cotillear con sus amigas sobre los chismes del momento, como hacían el resto de mujeres?, pensó con denotado fastidio.

—Quiero hablar contigo —anunció Scott sin prestarle más atención a la petición de Kristen.

—Usted dirá...

—¿Te acuerdas de Sir Roger Sullivan?

Kristen hizo memoria. Sir Roger Sullivan era un hombre de mediana edad de rasgos afilados y elegantes y porte distinguido, con una barba sembrada de hebras plateadas, cortada cuidadosamente con método.

—Sí. Recuerdo haberlo visto alguna vez en el despacho de mi padre —contestó.

—Está muy interesado en ti —dijo Scott—. Quiere pedir tu mano, y yo estoy de acuerdo en entregársela. Ya tienes edad de desposarte y Sir Roger Sullivan será un buen esposo.

Kristen levantó los intensos ojos azules y miró fijamente a su padrastro, incrédula. El rostro le demudó en menos

de lo que dura un latido en una expresión mezcla de sorpresa y estupefacción.

—No voy a casarme con Sir Roger Sullivan —replicó contundentemente, dejando la cuchara sobre el plato.

—No veo por qué no.

—Porque podría ser mi padre —cortó Kristen—. Y porque no lo amo —añadió como algo evidente—. Ni siquiera lo conozco...

—El amor vendrá después, no te preocupes —alegó Scott como si fuera el hombre más sabio del mundo.

—¿Después?

Kristen no daba crédito a lo que le estaba proponiendo su padrastro.

—Sí, después —volvió a decir Scott—. Con el tiempo... Como sucede en todos los matrimonios. El amor es una emoción tan voluble que es mejor no tenerla en cuenta.

—Me da igual lo voluble o no que sea el amor. No voy a casarme con alguien a quien no amo —insistió Kristen con terquedad.

Scott frunció el ceño con gesto grave.

—Te recuerdo que soy tu tutor legal... —dijo, dejando la frase suspendida en el aire.

Kristen entornó los ojos. En ellos había una nota de aprensión.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó.

—Que te desposarás con Sir Roger Sullivan si así lo dispongo —aseguró Scott—. Es un hombre honorable; culto, comprometido, trabajador y ha conseguido amasar una importante fortuna.

Kristen negó con la cabeza obstinadamente.

—Lo siento. Pero ya le he dicho que no voy a casarme con Sir Roger Sullivan, por muy honorable, culto, comprometido y trabajador que sea, o por todo el dinero que tenga. Antes me meto monja —añadió, tirando la servilleta al lado del plato.

—¡Deja de comportarte como...! —comenzó Scott.

Pero Kristen ya se había levantado de la mesa, interrumpiendo la exclamación de su padrastro. No estaba dispuesta a seguir escuchándolo más tiempo.

—Estoy seguro de que tu padre estaría de acuerdo en desposarte con él.

Kristen lanzó un suspiro al aire, exasperada.

—Mi padre jamás hubiera consentido que me casara con un hombre al que no amara.

—Yo no estoy tan convencido de eso —apuntó Scott con una nota de malicia en la voz.

Kristen lo fulminó con la mirada.

—Tú no conocías a mi padre...

«Sí, sí que lo conocía. Más de lo que

te imaginas... —rumió Scott para sus adentros—. Todo Londres conocía bien a Gilliam Lancashire y sabía lo implacable que era con sus enemigos».

—Sir Roger Sullivan... —comenzó a decir Scott de nuevo, hablando en alto.

—Sir Roger Sullivan puede quedarse con su petición de mano ahí dónde se encuentre —espetó Kristen sumamente enfadada.

Instantes después dio por terminada la conversación dándose media vuelta. Bufó. Se subió ligeramente la falda del vestido y se marchó del salón a grandes zancadas.

Scott giró la cabeza con un movimiento de indiferencia cuando

Kristen desapareció de su vista, cogió la cuchara lánguidamente y se dispuso a cenar como si no hubiera pasado nada. Ya había cumplido con su parte, como le había pedido Liam Lagerfeld. No entendía del todo qué pretendía ese hombre obligando a su hijastra a casarse con Sir Roger Sullivan. Era una de esas cosas incomprensibles que no alcanzaba a explicarse. Pero fuera por la razón que fuera, no era asunto suyo.

CAPÍTULO 21

*En asuntos de amor,
los locos son los que tienen más
experiencia.*

*De amor no preguntes nunca a los
cuerdos;*

*los cuerdos aman cuerdamente,
que es como no haber amado nunca.*

(Jacinto Benavente)

Bertha salió de la cocina con una bandeja llena de filetes con verduras. Cuando se dirigía al comedor, vio a Kristen atravesar la galería con semblante palpablemente molesto. Llamó a Lucy, una de las criadas, y enseguida le encargó que sirviera el segundo plato al señor Scott, para ir tras los pasos de su niña.

El portazo que Kristen dio a la puerta le hizo pensar que definitivamente algo no había ido bien con su padrastro. Scott era tan difícil de llevar, pensó mientras se avanzaba hacia la habitación. Cuando entró, Kristen trataba de contener las

lágrimas en los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el ama de llaves.

—He discutido con Scott

—¿Por qué?

—Sir Roger Sullivan quiere pedir mi mano y Scott está más que dispuesto a dar su beneplácito para que me despose con él —respondió Kristen, dando vueltas de un lado a otro de la estancia.

—¿Cómo?

Bertha frunció el ceño con cierta incredulidad.

—Como lo oyes.

—¿Y con qué derecho va a conceder tu mano a Sir Roger sin tu consentimiento? —dijo.

—Desde que murió mi madre es mi tutor legal. Eso le da oficialmente derecho a tomar decisiones por mí. Entre ellas, desposarme con quién le plazca —respondió Kristen. Se giró hacia Bertha. En los ojos azules podía advertirse un viso de angustia—. No quiero casarme con Sir Roger —dijo—. No lo amo; ni siquiera lo conozco, nana. ¿Cómo me voy a casar con un hombre al que no conozco? ¿Al que no he tratado? ¿Al que solo he visto un par de veces en el despacho de mi padre cuando era niña? —Hizo una pausa en su batería de preguntas—. Además, está Liam...

—Cálmate, mi niña —dijo Bertha, acariciando cariñosamente el rostro de

Kristen.

—Nana, ¿qué va a pasar con Liam si me caso con Sir Roger Sullivan? — Kristen sacudió la cabeza enérgicamente. No quería pararse a pensarlo—. Dios mío, ¿qué voy a hacer? —De pronto comenzó a sentir el calor y la suavidad de los besos de Liam sobre sus labios—. ¿Qué voy a hacer? —musitó como si estuviera ausente. Se pasó la mano por la frente, aturdida.

Ahora que la posibilidad de perder para siempre a Liam se volvía cierta con la inminente petición de mano de Sir Roger Sullivan, Kristen se daba cuenta de que ese hombre le gustaba mucho más de lo que ella misma se imaginaba. El

corazón se llenó de desasosiego.

—Habrá algo que puedas hacer para no contraer matrimonio con Sir Roger —dijo Bertha, intentando dar algún tipo de esperanza a su niña, a la que veía llena de angustia. Kristen la mir  con expresión pesimista.

—Meterme monja —afirmó en tono serio.

—Tiene que haber una solución menos extrema —arguyó el ama de llaves.

—No entiendo por qué Scott asume ahora un papel de supuesto padre cuando nunca antes lo ha hecho —se preguntó Kristen, mordiéndose nerviosamente el labio inferior. Se giró y se aproximó con paso ligero a la

ventana. Al otro lado, un manto de sombras cubría Londres y exhalaba un lienzo en el cielo que a Kristen se le antojó en esos momentos demasiado oscuro, demasiado lóbrego—. Jamás me ha tratado como a una hija, ni como a la hija de su mujer —dijo mientras observaba el jardín empapado de negrura a través de los cristales—. Jamás ha sentido apego o cariño filial por mí. Cuando falleció mi madre le fue indiferente si yo me iba a España a vivir o no. —Suspiró—. Creo que incluso quería que me fuese. Así podía disponer a voluntad de la fortuna que mi padre le heredó a mi madre.

—Ya sabes lo que yo pienso al

respecto... —intervino Bertha
cautelosamente.

—Sí, lo sé. Siempre has pensado lo
que me estoy atreviendo a decir ahora.

—No debiste irte —confesó el ama de
llaves en un arranque de sinceridad.

—Tuve que hacerlo, nana —alegó
Kristen con nostalgia—. Tuve que
huir...

—Perdóname —dijo Bertha de pronto
—. A veces se me olvida que solo tenías
trece años. Solo eras una niña...

—No tiene importancia, nana —dijo
Kristen, de espaldas a ella.

Kristen contempló el reflejo que le
devolvía el cristal de su imagen.
Instantes después le pareció ver su

propio rostro siete años atrás. Los ojos enrojecidos por el llanto, la expresión colmada de tristeza... La noche antes de partir hacia España la había pasado acurrucada en la cama, llorando como una Magdalena, sin consuelo. Su madre, a la que adoraba, hacía un par de días que había muerto, dejándola absolutamente sola, y su padrastro únicamente la veía —soportaba, más bien— como un estorbo. Y lo peor es que ella, con solo trece tiernos años, era consciente de ello.

La única salida que encontró fue marcharse lejos y, en cierto modo, desaparecer. Abandonar Londres, su casa, sus amigos y los recuerdos que le

asolaban el alma —pese al dolor que eso le causó—, e irse a Madrid. Una prima de su madre, Mercedes, que vivía en la capital, se había ocupado de todo lo referente al viaje y a la inscripción en el nuevo colegio al que iba a asistir.

—No lo entiendo... —murmuró Kristen, poniendo voz al diálogo interior que tenía con ella misma y rompiendo el silencio.

—No le des vueltas a ese asunto. No te preguntes por qué sí o por qué no —le aconsejó Bertha con actitud maternal. Le dolía profundamente ver sufrir a Kristen de aquella manera—. Ya sabes cómo es Scott. No es nada personal contra ti. Él es así con todo el mundo.

Kristen se dio la vuelta.

—Sé que es así con todo el mundo —
señaló. Los ojos se advertían vidriosos
—. Pero no por eso es menos doloroso.

—Sé que el dolor es el mismo —dijo
Bertha.

El ama de llaves entendía perfectamente el malestar de Kristen. Scott nunca había sido afectuoso con ella, ni siquiera cuando era una niña y se quedó huérfana. A pesar de que Milena le había pedido en su lecho de muerte que cuidara, por favor, de su pequeña.

—Le he dicho que quiero ir a la fábrica; a ver las instalaciones, a los empleados. Ni siquiera me ha hecho caso, nana —se lamentaba Kristen—.

Ha cambiado inmediatamente de tema hablándome de la inoportuna petición de mano de Sir Roger Sullivan.

Chasqueó la lengua, molesta.

—Habla con Liam, mi niña —sugirió Bertha—. Él tiene que saber lo que está sucediendo.

—Sí, tengo que hablar con él —dijo Kristen—. Mañana le enviaré una nota con un mensajero para vernos.

CAPÍTULO 22

*Hay que saber que no existe país
sobre la Tierra,
donde el amor no haya convertido
a los amantes en poetas.
(Voltaire)*

Liam echó un vistazo a los papeles

que descansaban en pila sobre su escritorio y buscó con la mirada una carpeta de tapas de cuero marrón. Cuando la localizó, la extrajo, la abrió y releyó su contenido.

—Creo que va a ser necesario contratar a más personal para la fábrica —le comentó a Bryan—. La demanda ha aumentado de manera considerable y con ella la producción. Los empleados no dan abasto.

—Puedo encargarme de ello —dijo su amigo.

—Sí, por favor —le agradeció Liam—. Pasado mañana viajo a Birmingham. Las piezas que se están exportando de allí no son de la calidad esperada y he

comenzado a recibir quejas. Voy a ir a ver qué sucede y no me podré ocupar de buscar a gente —explicó.

—Despreocúpate —señaló Bryan—. Hablaré con Steve, el capataz. Seguro que conoce a hombres competentes que puedan sacar adelante el trabajo sin dar problemas.

—Entonces lo deajo en tus manos.

Alguien tocó con los nudillos en la puerta de su despacho. Por la forma de llamar Liam supo de inmediato que se trataba de su mayordomo.

—Adelante —dio permiso.

—Un mensajero ha traído esta nota para usted, señor —anunció el mayordomo en tono serio.

El hombre se acercó con pasos protocolarios y entregó un pequeño sobre de pergamino a Liam.

—Gracias.

El mayordomo inclinó la cabeza, se dio la vuelta y desapareció detrás de la puerta.

—¿Raymond es siempre tan formal?

—preguntó Bryan con una brizna de ironía en la voz.

—Le gusta hacer bien su trabajo — respondió Liam, al tiempo que rompía el lacre y obtenía la nota que había en su interior.

Instantes después una sonrisa ladina curvaba la línea de sus labios.

—¿Qué es lo que te divierte tanto? —

curioseó Bryan.

Liam le tendió la nota.

—Caperucita quiere que nos veamos esta tarde —dijo—. Al parecer, le urge decirme algo.

—Ya veo... —dijo Bryan, leyendo la nota detenidamente—. ¿Y sabes qué eso que requiere tanta urgencia?

—Lo imagino —apuntó Liam, recostándose en el respaldo de la silla—. Ayer por la tarde hablé con Scott Russell. Me comentó que Sir Roger Sullivan está interesado en Kristen.

—¿Sir Roger Sullivan? ¿El exportador de carbón?

—El mismo.

—Podría ser su padre —anotó Bryan.

—La diferencia de edad es algo común en los matrimonios de hoy en día —dijo Liam.

—Lo sé. No hay más que echar un vistazo a la buena sociedad londinense —comentó Bryan.

—Scott me dijo que Sir Roger va a pedir la mano de Kristen.

—Ya te advertí que sería cuestión de días que una legión de pretendientes merodearan su puerta y su entrepierna.

—Le exigí a Scott que obligara a Caperucita a casarse con Sir Roger Sullivan —anunció Liam.

Bryan se inclinó hacia adelante con los ojos entornados.

—Si no fuera porque te conozco y sé

que eres de los que les gusta tener todo atado y bien atado, diría que te has vuelto loco.

Liam lanzó al aire una sonora carcajada.

—No te asustes, mi querido amigo — dijo—. Por supuesto que está todo atado y bien atado. Obligar a Caperucita a casarse con Sir Roger Sullivan la va a lanzar directamente a mis brazos.

—Pero, no lo entiendo... ¿Cómo?

Bryan estaba desconcertado.

—El único modo de que Kristen no se despose con el viejo Sir es casándose conmigo —le explicó Liam a su confuso amigo—. Es la solución que le propondré cuando me cuente su...

urgencia —añadió, señalando con la barbilla la nota que Bryan aún sostenía en las manos.

A Bryan se le iluminó de pronto el rostro.

—Es tan retorcido como bueno —afirmó.

—En un par de meses estaré casado con Kristen Lancashire —aseveró Liam.

—¿Quién hubiera dicho que Sir Roger Sullivan sería tan oportuno con su petición de mano?

—Quién lo hubiera dicho, ¿verdad? —repitió Liam—. Kristen jamás se desposaría con él. Es demasiado rebelde, incluso demasiado romántica —dijo con cierto desdén—, para

resignarse a formar parte de un matrimonio con un hombre al que no ama.

—En ese sentido, Anabella es igual —comentó Bryan—. Recuerdo que su padre andaba para prometerla con Jeff McGregor, el prestamista, treinta y dos años mayor que ella. Y la hubiera casado con él de no ser porque vio que mi patrimonio era más generoso que el suyo.

Liam curvó las cejas. Había determinados convencionalismos en la sociedad a los que uno tenía que terminar resignándose. Los matrimonios de conveniencia, donde lo primordial era el dinero y no el amor, era uno de

ellos.

—Estoy convencido de que Kristen hará todo lo posible para evitar casarse con Sir Roger Sullivan —aseguró Liam, satisfecho por la manera en que había ido el asunto.

—Y sugerirle que se prometa contigo, mejor pronto que tarde, se convertirá en la solución más factible...

—Y acertada.

Liam sonrió.

—Te estás condenando al infierno, mi querido amigo —apuntó Bryan.

—¿Tú crees? —bromeó Liam—. Sin duda me encontraré allí a Gilliam Lancashire, y una vez que estemos frente a frente podré ajustarle las cuentas

también a él —dijo. Sus palabras estaban llenas de sarcasmo—. El desgraciado se murió tan pronto que no me dejó más opción que hacerle pagar a su adorada hija lo que le hizo a mi familia.

—¿Qué cara puso Scott Russell cuándo le dijiste que obligara a Caperucita a casarse con Sir Roger Sullivan? —quiso saber Bryan.

—Casi la misma que has puesto tú —apuntó Liam en tono jocoso—. No entendió por qué le exigía algo semejante cuando minutos antes le estaba diciendo que me quería casar con su hijastra.

—La verdad es que en un primer

momento es desconcertante. Pero bien pensada es una idea que tiene todas las posibilidades —aseveró Bryan—. No solo te vas a asegurar de casarte con Kristen, sino de que la boda tenga lugar de manera... inminente. —Hizo una pausa. Sacó del bolsillo de la chaqueta una pitillera plateada, la abrió y cogió un cigarrillo de su interior—. ¿Y cómo se tomó Scott el tono exigente? —Se colocó el cigarro en la boca y lo encendió con una cerilla.

—En un principio me preguntó qué por qué tendría que acceder a mi petición —relató Liam—. Es lógico que mantuviera una actitud defensiva. Pero enseguida le dejé claro que sabía las

circunstancias económicas en que se encontraba y que Kristen pronto empezaría a pedirle cuentas...

—¿Le mencionaste lo del embargo de la mansión?

Bryan exhaló lentamente el humo del tabaco. Hebras grises dibujaron formas imprecisas velando su rostro.

—No. —Liam negó con la cabeza al mismo tiempo que respondía—. Y tampoco que seré yo quien la compre. Eso es un as que me voy a guardar bajo la manga y que voy a sacar en el momento oportuno, o mejor dicho, en el momento menos oportuno...

—Para ellos.

Liam alzó una ceja de modo

elocuente.

—Sí, para ellos.

Bryan dio una calada al cigarrillo y sonrió.

—No hagas esperar más a tu amada —le dijo a Liam, expulsando el humo despacio.

Los labios de Liam se estiraron en un gesto satírico. Tomó un papel, escribió unas cuantas líneas en él, lo introdujo en un sobre y llamó al mayordomo.

—Dígame, señor Lagerfeld.

—Que un mensajero lleve esta nota a la mansión de los Lancashire y que se la entregue personalmente a la señorita Kristen, por favor —ordenó Liam.

—Enseguida —asintió Raymond,

protocolario como siempre. Cogió el pequeño sobre.

—Raymond...

El mayordomo se giró.

—Que le dé la respuesta al mensajero y que me la traiga.

—Sí, señor.

CAPÍTULO 23

*No fuiste antes ni después,
fuiste a tiempo.
(Jaime Sabines)*

Kristen abrió el sobre que le entregó el mensajero y extrajo la respuesta de Liam con cierta ansiedad. Los dedos le

temblaban ligeramente. No había conseguido pegar ojo en toda la noche. El pensamiento de que su padrastro concediera su mano a Sir Roger Sullivan la había atormentado durante las largas horas de insomnio.

Había pasado buena parte de la madrugada con la mirada fija en el reloj situado encima de la cómoda. Era su imaginación, pero en algún momento hubiera jurado que las manecillas giraban de forma invertida, porque le parecía que no avanzaban por la ornamentada esfera de color bronce.

Respiró aliviada cuando Liam la citó bajo la torre del Big Ben a las cinco de la tarde de ese mismo día. Kristen le

había pedido verse, sugiriéndole que no fuera a recogerla a casa. Se encontrarían en algún lugar de la ciudad. Quería evitar problemas con Scott, y si veía que Liam iba a buscarla, lo más probable, pensaba ingenuamente Kristen, es que se creara uno.

Terminó de leer la nota y levantó la vista.

—Dígale al señor Lagerfeld que sí — respondió.

El mensajero asintió conforme.

—Muy bien, se lo diré.

Se dio la vuelta.

—Gracias —agradeció Kristen cuando el muchacho salió por la puerta.

Liam giró la cabeza y echó un vistazo al Big Ben. Las enormes manecillas del reloj registraban con exactitud dos minutos menos de las cinco. Cuando bajó la mirada de nuevo, vio que Kristen Lancashire se dirigía hacia él por *Buckingham Palace Road*. La contempló con detenimiento mientras se acercaba. Llevaba un vestido de seda de color rosa palo elegantemente adornado con brocados blancos. El parasol iba a juego. La prenda se ceñía a su esbelto cuerpo como un guante de seda, perfilando una cinturilla de avispa y unos senos perfectamente

proporcionados. Liam entornó la mirada con aire felino y se preguntó cómo estaría desnuda.

—Seguro que preciosa —siseó en un tono inaudible—. Pronto lo descubriré —se dijo con astucia a sí mismo.

A medida que Kristen avanzaba hacia él y su rostro iba cobrando nitidez, se dio cuenta de que había algo en ella que no tenía nada que ver con las damiselas pálidas y frágiles de la sociedad londinense. Una determinación férrea, algo que se traducía en un claro denuedo y que se reflejaba en cada uno de sus rasgos.

—Buenas tardes —saludó Liam con voz dulce cuando Kristen lo alcanzó. Le

tomó la mano y se la besó delicadamente, como un caballero.

—Buenas tardes —dijo Kristen, sin evitar que aflorase una sonrisa tímida al borde de sus labios.

—¿Sucedo algo grave? —se adelantó a preguntar Liam, fingiendo intranquilidad—. Tu nota me ha dejado muy preocupado.

Kristen lo miró con aprensión en los ojos.

—¿Te apetece dar un paseo por *Hyde Park*? —sugirió.

—Sí, claro. Siempre que sea contigo... —expresó Liam ofreciéndole una mirada seductora.

Kristen volvió a sonreír. Liam

Lagerfeld era tan cautivador...

Hyde Park era junto a *Regent's Park* uno de los pulmones de Londres. Estaba considerado el parque más antiguo de la ciudad y desde que se había abierto oficialmente al público en el siglo XVII había sido testigo de duelos, protestas y centenares de eventos musicales. Así como el escenario del amor y de las promesas que se hacían las miles de parejas que paseaban entre sus verdes senderos, buscando la intimidad de los enamorados.

Kristen y Liam atravesaron una alameda de árboles altos y copas frondosas con paso leve y dejaron atrás una hermosa fuente donde las figuras de

tres querubines expulsaban de sus manos un chorro de agua cristalina. Caminaron en silencio hasta la orilla del *Serpentine*, un oasis habitado por una variada fauna acuática, situado en el centro del parque.

Una docena de viejas barcas de madera enmohecida languidecían atadas en el costado este del lago, custodiadas por su dueño, un hombre escuálido y de aire hambriento de avanzada edad, con pelo canoso y barba descuidada, que iba ataviado con unos pantalones de pana arremangados con varias vueltas a la altura del tobillo.

—*Hyde Park* no ha cambiado desde la última vez que estuve aquí hace siete

años —comentó Kristen. De pronto volvió a sus ojos esa nostalgia que la hacía añorar tiempos pasados—. Y el viejo Jimmy tampoco —añadió con una sonrisa agridulce.

Liam advirtió de inmediato el cambio de expresión en el rostro de Kristen. Se giró, cortó una rosa blanca de un rosal que tenía al lado y se la dio. Ella la cogió emocionada.

—Gracias —dijo.

—¿Damos un paseo en barca? —le propuso Liam en un intento por animarla.

Kristen alzó los ojos y se encontró con la animosa mirada verde de Liam fija en ella. Incluyó varias veces la

cabeza, afirmando en silencio, entusiasmada como una niña pequeña.

—Vamos —dijo Liam.

Se acercó hasta el viejo Jimmy, sacó un billete de un penique del bolsillo y se lo ofreció.

—Quédese con el cambio —habló de nuevo.

—Gracias, señor —le agradeció el hombrecillo con una dilatada sonrisa en la boca.

Liam asió la mano de Kristen y la ayudó a subir a la barca de tablas medio ennegrecidas que había alquilado. Seguidamente dio un salto con agilidad y montó él. Cogió los palas y comenzó a remar, adentrándose en el lago

Serpentine, cuyas aguas, de un azul imposible, se mantenían inmóviles bajo ellos como si fueran una gran balsa de aceite. Cuando llegaron al centro, Liam detuvo la barca. La brisa corría suave, aleteando los rizos sueltos que caían por las mejillas de Kristen. En el aire flotaba un agradable aroma a flores y vegetación.

—La tarde está maravillosa —dijo Liam, intentando entablar conversación.

Pero Kristen estaba taciturna, reservada, callada... No sabía de qué manera abordar el tema sin que Liam se sintiera decepcionado. Tenía miedo de que lo que había empezado mágicamente entre ambos acabara en el mismo

momento en que le dijera que pretendían obligarla a casarse.

—¿Va todo bien? —la animó a hablar Liam, posando sobre ella una mirada tierna.

Kristen se mordió el labio inferior, nerviosa. Las pupilas le vibraban cuando se encontró de nuevo con los ojos de Liam.

—No —respondió escuetamente.

Pasados unos segundos, Liam dijo en tono comprensible:

—Seguro que no es tan grave. Si me lo cuentas, quizá podamos ponerlo solución juntos. —Sonrió con una ternura infinita.

Kristen respiró hondo.

—Mi padrastro quiere obligarme a desposarme con otro hombre. —Liam frunció el ceño, fingiendo un gesto de gravedad—. Es mi tutor legal —continuó Kristen—, así que tiene pleno derecho a tomar decisiones por mí.

—¿Y quién sería el... afortunado? —quiso saber Liam.

—Sir Roger Sullivan, un viejo amigo de mi padre.

—Lo conozco —intervino Liam, que trataba por todos los medios de hablar de modo convincente. Miró fijamente a Kristen—. ¿Tú quieres casarte con él?

—¡No! —exclamó rápidamente ella—. Ni siquiera lo conozco. Solo lo he visto un par de veces en el despacho de

mi padre, y de eso hace ya muchos años. No... No lo amo. —Liam sonrió para sus adentros—. He amenazado a mi padrastro con meterme a monja si me obliga a casarme con Sir Roger Sullivan —murmuró.

—¿A monja?

Liam no pudo evitar sorprenderse ante la ocurrencia de Kristen. Era increíble.

—Sí —se reiteró ella, enfatizando el monosílabo—. Prefiero la vida espartana de las cuatro paredes de la celda de un convento, consagrada a nuestro Señor, a pasarla junto a un hombre al que no amo.

Liam brindó por ello en silencio. Tenía que reconocer que Kristen

Lancashire era una mujer de armas tomar, con las ideas claras, desde luego. Los convencionalismos no se habían hecho para ella.

Él sabía que no aceptaría de ninguna manera casarse con Sir Roger Sullivan y que, como ella misma había dicho, sería capaz de ingresar antes en un convento. Durante unos segundos Liam hizo como que reflexionaba. Después miró a Kristen. Era su momento.

—Yo tengo una solución —anunció.

Kristen clavó sus intensos ojos azules en los de Liam. Por un momento, aunque fuera fugaz, notó que la esperanza nacía en su corazón.

—¿De veras? —preguntó con un

asombro manifiesto.

—Cásate conmigo —soltó Liam como si acabara de ocurrírsele, sin apartar la vista de su rostro.

—Liam... —alcanzó únicamente a decir Kristen, boquiabierta.

—Cásate conmigo —repitió él.

Kristen supo que Liam no estaba bromeando. Su expresión circunspecta y su voz llena de aplomo así lo aseguraban. Es cierto que Anabella le había dicho que Liam había confesado a Bryan, su prometido, que estaba muy interesado en ella y que no demoraría mucho en pedir su mano. Pero Kristen se había tomado aquella afirmación con cierto escepticismo, aduciendo que

quizá era fruto de la ilusión del comienzo, en que todo es maravilloso entre los enamorados. No se le ocurrió pensar que pudiera ser verdad.

—Si te casas conmigo no tendrás que hacerlo con Sir Roger —aseveró Liam—. Ni con ningún otro hombre, y tampoco tendrás que coger los hábitos.

—Dios mío...

Kristen apenas tenía en esos momentos capacidad para reaccionar. Si había alguien en el mundo con quien quisiera contraer matrimonio ese era sin duda con Liam Lagerfeld. Sonrió presa de la emoción.

—No tenemos por qué casarnos mañana. Podemos esperar un par de

meses, en lo que preparamos la ceremonia de la bod...

—Sí —prorrumpió Kristen de repente, entusiasmada—. Sí, sí, sí... — Se incorporó y se echó en los brazos de Liam, que acogió su abrazo con una cariñosa carcajada. La barca se tambaleó de un lado a otro peligrosamente.

—Adoro tu espontaneidad y tu falta de formas —dijo Liam, sentándola en su regazo.

La miró unos instantes a los ojos, serio. De cerca eran aún más extraordinarios, pensó. Aproximó su rostro al de Kristen y rozó su nariz con la suya en un gesto que pretendía ser

tierno.

—Quiero ser tuya —dijo Kristen.

—Lo serás —afirmó Liam.

Después los labios de ambos se fundieron en un beso cálido y húmedo que sonrojó las mejillas de Kristen. Azorada y con una ingenuidad encantadora, volvió a abrazar a Liam. Necesitaba sentir su protección, esa seguridad que desprendía por cada poro de su piel.

¿Podían haber salido mejor las cosas?, se preguntó él. Sonrió para sus adentros.

CAPÍTULO 24

*Estar contigo o
no estar contigo,
es la medida de mi tiempo.
(Jorge Luis Borges)*

Anabella se mantenía inmóvil sentada en el sofá de corte victoriano y tapiz

adamascado del salón, con una expresión de asombro congelada en el rostro.

—No me lo puedo creer... —dijo. Rodó los ojos de color miel hasta posarlos en Kristen—. ¿Te casas con Liam Lagerfeld?

Kristen asintió sin poder disimular la sonrisilla impresa en sus labios desde que Liam le había pedido que se desposara con él.

—Sí.

—¡Me alegro tanto por ti! —reaccionó Anabella de pronto—. ¡Tanto! —Cogió las manos de Kristen y las envolvió entre las suyas afectuosamente—. No solo porque así evitas casarte

con el viejo Sir Roger Sullivan, sino porque sé que Liam te gusta mucho. Me di cuenta el día que me hablaste de él por primera vez. Te brillan los ojos cada vez que pronuncias su nombre —afirmó Anabella.

Kristen se llevó la mano a la boca y ocultó la risilla que le salía.

—¿Lo ves? Ese hombre te vuelve del revés —observó Anabella. Ambas rieron distendidamente—. ¿Y qué ha dicho tu padrastro? ¿Se ha opuesto? —se interesó después.

—Para mi sorpresa, no ha dicho nada —respondió Kristen—. Al principio sí que se sorprendió, como es lógico, claro, porque no se lo esperaba. Pero

creo que le da igual. Lo único que quiere es que me case y que me vaya de la mansión. Con quién me despose le es indiferente —dijo en tono apesadumbrado.

Kristen no podía evitar que la indolencia de Scott la afectase, aunque solo fuera su padrastro.

—Bueno... tenemos dos meses para prepararlo todo —comentó Anabella, cambiando de tema. Por nada del mundo quería ver a su mejor amiga triste y menos cuando estaba casi a las puertas de acontecer el día más feliz de su vida —. Tenemos que comprar el ajuar, elegir las damas de honor, entre las que me incluyo, por supuesto —anotó

poniéndose una mano en el pecho—, y ocuparnos del resto de los preparativos. El vestido, el banquete, las flores, las invitaciones —enumeró—, la ropa íntima para la noche de bodas... —dijo con voz confidencial.

Kristen se sonrojó por el tono pícaro que había utilizado su amiga.

—¿Dónde vais a vivir? ¿En la casa que Liam tiene en *Trafalgar Square*? —preguntó Anabella, y añadió—: Nunca he estado, pero Bryan me ha comentado que es enorme.

—No lo sé —respondió Kristen, encogiéndose de hombros—. No hemos hablado nada de eso.

—Aún tenéis tiempo para pensarlo.

—¿Me quieres acompañar esta tarde a *La boutique de la novia*? —dijo Kristen —. ¿O has quedado con Bryan?

—Por supuesto que te acompañe —se adelantó a decir Anabella—. Con Bryan puedo quedar más tarde.

—Quiero ir viendo el menaje de hogar, la ropa de cama, los artículos de tocador... —explicó Kristen con voz entusiasmada.

—¿Nos vemos en la puerta de la tienda a las cinco? —propuso Anabella.

—Me parece perfecto —dijo Kristen.

Estaba emocionada con su inminente boda con Liam Lagerfeld. Todo había sucedido muy rápido, pero estaba segura del paso que iba a dar y, sobre todo,

estaba segura de con quién lo iba a dar. Anabella tenía razón; Liam le gustaba mucho. Le gustaba desde que se había chocado con él en la fiesta del senador Samuel MacLean. En silencio agradeció a Bertha que la hubiera animado a ir, pese a su obstinada reticencia a acudir a ese tipo de eventos. De otro modo, probablemente no lo hubiera conocido.

—Tengo que irme —anunció Anabella, levantándose del sofá—. ¿Nos vemos esta tarde?

—Sí —respondió Kristen, que también se había incorporado.

Anabella la estrechó entre sus brazos efusivamente.

—Estoy tan feliz —le murmuró al

oído.

—Gracias. Yo sé que te alegras por mí.

—Claro que me alegro por ti. Te mereces toda la dicha que te venga, Kristen. Toda. Porque tu vida no ha sido fácil —afirmó Anabella.

Se inclinó, cogió su bolso de mano de encima de la mesita de té y enfiló los pasos hacia la salida.

—Hasta luego —se despidió.

—Hasta luego —dijo Kristen.

Cuando la puerta se cerró. Kristen llenó los pulmones de aire y lo fue expulsando lentamente. Cerró los ojos, como si estuviera inmersa en una ensoñación. Alguien carraspeó a su

espalda para hacer notar su presencia.
Kristen abrió los ojos y se giró.

—Tommy... —dijo a modo de saludo, brindándole una amplia sonrisa en los labios.

—Buenos días, Kristen.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Kristen frunció ligeramente el ceño. Tommy la hablaba con una formalidad inusitada.

—¿Va todo bien? —quiso asegurarse.

—Sí. He venido a felicitarte por tu... matrimonio. Bertha me lo ha contado hace un rato.

—Iba a darte la noticia ahora —afirmó Kristen—. No he tenido apenas

tiempo...

—No sabía que ibas a casarte.

El tono de voz de Tommy sonaba con un viso de reproche y la expresión siempre amable de su rostro se había tornado extrañamente seria. Los ojos azul cobalto se mantenían fijos en ella.

—Bueno... ha sido todo muy precipitado —explicó Kristen algo desconcertada por la actitud de Tommy—. Sir Roger Sullivan iba a pedir mi mano y mi padrastro estaba dispuesto a desposarme con él... La forma de evitarlo es casarme con Liam Lagerfeld.

Tommy entrecerró los ojos.

—Si esa es la razón, yo podría haberme casado contigo —aseveró.

—Tommy, tú y yo somos amigos...

—¿Amas a ese hombre? ¿A ese tal Liam Lagerfeld? —cortó él.

Kristen estaba confundida. ¿Qué le pasaba a su amigo? ¿Por qué le hablaba como si estuviera enfadado con ella?

—Me gusta —confesó Kristen.

—Ten cuidado con él —aseveró de pronto Tommy.

Kristen hizo una mueca con la boca y movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Sabes algo? ¿Has oído algo de él?

—No —contestó Tommy, sin perder un ápice de su seriedad—. Pero hay algo en Liam Lagerfeld que no me convence. No te puedo explicar qué es

exactamente, sabes que no soy bueno con las palabras, pero no me gusta.

—Liam es un buen hombre, Tommy —alegó Kristen—. Es amable, caballeroso, atento... Si piensas eso porque nuestras familias siempre han estado enfrentadas, no tienes por qué preocuparte, es algo que ni a él ni a mí nos importa. Lo vemos como una simple anécdota del pasado, una curiosidad, nada más —explicaba, para que Tommy entrara en razón.

—No es por eso...

—¿Entonces?

Tommy contempló a Kristen durante unos instantes. Su hermosa figura se recortaba contra el sol que entraba a

raudales por los ventanales del salón. Suspiró resignado. No había que ser un lince para darse cuenta de que estaba enamorada de Liam Lagerfeld hasta la médula. Se le notaba en la forma en que hablaba de él, en el brillo de la mirada, en la ilusión que dibujaban las líneas del rostro, en las pausadas exhalaciones de aire... Entonces, ¿qué hacía él allí?, se preguntó.

—Lo siento —se disculpó, pasándose la mano por el pelo revuelto. La mirada se le desplomó hasta el suelo.

—Tommy... —lo nombró Kristen con voz suave. Aún no alcanzaba a entender qué era lo que le ocurría a su amigo. ¿Por qué actuaba así?

—Solo he venido a darte la enhorabuena, y ya lo he hecho. — Tommy hizo una pausa mientras se limpiaba el sudor de las manos en los pantalones—. Tengo que irme. Al señor Russell no le gusta que los criados estemos en la casa.

—Tommy, tú no estás en la casa en calidad de criado —afirmó Kristen.

—Pero lo soy.

—Eres mi amigo, mi mejor amigo — especificó Kristen, rotunda.

Tommy sonrió resignado. En esos momentos le gustaría ser algo más que amigos, pensó para sus adentros. En esos momentos, deseaba ocupar en el corazón de Kristen el puesto que tenía

Liam Lagerfeld. Nunca lo hubiera imaginado. Para él, la hija de Gilliam Lancashire siempre había sido su mejor amiga. Una suerte de hermana pequeña —la que nunca había tenido—, con la que compartía travesuras. Pero desde que había regresado de España ese inocente sentimiento había cambiado. Ya no la veía con los ojos de un niño, sino con los de un hombre. No solo quería compartir juegos con ella, también cama. La deseaba. Pero si tenía alguna posibilidad, aunque fuera remota, de conquistarla, se había truncado con el anuncio de aquella boda inminente con Liam Lagerfeld.

—Tengo que irme —repitió, obviando

el último comentario de Kristen.

Se dio media vuelta y salió del salón. Kristen contempló como su figura curtida por el sol y el aire, con espalda de luchador, desaparecía por el largo pasillo en un silencio absoluto.

¿Qué le sucedía a Tommy para comportarse así?, se preguntó. ¿Por qué daba la impresión de que le molestaba su boda con Liam Lagerfeld? ¿No debería alegrarse como lo hacía Anabella? Ella se sentiría feliz si él se desposara con una muchacha de carácter amable y buen corazón. No lo entendía por más vueltas que lo daba.

CAPÍTULO 25

*Recordar es fácil
para quien tiene memoria.
Olvidar es difícil
para quien tiene corazón.
(Gabriel García Márquez)*

Pocos días después, Kristen comenzó

a comprar su ajuar. Algunas veces iba acompañada de Anabella, otras veces de Bertha y otras, disfrutaba de la compañía de las dos.

La fecha de la boda había sido fijada para el siete de agosto, por lo que apenas tenía un par de meses por delante para prepararlo todo.

La noticia corrió como la pólvora por las calles de la ciudad en apenas unos días. La alta sociedad londinense se llenó de murmullos que comentaban en voz baja la inesperada unión entre Liam y Kristen. Pero no fue su precipitado matrimonio lo que más logró captar la atención, sino el hecho de que lo hicieran miembros pertenecientes a las

dos familias que durante siglos habían sido enemigos acérrimos. ¿Un Lagerfeld y una Lancashire? Eso no se había visto jamás, decían entre cuchicheos. Algunos veían en esa insólita unión un acontecimiento extraordinario y casi irrepetible.

Una semana después de que la buena nueva se hiciera pública, Liam se entrevistó con Scott Russell para pedir oficialmente la mano de Kristen y hablar sobre los términos del matrimonio. La soleada tarde de finales de junio que se vieron, intercambiaron algunas frases de cortesía sobre el tiempo y el estado político del país, y uno y otro actuaron como si nunca antes hubiera existido

entre ellos una conversación previa a ese encuentro. Ambos habían conseguido lo que querían, así que, en ese sentido, no había mucho más que discutir mientras se escrutaban mutuamente con la mirada. Aunque Scott no pudo evitar la tentación de felicitar a Liam por su jugada maestra. Lo había entendido todo de golpe: presionar a Kristen para que se desposara con Sir Roger Sullivan la había echado directamente a sus brazos. Había sido una treta astuta, desde luego.

Una tarde de finales de julio, tomado el té en un *Delicatessen* insólitamente vacío, mientras ultimaban los preparativos de la ceremonia religiosa,

Liam le propuso a Kristen algo que llevaba pensando algún tiempo y que entraba dentro de sus planes.

—Tengo una hacienda al sur de Birmingham, donde está situada otra de mis fábricas —comenzó a decir, tanteando cautelosamente a Kristen—. Está provista de todo tipo de comodidades modernas y de recursos. ¿Qué te parece si nos vamos a vivir allí?

—¿A Birmingham?

—Quiero estar a solas contigo, pequeña —dijo Liam con voz convincente y una sonrisa sugerente en los labios—. Tenerte solo para mí. Sin nada ni nadie que nos distraiga... —Dejó la frase sin terminar, pendida

sugestivamente en el aire. Segundos más tarde volvió a tomar la palabra—. Podemos vivir allí los primeros meses, después regresaremos a Londres, si lo deseas.

Kristen no formuló ninguna objeción a la petición de su futuro marido. Ella también anhelaba estar a solas con Liam. Era normal que buscara intimidad. Estaban enamorados. Sin embargo, las pretensiones de Liam distaban mucho de lo que Kristen pensaba; quería llevársela a Birmingham, a casi ciento veintiséis millas de Londres, para que no le fuera tan fácil regresar cuando las cosas se pusieran feas.

No quería que Kristen estuviera cerca

de los suyos. Bertha y Anabella solo serían estorbos que obstaculizarían sus planes de venganza. Alejada de ellas y de sus posibles consejos, le resultaría más fácil llevarla a su terreno. Kristen no era una mujer que se dejara manejar, lo había podido constatar en el tiempo que la había tratado, pero el amor cegaba a las personas, les ponía una venda tan apretada alrededor de los ojos que llegaba un momento en que no eran capaces de ver nada que estuviera más allá de sus narices. Eso es lo que iba a hacer con Kristen. Iba a utilizar el amor incondicional que sentía por él para manejarla a su antojo.

—Está bien —aceptó Kristen—. Da

igual el lugar en el que vivamos, Londres o Birmingham, lo único que quiero es que estemos juntos —dijo con voz dulce.

Liam se aproximó a ella y le dio un tierno beso en la mejilla, lo único que permitía la etiqueta victoriana a una pareja de enamorados en un lugar público.

Las semanas siguientes hasta que llegó el día de la boda fue una vorágine casi continua. Pese a que Kristen deseaba una ceremonia sencilla y discreta, aunque digna, pero alejada de toda

extravagancia, siempre se presentaba algo a última hora a lo que había que dar el visto bueno; las flores del altar, los cirios, el incienso, la música, las invitaciones, el velo del vestido de novia... Y eso que habían reducido drásticamente el número de invitados a familiares y amigos íntimos. Pero según parecía, la sencillez también tenía sus límites.

Los nervios a flor de piel de Kristen se agarraban al estómago y no eran capaces de soltarse, mientras que Liam hacía gala de una templanza extraordinaria.

—Al final te has salido con la tuya; has conseguido tu propósito. Mi

enhorabuena —dijo Bryan la víspera de la ceremonia, mientras Liam apuraba sus últimas horas de soltero departiendo con su mejor amigo. Alzó la copa de champagne e hizo un brindis.

—Todavía no he conseguido nada, mi querido amigo —dijo Liam con voz neutra. No había ni una brizna de entusiasmo en ella—. Aún queda todo por hacer. Estos son solo los pasos previos a mi vendetta. —Levantó los ojos, que mantenía entornados, y miró fijamente a Bryan—. Como dicen los ancianos por ahí: lo mejor está por llegar.

Liam dio un sorbo del burbujeante champagne de su copa.

—No tengo ninguna duda de ello — aseveró Bryan, imitando su gesto—. Anabella está ilusionadísima con vuestra boda —comentó en tono jovial—. Creo que se ha probado el vestido que lucirá como dama de honor una mil veces y me ha hecho probar mi traje casi otras mil.

Liam soltó una leve carcajada.

—Las mujeres siempre se ilusionan con esas cosas. Es algo que llevan en los genes —apuntó—. Kristen no ha parado ni un solo momento desde que pedí su mano. Creo que el vestido de novia se lo ha arreglado siete veces.

Bryan se quedó mirando a su amigo.

—En el fondo, Caperucita me da pena

—dijo en un tono más serio.

—¿Por qué? —preguntó Liam, que se sorprendió al escuchar el comentario de su amigo.

—No es una mala chica. Anabella habla maravillas de ella —opinó Bryan—. Kristen no es como su padre...

—La vida es injusta —sentenció Liam como si fuera un juez dictando sentencia—. Siempre pagan justos por pecadores. Kristen no tiene la culpa de lo que su padre le hizo a mi familia. Pero yo tampoco la tenía, ni mi madre, y Gilliam Lancashire no tuvo ninguna misericordia con nosotros, y dudo que mi padre tuviera culpa de algo que no fuera tratar de sacar a su familia adelante.

—¿La odias?

La pregunta de Bryan era directa, como un dardo al centro de la diana.

—Odiaba a su padre —respondió Liam, bebiendo el último trago de champagne y dejando la copa sobre la mesa—, y algo de ese odio ha revertido inevitablemente en ella. De algún modo tengo que resarcirme —trataba de justificarse con expresión impasible en el rostro—. El suicidio de mi padre es algo que me persigue cada día.

—¿Continuas teniendo pesadillas? —se interesó Bryan.

—Rara es la noche en que no lo veo colgado de la viga del despacho, mecido de aquella forma tan macabra.

—Tuvo que ser muy duro.

—Durísimo —confirmó Liam—. Yo adoraba a mi padre. Lo idolatraba; lo veneraba. Para mí era como uno de esos héroes de las novelas; siempre pendiente de salvarme. Encontrármelo ahorcado aquella mañana en que mi madre me dijo que lo fuera a buscar para comer es una imagen que está clavada a fuego en mi memoria. No consigo deshacerme de ella de ninguna forma posible. Me hostiga día y noche allá dónde vaya.

»Después vino la caridad de mi tía Josephine y de su marido, la muerte de mi madre, la soledad y el desamparo en que me vi sumido con tan solo diez

años... Enterarme de que Gilliam Lancashire había provocado que la fábrica de mi padre cayera en bancarrota para que no pudiera devolverle el préstamo que él mismo le había concedido, hizo crecer en mí un odio que aún hoy se mantiene intacto en mi interior.

—¿Por qué Gilliam Lancashire sentía esa ojeriza ciega hacía tu padre? — preguntó Bryan.

Liam se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió.

—¿Nunca llegaste a averiguarlo?

—Imagino que por esa enemistad que desde hace siglos existe entre las dos familias. Los Lagerfeld siempre hemos

sido rivales de los Lancashire y viceversa. Ambos luchábamos por ser mejores que los otros, por tener más poder y mejor posición que los otros dentro de la sociedad de Londres.

—Eso viene de lejos, lo sé. Es algo que nadie que se precie en la ciudad desconoce. Pero, ¿no crees que la animadversión de Gilliam Lancashire estribaba en algo más?

Liam reflexionó durante unos segundos.

—Quizá se tomó como personal la enemistad de siglos entre las dos familias —dijo.

—Tengo la sensación de que tenía que haber algo más... —dejó caer Bryan.

Los hombros de Liam volvieron a encogerse.

—Cuando investigué lo que había sucedido con la fábrica de mi padre y averigüé que había sido una argucia de Gilliam Lancashire —empezó a explicar—, todos señalaron la animadversión entre las familias como motivo principal. Nadie de las personas a las que pregunté me contó nada distinto a eso.

Bryan enarcó las cejas. Él no estaba tan seguro de que esa fuera la única razón que había movido a Gilliam Lancashire a querer destruir a Bernard Lagerfeld. Como le había dicho minutos antes a Liam, tenía que haber algo más.

Pero no era momento para remover el pasado. Su amigo se desposaba en unas horas y echar más leña al fuego no sería productivo. Bastante odio maceraba ya Liam en su alma para darle razones de más.

—Bueno, si hubo otro motivo o no, a estas alturas ya poco importa — comentó.

Liam lo miró y sonrió con una pizca de malicia en los labios.

—Mañana dará comienzo mi venganza — anunció—. Por fin. Llevo quince años esperando este momento. En el mismo instante en que Kristen Lancashire me dé el «sí, quiero», en el mismo instante en que sea mía, quedará oficialmente

inaugurada mi vendetta y nada ni nadie
podrá detenerme en mi propósito.

CAPÍTULO 26

*Y fue su silencio
el que me dio todas las respuestas.
(Víctor de la Hoz)*

—¿Estás nerviosa? —preguntó Bertha a Kristen mientras le terminaba de colocar el velo.

—Mucho, nana —respondió Kristen, mirándola a través del espejo.

—Todo va a salir bien, ya lo verás...

Kristen asintió ligeramente al tiempo que apretaba los labios.

—Nana...

—¿Sí?

—Tengo un poco de miedo...

—¿Miedo? ¿A qué?

Kristen se giró hacia Bertha y tragó saliva. No sabía si hablar de sexo era correcto o no, ni siquiera educado, pero a alguien le tenía que preguntar las dudas que le carcomían por dentro.

—A esta noche —dijo en un hilo de voz.

—¿A la noche de bodas?

Kristen afirmó con un ademán de cabeza, algo avergonzada. Bertha sonrió con actitud maternal ante su gesto. A pesar de sus veinte años, Kristen seguía siendo todavía una niña para algunas cosas.

—No sé qué tengo que hacer, cómo actuar, qué decir... —Era un mar de preguntas—. Algunas de mis amigas de Madrid habían tenido... intimidación con un hombre y bueno... contaban que la primera vez duele y que sangras. —Pronunció la frase con apocamiento.

—No te preocupes por eso, mi niña —intentó tranquilizarla Bertha—. Con Liam Lagerfeld no vas a tener ningún problema. Tú solo déjate llevar; él

sabr  en todo momento lo que tiene que hacer.

— Eso es lo que hiciste t  cuando te casaste? —quiso saber Kristen—.  Dejarte llevar?

—S . Jim se ocupó de todo las primeras veces —explicó entre medias risas. No quería sonar soez—. Después, con el tiempo, te vas soltando...

La voz de Bertha se fue apagando con una nota melancólica. Durante unos instantes permaneció en silencio. De repente, los ojos se le anegaron de lágrimas. Jim, su esposo, la había dejado viuda solo dos años después de casarse. Contrajo una extraña enfermedad que ningún médico supo

curar. Ni siquiera les había dado tiempo de tener hijos. Desde aquel entonces, del que habían transcurrido más de veinticinco años, Bertha había sido fiel a su memoria.

—Lo siento, nana —dijo Kristen, enjugándole las lágrimas con las manos.

—No, perdóname tú a mí por llorar —se apresuró a decir Bertha. Sacó un pañuelo y terminó de secarse el llanto—. Por Dios, es el día de tu boda —apuntó jubilosa y resignada al mismo tiempo mientras se limpiaba la cara—. Todo tiene que ser alegre. —Bertha alzó la vista—. No vayas a llorar tú también —le dijo a Kristen al advertir que sus ojos estaban húmedos.

Kristen soltó una risilla intentando inútilmente disimular la nostalgia que sentía por que sus padres no estuvieran presentes el día de su boda, el día más feliz de su vida.

—Soy una tonta —afirmó.

—No eres ninguna tonta —dijo Bertha comprensiblemente, pasándole el pañuelo—. Tienes las emociones a flor de piel, mi niña, nada más—. Hay que acabar de arreglarte. No vayas a llegar tarde a la iglesia.

—Sí, nana.

—Y nada de preocuparte por esta noche. Cuando se hace con amor y con ternura, no hay dolor, solo dicha y... placer —añadió, guiñándole cómplice

un ojo.

Kristen abrió los labios delineando una sonrisa franca.

—Gracias, nana. Por todo —le agradeció—. Por estar siempre ahí, por comprenderme, por tratarme como a una hija...

—Eres mi niña —aseveró Bertha—. Te he criado hasta que te fuiste a vivir a España, y además eres pura bondad, ¿cómo no voy a tratarte como a una hija? Pero... ya —cortó fingiendo enfado—. Tienes que terminar de arreglarte o el novio creerá que le has dejado plantado.

—¡No, por Dios! —exclamó Kristen, dándose la vuelta y poniéndose de nuevo frente al espejo. Cogió una esponjita,

echó un poco de polvo de arroz y se lo pasó por el rostro para matizar los brillos mientras iba recuperando lentamente el optimismo.

Kristen salió de la mansión Lancashire engalanada con un vestido de estilo imperio blanco, muy en boga en la época, con medio volumen en la falda y corte bajo el busto, un toque que realzaba exquisitamente su figura. Apenas se veían detalles excepto el encaje superpuesto en el pronunciado escote, las mangas y los guantes. Llevaba el cabello recogido en un

elaborado moño alto que dejaba a la vista el elegante cuello. Los bucles se salpicaban de pequeñas florecillas naturales de color blanco.

Scott la esperaba en el porche para ayudarla a bajar la escalera sin incidentes. Cuando la vio, se adelantó un par de pasos, le ofreció cortésmente el brazo y le brindó lo que a Kristen le pareció un amago de sonrisa. Al menos tenía la decencia de sonreír el día de su boda.

—Te ves espléndida —dijo en tono monocorde.

—Gracias —respondió Kristen, cogiéndose de su brazo.

Al pie de la escalera de piedra, un

pequeño cortejo nupcial compuesto por dos damas de honor, entre las que estaba Anabella ataviada con un vestido encorsetado en color burdeos, y un grupo de cinco niñas, había estado haciendo tiempo mientras terminaba de prepararse.

Kristen descendió los peldaños echando un manotazo de nervios. Estaba impaciente por ver a Liam. Respiró hondo y se subió en el carruaje negro, bellamente adornado con ramitos de rosas blancas, al tiempo que Anabella se acercaba a ella y le decía lo hermosa que iba.

La catedral de *Saint Paul* se erguía sobre la calle como un espejismo de piedra, recortada contra el cielo de un azul tan vivo que parecía vibrar. Cuando Kristen se apeó del coche de caballos con la ayuda de Scott y Ludwig y entró en la basílica, no podía rechazar la convicción de que avanzaba directamente hacia su felicidad.

Miró al fondo, buscando a Liam. Estaba de pie al borde del altar. Iba elegantemente vestido con un pantalón y una levita negros a la moda inglesa, con el chaleco del mismo color. Los cuellos de aleta de la camisa blanca emergían afilados como cuchillos entre el corbatín de seda beige. Kristen admiraba el

modo en que siempre llevaba la ropa, con esa despreocupación habitual que lo caracterizaba.

El resplandor dorado que emitían los cirios se deslizaba por cada rincón de la catedral y la fragancia de las flores inundaba el aire de un aroma suave.

Mientras Kristen caminaba con paso lento por el pasillo flanqueado por las filas de bancos, al encuentro de Liam, que la contemplaba avanzar hacia él sin perder detalle mientras se recolocaba el alfiler de oro que adornaba su corbatín de seda, las niñas del cortejo nupcial iban esparciendo pétalos de rosa que llevaban en pequeñas cestitas de mimbre.

Cuando Kristen llegó al altar, Liam la tomó delicadamente de la mano y la acercó a él. Ambos intercambiaron besos fraternales.

—Estás preciosa, pequeña —le susurró al oído con voz queda.

—Gracias —musitó Kristen.

Las mejillas se le encendieron con un leve rubor que se intensificó al dedicarle Liam una de sus profundas miradas.

—¿Cómo estás? —preguntó en voz baja, antes de que el sacerdote iniciara la misa.

Kristen sonrió. Fue un gesto reflejo y del todo involuntario, pero no podía evitarlo. Estaba pletórica.

—Feliz —respondió—. ¿Y tú?

—Feliz —dijo rotundo Liam.

Realmente estaba feliz. Aunque el motivo de su felicidad fuera totalmente distinto a la de Kristen.

La ceremonia comenzó entre música de órgano y solemnes cánticos del coro de la catedral mientras el sacerdote agitaba los incensarios. Hebras de humo aromático se colaban entre los novios y los invitados a la boda.

—¿Están dispuestos a amarse y honrarse mutuamente en su matrimonio durante toda la vida? —les preguntó el cura mediado el oficio.

—Sí, Padre, estamos dispuestos —contestaron Liam y Kristen al unísono.

—Así pues, ya que quieren establecer entre ustedes la alianza santa del matrimonio, unan sus manos y expresen su consentimiento delante de Dios y de la Iglesia —continuó hablando el sacerdote en tono riguroso—. Liam Lagerfeld, ¿prometes amar y respetar a Kristen Lancashire, en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, todos los días de tu vida?

Liam se giró y miró fijamente a Kristen, que lo contemplaba con una expresión dulce en el rostro.

—Sí, lo prometo —dijo con su acostumbrado aplomo.

Kristen lo miró con ojos devotos y suspiró sigilosamente.

—Kristen Lancashire —comenzó a decir de nuevo el cura, enfatizando cada palabra que emergía de sus labios—, ¿prometes amar y respetar a Liam Lagerfeld, en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, todos los días de tu vida?

Liam apretó las mandíbulas con fuerza y mantuvo un semblante templado a la espera de la contestación de Kristen. Su plan de venganza, ese que llevaba quince años concibiendo con sumo detalle, estaba a punto de llevarse a cabo, de hacerse realidad. En ese momento tenía la misma sensación que se tiene cuando se persigue un sueño durante mucho tiempo y finalmente se

consigue.

—Sí, lo prometo —respondió Kristen en tono suave.

Liam sonrió. De pronto la boca le sabía dulce.

—Que el Señor confirme este consentimiento que han manifestado ante la Iglesia y cumpla en ustedes su bendición. Lo que Dios acaba de unir, que no lo separe el hombre —concluyó el clérigo en el mismo tono solemne en que había oficiado toda la misa.

—Ya eres mía —le susurró Liam a Kristen mientras Anabella se acercaba a ellos con las alianzas y los ojos llenos de lágrimas.

—Para siempre —dijo ingenuamente

Kristen, ignorando lo que se le venía encima.

Cuando el sacerdote dio por concluida la ceremonia, Kristen ofreció su ramo de novia a la Virgen, como era lo acostumbrado. Después de dejarlo sobre el pedestal, Liam la cogió de la mano, entrelazó los dedos con los suyos y salieron de la Iglesia de *Saint Paul* seguidos de cerca por el cortejo nupcial, que continuaba en su empeño de tejer bajo sus pies una alfombra de pétalos de rosa.

CAPÍTULO 27

*Que cuando el amor no es locura,
no es amor.
(Calderón de la Barca)*

El banquete nupcial se celebró en la casa que Liam tenía en *Trafalgar Square*. En un patio interior que habían

cubierto con un gran toldo blanco. Mientras degustaban el vino y los distintos platos del menú, una discreta orquesta deleitaba los oídos de los invitados con música de arpa y violín.

Kristen estaba radiante, con una sonrisa que a duras penas le cabía en el rostro. Pero que no era capaz de contener las lágrimas de Bertha, que se pasó buenamente parte de toda la boda llorando, poco más o menos que Anabella.

—Vamos a tener que salir de aquí a nado —bromeaba Bryan.

Tommy estudiaba a hurtadillas a Liam desde el fondo de las mesas. Kristen le había invitado en calidad, por supuesto,

de amigo. Aunque en un principio había estado reticente a acudir a la boda, finalmente Bertha había conseguido meterlo en razón. Pese a todo, no lograba que Liam Lagerfeld le cayera bien. No solo porque era el hombre que le había quitado a Kristen, sino porque intuía algo en él que no le convencía. Algo que, como le había dicho a su amiga, no sabía explicar con palabras. Pero parecía que era el único que veía cosas no del todo claras en el modo en que habían tenido lugar los acontecimientos.

Dio lentamente un sorbo de vino de laurel: el vino nupcial, y posó los ojos en Bryan Cooper, que en esos momentos

estaba muy entretenido haciendo carantoñas a su prometida, Anabella. Él tampoco le gustaba demasiado. De hecho, no le gustaba nada.

Tommy reflexionó en silencio durante unos instantes: trataría de no perder de vista a ninguno de los dos; ni a Liam, ni a su querido amigo Bryan.

Cuando volvió la vista hacia el centro del recinto, incitado por la algarabía de la gente, los novios cortaban la tarta animosamente.

—Es tan guapa... —masculló, mirando a Kristen con ojos embelesados—. Si ese hombre le hace daño, yo mismo le estrangularé con mis propias manos —aseveró. Giro la cabeza y miró

a su alrededor para asegurarse de que nadie le había oído.

A última hora de la tarde, cuando la noche despuntaba ya con su lucero vespertino y el patio aparecía teñido de los tonos pastel del crepúsculo, parientes y amigos ofrecieron sus bendiciones al matrimonio. Besaron y abrazaron a Liam y a Kristen como si no hubiera un mañana y les desearon felicidad con los ojos atestados de lágrimas.

—Mi niña... —comenzó a decir Bertha, con el corazón en la mano y la emoción prendida en las palabras—. Te mereces toda la dicha del mundo. Toda. Así que sé muy, muy feliz.

—Gracias, nana —dijo Kristen. Tenía los ojos velados por el llanto—. ¿Irás a verme algún día a Birmingham? —preguntó mientras se enjugaba el rostro con el dorso de la mano.

—¿Algún día? —repitió el ama de llaves—. Le diré a Ludwig que me lleve todas las semanas a verte —aseguró—. El pobre va a estar muy ocupado llevándome y trayéndome de Birmingham a Londres.

Kristen rio.

—Amiga... —la solicitó Anabella, que se aproximaba por detrás de Bertha con los brazos estirados.

—Anabella... —dijo Kristen, fundiéndose con ella en un caluroso

abrazo—. Deja de llorar, o vamos a tener que movernos en barca —bromeó.

—Eso dice Bryan —comentó Anabella con un suspiro, mientras le corrían las lágrimas por el rostro. Kristen volvió a abrazarla con fuerza—. Que toda la dicha del mundo te acompañe. Os acompañe; a Liam y a ti —les deseó.

—Muchas gracias, de verdad.

Anabella le dio a Kristen un beso en la mejilla.

—Y feliz noche... —le susurró al oído.

Kristen se sonrojó al pensar en lo que ocurriría aquella noche con Liam; el corazón comenzó a tamborilear

aceleradamente dentro del pecho. Cuando Anabella se alejó, alzó la mirada y se encontró con los ojos azul cobalto de Tommy, que la contemplaban desde el otro extremo del patio. Se levantó el vestido de novia hasta los tobillos para andar con más ligereza y enfiló los pasos directamente hacia él.

—¿Lo has pasado bien? —le preguntó intentando iniciar una conversación.

—Sí —respondió Tommy—. Es una boda. Todo el mundo se divierte en una boda.

Kristen se mordió el labio.

—Sé que Liam no es santo de tu devoción —comenzó a decir con voz cautelosa, rompiendo el silencio hostil

que había instalado entre los dos—. Pero no puedo hacer mucho, excepto dejar que el tiempo pase y que compruebes que realmente es un hombre íntegro y que tiene un corazón gentil.

—Créeme cuando te digo que tengo serias dudas de ello —señaló Tommy en tono cortante.

Kristen lo miró sin saber qué decir. Desde que habían hablado en el salón de la mansión casi dos meses atrás, Tommy apenas le había dirigido la palabra. Y las veces que lo había hecho, obligado por el trabajo o por Kristen, se había mostrado distante y eminentemente frío.

—Solo espero no tener razón —dijo, transcurridos unos segundos—, y que,

como tú dices, sea un buen hombre. Y también espero que seas feliz. Te lo mereces más que nadie, Kristen.

Kristen le dirigió una mirada desconsolada. Echaba de menos al Tommy que la escuchaba y le daba consejos, al que la hacía rabiar y reír hasta dolerle la tripa, al que trepaba con ella a los nogales del jardín y la ayudaba a levantarse cuando se caía. Echaba de menos a su mejor amigo.

—¿Me das un abrazo? —le preguntó con voz dulce. Tommy la miró un rato, sin moverse. Finalmente se acercó a ella sin decir nada y la envolvió en sus brazos—. Gracias —dijo Kristen, cerrando los ojos, aliviada.

Al otro lado del recinto, Liam observaba atentamente la escena.

—¿Quién es? —quiso saber, apuntando con la barbilla al chico de rostro curtido y pelo rubio ceniza que abrazaba a Kristen.

—Es Tommy, el mejor amigo de tu esposa —respondió Bryan con ironía en la frecuencia de voz.

—¿Amigo? —repitió Liam—. No la mira precisamente como un amigo —observó con expresión taimada.

—Según me ha contado Anabella —pasó a explicarle Bryan—, Caperucita y

Tommy son amigos desde la infancia. Era el hijo del encargado de los establos de Gilliam Lancashire. Compartían juegos y secretos... Ya sabes, cosas de niños.

—Pero ahora ya no son unos niños —indicó Liam, mostrando suspicacia en sus palabras—. Y el hijo del encargado de los establos del *señor* Lancashire mira a mi esposa con ojillos amorosos, incluso me atrevería a decir que hay un rastro de lujuria en ellos.

—¿Estás celoso? —preguntó Bryan.

—¿Celoso? No me hagas reír... —dijo Liam—. Estamos inmersos en el juego más viejo del mundo, y yo he jugado demasiadas veces para no prever

a estas alturas el desarrollo de la partida.

—De todas formas, no está de más tener cuidado con él —comentó Bryan—. No le gustas —afirmó de modo contundente—. Me he fijado en cómo te observa, y te puedo asegurar que no le caes nada bien.

—¿Cómo habría de gustarle? —señaló Liam, socarrón—. Me he desposado con la mujer por la que suspira.

—No es solo eso —continuó diciendo Bryan—. En su mirada hay algo más, una desconfianza que nada tiene que ver con el hecho de que te hayas casado con Kristen. No se fía de nosotros —

concluyó.

Liam giró ligeramente la cabeza hacia Bryan y lo miró de reojo.

—¿De nosotros? —repitió, sorprendido por la primera persona del plural utilizada por su amigo.

Bryan esgrimió en los labios una sonrisa sesgada.

—Sí, nosotros —redundó en sus palabras—. Me temo que yo tampoco soy santo de su devoción.

—Vaya, vaya... —Liam cruzó los brazos por delante del pecho y meditó durante unos segundos. Los rasgos del rostro se le endurecieron—. Entonces será a él al primero que aleje de mi esposa. Lo que menos necesito es un

enamorado con ínfulas de héroe que esté
dispuesto a salvarla —afirmó
contrayendo la mandíbula.

CAPÍTULO 28

*Te dejaré estar en mis sueños
Si tú me haces un sitio en los tuyos.
(Bob Dylan)*

Liam llegó por detrás de improviso y aferró a Kristen por la cintura cariñosamente. En esos momentos ella

estaba despidiéndose de los últimos invitados.

—¿Nos vamos, señora Lagerfeld? —preguntó—. Todavía tenemos un largo camino hasta Birmingham.

«Señora Lagerfeld», repitió Kristen para sus adentros. Le resultaba aún extraño a los oídos, pero sonaba magníficamente bien.

—Sí, señor Lagerfeld —respondió sin dudar un instante después—. Voy a coger mis cosas.

Kristen subió al segundo piso de prisa y recogió el equipaje de mano que iba a llevarse a Birmingham. Un pequeño bolso con algunos artículos de tocador y el camisón de encaje que iba a ponerse

para la noche de bodas. El ajuar que había comprado y el resto de cosas para la casa, así como sus vestidos y enseres personales, los había transportado ya Ludwig a la hacienda de Liam días antes.

—Lista —dijo sonriente.

Liam asió la pequeña bolsa de su mano y ambos, con los dedos entrelazados, se dirigieron al carruaje que les esperaba en la puerta de la casa de *Trafalgar Square*.

Liam acomodó el equipaje en la parte trasera del coche y se sentó frente a Kristen. Mirándola fijamente a los ojos le preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien —respondió ella con sinceridad. Se la veía pletórica—. Un poco cansada, pero muy bien—. Y tú, ¿Cómo estás?

—Perfectamente —dijo Liam.

La voz del cochero se oyó fuera arreando a los caballos, que se pusieron en marcha de inmediato al escuchar el tono recio de la orden y el chasquido de las riendas. Durante el tiempo que duró el trayecto hasta Birmingham, Kristen no podía apartar la mirada de Liam. Su rostro permanecía inmerso entre los claroscuros que emitía el pequeño candil que colgaba del techo de la berlina, confiriéndole un aire más atractivo, si cabía. Su imagen le

resultaba sorprendente.

En silencio y con ojos devotos, contempló su profunda mirada verde, perdida en algún punto impreciso del paisaje, su nariz recta, sus pómulos marcados, su mandíbula cuadrada y la simetría casi perfecta de los labios.

Cuando llegaron a Birmingham era noche cerrada. La oscuridad se cernía sobre ellos como un manto de sombras negras. Liam se apeó del carruaje primero y ofreció su mano a Kristen, que la tomó con la sonrisa de enamorada que la acompañaba a todas partes.

La hacienda era una construcción alargada de dos plantas, de líneas sencillas y hermosas, con una fachada de

piedra rojiza y grandes ventanas marrones. Estaba situada en mitad de un extenso jardín que se prolongaba mucho más allá de donde los ojos alcanzaban a ver y al que habían accedido a través de un gran arco de piedra. La brisa que corría suave movía las ramas de los árboles que había a su alrededor y traía una fragancia a tomillo y madera que se colaba indiscreta hasta el interior de la casa.

—Es preciosa —opinó Kristen, aunque Liam no le había preguntado.

Avanzó detrás de él y juntos subieron la escalinata de diez peldaños que ascendía hasta el porche. Antes de que Liam introdujera la llave en la

cerradura, la puerta se abrió. De detrás de ella surgió una mujer enlutada, de unos sesenta años, delgada y con rostro afable. El cabello, salpicado de hebras plateadas, pero que se presumía que en otros tiempos había sido negro, permanecía recogido con método en un moño sujeto a la altura de la nunca.

—Bienvenido, señor Lagerfeld —dijo en tono formal—. Señora Lagerfeld —saludó a Kristen a la vez que hacía una leve inclinación de cabeza.

—Gracias, Silvana —dijo Liam, al mismo tiempo que le entregaba a una de las criadas el pequeño equipaje de Kristen.

—Gracias —respondió Kristen sin

dejar en ningún momento de sonreír.

Silvana se echó a un lado para cederles el paso al interior de la casa.

—Tienen la habitación preparada —comentó—. Tal y como lo pidió, señor Lagerfeld.

—Perfecto —asintió él.

Liam tomó la mano de Kristen y la condujo a través de una ancha escalera enmoquetada con una alfombra granate. La balaustrada de madera, una obra de ingeniería ornamental, se curvaba como una elegante serpiente en mitad del recorrido.

Kristen miraba en derredor intentando captar todos los detalles: las pesadas y viejas cortinas de terciopelo, las

lámparas de araña, las poltronas, los cojines adamascados, los candiles, la vajilla que languidecía en los aparadores... Aunque la casa estaba decorada con gusto, no podía negarlo, le hacía falta un toque femenino y algo más actualizado que diera la sensación de hogar.

Atravesaron un hall y se adentraron en una larga galería cubierta de hermosas vidrieras de color ámbar que salía de frente. Tras pasar por delante de varias puertas, Liam se detuvo en la que había al final del pasillo. Giró el pomo de metal y la abrió.

Kristen esperaba que la cogiera en brazos para cruzar el umbral, como

requería la tradición. Sin embargo, Liam no hizo nada.

—Pasa —dijo únicamente.

Kristen se recogió el vestido para no tropezarse y entró en la habitación. Era una estancia amplia con un balcón que daba al patio interior que había detrás de la casa. Estaba muy ordenada y desprendía un aire visiblemente romántico bajo el resplandor anaranjado que la inundaba. La cama, doselada y con unas rosas labradas en la cabecera, tenía ese toque principesco tan de moda en la época. La cómoda, el armario, la mesita, el dosel y el escritorio de consola cerrado en el extremo de la alcoba, estaban finamente tallados en

madera marrón oscuro y las paredes revestidas de papel con llamativos patrones florales.

Kristen se acercó a la cama lentamente y pasó la mano por la tela color hueso del dosel. Tenía un tacto suave, fluido y ligero y favorecía la intimidad.

—Al fondo está el cuarto de baño — señaló Liam, dirigiéndose a él.

Se adelantó unos pasos, abrió la puerta y se lo mostró a Kristen. Era espléndido. Estaba equipado con todo lujo de detalles; lavabo, bidé, tocador y una gran bañera con capacidad para dos personas. Durante la fugacidad de un instante, Kristen se imaginó bañándose

con Liam y una oleada de calor le ascendió hasta el rostro, tiñendo sus mejillas de un ligero rubor que trató de disimular malamente con un carraspeo.

—Es muy bonito —afirmó, volviendo de nuevo a la realidad—. Todo. La casa, la habitación, el cuarto de baño... Gracias.

Se giró hacia Liam con expresión dulce, buscando su mirada y un beso. Pero Liam se dio la vuelta y salió del cuarto de baño con cierta indiferencia. Kristen lo siguió.

—Tengo que terminar de hacer unas cosas y dar unas instrucciones a Silvana —dijo en un tono neutro—. Puedes ir preparándote mientras regreso.

Kristen afirmó con un leve asentimiento en silencio, apocada.

Liam salió de la habitación, dándole un escueto beso que depositó en su frente, y la dejó sola.

CAPÍTULO 29

*Amor y deseo son dos cosas
diferentes;
que no todo lo que se ama se desea,
ni todo lo que se desea se ama.
(Miguel de Cervantes)*

Había tratado por todos los medios de

mantener los nervios a raya durante la ceremonia, pero en esos momentos previos a entregarse a Liam, habían comenzado sin su permiso a hacer de nuevo de las suyas.

Respiró hondo.

Se giró y buscó por la habitación su pequeña bolsa de equipaje. La localizó al lado de la puerta que daba al balcón. La cogió y sacó el elegante camión de seda de color rosa palo con encaje negro que se había comprado para la ocasión en *La boutique de la novia* y lo dejó, junto con la bata a juego, sobre la cama, mientras se quitaba el vestido de novia.

Se puso el camión con manos

temblorosas y se preguntó, al tiempo que lo hacía descender por las caderas, si todas las novias estarían tan nerviosa como ella en su noche de bodas. Bertha le había dicho que se dejara llevar, que Liam se encargaría de todo las primeras veces. Pensándolo bien, era la única opción lógica que se le presentaba, pues no tenía mucha idea de lo que tenía o debía hacer. Solo esperaba que Liam tuviera paciencia con ella.

Se dirigió al cuarto de baño descalza, dio el grifo y se refrescó las manos y la nuca con un poco de agua. Estaba acalorada. Levantó los ojos y se miró en el espejo de marco dorado. Se sonrió a sí misma con timidez. El camisón

insinuaba demasiado. Dejaba a la vista los brazos, el cuello, las piernas... Los pechos se sugerían bajo la seda turgentes y tibios. Pero era el que le había gustado. Además, quería seducir a Liam Lagerfeld, su marido, y nada mejor para ello que ropa íntima provocativa.

Alzó las manos y con dedos hábiles fue quitando las horquillas y las pequeñas flores que sujetaban el moño. Los mechones de pelo negro fueron cayendo en una suave cascada de ondas por los hombros y la espalda, hasta que la melena quedó totalmente suelta. La cepilló con delicadeza y dejó que unos cuantos mechones se deslizaran por el escote.

Fue de nuevo al bolso y extrajo de su interior un frasco de perfume. «Una de las últimas novedades de París», le había asegurado la dependienta. Vaporizó un poco en el aire y lo olió, dejándose embriagar por el electrizante olor. Le encantaba el aroma suave y fresco que exhalaba la rosa mosqueta. Se colocó otra vez frente al espejo. Sonrió al recordar lo que solía decirle Mónica, una amiga madrileña a la que adoraba y cuyos consejos siempre solía tener presentes.

«El perfume se tiene que echar donde te mordería un vampiro —afirmaba con cierta picardía—. En las denominadas zonas calientes».

—En el cuello —fue diciendo Kristen a media voz al mismo tiempo que acercaba el frasco y vaporizaba el lugar que nombraba—, las muñecas, entre los pechos —continuó enumerando, mientras rociaba unas gotitas en los senos—, y un poquito en la cara interna de los brazos —concluyó, ensanchando su jovial sonrisa.

Apoyó el frasco en la repisa del lavabo y se retocó el pelo por última vez.

¿Le gustaría a Liam?, se preguntó.

Salió del cuarto de baño y deambuló un rato por la habitación, curioseando aquí y allá, pasando la mano por la colcha del lecho conyugal, palpando la

suavidad de los cojines. Miró el reloj que había sobre una de las mesillas. Era media noche; la hora bruja. Su esposo no tardaría mucho en llegar.

«Mi esposo», se dijo a sí misma.

Cuando en su cabeza se formó de improviso la imagen de Liam entrando en la habitación y viéndola por primera vez semidesnuda, un escalofrío le recorrió la espina dorsal como un latigazo. Nunca antes un hombre la había visto de esa forma. Se frotó los brazos para mitigar la sensación de frío.

Se sentó en la cama y apoyó las manos sobre el regazo, pensando que ese sería el modo correcto de esperarlo; ni demasiado explícita ni demasiado

contenida. Después se levantó, convencida de lo contrario.

Caminó de nuevo por la habitación, estrujándose los dedos con nerviosismo. Sin poder permanecer quieta, enfiló los pasos hacia la ventana del balcón, descorrió las cortinas y se asomó a través de los cristales. La noche exhalaba serenidad al otro lado.

El denso manto azulado dejaba intuir una sucesión de arcos que formaban un hermoso pórtico que recordaba a los antiguos claustros y que daba cobijo a un jardincillo con algunos árboles frutales y a una fuente con la figura de una sirena sentada sobre una roca.

Dejó que las cortinas velaran la

ventana. La imagen desapareció de su vista. Se dio media vuelta y consultó de nuevo el reloj. Era la una menos cuarto. Resopló quedamente.

«¿Habrá pasado algo en la casa? —se preguntó en silencio mientras se mordisqueaba el labio—. ¿Por qué Liam tarda tanto?».

Le vino a la cabeza la idea de salir de la habitación y preguntar a Silvana o a alguno de los criados si había sucedido algo. Pero desechó la idea de inmediato. No estaría bien visto que la vieran deambulando por la casa tan ligera de ropa. Así que concluyó que lo mejor era esperar.

Alrededor de la dos y media de la

madrugada, sus ojos cansados se deslizaron hasta la cama. Se resistía a dormir. No quería que Liam la encontrara en brazos de Morfeo.

Se tendió en el lecho bajo la semipenumbra ámbar de la lámpara. Lo esperaría tumbada y cuando lo sintiera llegar se levantaría para recibirlo. Pero el sueño y la fatiga del trajín de la boda, los nervios y el torrente de emociones que tenía en su interior la obligaron a cerrar los ojos. Unos minutos después yacía profundamente dormida.

CAPÍTULO 30

*Todavía creo que nuestro
mejor diálogo ha sido
el de las miradas.
(Mario Benedetti)*

El sol comenzó a entrar a raudales por la ventana. Un haz de luz escarlata

incidió en el plácido rostro de Kristen. Movi6 los ojos debajo de los parpados. Unos instantes despu6 los abri6 despacio.

En un impulso alarg6 el brazo hacia el otro lado de la cama. La mano toc6 la superficie lisa y fr6a de la colcha. Liam no hab6a dormido con ella.

Se incorpor6, tratando de desperezarse y pregunt6ndose por qu6 su marido no hab6a regresado al dormitorio la noche de bodas. Unos nudillos tocaron seguidamente la puerta.

«Seguro que es Liam», pens6 sin dar p6bulo a la posibilidad de que no pudiera ser 6l. El coraz6n le dio un vuelco.

—Adelante —dijo en tono entusiasta mientras trataba de colocarse el pelo con gesto coqueto.

La expresión de su rostro acusó un atisbo de decepción cuando la puerta se abrió y apareció Silvana con una bandeja de madera en la que le traía el desayuno.

—Buenos días, señora —saludó.

—Buenos días —respondió Kristen intentando que su voz no sonara desilusionada.

Los ojos de Silvana se dirigieron automáticamente hacia la cama sin deshacer. De inmediato volvió la vista a Kristen, que adivinó lo que estaba pasando en esos momentos por la cabeza

de la criada. Pero ambas mantuvieron un discreto silencio.

—Le traigo el desayuno, señora — anunció Silvana con un carraspeo, avanzando por la habitación.

Kristen se levantó de la cama y se apresuró a ponerse la bata.

—Gracias —le agradeció a Silvana cuando esta dejó la bandeja encima de la mesa—. Puedes llamarme Kristen —le dijo—. De hecho, es así como me gustaría que me llamaras... —sugirió con amabilidad después—. Y también me gustaría que me tutearas.

Silvana pareció extrañarse ante la petición de su nueva señora. Esperaba que la hija del memorable Gilliam

Lancashire asumiera un carácter intratable y, por lo demás, soberbio, y que se gastara unos modales alejados de cualquier señal de deferencia hacia los criados, como su padre.

—Como gustes... Kristen —dijo con cierto apuro en la voz, aunque manteniendo su tono formal—. Si algo no le... si algo no es de tu agrado —rectificó—, o prefieres que te prepare otra cosa, no tienes más que decírmelo. Lo haré encantada.

Kristen echó vistazo rápido a la bandeja. Había leche, pan tostado, zumo, huevos, jamón y fruta. Desde luego no iban a matarla de hambre, pensó.

—Está perfecto —dijo, para

tranquilidad de la criada.

—Cuando termines mandaré a mi hija Kamelia para que te prepare el baño y te ayude a vestirte —comentó Silvana.

—Muy bien.

—Entonces te dejo desayunar —dijo Silvana.

Se disponía a darse la vuelta para irse cuando Kristen la preguntó:

—¿El señor está abajo?

Intentó que el interrogante sonara despreocupado. Le daba cierta vergüenza preguntar por su esposo al personal de servicio, pero, ¿qué otra cosa podía hacer? No tenía la menor idea de dónde estaba Liam y de qué había estado haciendo durante la noche.

—No —respondió Silvana—. Salió temprano a la fábrica.

—¿Ha dicho a qué hora volvería?

La criada negó ligeramente con la cabeza.

—No.

Era evidente que tampoco había dejado ningún mensaje para ella, sino Silvana se lo hubiera comunicado.

—Gracias, Silvana.

—Si no requieres otra cosa...

—No, puedes retirarte.

Silvana atravesó la habitación y desapareció detrás de la puerta.

Kristen se cruzó la bata por delante, se giró y se acercó a la ventana. Abrió las puertas del balcón y salió. Un tajo de

rosas y púrpuras rasgaba el cielo y barnizaba la sirena de la fuente y las piedras de las columnas que flanqueaban el patio. Algunos criados iban de un lado a otra concentrados en sus quehaceres diarios.

Permaneció en el balcón, de pie e inmóvil, un largo rato. Inhalando la fragancia a tomillo y madera adherida a la atmósfera.

—¿Cómo es la nueva señora? — preguntó Kamelia a su madre cuando llegó a la cocina.

—Muy hermosa —respondió Silvana.

—Seguro que no lo es tanto —arguyó Kamelia con recelo en la voz.

—Sí, sí que lo es, y además es amable —añadió Silvana—. Parece que no tiene nada que ver con su padre...

—¿Usted conoció a su padre? —continuó preguntando Kamelia en pos de una curiosidad insaciable, mientras se enroscaba en un dedo un mechón de pelo rubio.

—Sí, recuerda que yo serví a los señores Lagerfeld en Londres. Pero, aparte, todo el mundo en Inglaterra ha oído hablar de Gilliam Lancashire y la animadversión que sentía hacia los Lagerfeld, en especial hacia el difunto Bernard, el padre del señor Liam, que

Dios tenga en su gloria.

Silvana se perdió durante unos segundos en sus recuerdos.

—¿Por qué Gilliam Lancashire odiaba a don Bernard? —La pregunta de Kamelia sacó a Silvana de sus pensamientos, devolviéndola a la realidad.

—Por cosas de ricos —dijo simplemente, zanjando la conversación. Levantó los ojos, con ligeros pliegues de piel arrugados a su alrededor, y miró a su hija—. Deja de hacer tantas preguntas —la reprendió en tono firme—. ¿No sabes que la curiosidad mató al gato?

—¿Qué gato ni que niño muerto,

madre? —exclamó Kamelia—. En algo tengo que distraerme, los días aquí son tediosos.

Silvana miró a su hija de reojo al tiempo que cogía un puchero para empezar a hacer la comida.

—Para que se te quite el aburrimiento, sube a preparar un baño a la señora y ayúdala a vestirse —le ordenó. Kamelia chasqueó la lengua con desgana—. Vamos, no le hagas esperar.

Kamelia dio unos golpecitos en la puerta con los nudillos.

—Adelante —oyó al otro lado.

Hizo girar el pomo y entró en la habitación.

—Buenos días, señora —dijo.

—Buenos días —correspondió Kristen—. ¿Tú debes de ser Kamelia?

—Sí, señora.

—Puedes llamarme Kristen —le pidió, de la misma manera que un rato antes se lo había pedido a Silvana.

Kamelia se quedó durante unos instantes mirando a Kristen, que estaba sacando los vestidos de los baúles y colgándolos en el armario. Realmente la esposa de su adorado Liam era preciosa, como le había dicho su madre cuando le había preguntado muerta de curiosidad. Tenía unos rasgos rotundos, pero a la

vez finos y aristocráticos, una piel dorada y unos ojos azules capaces de embelesar a cualquiera, incluso a ella. Además, pudo comprobar que poseía un bonito cuerpo, proporcionado, debajo de la escueta bata de seda que llevaba puesta.

De pronto se sintió pequeña e insignificante. ¿Qué iba a hacer ella, una chica de pelo lacio rubio, piel pálida, nariz pecosa, además de algo ruidosa y vulgar, para conquistar a Liam, al lado de una *mujer* como Kristen Lancashire?

—Tu madre me ha dicho que vendrías a ayudarme a vestir —continuó diciendo Kristen.

—Sí, señora —contestó Kamelia de

forma automática.

—Kristen —rectificó con una sonrisa afable en los labios—. Debemos de tener la misma edad. ¿Cuántos años tienes?, si no es indiscreción —preguntó Kristen.

—Veintidós —dijo Kamelia.

—Yo tengo veinte. Así que podríamos ser amigas —comentó Kristen.

Kamelia se adelantó unos pasos.

—¿Qué quieres que vaya haciendo? —preguntó.

—¿Podrías ayudarme a colocar toda esta ropa en el armario y la cómoda, por favor? —preguntó a su vez Kristen.

—Sí, claro.

Kamelia se acercó a la cama con

expresión apática, cogió sin ganas uno de los vestidos que había sobre ella y lo colgó en el guardarropa. Después asió otro e hizo la misma acción, mecánicamente. A Kamelia no le gustaba colgar vestidos, le gustaba ponérselos y lucirse con ellos. Aquellos debían de ser costosísimos. Lo sabía por la fina tela con la que estaban confeccionados: seda, organdí, muselina, encaje... Y no el algodón áspero y vulgar con el que estaban hechos los suyos. Ser pobre le resultaba casi insoportable.

«Algún día yo tendré un armario lleno de vestidos como estos», pensó en silencio.

Y el modo más viable y rápido de

conseguirlo era a través de Liam Lagerfeld. Él sería su pasaporte a una vida de lujo y ostentación. A la vida que siempre había soñado. Y por fin dejaría de ser una pobretona. Daba igual si estaba casado. Era un detalle que para ella no tenía la menor importancia. Siempre podría ser su amante. Aunque luego no se conformaría con ser *la otra*. Ya se las arreglaría para ser la señora Lagerfeld, solo necesitaba algo de tiempo. Y ahora que Liam iba a quedarse a vivir en Birmingham con su amantísima esposa, tenía todo el del mundo. Sonrió maliciosamente para sí.

Cuando terminaron de acomodarlo todo, Kristen se dio un baño, se vistió y

bajó al primer piso. Quería empezar cuanto antes a convertir aquella casa en un hogar para Liam y para ella. A convertirlo en su nido de amor.

Las estancias: salón, hall, galerías y demás, eran luminosas y estaban bien ventiladas. En España, se había acostumbrado a las tardes soleadas que regalaba su clima mediterráneo, más suave y benévolo que el inglés, y de vuelta a Inglaterra, agradecía enormemente tener sol, aunque la animó comprobar que la casa contaba con tubos de calefacción en las paredes.

Mandó a un par de jóvenes criados que le llevaran al salón los baúles en los que había transportado todo el menaje,

se arremangó y con la ayuda de Kamelia comenzó a redecorar la casa.

CAPÍTULO 31

*Mujer virtuosa,
¿quién la hallará?
Porque su estima
sobrepasa largamente
a la de las piedras preciosas.
(Proverbios 31:10)*

Hacia las dos de la tarde, había cambiado las cortinas de las ventanas del salón y del hall que daba acceso a la casa y había colgado los cuadros de paisajes que había comprado en una galería de arte de Londres y algunas réplicas de lienzos de renombrados pintores como Leonardo da Vinci, Rembrandt, Sebastiano del Piombo, o el español Diego Velázquez, en las paredes principales.

Esperó pacientemente a Liam para comer, pero para su mayor decepción, no se presentó. Silvana opinó en tono natural y con mucha cortesía que su ausencia se debería a que tendría trabajo en la fábrica.

—Siempre que viene a Birmingham está muy ocupado —dijo.

Kristen no hizo ningún comentario al respecto, pero se preguntó en silencio con cierta decepción, si Liam tendría tanto trabajo para no atender a su esposa el día después de la boda.

Tras degustar el consomé y el pollo asado con confitura que había preparado Silvana y de tomarse el acostumbrado té, siguió manos a la obra. Desenrolló las alfombras persas que había adquirido en una tienda de marroquinería y cubrió los suelos con ellas. También cambió la tela de los cojines. Guardó las viajas vajillas que custodiaban los aparadores como una

reliquia y colocó en sus estantes las que había comprado en *La boutique de la novia*.

Pidió a los mismos criados que habían metido los baúles en el salón que los subieran al desván con las cosas que había ido quitando de la casa.

A media tarde se dirigió a la cocina.

—¿Dónde está la bodega? —preguntó a Silvana.

—Por aquí —respondió la criada, guiándola por un largo pasillo.

Una vez que la supervisó, mandó almacenar en ella las garrafas de aceite de oliva, los barriles de vino, la fruta y el pescado salado que le habían entregado algunas personas como regalo

de boda.

El crepúsculo llegó sin apenas darse cuenta, embebida en la vorágine de la decoración, y casi inmediatamente después el velo de la noche cubrió el cielo de un elegante azul oscuro en el que brillaban miles de estrellas.

Liam regresó a la casa cerca de las nueve. Cuando Kristen lo sintió llegar, se levantó un poco el vestido y corrió a recibirlo. Se echó a sus brazos en mitad del hall con una sonrisa enorme cruzándole los labios.

—Te he echado de menos, mi amor —
le dijo. Le dio un beso en la boca.

Liam acogió su recibimiento con una frialdad que a Kristen no le pasó desapercibida.

—¿Estás bien? —le preguntó en tono dulce al notarlo tan serio.

—Sí —respondió Liam escuetamente.

La sonrisa de Kristen se atenuó un leve instante, pero enseguida recuperó su esplendor de nuevo. Pizpireta, cogió de la mano a Liam y lo arrastró con ella hasta el salón.

—¿Te gusta? —dijo, mostrándole entusiasmada la nueva decoración.

—Sí —volvió a decir únicamente Liam, sin hacer alto en la dedicación de

Kristen. La expresión de su rostro se mantenía inalterable.

Kristen se mordió el labio inferior.

—¿Ocurre algo? —insistió.

—Estoy cansado —respondió Liam.

Su voz sonaba desganaada.

Silvana entró en el salón, interrumpiendo la conversación.

—¿Les sirvo la cena? —preguntó.

—Sí, por favor —dijo Liam.

La criada inclinó la cabeza, asintiendo, se dio media vuelta y se fue a la cocina. Liam se sentó a la mesa y Kristen hizo lo mismo. Estaba confundida por la actitud indiferente de Liam. ¿Había hecho algo para enfadarlo? Recapituló en su memoria las

últimas horas que había pasado con él y no encontró nada que pudiera haberlo molestado.

—¿Has tenido un día duro en la fábrica? —se interesó como esposa hacendosa y enamorada.

—Sí —puso Liam como excusa mientras desdoblaba la servilleta. Giró el rostro y miró a Kristen, que lo contemplaba expectante, esperando quizá una explicación más amplia—. Estoy recibiendo quejas de algunos compradores —comentó—. Las piezas que se están exportando no son de la calidad que deberían ser y eso me está ocasionando problemas.

En realidad aquello no suponía ningún

quebradero de cabeza para Liam. Sabía cómo atajarlo. La solución era contratar a más empleados; Bryan se estaba ocupando de ello. Pero le venía al pelo como pretexto para lo siguiente que tenía planeado.

—Por cierto, mañana salgo de viaje a Irlanda del Norte —anunció.

—¿A Irlanda del Norte? —repitió Kristen.

—Sí. Estaré fuera veinte días —continuó Liam.

Kristen frunció el ceño.

—¿Es absolutamente necesario que vayas? ¿No puedes mandar a... alguien? —dijo—. Pensaba que estos primeros días después de la boda los pasaríamos

juntos.

Liam le cogió la mano por encima de la mesa.

—Sí, es absolutamente necesario que vaya —aseveró, acariciándola mecánicamente—. Tengo que tranquilizar a los compradores de alguna forma. Sino los perderé como clientes.

Kristen se quedó mirándolo unos instantes. El resplandor de la lámpara arrojaba sombras doradas a su cara angulosa, reafirmando su tremendo atractivo. Suspiró, y finalmente asintió con un gesto de resignación.

—Está bien —dijo.

—Solo serán veinte días —añadió Liam con una serenidad imperturbable

en el rostro. Levantó la mano de Kristen y la besó mientras forzaba una sonrisa.

¿Por qué no la besaba en los labios?, se preguntó Kristen. Era su esposa, su mujer, y estaban en su casa. Ya no había que guardar esas formas, a veces absurdas, que la sociedad imponía a los enamorados.

—¿Estás bien, Liam? —dijo de pronto, sin poder contener la avalancha de palabras que llegaban a su boca.

—Ya te he dicho que sí —contestó él—. Estoy cansado, nada más.

—Si he hecho o he dicho algo que te haya molestado...

Liam fijó su penetrante mirada verde en Kristen, silenciándola.

—Es solo cansancio —volvió a decir en tono seco. Su expresión era de pronto sombría.

Kristen se soltó de su mano, bajó la cabeza y desdobló la servilleta, tratando de disimular las enormes ganas de llorar que tenía. No entendía qué le sucedía a Liam. No entendía nada. Los pasos de Kamelia se escucharon adentrarse en el salón.

—Buenas noches, señor Lagerfeld —saludó en un tono visiblemente alegre, incluso coqueto—. Kristen... —dijo más seria y sin apenas mirarla.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Kamelia —respondió Liam con cortesía.

Kristen debía de estar loca, pero le pareció que su esposo había saludado con más efusividad a Kamelia que a ella. Movi6 la cabeza ligeramente para apartar ese pensamiento de su mente. Seguro que solo eran imaginaciones suyas.

Kamelia sirvi6 los platos de la cena flirteando con Liam cada vez que tenia ocasi6n; insinu6ndole los pechos, las caderas, cada una de sus curvas mientras le sonreía revelando sus intenciones. Kristen lleg6 a la conclusi6n, para su sorpresa, de que la hija de Silvana estaba enamorada de su esposo. ¿C6mo era posible que fuera tan descarada? ¿Qu6 pasara por alto que estuviera

casado y que su propia esposa estuviera delante? ¿Acaso no tenía vergüenza? ¿Acaso no tenía dignidad? Decidió dejarlo correr, de momento.

—Anoche te esperé... —le dijo a Liam cuando Kamelia salió finalmente del salón. Lo dijo con dulzura. A pesar de todo, no había ningún tipo de reproche en su voz.

—Lo siento. Acabé tarde —arguyó Liam—. Me imaginé que estarías dormida y no quise molestarte.

—Tendrías que haberme despertado... —sugirió Kristen, cabizbaja.

—Es mejor que descansaras —opinó Liam en tono monocorde, incluso frío, al tiempo que, despreocupadamente, se

llevaba a la boca un trozo de la trucha en salsa que había preparado Silvana—. Estarías cansada del ajetreo de la boda.

«Era nuestra noche de bodas», pensó Kristen en silencio con un deje de amargura.

De pronto sintió que algo se le rompía dentro. La inexplicable indiferencia de Liam, el coqueteo descarado de Kamelia y vivir en una casa que no era la suya, le estaban haciendo mella en el amor propio.

—No tengo mucho apetito —indicó. Retiró la silla y se levantó de la mesa—. Permiso —dijo, dirigiéndole a Liam una mirada fugaz.

Liam asintió brevemente con la

cabeza. Kristen se levantó el vestido, se dio la vuelta y salió del salón. Liam sonrió para sus adentros, satisfecho, mientras observaba marcharse a Kristen de reojo. Caperucita había empezado a adentrarse en la tela de araña que estaba tejiendo cuidadosamente. Era cuestión de tiempo que quedara atrapada en ella, sin escapatoria posible.

CAPÍTULO 32

*Déjame vivir tus días,
beber de tu sonrisa,
soñar que sueñas conmigo.
Bésame y que espere la vida.*

—¿Qué te ocurre, muchacho? —
preguntó Bertha a Tommy cuando le

sirvió el almuerzo en la cocina de la mansión Lancashire. Tommy se mantuvo en silencio, con cara larga —. ¿Es por Kristen? —se aventuró a decir el ama de llaves.

—Es por Liam Lagerfeld —respondió rotundo Tommy, cortando un trozo de pan negro con la mano.

Bertha arrugó el ceño, sin entender.

—¿Por Liam Lagerfeld?

—No me gusta, Bertha —aseveró Tommy contundentemente. Cogió el trozo de pan y pringó la yema del huevo frito que le había preparado Bertha.

Bertha carraspeó.

—¿No será que estás...?

—¿Celoso? —se adelantó Tommy,

interrumpiendo al ama de llaves—. Puede... No lo voy a negar. Como tampoco voy a negar a estas alturas que estoy enamorado de Kristen —confesó de pronto, metiéndose el pan en la boca y masticando.

Bertha no se sorprendió ante las revelaciones de Tommy. Intuyó de inmediato a qué se debía el cambio de actitud y de humor del mozo del establo hacia Kristen cuando esta anunció su compromiso con Liam Lagerfeld. —Más sabía el diablo por viejo, que por diablo—. Estaba enamorado de ella.

—Siempre ha sido mi amiga... mi hermana... —explicó Tommy—. Cuando competíamos por subir a los nogales del

jardín, cuando veníamos a convencerte para que nos hicieras chocolate, cuando nos bañábamos en la laguna... — enumeró. Después hizo una pausa de unos segundos—. Pero cuando regresó de España ya no era una niña, ni yo un niño. Era una mujer y yo un hombre y bueno...

Tommy dejó el final de la frase suspendida en el aire. Bertha le puso la mano sobre el hombro en señal de comprensión.

—Muchacho... —murmuró con voz maternal.

—Pero no solo son celos, Bertha — afirmó Tommy, retomando el tema—. Te aseguro que no. —Silenció sus palabras

unos segundos, como si estuviera reflexionando sobre algo. Después volvió a hablar—. Se lo he dicho a Kristen; hay algo en Liam Lagerfeld y en su amigo que no me gusta.

—¿En el señor Cooper? ¿El novio de Anabella? —preguntó Bertha extrañada mientras se sentaba en una silla frente a Tommy.

—Sí, ese mismo.

El ama de llaves movió la cabeza lentamente, negando, al tiempo que Tommy partía otro pedazo de pan negro y pringaba la yema del huevo. Después pinchó un trozo de jamón con el tenedor y se lo llevó a la boca.

—¿No crees que estás exagerando,

muchacho? —lanzó al aire, tratando de sonar cautelosa.

Bertha no pensaba que Liam y Bryan Cooper fueran tan oscuros como Tommy decía, ni que ocultaran alguna artimaña o doble intención en sus acciones.

—No —negó Tommy, seguro de sí. Masticó—. Y tengo la sensación de que yo tampoco les caigo muy bien a ellos visto el modo en que miraban el día de la boda. —Tommy alzó la cabeza y dirigió a Bertha una mirada suspicaz. Durante unos segundos, ambos se miraron en silencio—. ¿No te parece extraña la manera en que ha sucedido todo?

—¿A qué te refieres?

—A la precipitación de los acontecimientos...

—Sabes que el señor Russell quería entregar la mano de Kristen a Sir Roger Sullivan —dijo Bertha como algo obvio. Y era obvio, porque todo el mundo tenía conocimiento de ello dentro de la mansión.

—Y Liam Lagerfeld encontró en esa petición de mano la oportunidad perfecta para desposarse con Kristen —arguyó Tommy en tono desconfiado.

Cogió la jarra de barro, se echó un poco de agua en el vaso y bebió.

—Muchacho, Liam y Kristen se quieren —alegó el ama de llaves, pese a que su afirmación podía herir a Tommy.

Tommy soltó una risilla.

—No dudo de que Kristen ame a Liam —aseveró, dejando el vaso en la mesa—. Pero no estoy tan seguro de que Liam le corresponda, o que lo haga con la misma vehemencia. —Tommy se limpió la boca con la mano—. ¿Por qué se han casado tan pronto, Bertha? —preguntó—. ¿Por qué no han esperado unos meses? Liam Lagerfeld podía haberse prometido con Kristen y ya está. De ese modo también se hubiera evitado que Scott le entregase su mano al viejo Sir Roger Sullivan...

El ama de llaves curvó sus labios finos en una sonrisa condescendiente, como cuando se sonríe frente a un niño

que empieza a hablar. Tommy estaba viendo fantasmas donde no los había, fruto del amor que sentía por Kristen y los celos que le inspiraba Liam. No podía reprochárselo, pensó con indulgencia. Estaba enamorado y eso le hacía ver cosas donde no existían.

—El amor no entiende de días, semanas o meses —dijo únicamente—. No entiende de tiempo... Solo entiende de sentimientos, de piel y de querer estar con la otra persona...

—Eso lo comprendo muy bien —dijo Tommy con expresión resignada en el rostro curtido—. Porque a mí me hubiera gustado estar con Kristen desde el primer minuto que regresó de España

y la vi en la puerta del establo después de siete años.

—¿Entonces? —sondeó Bertha, encogiéndose de hombros.

—La diferencia es que yo a Kristen la conozco desde que era una niña —dijo Tommy con la mirada color cobalto clavada en el ama de llaves— y Liam Lagerfeld, cuando le pidió que se casara con él, desde hacía unos días.

Bertha reflexionó unos instantes. No podía negar que Tommy tenía razón. Pero ella no veía el matrimonio de Kristen y Liam como algo descabellado, ni siquiera porque todo hubiera tenido lugar en un par de meses. Estaba convencida de que Liam quería a

Kristen y de que quería estar junto a ella. De ahí el apremio. Nada más. ¿Para qué iban a esperar más? El amor era urgente la mayoría de las veces, y la carne también.

—¿Por qué no le das una oportunidad a Liam? —le aconsejó el ama de llaves a Tommy en tono conciliador—. ¿El beneficio de la duda? Nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario.

—Lo he intentado —afirmó Tommy—. Créeme que lo he intentado. Pero no he podido. Me resulta imposible.

—No hay nada imposible —replicó Bertha con suavidad.

—Para mí sí —aseveró Tommy—. Son las tripas y no el corazón las que me

advierten sobre él.

—Yo pienso que estás equivocando...

—dejó caer el ama de llaves con voz suave.

Tommy le dedicó una mirada prudente. Alzó una ceja.

—Ojalá me equivoque, Bertha — repuso serio, y hablaba sinceramente, con el corazón en la mano—. Nada me gustaría más en este mundo que estar equivocado respecto a Liam Lagerfeld. Nada. Pero a mí hay algo en todo esto que no me cuadra —concluyó, al mismo tiempo que se levantaba de la mesa. Cogió la gorra de pana marrón y se la puso. Segundos después salía de la cocina para continuar con sus

quehaceres diarios.

CAPÍTULO 33

*Y para estar total, completo,
absolutamente
enamorado, hay que tener plena
conciencia
de que uno también es querido,
que uno también inspira amor.
(Mario Benedetti)*

Kristen sintió cascos de caballo resonar contra el suelo empedrado. Abrió los ojos atraída por el eco que hacía el ruido de las herraduras en mitad del silencio sepulcral que reinaba en la noche, giró el rostro y consultó el reloj de la mesilla. Las agujas anunciaban las seis y media de la mañana.

Se levantó de la cama y se dirigió hacia el balcón. Descorrió las cortinas con un gesto suave y discreto de la mano y miró a través de la ventana. Alcanzó a ver justo el momento en que Liam, ataviado con un impecable pantalón y levita grises y unas botas negras recién lustradas, subía al carruaje que lo

esperaba desde hacía un rato. Se marchaba a Irlanda del Norte durante veinte días sin ni siquiera despedirse de ella. Y a Kristen le dolía en lo más profundo del alma, porque intuía que en su repentina indiferencia se ocultaba algo mucho más transcendental.

Una lágrima solitaria se deslizó lentamente por la mejilla hasta caer al suelo, mientras Kristen contemplaba inmóvil como la berlina se ponía en marcha y se perdía en el horizonte. Una silueta negra contra las tonalidades pastel del alba. El acompasado repiqueteo de los cascos de los caballos que tiraban del carruaje se transformó en la cadencia de un segundo latir del

corazón. Una punzada de dolor se apoderó de su pecho.

Cuando el coche desapareció tras las columnas de piedra del patio y el silencio inundó de nuevo cada rincón como si estuviera en un cementerio, dejó caer la cortina con desánimo y volvió a la cama. Se tendió sobre ella, en la penumbra, hundió el rostro en la almohada y lloró con amargura hasta que el sol comenzó a entrar a raudales por la ventana. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué Liam no se había despedido? ¿Qué había cambiado para que ni siquiera quisiera dormir con ella? ¿Para que no quisiera hacerle el amor?

Se obligó a levantarse y terminó de redecorar la casa con los enseres que había comprado para el ajuar. Poner orden la mantendría distraída y con los pensamientos alejados de Liam. Acabó de colgar algunos cuadros, sacó los libros de los baúles y los colocó en los estantes vacíos de la biblioteca situada en la segunda planta.

A media tarde, después de tomar el té, cogió *La Ilíada* de Homero y se dirigió a la cocina.

—Voy a dar un paseo —anunció a Silvana.

—Como quieras —respondió la

criada con voz cordial, como siempre.

Kristen salió de la casa con expresión apesadumbrada, pese a que había tratado de disimular su tristeza frente a los empleados. Se sentía contrariada por todo lo que estaba sucediendo. Necesitaba relajarse, y nada mejor que un buen libro y estar en pleno contacto con la naturaleza para conseguirlo.

No sabía muy bien hacía dónde dirigirse. No conocía la hacienda. Así que escogió al azar un pequeño sendero de tierra rojiza situado en la parte de atrás del jardín y se internó en él. Durante un rato caminó sin rumbo fijo entre los muros que formaban los árboles del enmarañado bosque que se

abría ante ella.

Se detuvo en mitad de la arboleda, cerró los ojos y aspiró profundamente. El aire estaba impregnado del aroma almizclado y dulzón del tomillo y de la resina, embriagándole los sentidos. Durante unos minutos dejó que los oídos se le empaparan del sonido de las hojas mecidas por la brisa, de los trinos de los pájaros y las miríadas de insectos que gorgoteaban a su alrededor. Abrió los párpados y continuó andando. Unos minutos después el bosque dio paso a un claro. Un hermoso arrecife de rocas musgosas por el que descendía una pequeña cascada de agua cristalina.

—Dios mío... —musitó.

El verde de la hierba y del musgo vibraba, vivo, y los helechos y las enredaderas de hierbabuena competían por trepar a lo más alto de los árboles.

Sin pensárselo dos veces, se levantó ligeramente el vestido y se subió hasta un saliente, como cuando era niña. Se descalzó, se sentó en la piedra y, durante unos minutos, contempló el paisaje que se ofrecía ante ella. La panorámica que se dibujaba era simplemente espectacular, con un aire de desorden estudiado, como si la naturaleza quisiera dar la impresión de descuidada en aquel lugar.

La bruma que formaba el agua reptaba perezosamente entre la verde vegetación

como si fueran velos de neblina y el sonido que emanaba de la cascada de plata era hipnotizador.

Relajada por el rumor que la naturaleza desplegaba cómplice a su alrededor, se relajó, abrió el libro y comenzó a leer, tratando por todos los medios de no pensar en Liam, porque lo que le venía a la mente era confuso y doloroso.

Un rato después comenzó a oír ruidos que provenían de la hilera de arbustos que había a su lado izquierdo. Giró el rostro en silencio y entornó los ojos. Aguzó la vista intentando ver qué era lo que se movía inquieto detrás del matorral. Le pareció distinguir unas

manos menudas y un mechón de cabello castaño entre la maraña de ramas y hojas. Carraspeó audiblemente. Al comprobar que el pequeñín que estaba escondido tras los arbustos no salía ni decía nada, siguió leyendo, disimuladamente.

Instantes más tarde, un niño de ojos vivos azules, mejillas rosadas, pelo revuelto y rostro ligeramente tizado de barro, con los pantalones de algodón arremangados hasta las rodillas y unos ocho años de edad aproximadamente, surgió de entre las altas matas verdes.

—Hola —saludó.

Kristen volvió la cabeza.

—Hola —respondió, ofreciéndole su

mejor sonrisa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el niño.

—Kristen, ¿y tú?

—Harper.

—Tienes un nombre muy bonito, Harper —dijo Kristen sin dejar de sonreír.

—Tu nombre también es muy bonito —correspondió el niño.

—Gracias.

Los ojos de Harper se deslizaron hasta el libro que Kristen tenía entre las manos.

—¿Sabes leer? —curioseó.

—Sí —contestó Kristen, con una brizna de asombro en la expresión.

Harper dio un par de saltos ágiles, subió al saliente y se sentó al lado de Kristen.

—Yo cuando sea mayor, aprenderé a leer —afirmó.

—¿Por qué cuando seas mayor? ¿Por qué no ahora?

—Ahora no puedo porque tengo que ayudar a mi padre con el trabajo que le encarga el señor Lagerfeld —contestó el pequeño—. Pero cuando sea mayor y ya no tenga que ayudar a mi padre, aprenderé, y podré leer todos los cuentos de dragones y héroes que existen.

Kristen se quedó mirando a Harper durante unos segundos. Se le veía

verdaderamente entusiasmado con la idea de aprender a leer.

—¿Tu libro habla de dragones y héroes? —se interesó Harper.

—No exactamente —respondió Kristen—. Bueno, o sí. Depende de cómo se mire.

El pequeño sonrió. Kristen le estaba empezado a caer bien.

—¿Cómo se titula? —siguió interrogando.

—La Ilíada. Es de un antiguo escritor griego.

—¿Griego?

Harper arrugó la nariz, e hizo un mohín con los labios.

—De Grecia —especificó Kristen.

—¿Dónde está Grecia?

—Un poquito más abajo y más a la izquierda de donde nos encontramos nosotros —dijo Kristen, para que el pequeño la entendiera.

Harper asintió. Kristen se dio cuenta de que Harper era un niño despierto, curioso y muy listo. Una idea le pasó de un extremo a otro de la cabeza, como un relámpago en medio de un cielo oscuro.

—¿Quieres aprender ahora y así poder leer esos cuentos que tanto te gustan? ¿Y no tener que esperar a hacerte mayor? —preguntó.

Harper abrió mucho los ojos, como si hubiera visto uno de esos dragones que aparecían en las historias que tantas

ganas tenía de leer.

—¿Lo dices en serio? —dijo en un tono de asombro que casi se podía palpar.

Kristen hizo un ademán afirmativo con la cabeza que repitió varias veces.

—Yo podría enseñarte.

—¿Lo dices en serio? —repitió Harper, que no era capaz de salir de su sorpresa.

Kristen se echó a reír ante la carita del pequeño.

—Sí, totalmente en serio. —Miró al niño y ladeó la cabeza—. Entonces, ¿qué me dices?

La expresión infantil de Harper se ensombreció de pronto y su entrecejo se

frunció ligeramente.

—Pero tengo que ayudar a mi padre...

—dijo con voz de decepción, como si le hubieran puesto la miel en los labios y después se la hubieran arrebatado de un zarpazo.

—No te preocupes —lo tranquilizó Kristen—. Te enseñaré cuando puedas. Además, podemos hablar con el señor Lagerfeld para que no mande mucho trabajo a tu padre, así tú tendrás más tiempo libre —le guiñó un ojo con complicidad.

—Vaya... —expresó Harper, con toda la inocencia del mundo en sus redondos ojos azules. Se levantó y en un gesto de espontaneidad abrazó a Kristen

cariñosamente—. Muchas gracias —
dijo.

CAPÍTULO 34

*Lo único que me duele
de morir, es que no sea de amor.
(Gabriel García Márquez)*

Durante la noche, Kristen le estuvo dando vueltas en la cabeza a la idea de dar clase a los hijos de los empleados

de la hacienda, ya que ellos no contaban con medios económicos suficientes para escolarizarlos. De ese modo ejercería su vocación y la carrera que con tanto ahínco se había sacado en Madrid, y tendría una distracción. Podría enseñarles a leer y a escribir; matemáticas y algo de geografía. Así Harper aprendería dónde estaba exactamente Grecia.

Reflexionó: sí, era una buena idea, se afirmó a sí misma con una sonrisa.

Hablaría con Liam y le pediría que le dejara algún lugar, por pequeño que fuera, para montar una pequeña clase. Ya se las apañaría. Estaba convencida de que él estaría de acuerdo. Además,

los gastos serían mínimos.

De pronto se vio sumergida en el interior de un torbellino de ideas que se movían como una espiral por su cerebro. Los criados podrían hacer una mesa grande y bancos con tablones de madera para que se sentaran los niños; no eran necesarios pupitres individuales. Ella se encargaría de ir a Birmingham y comprar pizarras y tizas y algunos cuentos infantiles para cuando comenzaran a leer.

La idea la tenía cada vez más excitada, tanto, que aquella noche fue incapaz de conciliar el sueño.

—Te hacía de viaje a Irlanda del Norte —dijo Bryan—. No esperaba recibir un mensaje tuyo citándome de este modo casi clandestino —alegó con su habitual humor, mientras se acomodaba en la silla.

—Parto en un par de días —apuntó Liam, que permanecía de pie al lado del escritorio.

—¿No deberías, entonces, estar con tu esposa?

La pregunta de Bryan estaba llena de aticismo, incluso se podría decir que de burla. Liam alzó una ceja y dirigió a su amigo una mirada mordaz.

—¿Quieres un whisky? —le ofreció,

sin responder a su interrogante.

—Sí, por favor.

Liam se dio la vuelta, se encaminó hacia la licorera, cogió dos vasos de cristal y los llenó con un par de dedos de whisky.

—El mío que sea doble —especificó Bryan.

Liam vertió en el vaso de su amigo dos dedos más. Asió los vasos y tendió el suyo a Bryan.

—Gracias.

Bryan dio un trago.

—¿Qué tal está Caperucita? —preguntó.

—Empezando a tomar consciencia de lo que le espera conmigo —contestó

Liam, llevándose pausadamente el vaso a los labios y bebiendo.

—¿Ya has comenzado a hacer de las tuyas?

Liam hizo en silencio un ademán de afirmación con la cabeza.

—Ni siquiera me he despedido de ella —dijo en un tono ligeramente desdeñoso.

Hasta sus oídos llegó la carcajada ahogada de Bryan.

—No estás perdiendo el tiempo —afirmó.

—¿Para qué? —preguntó Liam con voz triunfante—. Cuanto antes empiece mi vendetta, antes disfrutaré con ella.

—Pobre Caperucita... —se lamentó

satíricamente Bryan.

—Gilliam Lancashire tiene que estar ya revolviéndose en su tumba —dijo solamente Liam.

Levantó el vaso de whisky y fijó los ojos verdes en el líquido ambarino que reposaba en su interior. La expresión que reflejaba su rostro es como si estuviera ausente. A miles de millas de su casa de *Trafalgar Square* en Londres.

Era lo único que le importaba: Gilliam Lancashire y vengarse de su memoria a través de Kristen. Lo demás parecía no tener sentido. Liam apenas pensaba en algo más que no fuera eso. Toda su vida giraba, y había girado durante los últimos quince años, en

torno a su particular vendetta. Una vendetta que lo cegaba y que no le permitía valorar ni medir las consecuencias. No existía nada más allá que no fuera hacerle pagar a Kristen Lancashire, en quien había volcado todo su odio, cada uno de los pecados que había cometido su padre.

—¿Cuándo regresas? —quiso saber Bryan, cambiando de tema.

—Dentro de un par de semanas —respondió Liam, volviendo en sí—. Quiero que sigas pendiente del embargo de la mansión de los Lancashire. Si por casualidad se resolviera estos días; cómprala al precio que sea.

—Pierde cuidado —lo tranquilizó su

amigo—. Estoy pendiente de ello.

—Perfecto —asintió Liam—. ¿Cómo va lo de los empleados para la fábrica de Birmingham? —preguntó—. Me gustaría que estuviera resuelto a mi regreso de Irlanda del Norte.

—Lo estará —afirmó Bryan—. Mañana Steve, el capataz, empieza con las entrevistas. En los próximos días tendrás aumentada la plantilla.

—Muy bien —dijo Liam, satisfecho—. Encárgate de los contratos y demás transacciones necesarias.

—Ya estoy en ello —le adelantó Bryan.

Liam sacó el reloj del bolsillo de su chaleco gris y consultó la hora.

—He de irme —anunció.
Repentinamente parecía tener prisa—.
Leslie Simmons me espera.

Bryan dejó escapar una risotada.

—Las viejas costumbres no se pierden, ¿verdad?

—Yo no tengo ninguna intención de que se pierdan —aseveró Liam.

—¿De ella sí que te vas a despedir?

—Por supuesto —dijo Liam, como si fuera algo obvio—. Te aseguro que estos días que estaré fuera, voy a echar mucho de menos sus esbeltas piernas.

—Su entrepierna —corrigió Bryan como siempre hacía—. Estás hecho un truhán, mi querido amigo. —Liam se encogió de hombros—. Anda con

cuidado —le advirtió Bryan, sin abandonar el matiz irónico de la voz—. No vaya a ser que te vea alguien cercano a tu esposa y le vaya con el cuento. No olvides que ahora eres un hombre casado.

—De noche, todos los gatos son pardos —dijo Liam con una sonrisa—. Podría ser yo, o podría ser cualquier otro.

—¿Qué tal fue tu boda? —preguntó Leslie Simmons a Liam, con la misma naturalidad que si le hubiera preguntado qué había desayunado.

—No quiero hablar de eso —fue la seca respuesta de Liam.

Pero Leslie insistió entre caricias melosas. Tenía curiosidad por saber qué pasaba por la cabeza de Liam para haberse casado con una mujer a la cual no amaba. No era una cuestión de dinero, eso sin duda, porque él tenía todo el del mundo. Entonces, ¿por qué razón se había casado con esa tal Kristen Lancashire?, se preguntaba una y otra vez.

—¿Y tu esposa? —siguió la cabaretera con la batería de preguntas mientras le pasaba las suaves manos por el cuello.

—Te he dicho que no quiero hablar de

eso —repitió Liam en el mismo tono hosco.

—¿Pero...?

Liam asió las muñecas de Leslie y le apartó las manos de su cuello, haciendo que ella interrumpiera su pregunta de golpe. La echó sobre la cama con un ligero empujón y se puso encima de ella. Los ojos entornados de Liam ardían como brasas incandescentes. Sin mediar más palabra, la besó apasionadamente, hundiendo su lengua en la boca entreabierta de la cabaretera, que soltó un ligero gemido ante su arrebatada pasión.

¿Qué le pasaba?, se dijo extrañada. Lo notaba enrarecido. Le constaba que

era muy apasionado y vehemente entre las sábanas. Pero en esos momentos la penetraba como si estuviera lleno de desesperación, como si quisiera olvidarse de algo y no lo consiguiera de ninguna manera, como si necesitara aplacar una especie de fuego invisible y silencioso que lo carcomiera por dentro.

Las embestidas a su cuerpo eran cada vez más profundas, incluso dolorosas. Leslie trató de ajustarse a su ritmo mientras los jadeos de uno y de otro llenaban la habitación, hasta que finalmente culminaron en un intenso orgasmo que los dejó extasiados.

CAPÍTULO 35

*Te quiero como se quiere
a ciertos amores, a la antigua,
con el alma y sin mirar atrás.
(Jaime Sabines)*

Los días siguientes Kristen habló con los criados y les consultó lo referente a

las mesas y los bancos. Le dijeron que no había ningún problema, que siempre tenían tablones de sobra en el cobertizo situado detrás de la casa y que si no, se podrían hacer de los pinos secos de la arboleda.

—En una tarde podemos tenerlo listo —afirmó Jerry, uno de los empleados de Liam. Un hombre entrado en la cuarentena de mediana estatura, pelo caoba, ojos marrones y tez pálida como un panal de cera.

—Estupendo —exclamó Kristen, que comenzaba a estar entusiasmada—. Si tenéis hijos, podrán venir también. Será totalmente gratuito, por supuesto —dijo.

Los criados parecían desconcertados

ante la buena voluntad de Kristen. La esposa del patrón tenía la intención de enseñar a leer y a escribir a sus hijos gratuitamente. ¿Dónde se había visto algo semejante? ¿No debería quedarse en casa y bordar? ¿Ir de tienda en tienda de la ciudad a comprarse los últimos modelos de ropa proveniente de París o Italia?

No obstante, aunque en un primer momento la iniciativa los extrañó, por lo inusual de la misma, no dejaron de reconocer que era una de las mejores ideas que les habían planteado en los últimos tiempos. Aunque el señor Lagerfeld era generoso con los sueldos, y tenían suerte por ello, no era menos

cierto que las escuelas de Birmingham eran reticentes a admitir a los hijos de los criados y a juntarlos con los retoños de la gente de clase media o alta. En tales circunstancias, estaban dispuestos a colaborar con Kristen en todo aquello que fuera necesario y que estuviera en sus manos.

Silvana tocó ligeramente con los nudillos en la puerta de la habitación.

—Adelante —permitió Kristen.

—Tienes visita —anunció Silvana, adentrándose unos pasos en la estancia.

—¿Visita?

Kristen frunció el ceño.

—Sí. Han venido a verte Bertha y Ludwig.

El rostro de Kristen se iluminó súbitamente y un segundo después dibujaba en él una amplia sonrisa.

—Bertha y Ludwig... —musitó, sin poder contener la emoción—. Gracias, Silvana —dijo mientras salía por la puerta a toda prisa.

—De nada —respondió la criada, que apenas le había dado tiempo de darse la vuelta.

Pero Kristen no la oyó. Bajaba ya rápidamente por las escaleras como alma que llevara el diablo, con el rostro radiante de alegría.

—¡Nana! —exclamó entusiasmada al verla sentada en el sofá del enorme salón, junto a Ludwig.

El cochero se mantenía estoica y protocolariamente de pie, con las manos cruzadas por delante.

—¡Mi niña...! —dijo Bertha, levantándose al mismo tiempo.

Kristen corrió hacia ella y ambas se fundieron en un caluroso abrazo. Después también abrazó a Ludwig. Lo hizo como si tanto Bertha como él acabaran de venir de la guerra. Pero ver rostros familiares en medio de tanto desconocido era una suerte de bendición.

—¿Cómo estás? —se interesó el ama

de llaves.

Kristen se esforzó por mostrar su mejor sonrisa.

—Bien, nana —respondió.

—¿Qué tal tu vida de casada?

—Muy bien —mintió.

No quería que su nana, la persona que era como una madre para ella y que sufría como tal, supiera el repentino e inexplicable cambio de actitud de Liam y el giro que habían dado las cosas. No quería que supiera lo sola que se sentía, lo terriblemente sola que, en definitiva, estaba.

—Pero sentaos, por favor —les pidió, aprovechando el momento para evitar seguir dando explicaciones.

Kamelia entró en el salón, aunque había estado unos minutos antes escuchando la conversación desde el otro lado.

—¿Quieren tomar algo? —preguntó, haciendo gala de una servidumbre que no sentía.

—Un té, por favor —dijo Bertha.

—Yo, otro, Kamelia. Gracias —dijo Kristen.

—¿Tenéis limonada? —dijo Ludwig.

—Sí —respondió Kamelia.

—Un vaso de limonada, entonces, por favor.

Kamelia asintió y salió del salón, dejando sola a Kristen con su visita.

—¿Por qué la señora Kristen miente a esa tal Bertha y al cochero? —dijo Kamelia nada más de entrar en la cocina. Silvana arrugó la frente—. ¿Por qué no dice que su amantísimo esposo la ignora? ¿Qué ni siquiera pasó con ella la noche de bodas?

Había un viso de íntima satisfacción en la voz de Kamelia mientras lanzaba aquella retahíla de preguntas al aire. Silvana dirigió una mirada reprobatoria a su hija.

—¿No te he enseñado que es de muy mala educación escuchar conversaciones ajenas detrás de las

puertas? —dijo.

—Vamos, madre, no sea anticuada —
espetó Kamelia.

—¿Anticuada? —repitió Silvana,
indignada con su hija—. La educación
no es una moda, y la falta de ella
tampoco —la reprendió.

Kamelia hizo una mueca burlona con
los labios al mismo tiempo que se daba
la vuelta y cogía la tetera de la
estantería.

—Además —continuó Silvana—, lo
que haga el señor Lancashire y su
esposa no es de nuestra incumbencia.

—Pero no puede negar que es extraño
que unos recién casados no duerman
juntos, que no...

—¡Kamelia! —la amonestó su madre.

Kamelia ocultó tras la mano una pequeña risilla. Que Kristen y su adorado Liam no durmieran juntos, que no hubieran pasado la noche de bodas juntos, era una indiscutible señal de que algo no iba como debería entre los dos, y ella, por supuesto, se aprovecharía de lo que fuera que los distanciara.

—Aquí tienen —dijo Kamelia, apoyando los tés y la limonada de Ludwig sobre la mesita.

—Gracias, Kamelia —agradeció Kristen.

—¿Dónde está tu esposo? —se interesó Bertha al no verlo por la casa.

Kristen carraspeó.

—En Irlanda del Norte —dijo.

—¿En Irlanda del Norte? —repitió el ama de llaves.

—Sí. Han surgido unos problemas con unos importantes exportadores de la fábrica y ha tenido que ir a resolverlos para asegurarse de no perderlos como clientes —explicó Kristen.

En realidad no estaba mintiendo. Pero algo la hacía sentirse incómoda. Quizá porque debería de estar disfrutando de una maravillosa luna de miel con su esposo. Sin embargo, la realidad distaba mucho de lo que debería ser.

—Primero es la obligación y después la devoción —intervino Ludwig, justificando a Liam.

El cochero se bebió la limonada casi de un trago y salió fuera a dar un poco de agua y algo de avena a los caballos. Era necesario que se repusieran para el largo camino de vuelta.

—¿Va todo bien, Kristen? —insistió Bertha con un toque de alarma en la voz cuando se quedaron a solas.

—Sí, nana —afirmó ella, tratando por todos los medios de sonar convincente. No quería preocuparla.

—Entonces, ¿por qué te noto la mirada triste?

—Es cansancio, nana —se excusó

Kristen—. Me he pasado todos estos días redecorando la casa...

Bertha paseó la mirada por el salón.

—Ha quedado preciosa, mi niña — opinó.

—Gracias. Y ahora tengo la cabeza puesta en una idea... —prosiguió Kristen.

Bertha entornó los ojos, cómplice con Kristen.

—¿Una idea? Mira que te conozco, mi niña... —dijo.

Kristen sonrió y vio una oportunidad de oro para desviar el tema del porqué de sus ojos tristes.

—He pensado dar clases a los hijos de los criados de la hacienda —anunció.

Bertha abrió mucho sus redondos ojos.

—¡Es una idea estupenda! —exclamó, cogiendo las manos de Kristen y apretándolas afectuosamente con las suyas—. Pero, ¿cómo se te ha ocurrido? —preguntó.

—Por Harper, el hijo de uno de los empleados —dijo Kristen—. Si lo vieras, nana. Es un niño despierto y vivaracho y ha revelado una inclinación innata hacia la lectura. Quiere leerse todos los cuentos de dragones y héroes que existan.

—¿Y quién mejor que tú para enseñarle? —comentó Bertha.

—Me recuerda mucho a Tommy

cuando eramos pequeños —observó Kristen—. Solo que Tommy echaba a correr cada vez que le enseñaba un libro.

El ama de llaves estalló en sonoras carcajadas.

—Recuerdo verte perseguirle por el jardín —evocó en su memoria sin dejar de reír—. Tommy huía de ti como de la peste.

—Yo también lo recuerdo —dijo Kristen, carcajeando distendidamente.

Bertha se mantuvo unos instantes en silencio, sopesando si contarle a Kristen las sospechas que Tommy tenía acerca de Liam Lagerfeld. No, mejor no sacaría el tema, pensó, negando con la cabeza.

¿Para qué? Ella estaba segura de que Liam era un hombre íntegro y de que cuidaría de su niña como le correspondía a un esposo. Además, Tommy le había dicho que él mismo le había confesado a Kristen lo que pensaba sobre él. De nada servía a esas alturas dar pábulo a las suspicacias solo fruto de los celos infundados de un enamorado, ni de alimentar dudas que lo único que harían sería entorpecer la confianza de Kristen hacia su marido y, en definitiva, su felicidad.

—Entonces, ¿lo de dar clases a los hijos de los criados es algo definitivo? —preguntó animosamente, dejando a un lado de su mente las sospechas de

Tommy y retomando el tema inicial de la conversación.

—Bueno, tengo que preguntarle a Liam... —respondió Kristen—. Necesito un lugar donde poder impartir las clases. Un cuarto, una habitación, un cobertizo, no sé... Pero sí, es definitivo. Además, es algo que me tiene muy ilusionada, nana —concluyó entusiasmada.

—Me lo imagino —afirmó Bertha—. Vas a poder desarrollar tu vocación. Siempre te ha gustado la enseñanza.

Al filo de la última hora de la tarde, cuando el crepúsculo se presentó con sus vivos escarlatas, azules y púrpuras sobre la capa del cielo, Bertha y Ludwig

emprendieron el camino de regreso a Londres.

En el porche de la casa, bajo la luz tenue de un sol debilitado, Kristen se despidió de ambos, muy a su pesar. Mientras se aferraba a Bertha, cerró los ojos para impedir que las lágrimas asomasen a ellos. No quería que la viera llorar. No quería que supiera lo terriblemente sola que se sentía. No quería que leyera en su mirada que lo que más deseaba en esos momentos era irse con ella, volver a casa...

—Te quiero, nana —dijo en un impulso.

—Yo también te quiero, mi niña —aseguró el ama de llaves, cogiéndole el

rostro entre las manos y dándole un beso en la frente.

Kristen bajó la cabeza un instante, tratando todavía de dominar las lágrimas. Respiró hondo.

—Hasta pronto —dijo.

—Hasta pronto —dijo Bertha.

Ludwig levantó el brazo desde lo alto del carruaje y volvió a despedirse con un suave movimiento de la mano. Kristen imitó su gesto con expresión triste.

Cuando el coche desapareció de su vista, Kristen entró en la casa y echó a correr por el vestíbulo.

Kamelia emergió del pasillo como una sombra adherida a la pared al

percibir los rápidos pasos de Kristen
subir apresuradamente la escalera.
Sonrió para sí.

CAPÍTULO 36

*Cuídate mucho, guárdate para mí,
quiéreme... Te voy a deshacer a
besos,
te voy a apretar hasta que no haya
nada
entre tú y yo, y seamos una sola cosa.
(Jaime Sabines)*

Kristen se levantó exaltada aquella calurosa mañana de finales de agosto. Liam regresaba a casa después de estar veinte días en Irlanda del Norte (tiempo que a Kristen se le había antojado una eternidad), y en sus ojos se traslucía inevitablemente una alegría que casi podía palpase.

Abrió el armario y tras un minucioso vistazo, escogió un vestido de brocado de seda de color verde con encaje negro. Era uno de los vestidos más hermosos que tenía, comprado en una de las boutiques más prestigiosas de Madrid.

Frente al espejo de la cómoda, se

recogió algunos mechones de pelo en la parte alta de la cabeza y el resto lo dejó suelto, para que cayera en cascada por la espalda. Se dio un poco de polvo de arroz en el rostro, se pellizcó ligeramente las mejillas y vaporizó un halo de perfume sobre su cuello.

A mitad de la tarde, el ruido rítmico y cada vez más próximo de los cascos de un caballo atrajo la atención de Kristen, que estaba sentada en el sofá del salón leyendo *La Iliada* de Homero. El corazón se le aceleró. Se levantó apresuradamente, miró por la ventana y

vio que Liam bajaba del carruaje. Se colocó con coquetería el pelo y salió a recibirlo al porche. Sus ojos se iluminaron al verlo.

—Bienvenido a casa —le dijo, y le espetó un beso en los labios.

—Gracias —respondió Liam. Su voz era comedida, dominada, sin resquicio de afectación—. Rod, por favor, sube mi equipaje a la habitación —ordenó a uno de los criados mientras entraba en la casa.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Kristen.

Liam se quedó mirándola durante unos instantes con las mandíbulas apretadas. Estaba realmente hermosa. Kristen

Lancashire no debería ser tan bella. No debería... Resopló quedamente y aflojó los dientes.

—Bien —dijo en tono suave.

—¿Pudiste solucionar los problemas con los clientes? —se interesó Kristen.

Liam seguía sin apartar la mirada de ella. Tampoco debería morderse el labio inferior de aquella manera. Al menos no en su presencia.

—Sí —afirmó con gesto de resignación—. Todo está solucionado.

—Me alegro —dijo Kristen con una expresión de júbilo en el rostro—. Me alegro mucho.

—Voy a darme un baño —anunció Liam—. El viaje ha sido muy largo.

Kristen reunió valor y le dijo:

—¿Después podemos hablar? — preguntó tímidamente.

Kristen continuaba mordisqueándose el labio, nerviosa. Liam la imponía como hombre. Por su estatura, por sus espaldas anchas y su torso definido, y por la seriedad que en ocasiones reflejaba su cara. A veces se sentía igual que un ratoncillo frente a un enorme gato; Caperucita frente al lobo feroz. Sobre todo, cuando él la miraba como si fuera un depredador a punto de engullir a su presa.

—Búscame en el despacho dentro de media hora —indicó Liam con indiferencia.

Kristen asintió en silencio.

Pasada media hora, Kristen subió al despacho de Liam. Frente a la puerta, respiró hondo. Unos segundos después la golpeó ligeramente con los nudillos.

—¿Puedo pasar? —preguntó, abriendo y asomando la cabeza.

—Sí —contestó Liam, que se encontraba sentado detrás del enorme escritorio de madera tallada con una sábana de papeles encima.

Kristen entró en el despacho y cerró la puerta a su espalda.

—¿Sobre qué quieres hablarme? ¿Ha

ocurrido algo? —quiso saber Liam, hablando en un tono neutro.

—No —se apresuró a negar Kristen—. No. Quería pedirte un favor...

—Tú dirás —dijo Liam.

—Bueno, he pensado en dar clases a los hijos de los empleados de la hacienda —comenzó a decir Kristen con el entusiasmo que le producía la idea— y necesito un lugar donde poder hacerlo. Cualquier cosa me vale; un altillo, un cobertizo, un trastero...

Repentinamente los rasgos de Liam se endurecieron y la voz de Kristen se fue apagando poco a poco, como la llama de una vela que se extingue después de arder durante muchas horas.

—¿Dar clase a los hijos de los empleados? —coreó Liam hoscamente.

—Sí —afirmó Kristen—. Por supuesto, lo haría gratuitamente. Los criados no cuentan con recursos suficientes para escolarizar a sus hijos...

—Créeme que les pago lo suficiente para que sus críos vayan a la escuela —cortó Liam.

—No lo dudo, pero no creo que los colegios de Birmingham estén dispuestos a admitir en sus filas a los hijos de los criados —refutó Kristen, impaciente. Luego añadió—: No se nos puede olvidar lo clasista que es la sociedad en la que vivimos.

—Me importa un bledo lo clasista o no que sea la sociedad —espetó Liam—. No vas a dar clases a los hijos de los criados y punto.

—Pero, Liam...

—¡Pero nada!

—Por favor... —rogó Kristen—. Si es por los gastos... Serán mínimos. He hablado con algunos de los empleados; las mesas y los bancos para que se sienten los niños se pueden hacer sin problema con tablones de madera. No hacen falta pupitres individuales, y las pizarras, las tizas y los cuentos correrán de mi cuenta —alegó, tratando de convencerlo.

Un largo silencio siguió a sus

palabras.

Kristen permaneció unos segundos mirando a Liam, observando su rostro impenetrable y, se atrevería a afirmar, que sombrío, y tuvo la certeza de que le iba a decir que no, aunque no encontraba una razón coherente que justificara su rotunda negativa. Bajó la cabeza.

—Yo solo quería... —Las palabras se le atascaron en la garganta, presas de la impotencia y de la decepción—. Hay un niño, Harper... —empezó a decir de nuevo intentando mantener la compostura: no quería llorar—. Si vieras la ilusión que tiene por aprender a leer no podrías negarte.

Kristen levantó los ojos y los dirigió

hacia Liam. Liam no dijo nada respecto a su último argumento. Se limitó a mirarla detrás del escritorio sin cambiar un ápice la expresión insondable de su rostro. Kristen entendió que estaba todo dicho.

—¿Es tu última palabra? —insistió.

—Sí —indicó Liam con una rotundidad aplastante.

—¿No vas ni siquiera a pensarlo?
¿A...?

—No —cortó seco.

Un silencio espeso cayó sobre ellos como una pesada losa.

—Gracias de todos modos —dijo Kristen, mordiéndose otra vez el labio.

Se dio media vuelta y salió del

despacho de Liam. Por fin fuera, en el pasillo, con mucha dignidad, empezó a llorar.

Liam se retrepó en la silla. Sabía la pasión que sentía Kristen por la enseñanza. Lo suyo era puramente vocacional. Por eso mismo no iba a permitir que diera clase a los hijos de los criados, ni a nadie. En su fuero interno reconoció que la idea era de las más brillante y generosas que había tenido la oportunidad de escuchar en su vida. Pero antes sería capaz de contratar a un profesor para que diera clase a los niños que dejar que Kristen lo hiciera.

CAPÍTULO 37

*El amor es invisible
y entra y sale por donde quiere,
sin que nadie le pida cuentas de sus
hechos.*

(Miguel de Cervantes)

Aquella noche Kristen no bajó a

cenar. No tenía apetito y tampoco se sentía con ganas de hablar. Se pasó la mayor parte del tiempo acurrucada en el sillón, junto a la ventana del balcón, viendo la luna surgir detrás del telón azul oscuro de las nubes y su resplandor barnizando la superficie de agua de la fuente como si fuera un espejo plateado. Solo deseaba permanecer allí sentada y ver llegar el amanecer.

No le costó mucho deducir que Liam tampoco dormiría con ella esa noche. Alzó los ojos. Por encima de las columnas de piedra del patio las estrellas brillaban como luciérnagas gigantes. Inhaló una bocanada de aire y suspiró. ¿Con quién se había casado?, se

preguntó, rodeándose las rodillas con los brazos y apoyando el mentón sobre ellas. Liam había demostrado tener dos caras, y la que estaba revelando ahora no le gustaba.

Pero no iba a consentirle que la convirtiera en una mujer florero, sin oficio ni beneficio. Ya se las ingeniaría para dar clase a los hijos de los empleados sin que él se enterase. Jerry, el criado al que le había comentado lo de las mesas y los bancos, le había dicho que había un viejo cobertizo al lado del claro de la cascada.

—Mañana por la mañana iré a verlo —dijo en voz baja. De pronto se sintió más animada.

La negativa de Liam no había conseguido apartar de su cabeza la idea de dar clases a los hijos de los criados. Por el contrario, se había acentuado más. Sobraba decir que iba a desobedecerlo sin importarle demasiado las consecuencias que pudieran derivarse de ello.

El amanecer llegó con una coral de suaves trinos de pájaro que despertó a Kristen, que se había quedado finalmente dormida en el sillón.

—¿El señor se ha ido ya a la fábrica?
—preguntó a Silvana cuando le llevó el

desayuno.

—Sí, salió temprano para allá.

—Gracias, Silvana.

La criada asintió, complacida.

Alrededor del mediodía, Kristen se dirigió al claro. No sabía dónde estaba situado exactamente el cobertizo del que le había hablado Jerry, pero no tardó mucho en encontrarlo un poco más allá de la cascada.

A primera vista era una suerte de cabaña vieja y, a todas luces, abandonada, que aparecía remendada con tablas allá donde descansaras los ojos. La rodeó, salvó el escalón de la entrada y abrió la puerta cuidadosamente. La bisagra superior

estaba desprendida del marco y el trozo de madera que hacía las veces de portezuela se meció en su mano ligera como un papel.

Cruzó el umbral mirando hacia la techumbre, tan llena de telarañas que parecían formar una sábana blanca sobre las vigas. Cuando volvió la vista al frente, comprobó, para mayor regocijo, que era un lugar espacioso y que, además, entraba mucha luz por los ventanales de cristales sucios y enmohecidos.

Había algunos trastos viejos por el suelo y el jergón de una cama a la que le faltaban todas las piezas descansaba inservible contra la pared. Kristen se

giró y miró en derredor. Con la ayuda de algunos criados podría limpiarlo todo, sacar los cachivaches, cambiar la bisagra de la puerta y quitar los kilos de polvo que cubrían el suelo como una alfombra. Apenas les llevaría una tarde. Sonrió, satisfecha. Ya tenía un lugar donde dar clase a sus pequeñines.

Aquel mismo día por la tarde, sin perder un minuto de tiempo, Kristen habló con Jerry. El hombre de mediana estatura y piel tan pálida como un panal de cera se prestó a colaborar con ella sin poner ninguna objeción, pese a la

negativa del señor Lagerfeld. Él se encargaría personalmente de buscar a alguien de su entera confianza para que lo ayudara con las reformas del cobertizo y que no le fuera con el cuento al patrón a las primeras de cambio. Kristen le agradeció por encima de todo la discreción con que trataba el tema.

Dos días después, un grupo de quince entusiasmados niños esperaba impaciente a Kristen en la puerta del cobertizo. Cuando llegó a eso de las doce del mediodía, aprovechando que Liam no estaba en la casa, comprobó

que la afluencia era mayor de lo que esperaba. Le alegró ver que su propuesta había tenido tan buena acogida. Seguro que con el paso del tiempo se uniría alguno más.

Contó seis niñas y nueve niños de entre cinco y diez años, entre los que se encontraba Harper.

—Buenos días.

Él fue el primero que se adelantó unos pasos y saludó a Kristen.

—Buenos días, cielo —dijo Kristen, acariciándole la cabeza.

Seguidamente el resto de niños se apresuró a darle los «Buenos días» con sus vocecitas infantiles llenas de desenfado.

—¿Estáis listos? —preguntó Kristen.

—¡Sí! —contestaron todos en coro.

—Entonces no perdamos más tiempo —los animó—. Entrad.

Kristen los condujo hasta el interior del cobertizo, ya limpio y libre de trastos y cachivaches viejos y les fue acomodando de forma ordenada en la mesa y los bancos de madera que habían construido Jerry, Edmond, el padre de Harper, y Paul, los dos hombres en quien Jerry había confiado el asunto. Edmond era alto y con las mejillas igual de rosadas que Harper y Paul era un muchacho de unos veintidós años con muy buena predisposición para el trabajo.

Ninguno de los pequeños sabía leer ni escribir. Así que sería por ahí por donde empezaría. Primero les enseñaría las vocales, después seguiría con las consonantes y finalmente, con los números. Seguro que les encantaría saber escribir su nombre, el de sus padres y el de sus amigos.

Kristen tenía en la cabeza el pensamiento de que la mejor forma de aprender algo era divirtiéndose y haciendo de la lección un juego. Así nunca se olvidarían. Por lo que permitía a los niños que hablaran entre ellos, incluso que se ayudaran, que rieran, que cantaran... Y siempre buscaba la forma de que quisieran volver a la siguiente

clase que, por norma general, casi nunca era a la misma hora.

Ella salía de la casa con la excusa de dar un paseo por los alrededores de la hacienda, ir a cortar flores, recoger fruta, o a leer un rato al claro de la cascada. Silvana no hacía preguntas, tal y como le correspondía. Simplemente asentía con reverencia sin sospechar nada y poco más.

CAPÍTULO 38

*Entonces..., en aquella ciudad,
o en la intuición primera, vaga, de su
cuerpo,
el pensamiento aún flotaba en
bucólicos careos,
en versos aprendidos sin historia,
y no era posible amar
entre unas calles donde todo era
sucio.*

(Javier Egea)

Las manos de Kamelia fueron desabrochando uno a uno la infinita hilera de botones del apretado corpiño y Kristen dejó caer al suelo el pesado vestido. Las capas de tela se plegaron alrededor de sus piernas desnudas como un abanico. Seguidamente, Kamelia desanudó las tiras del corsé y los pechos de Kristen quedaron libres. La luz ambarina le confería a su piel un tono acaramelado y jugoso.

En esos momentos la puerta se abrió

sin previo aviso y Liam entró en la habitación. Kristen abrió los ojos de par en par con una expresión entre sorprendida y turbada en las líneas del rostro. Las mejillas se le tiñeron con un golpe de rubor. A la persona que menos esperaba ver en su dormitorio era a Liam. En un impulso se cubrió los pechos con los brazos para que no la viera desnuda.

—Kamelia, ¿me puedes dejar a solas con mi esposa? —dijo Liam a la criada en un tono pausado.

—Sí, señor.

—Kamelia, alcánzame el camisón, por favor —indicó Kristen.

—Sí....

Pero cuando Kamelia se dio la vuelta para hacer lo que Kristen le había pedido, Liam dijo tajante:

—Déjanos solos, Kamelia. Yo se lo alcanzo.

—Sí, señor —musitó Kamelia, que no sabía muy bien a quién de los dos obedecer.

—Kamelia... —la solicitó Kristen.

Pero la criada ya salía por la puerta sin atender su reclamo. Kristen volvió el rostro. El corazón se le aceleró cuando advirtió que Liam la miraba desde las sombras de la semipenumbra y que sus ojos verdes atravesaban la oscuridad como una daga, escrutándola detenidamente de arriba abajo. Las

sienes comenzaron a palparle con fuerza. Viendo que Liam no tenía intención alguna de alcanzarle el camisón, echado sobre el respaldo de la poltrona de tela adamascada que había a su lado, tiró de la colcha de la cama y se la puso alrededor del cuerpo, por debajo de los hombros, sujetando los extremos a la altura del pecho con las manos.

—¿Aún sigues enfadada? —le preguntó Liam, adentrándose unos pasos en el interior de la habitación. En su voz dejaba entrever un matiz sarcástico.

—No estoy enfadada —dijo Kristen, tratando de mantenerse templada, aunque los nervios amenazaban con traicionarla

—. Simplemente no encuentro una razón lógica a tu rotunda negativa.

Liam alzó sus penetrantes e inteligentes ojos verdes y los fijó en los de Kristen.

—No tienes que buscarle una razón lógica, ni ilógica tampoco —refutó tajantemente—. No quiero que des clases a los hijos de los empleados y punto.

—Liam, ni siquiera te has parado a pensarlo —arguyó Kristen, después de un corto silencio, sosteniéndole la mirada—. No le has dado una oportunidad a la idea.

—No tengo que pensar nada —dijo él con nervios de acero—. No quiero y no

hay más que hablar.

Kristen respiró hondo para calmarse. No quería discutir con Liam y menos en aquellas circunstancias tan poco decorosas para ella.

—No puedes prohibírmelo —dijo, ajustándose de nuevo la colcha al cuerpo.

—¿No? —preguntó Liam con cierta burla—. Eres mi esposa.

Avanzó un par de metros más.

—Pero eso no te da derecho... — Kristen se interrumpió súbitamente—. ¿Para eso te has casado conmigo? — preguntó de pronto—. ¿Para anularme como mujer? ¿Para hacer conmigo lo que se te antoje?

—Puede... —apuntó Liam, sarcástico.
Kristen lo miró apocada.

—No pensé que eras de esos... —
apuntó.

—Yo soy de muchas maneras —alegó
Liam—. De hecho, con cada persona
puedo ser de una forma diferente.

Kristen soltó una risilla entre nerviosa
y resignada.

—Ya he podido comprobar que tienes
más de una cara —afirmó con voz
abatida. Frunció los labios—. Y también
me he dado cuenta de que no te conozco.

—No te preocupes por eso, cariño —
dijo Liam con voz extremadamente fría
—. A partir de ahora me vas a conocer.
Te lo aseguro.

Kristen tragó saliva y le dirigió una mirada aprensiva. ¿Por qué sus palabras tenían un tono tan amenazador? ¿Por qué Liam le hablaba como si ella tuviera la culpa de algo? Y si era así, ¿de qué?

—No sé qué te pasa... —dijo Kristen, poniendo voz a sus pensamientos casi de forma involuntaria. Liam mantuvo silencio sin apartar un segundo la mirada de ella. Kristen bajó la cabeza con una expresión de confusión en el rostro —. Ni siquiera... —No sabía cómo decirlo; buscó las palabras correctas para que no sonara pecaminoso—... pasaste conmigo la noche de bodas —dijo finalmente en tono bajo, en cierto modo abochornada

— No me has tocado desde que nos casamos.

—¿Quieres que te haga el amor? — preguntó Liam sin ningún tipo de afecto en la voz. Kristen levantó la mirada y las mejillas volvieron a sonrojarse violentamente. Liam sonaba con tanto desafecto que le produjo un escalofrío —. ¿Es eso? ¿Quieres que te haga el amor? —repitió enarcando las cejas y avanzando hacia Kristen.

Kristen se mantuvo inmóvil en el sitio, como si se hubiera quedado petrificada, conteniendo el aire en los pulmones. Liam siguió aproximándose a ella con pasos sigilosos, envuelto en un silencio solo roto por el ruido que hacían sus

botas contra el suelo; mostrando una mirada rapaz y una sonrisa lobuna en el borde de los labios. Kristen retrocedió sin poder articular palabra. Liam parecía un lobo acechando a su presa, acechándola a ella.

—Me atraes —dijo Liam con voz voluptuosa, manteniendo en el rostro una expresión seria e impasible. Kristen comenzó a retroceder, hasta que la detuvo la fría pared—, me... excitas, y eso es algo que no puedo evitar y que siento desde el primer día que te vi.

Cuanto Liam terminó de decir aquello, estaba a escasos centímetros de Kristen, que respiraba ya entrecortadamente.

—Liam... —musitó.

En menos de lo que dura un parpadeo, Liam levantó la mano, asió una de las esquinas de la colcha y tiró de ella con fuerza. Kristen se quedó completamente desnuda delante de él en mitad de la habitación.

—Liam... —volvió a decir en un hilo de voz—. Por favor... Me da vergüenza —dijo.

En un intento infructuoso por ocultar su desnudez ante él, se dio la vuelta, sofocada. Su sonrojo produjo una enorme satisfacción a Liam, que sonrió socarronamente. Kristen iba a ruborizarse muchas más veces todavía antes de que todo aquello terminara.

—No deberías ser tan bella, Kristen

—dijo Liam a su espalda con cierto aire de reproche—. No deberías ponérmelo tan difícil...

Kristen no entendía nada. ¿De qué diablos hablaba Liam? ¿Por qué le decía que no debería ponérselo tan difícil? ¿Por qué actuaba con aquella extraña doblez que se escapaba a su comprensión?

—¿Por qué me haces esto? —le preguntó con los ojos anegados de lágrimas, mirando su rostro en busca de respuestas—. ¿Por qué quieres humillarme?

Liam curvó lentamente los labios en una sonrisa al comprobar cómo la mirada azul de Kristen se llenaba de

miedo.

—¿Humillarte? —repitió, pasándose despreocupadamente la mano por el pelo. Se lo veía arrogante y divertido. Estaba claro que disfrutaba con todo aquello como un niño pequeño—. Soy tu esposo, cariño. Y como cualquier esposo, deseo ver a mi mujer desnuda —afirmó pausadamente. Su voz era profunda y sonora.

Se acercó aún más a ella, le aferró la cintura con sus enormes manos y le dio la vuelta. Kristen pudo comprobar que en sus ojos había una chispa de lujuria. Con un movimiento ágil, Liam le cogió las muñecas, se las inmovilizó contra la pared por encima de la cabeza y

comenzó a besarle el cuello de forma violenta, sin ningún tipo de cuidado ni consideración; apretando con fuerza su cuerpo contra el de Kristen.

Kristen se revolvió en el sitio con una mueca de disgusto en el rostro.

—Más despacio, Liam, por favor —le pidió en tono suplicante al notar su rudeza—. Por favor...

—¿No es esto lo que quieres? —masculló Liam sin dejar de besarla.

—No. Así no... Por favor... Por favor, Liam, más despacio. Más desp...

Liam se detuvo en seco, apartó unos centímetros el rostro y miró a Kristen, aunque seguía estando lo suficientemente cerca como para que el aliento rozara

sus labios.

Sus pupilas estaban extraordinariamente dilatadas y dibujaban un delgado aro azul celeste en el iris. Los ojos supuraban algo parecido a miedo y a un pudor que había sonrojado toda su piel. El pecho subía y bajaba a consecuencia de la respiración acelerada. Temblaba como una hoja a la intemperie mientras pugnaba con todas sus fuerzas por no llorar.

¡Dios santo! Se la veía tan frágil, tan indefensa, tan perdida, desnuda y acorralada allí por él.

Acercó de nuevo la boca a la suya y la besó suavemente en los labios, como si fuera una valiosa efigie de cristal que en

cualquier momento pudiera romperse. Kristen no se movió ni dijo nada. De repente Liam se detuvo bruscamente y se separó unos pasos de ella.

—No... —iba a decir algo más pero se calló, como si le hubieran asestado un golpe en la cabeza.

Negó lentamente con la mandíbula apretada ante la mirada desconcertada de Kristen, que seguía paralizada y reteniendo la respiración en los pulmones de nuevo. Seguidamente Liam se giró, enfiló la puerta y salió de la habitación sin pronunciar ni una sola palabra más.

CAPÍTULO 39

*La raíz de todas las pasiones es el
amor.*

*De él nace la tristeza, el gozo, la
alegría*

*y la desesperación.
(Lope de Vega)*

Liam cerró la puerta tras de sí y recostó la espalda y la cabeza en ella. Cerró los ojos y se mantuvo así un rato. Suspiró. No podía traicionar de ese modo la memoria de su difunto padre, ni la de su madre. No podía traicionarse de aquel modo a sí mismo. Se reprendió interiormente. No podía permitirse sentir nada que no fuera odio por Kristen Lancashire. Ni siquiera algo meramente sexual. Ella solo era el objeto de su vendetta. Solo la necesitaba para vengarse de Gilliam Lancashire. Solo. Y, sin embargo, verla desnuda había sido una de las visiones más hermosas de su vida.

Abrió los ojos y miró en derredor. El

pasillo estaba inmerso en un velo de luz plateado proveniente del fulgor de la luna que se filtraba por los ventanales, perfilando el contorno de los muebles. Todo estaba envuelto en un silencio profundo y casi místico, como el de una iglesia.

Se irguió, lanzó una última mirada a la puerta de la habitación de Kristen por encima del hombro y comenzó a caminar con pasos largos hacia su despacho.

Al otro lado, Kristen se obligó a moverse. Recogió la colcha del suelo, se arrebujó en ella y se tendió sobre la

cama, inmersa en la semipenumbra que reinaba en la estancia. Y se quedó así, en posición fetal, mientras temblaba y derramaba lágrimas de angustia en silencio. ¿Qué estaba pasando? Necesitaba saber qué ocurría... Qué pasaba por la cabeza de Liam... ¿Por qué se mostraba tan distante?, ¿tan frío? ¿Por qué la hacía sufrir de aquella manera? ¿Por qué la humillaba? Pero por encima de esa espiral de preguntas, había una que le martilleaba la cabeza persistentemente: ¿Por qué se había casado con ella?

Liam giró el pomo metalizado de la puerta y entró en su despacho. Estaba turbado y confundido al mismo tiempo. De pronto la cabeza parecía que iba a estallarle. Sin más iluminación que el haz de luz que la luna lechosa vertía sobre la estancia, se dirigió a la licorera, cogió la botella de whisky de la marca *Grant's* y tras desandar unos pasos, se dejó caer en la silla del escritorio con pesadez. Quitó el tapón, se la llevó a los labios y dio un trago. El alcohol le arañó ligeramente la garganta, reconfortándolo de alguna manera y aturdiéndolo un poco más. Necesitaba deshacerse de los demonios que lo carcomían por dentro, de los fantasmas.

Arrastrarlos fuera de él mientras le durara la borrachera. Huir de todo cuanto le rodeaba.

Alzó la botella con decisión y volvió a beber. Se recostó en el respaldo de la silla y dejó caer la cabeza hacia atrás. Tomó una profunda bocanada de aire, cerrando los ojos. Una cuchilla de claridad hendía la penumbra, dándole directamente en el rostro, tiñendo de plata sus rasgos de ángulos perfectos.

Kamelia miró a un lado y a otro con gesto furtivo, asegurándose de que nadie merodeaba por la casa a esas horas, y se

deslizó sigilosamente por el largo pasillo hasta el despacho de Liam. Lo había visto salir de la habitación de su adorable esposa con rostro inexpresivo, así que supuso que las cosas entre ellos no habían ido bien. ¿Y quién mejor que ella para consolarlo?

Llamó a la puerta modestamente, pero Liam no la oyó. Así que, ante el rotundo silencio que había al otro lado, entró sin que le diera permiso.

La semipenumbra, teñida de plata, apenas dejaba distinguir el contorno de Liam hundido en la silla.

Kamelia cruzó el despacho con pies de gato —Liam seguía quieto, sin reaccionar a su presencia— y se acercó

hasta el escritorio con las intenciones muy claras en la cabeza. Liam le gustaba; le gustaba mucho. Su porte viril, solemne, regio volvería loca a cualquier mujer. Siempre había soñado con ser suya, con que la hiciera su mujer. Seguro que su forma de follar no era tan vulgar como la de los burdos criados con los que a veces se acostaba para matar el tiempo y el aburrimiento.

—Señor Lagerfeld... —susurró. Con cuidado le quitó la botella de la mano, a la que se aferraba como si fuese una tabla de salvamento, y la dejó encima de la mesa. Kamelia observó que quedaba algo menos de la mitad del whisky—. Señor Lagerfeld... —repitió en tono

sumamente suave.

Liam balbució algo ininteligible y levantó la cabeza con gesto pesado, como si fuera de plomo. Tenía los ojos vidriosos y los labios caídos.

—Señor... —volvió a decir Kamelia.

Se subió la falda del vestido a la altura de la cintura y se colocó a horcajadas sobre él.

—Kamelia... —pronunció Liam con voz pastosa. Se sentía confuso por momentos. La imagen de la criada se hacía una con las sombras del despacho.

—Sí, soy yo, señor —siseó envolvente Kamelia, pasándole cariñosamente las manos por la nuca y atrayéndolo hacia ella.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Liam.

—He venido a reconfortarlo —dijo Kamelia—. Siempre es mejor para esos menesteres el calor del cuerpo de una mujer que una fría botella de whisky.

Le cogió el rostro con las manos y lo besó en la boca. Liam se revolvió en el asiento. Notaba la cabeza embotada, como si el cerebro no le cupiera dentro del cráneo.

—Kamelia... —la nombró tratando de levantarse.

—Señor... —musitó Kamelia entre beso y beso.

—Quiero estar solo —indicó Liam.

—Permítame quedarme —dijo la

criada sin dejar de acariciarlo con manos insolentes. Deseaba excitarlo para que la hiciera suya allí mismo.

Descarada y sin un ápice de pudor, se bajó el corpiño del vestido y se sacó los pechos, dejándolos expuestos a merced de Liam.

—Déjame solo —volvió a decir él, elevando unas octavas el tono de la voz.

—No es bueno estar solo en noches tan largas como la de hoy.

Kamelia tomó las manos de Liam y se las llevó a los pechos desnudos, que se descubrían abundantes y turgentes por encima de la ropa.

—Permítame satisfacerlo esta noche —se ofreció la criada en actitud

sugereute—. Permít...

—Vete —cortó Liam secamente.

—Señor, déjeme que...

—Vete, Kamelia —dijo de nuevo Liam, tajante—. Quiero estar solo. —
Tensó la mandíbula.

Su voz no admitía réplica, pero Kamelia, firme en su propósito, insistió.

—Señor Lagerfeld...

Le aferró el rostro y se acercó a él para besarlo otra vez.

—¿No me has oído?! —preguntó Liam de malas maneras—. ¡Por todo los demonios!, he dicho que te vayas, o si no yo mismo te echaré.

Kamelia lo miró perpleja. Los rasgos de Liam se habían ensombrecido. La

mandíbula se apreciaba tensa pese a los velos de oscuridad que flotaban en la estancia. Nunca lo había visto con aquella severidad en el rostro. Nunca. ¿Tenía algo que ver lo que había pasado con su esposa? ¿Qué le ocurría con ella? ¿Por qué estaba así? ¿Era Kristen quien le producía ese estado de ánimo? Se tapó los pechos con el corpiño y se levantó, dejando que la falda del vestido escondiera sus piernas pálidas.

—Discúlpeme, señor Lagerfeld — dijo bajando la cabeza. Intentó sonar abochornada, pero no lo consiguió. Estaba muy lejos de sentir vergüenza, o algo que se le pareciera—. Lo siento... De verdad, discúlpeme.

—Lárgate —dijo Liam, lanzándole de reojo una mirada de desaprobación.

Y esa fue su última palabra. Estaba realmente molesto por la impertinencia de Kamelia, y la cabeza le daba demasiadas vueltas para pensar con un mínimo de tino.

Kamelia enfiló los pasos hacia la puerta, la abrió y salió del despacho. Cuando el silencio conquistó de nuevo la estancia, Liam se echó hacia adelante, cogió la botella de whisky y bebió de nuevo. En un arrebato colérico la tiró contra la pared. Un instante después el vidrio se hacía pedazos mientras él fijaba la mirada en un punto indefinido de la nada.

—Maldito seas, Gilliam Lancashire.
Mil veces maldito —farfulló con
desdén, cerrando la mano en un puño.

Silvana vio estupefacta como su hija salía del despacho de Liam con cara de pocos amigos. Aceleró el paso y la alcanzó al borde de la escalera.

—¿Qué diantres haces saliendo a estas horas del despacho del señor Lagerfeld? —le preguntó a media voz, agarrándola del brazo y obligándola a darse la vuelta.

Kamelia se sorprendió en un primer momento y le fue imposible impedir que

su rostro no acusara dicha sorpresa. No esperaba que su madre deambulara por la casa a esas horas, ni siquiera la hacía despierta. Pero enseguida se repuso y le hizo frente.

—He entrado simplemente a preguntarle si se le ofrecía algo —dijo, elevando la barbilla y dando un ligero tirón del brazo para soltarse de la mano de Silvana—. ¿No es usted la que me repite mil veces que tengo que ser servicial, que ese es mi trabajo?

—¿Y lo has hecho con los pechos al aire? —cuestionó su madre con suspicacia, colocándole sobre el hombro la manga del corpiño.

Kamelia puso los ojos en blanco,

fastidiada. ¿Por qué razón su madre era tan inoportuna siempre? Parecía tener el don de la ubicuidad: estaba en todas partes al mismo tiempo.

—¿Se te olvida que ahora el señor Lagerfeld es un hombre casado? ¿Qué tiene esposa? —inquirió Silvana mientras la miraba ceñuda.

—Los hombres casados, además de esposa, también pueden tener amante...

El eco de la fuerte bofetada que le propinó Silvana sonó a lo largo del pasillo. Kamelia se llevó la mano a la mejilla. Le ardía.

—No vuelva a pegarme, madre —dijo, conteniendo la rabia entre los dientes.

—Lo haré si sigues comportándote como una... —Silvana apretó los labios con fuerza.

Kamelia la fulminó con los ojos, se dio media vuelta en completo silencio y bajó los escalones todo lo rápido que le permitían las piernas. Silvana suspiró, resignada ante su actitud, y negó lentamente con la cabeza mientras su hija se alejaba de allí en dirección a los aposentos de la servidumbre, donde estaban sus cuartos. ¿Qué había hecho mal para que su hija fuera tan libertina y soberbia como era? ¿Por qué estaba empeñada en metérsele por los ojos al señor Lagerfeld? ¿Incluso aunque él fuera ya un hombre casado?

CAPÍTULO 40

*Un mundo nace
cuando dos se besan.
(Octavio Paz)*

Las calles del laberíntico Londres estaban atestadas de gente, aún cuando no era día de mercado ni había ninguna

celebración especial. Pero el fulgente sol de verano y el buen tiempo hacían que todo el mundo saliera en tropel a comprar a las tiendas, a pasear a *Regent's Park* o a *Hyde Park*, a visitar la National Gallery, o a merendar a las orillas del Támesis...

—¿El viernes por la tarde estarás ocupado con alguno de tus clientes o alguno de los asuntos de mi padre? —le preguntó Anabella a Bryan mientras se tomaban un té frío en la terraza del *Delicatessen*.

—Tengo cuestiones y papeles que terminar; burocracia más bien. Pero nada importante—respondió Bryan—. ¿Por qué?

—¿Por qué no hacemos una visita a Kristen y a Liam? —propuso Anabella—. No veo a Kristen desde el día de la boda, y de eso hace ya más de un mes.

—Me parece una buena idea —dijo Bryan, conforme—. Yo tampoco veo a Liam desde la boda —mintió, ya que había estado con él en su casa de *Trafalgar Square* antes de irse de viaje a Irlanda del Norte—. Seguro que se alegran de vernos.

—Tengo muchas ganas de que me cuente cómo le va en su vida de casada —comentó Anabella—. Me imagino que tiene que estar radiante. Yo me sentiría feliz si estuviera casada contigo. —Le dirigió una mirada suspicaz a Bryan, que

sonrió.

—En primavera llegará nuestro momento —dijo.

—Estoy deseando ser la señora Cooper —señaló Anabella con un entusiasmo manifiesto—. Hasta luego, señora Burford —saludó, curvando los labios en una sonrisa de cortesía a la mujer de mediana edad que había pasado por su lado.

—Y yo estoy deseando que lo seas —aseguró Bryan.

Se acercó a Anabella lentamente y le dio un casto beso en la mejilla.

—Y después vendrán los niños —continuó Anabella, sin que su exaltación decayera.

Bryan arrugó ligeramente la frente.

—Bueno, los niños pueden esperar...

Anabella se lo quedó mirando.

—Mi amor —dijo con voz melosa—, yo quiero tener muchos hijos. Un montón de pequeños Bryan y de pequeñas Anabella correteando por el jardín de nuestra casa.

—Y yo también —indicó Bryan, aunque no parecía estar convencido del todo—. Pero podemos esperar un tiempo. No tenemos que ponernos a ello inmediatamente.

—Pero si queremos tener muchos hijos, tenemos que darnos prisa —arguyó Anabella, tenaz como solo ella podía serlo.

—Cielo, solo tienes veinte años. Tenemos toda la vida por delante para tener cuantos renacuajos queramos — comentó Bryan tratando de persuadirla con sus argumentos.

—Tienes razón —dijo Anabella—. Pero es que yo quiero ser madre...

—Buenas tardes, señor Cooper —dijo una voz femenina detrás de Anabella, interrumpiendo la conversación. Bryan la reconoció al instante.

Anabella giró el rostro, curiosa, y se encontró con la esbelta figura de una mujer de cabellos rubios y ojos de color gris, engalanada con un descocado vestido rojo y negro que dejaba a la vista, en su opinión, demasiada carne.

Bryan carraspeó.

—Buenas tardes, señorita Simmons —respondió al saludo, intentando mantener a raya el ritmo de su respiración. No esperaba ver a la cabaretera que se follaba Liam en el *Delicatessen*.

—¿Todo bien? —preguntó Leslie.

Las comisuras de la boca se elevaban dibujando una sonrisa de medio lado. Por un momento Bryan temió que Leslie le preguntara por Liam, o que le dijera algo comprometido sobre él.

—Todo bien, gracias —dijo en tono templado.

Anabella notó una pizca de nerviosismo en su prometido. ¿A qué era

debido?

—Veo que está muy bien acompañado —apuntó Leslie, echando una mirada a Anabella.

Bryan volvió a carraspear.

—Sí. Ella es mi prometida, Anabella Cromwell. Anabella, ella es Leslie Simmons.

—Encantada —dijo Leslie, dedicándole una amplia sonrisa.

—Encantada —contestó Anabella con cierta descortesía mal disimulada en la voz.

¿Quién era aquella mujer tan atrevida?, se preguntó. ¿Y de qué conocía a su prometido?

Para alivio de Bryan, Leslie Simmons

se despidió.

—Que tengan una buena tarde —dijo, mirando a uno y a otro.

—Igualmente —contestó Bryan.

Anabella mantuvo silencio. Por alguna razón que desconocía, aquella mujer de escote prominente y cinturilla de avispa no le daba confianza.

—¿Quién es? —preguntó cuando se aseguró de que no podía oírla.

—Leslie Simmons —repitió Bryan, observando a la cabaretera entrar en el Delicatessen—. Ya te la he presentado.

—Sí, lo has hecho. Pero a juzgar por la manera en que la miras, creo que hay mucho más detrás de su simple nombre —observó Anabella. A quien no le hacía

gracia que su prometido se relacionara con ella.

Bryan se giró hacia Anabella.

—No te pongas celosa —dijo en tono dulce, acariciándole la curva de la mandíbula con los dedos—. Ya sabes que yo solo tengo ojos para ti, mi amor. —Al ver que el rictus de Anabella seguía serio, dijo—: Es la cabaretera que trabaja en uno de los bares a los que... solíamos ir Liam y yo.

—¿Una cabaretera?! —Anabella lo preguntó como si nunca antes hubiera escuchado esa palabra.

—Baja la voz —le pidió Bryan.

—¿No teníais otros bares a los que acudir? —interrogó con actitud

fiscalizadora—. ¿Bares en los que no trabajaran cabareteras rubias, altas y con cinturilla de avispa, por ejemplo?

—Vamos, Anabella —dijo Bryan, conciliador—. Eran otros tiempos y estábamos solteros.

Anabella miró a Bryan de reojo y suspiró, resignada. ¿Qué otra cosa podía hacer más que ser condescendiente con ese tipo de asuntos? No podía negar que tanto Liam como su prometido tenían pasado. Daba igual si este poseía piernas esbeltas, melena morena o un cuerpo de escándalo. Eran hombres.

Sonrió.

—¿Entonces el viernes vamos a ver a Kristen y a Liam? —preguntó,

cambiando de tema.

—Sí —afirmó Bryan—. Dejaré todo resuelto a la hora de comer y por la tarde nos acercaremos a Birmingham a hacer una visita de la parejita feliz. Además, tengo que hablar con Liam de unos asuntos pendientes de la fábrica.

Anabella sonrió como si nada hubiera pasado.

CAPÍTULO 41

*Ruego al tiempo aquel momento
en que mi mundo se paraba
entre tus labios.*

Kamelia se subía por las paredes. Desde que Liam la había echado con cajas destempladas del despacho hacía

dos días, no había podido hablar con él para pedirle de nuevo disculpas. Había metido la pata tratando de seducirlo. Quizá no había sido la noche idónea para ello, pese a que en su fuero interno pensó que era el momento más oportuno tras lo que hubiera pasado entre Kristen y él, fuese lo que fuese, pero que no había sido bueno.

Tenía que enmendar aquel error de algún modo, pero no encontraba cómo. Y con su madre las cosas no estaban mucho mejor. No se habían dirigido la palabra desde que la había abofeteado al borde de la escalera, excepto para los mandados diarios. Pero a Kamelia no le importaba demasiado. Al menos se

libraba de sus constantes riñas tratando de que fuera una mujer educada, decente, de bien... ¿Acaso todas esas cosas sacaban de pobre a alguien?, pensaba Kamelia con amargura. No, se respondía a sí misma. Lo único que saca de pobre a una persona es el dinero, y no se consigue siendo educada, ni decente, ni siquiera siendo de bien.

Kristen terminó de colocarse el sombrero frente al espejo de la cómoda, cogió el tomo de *La Iliada* de Homero que descansaba sobre la cama y salió de la habitación. Cuando llegó a la cocina,

se encontró a Kamelia pelando unas patatas.

—Buenos días, Kamelia —dijo, arrancando a la criada de sus cavilaciones.

Kamelia volvió en sí, inmiscuyéndose de nuevo en la realidad.

—Buenos días —respondió secamente.

—Voy a dar un paseo —anunció Kristen.

—¿Al claro de la cascada? —curioseó la criada.

—Sí, estaré allí leyendo un rato —mintió Kristen. En realidad iba al cobertizo, a dar clase a los niños.

Kamelia simplemente asintió mientras

la veía desaparecer detrás de la puerta. Se quedó un rato pensativa. ¿Por qué había algo en los paseos de la esposa del señor Lagerfeld que despertaba su suspicacia? ¿Tendría un amante y aquellas escapadas serían la excusa para sus encuentros? Y, si tenía un amante, ¿quién era? ¿Alguno de los criados? No sería la primera vez que una señora se enredara con uno de los trabajadores, y en la hacienda los había jóvenes y guapos, aunque carecieran de la elegancia y el porte aristocrático de los ricos, pero para un asalto en la cama valían.

Fue más allá en sus pensamientos. Si consiguiera pillarla *in fraganti*, Liam la

echaría de allí sin miramientos. Tenía que averiguar qué hacía Kristen durante esas misteriosas salidas.

Dejó de pelar la patata que tenía entre las manos, se quitó rápidamente el delantal y salió tras ella.

Kristen consultó el ornamentado reloj de bronce viejo que había en uno de los aparadores según salía de la cocina. Si no se daba prisa, llegaría tarde a la cita diaria con sus pequeños. Se alzó el vestido y echó a correr por el pasillo. Iba tan ensimismada que no sintió el sonido de las botas de Liam contra el

suelo y al doblar la esquina de la galería se chocó de bruces con él, haciendo que el libro se le cayera estrepitosamente de las manos.

Cuando sus ojos se encontraron con los de Liam, el corazón le dio un vuelco, y una oleada de calor le ascendió hasta las mejillas.

—Lo... lo siento —se disculpó, evadiendo su mirada.

Liam se agachó con expresión inmutable y recogió la obra de Homero del suelo, ya que había ido a parar a sus pies. Kristen notó como el latido del corazón se le aceleraba cuando Liam se fijó en el título.

—¿Dónde vas? —le preguntó, al

mismo tiempo que le tendía el libro.

—Gracias —dijo Kristen mientras lo cogía con dedos temblorosos. Carraspeó, nerviosa, y se retiró del rostro un mechón de pelo. No quería que Liam la descubriera, o se enfadaría con ella—. Voy a leer un rato al claro de la cascada —respondió después, en un tono que intentó por todos los medios que sonara tranquilo.

Liam no hizo ningún comentario. Se limitó a mirarla de forma extrañamente intensa. Kristen se movió incómoda en el sitio y desvió los ojos, incapaz de mirar a Liam más de dos segundos seguidos y preguntándose por qué la observaba de aquella manera.

—Me... voy —dijo Kristen. Tragó saliva y le sonrió tímidamente.

En un impulso que no pudo controlar, se acercó a Liam, se puso de puntillas a su lado y le dio un beso fugaz en la mejilla. Antes de que él reaccionara, echó a correr sin mirar atrás con una sonrisa prendida en los labios.

Liam se giró y la vio bajar a toda velocidad los peldaños de la escalinata del porche, llena de encanto sujetándose el sombrero con la mano. Emitió un suspiro quedo. Cuando Kristen desapareció de su vista, se dio la vuelta de nuevo y enfiló los pasos hacia el despacho; hoy trabajaría en casa.

Kamelia esperó a que Liam subiera al segundo piso para ir detrás de Kristen. De pronto la curiosidad había empezado a aguijonearle de una manera feroz. Salió al jardín, dio la vuelta a la casa y se adentró en el sendero rojizo que conducía al claro de la cascada.

Aceleró el ritmo tratando de no perderle la pista, pero manteniendo una distancia cautelosa para que no la viera. Para su asombro, observó que Kristen no se detenía en el claro de la cascada, sino que su paseo continuaba más allá.

Kamelia siguió el curso del riachuelo y alcanzó a ver que torcía a la izquierda,

donde se abría otro pequeño claro en el que había una especie de choza o cabaña que parecía estar reformada desde hacía poco tiempo. Sonrió cuando vio a Kristen entrar a toda prisa en el interior.

—¿Así que es aquí donde te encuentras con tu amante? —masculló en voz baja.

Se acercó al cobertizo sin hacer ruido y se asomó prudentemente por la ventana. Frunció el ceño, decepcionada, cuando lo que vio fue un montón de niños sentados alrededor de una enorme mesa de madera, saludando cariñosa y efusivamente a Kristen, que acababa de entrar. Los conocía a todos; eran los mocosos de los criados de la hacienda.

Entre ellos se encontraba Harper, el hijo de Edmond y Felda.

Le bastó un segundo para caer en la cuenta de qué hacía allí Kristen y el modo en que podía sacarle provecho a la situación. Si no había escuchado mal, el señor Lagerfeld había prohibido a su esposa dar clase a los hijos de los trabajadores cuando ella lo propuso. Por la razón que fuera, Liam no había dado su beneplácito. Las comisuras de Kamelia se curvaron en una sonrisa maliciosa.

—Al señor Lagerfeld no le va a hacer ninguna gracia que su adorada esposa le haya desobedecido —musitó para sí, mientras observaba por la ventana a

Kristen dar un abrazo a Harper.

CAPÍTULO 42

*Vinieron los recuerdos
y lo saquearon todo:
se llevaron el olvido,
me dejaron el amor.
(Anna Bahena)*

Kamelia corrió hasta la casa sin

perder tiempo. Sabía que Liam estaba allí, así que era el mejor momento para contarle lo que acababa de ver. Con un poco de suerte y si ella lo animaba, se acercaría a la cabaña y pillaría a Kristen en faena.

Mientras atravesaba el bosque a zancadas, caviló la forma en qué debía decírselo.

«No puedo quedar como una chivata, —pensó para sus adentros—. Liam no lo vería bien, aunque esté descubriendo a su mujer».

Cuando Kamelia entró por la puerta de servicio, ya tenía la manera de decirle a Liam todo sin quedar como una alcahueta. Fue a la cocina, se aseguró de

que su madre no pululaba por ahí como siempre hacía y subió directamente al despacho de Liam, donde presumió que se encontraría trabajando.

—Adelante —dijo él al escuchar que tocaban a la puerta.

—Buenos días, señor —saludó Kamelia con voz servicial.

Liam levantó los ojos y dejó de atender los documentos en los que estaba enfrascado en esos momentos. Su figura regia se recortaba contra la luz del sol que entraba por la ventana.

—Buenos días —respondió.

—Señor, estos días no lo he visto —comenzó a decir Kamelia, bajando la cabeza y fingiendo arrepentimiento—, y

quisiera pedirle disculpas de nuevo por lo que sucedió la otra noche.

Liam dejó sobre el escritorio los papeles que tenía en la mano.

—Está bien, Kamelia —dijo en tono condescendiente.

—No sé lo qué me pasó... Lo vi triste —exageró teatralmente—, y... bueno, me dejé llevar...

—No te preocupes. Todo está bien —repitió Liam, restándole importancia al asunto.

Kamelia respiró hondo, como si tuviera que calmar los nervios por algo que le reconcomiera por dentro.

—Quería también... pedirle un favor... —comentó, dejando la frase

suspendida en el aire.

—Dime.

—No se lo diga a mi madre, por favor, señor Lagerfeld —suplicó la criada, aunque estaba muy lejos de sentir algo de lo que estaba diciendo—. Se llevaría un disgusto. Ya sabe las tradiciones tan rígidas con que lleva su vida, y yo no quiero darle un disgusto. — De repente tenía los ojos bañados en lágrimas—. Ella ha tenido una existencia dura. Usted también sabe eso.

—Puedes estar tranquila, Kamelia — se adelantó a decir Liam, indulgente—. No le he dicho, ni tengo intención de decirle nada a Silvana.

—Muchas gracias, señor —le

agradeció Kamelia, inclinando ligeramente la cabeza—. ¿Si se le ofrece algo? —preguntó, después de unos segundos.

—No, Kamelia. Puedes retirarte.

Kamelia giró sobre sus talones y emprendió el camino hacia la puerta. Antes de abrirla, se dio la vuelta por última vez.

—Por cierto, señor —se arrancó a decir con las palabras llenas de malicia —, me alegra mucho que finalmente haya permitido que la señora Kristen de clase a los hijos de los criados. No deja de ser algo benef...

—¿De qué estás hablando? —interrumpió Liam hoscamente. Su rostro

demudó en una expresión severa.

—Acabo de ver a la señora Kristen en un cobertizo que hay...

Liam se levantó de golpe de la silla.

—¿Que la has visto dónde? —dijo.

Kamelia no deseó por nada del mundo estar en esos momentos en el pellejo de Kristen. Desde luego que no. Los ojos de Liam destellaban furia y algo más que no supo interpretar, pero que no era nada bueno.

—En el cobertizo que hay más allá del... del claro de la cascada... casi al límite del término de la hacienda... Estaba... estaba... —tartamudeaba a propósito.

—¡Habla! —exclamó Liam, dando en

la mesa un fuerte golpe con la mano abierta.

—Me pareció que estaba dando clase a los hijos de los...

Liam sorteó el escritorio con una agilidad pasmosa y atravesó el despacho a grandes zancadas. Pasó rozando a Kamelia como una exhalación y sin mediar palabra, y salió de la estancia con una expresión de cólera en el rostro. Kamelia se llevó la mano a la boca, disimulando a duras penas la perversa sonrisa que esbozaban sus labios, mientras la figura de Liam se alejaba por el pasillo con pasos largos y rotundos. Había resultado más sencillo de lo que pensaba. Mucho más sencillo.

—Señorita Kristen, ¿está bien escrito mi nombre? —le preguntó un niño pelirrojo con el rostro salpicado de una constelación de pecas.

Kristen se acercó hasta él y echó un vistazo a la pizarra.

—Está perfecto, Max —dijo, revolviéndole cariñosamente el pelo con la mano.

En ese momento Kristen notó que tiraban por detrás de su vestido. Se giró.

—Harper. —Sonrió.

—¿Y el mío? —dijo el pequeñín—. ¿Está bien escrito así?

—A ver... —Kristen cogió la pizarra —. Te falta la “h” —le dijo con voz dulce—. Tu nombre empieza por “h”.

—¿La letra que no suena?

—Exacto. La letra que no suena. La letra sorda. Muy bien —lo alentó.

Kristen le tendió la pizarra y Harper, animado, añadió la “h” al principio de su nombre. De pronto la puerta se abrió y un estallido de luz dorada inundó el cobertizo. Kristen se dio la vuelta. Se quedó petrificada como una estatua de sal cuando vio a Liam en el umbral del cobertizo, con aire lúgubre y los ojos verdes clavados en ella como si fueran cuchillos. La sonrisa se le esfumó de los labios.

—Liam... —dijo con voz apagada.

—Buenos días, señor Lagerfeld —saludaron los niños casi al unísono.

—Buenos días —respondió Liam en tono cariñoso—. ¿Podéis salir un ratito fuera a jugar? —les preguntó mientras se adentraba unos metros en el interior del cobertizo—. Tengo que hablar con vuestra maestra.

Kristen intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca como el suelo del desierto. Harper se levantó el primero del banco, correteó hasta Liam y le mostró la pizarra con el rostro radiante de ilusión.

—Mire, señor Lagerfeld —dijo—. Ya sé escribir mi nombre.

Liam cogió la pizarra. Se puso de cuclillas para estar a la altura de Harper y dijo:

—Muy bien, campeón.

—También sé escribir el nombre de mi madre y el de mi padre —continuó el niño, ajeno a la incipiente tensión que se respiraba en el aire—. Me ha enseñado la señorita Kristen. —Liam miró de reojo a Kristen, que permanecía en su sitio como una figura de cera. Cuando advirtió que la mirada de Liam se había posado en ella carraspeó nerviosa—. Pronto voy a poder leer todos los cuentos de dragones y héroes que hay en el mundo.

—¿Todos los cuentos de dragones y

héroes que hay en el mundo? ¿Todos, todos? —repitió Liam, a quien el entusiasmo de Harper parecía habersele contagiado.

—Sí —asintió el pequeño, enfatizando la afirmación con un movimiento de cabeza—. Todos, todos.

—¡Harper, vamos! —gritó una niña de trenzas doradas y ojos azules que lo esperaba en la puerta.

—Ya voy.

Harper dejó la pizarra sobre la mesa y echó a correr hacia la niña. Liam se incorporó lentamente mientras movía la cabeza en señal de reproche.

—¿Creo que te había dejado claro que no quería que dieras clases a los hijos

de los criados? —dijo en su habitual tono profundo y sonoro. La expresión del rostro era acerada, tanto que Kristen se estremeció.

—Sí, lo dejaste claro —apuntó ella únicamente.

—¿Entonces por qué diablos me has desobedecido?! —estalló Liam, furioso.

Kristen creyó que el corazón iba a salirse por la boca. Liam tenía la cara desencajada. Sin embargo, se armó de valor para defender lo que creía correcto.

—Porque tu negativa fue absurda —refutó.

—¿Absurda? —repitió Liam.

—Sí, absurda —reafirmó Kristen,

retándole con la mirada—. No tenía ni pies ni cabeza. Te limitaste a decirme que no sin darme ningún argumento, simplemente porque era yo quien te lo había pedido.

—¿Y no es suficiente razón? —espetó Liam. La expresión de su rostro era hostil cuando miró a Kristen directamente a los ojos—. ¡Maldita sea! ¿No es suficiente razón?

Dio un paso hacia adelante. Kristen retrocedió.

—No, si por encima está la ilusión de esos niños por aprender a leer y a escribir —arguyó Kristen con el corazón palpitándole como un tambor contra las costillas—. ¿Los has visto? ¿Has visto a

Harper? ¿Has visto cómo...?

—¿Quieres que aprendan a leer y a escribir? —la interrumpió Liam—. Perfecto. Mañana mismo contrataré a una maestra; a cien, si es necesario, para que les enseñe.

Kristen frunció el ceño, perpleja.

—¡Yo soy maestra! —inquirió.

—Pero yo no quiero que tú les des clase. ¿Es que no te ha quedado claro?

—¿Por qué no? —preguntó Kristen—. Dime, Liam. ¿Por qué no?

—Eso es asunto mío.

—Y mío también.

—Ya te enterarás, no te preocupes.

Liam paseó la mirada en derredor. De fondo podía oírse el griterío de los

niños, que correteaban alrededor del cobertizo.

—¿Quién te ha ayudado? —le preguntó a Kristen.

—No te lo voy a decir —respondió Kristen.

La sangre recorría las venas de Liam con la violencia de un torbellino, golpeándolo una y otra vez.

—Dime quién te ha ayudado a reformar el cobertizo.

—No. —Fue la respuesta de Kristen.

Liam apretó los dientes ante su terquedad, tanto que pudo oírse como rechinaban. Dio un paso hacia adelante con aire rígido y cogió a Kristen por el brazo.

—Nos vamos a casa —indicó.

—No... Suéltame —dijo Kristen en voz baja para que los pequeños no la oyeran—. Suéltame, Liam.

Liam la arrastró fuera del cobertizo.

—¿Ya se va, señorita Kristen? —preguntó Harper.

—Sí —respondió ella, esforzando una sonrisa y tratando de disimular—. Mañana nos vemos, niños.

—No pienses ni por un momento que voy a dejarte volver aquí —masculló Liam, sujetándola con mano férrea—. Antes te encierro en tu habitación —la amenazó.

—Adiós, señor Lagerfeld.

—Adiós, Harper.

CAPÍTULO 43

*Las palabras nunca alcanzan
cuando lo que hay que decir
desborda el alma.
(Julio Cortázar)*

Liam tiraba del brazo de Kristen durante todo el camino de vuelta.

Kristen iba trastabillando por el sendero que serpenteaba por el bosque, incapaz de seguir sus rápidas zancadas y procurando no tropezarse y caer al suelo.

—Me haces daño en el brazo —dijo intentando zafarse de él—. Liam, para, por favor... Me haces daño.

Pero Liam no la escuchaba ni aflojaba el paso; avanzaba por el sendero como un ser mecánico, cegado por la ira, sin mediar palabra; sin gritar, sin maldecir, sin nada. El absoluto silencio que mantenía hacía tanto ruido que era sobrecogedor.

—Suéltame, Liam... Suéltame... — sollozaba Kristen.

Sin embargo, Liam seguía haciendo caso omiso a sus plegarias.

Cuando llegaron a la casa, atravesó el hall y la galería sin detenerse y arrastró a Kristen escaleras arriba hasta su habitación. Abrió la puerta de una patada y la empujó dentro. Kristen se llevó la mano al brazo y lo frotó de arriba abajo. Lo tenía dolorido.

—Pobre de ti si se te ocurre salir de aquí —le dijo Liam con rostro enfurecido, moviendo el dedo de un lado a otro amenazadoramente.

—No puedes tenerme en la habitación todo el día. No soy un animal —protestó Kristen con los ojos atestados de lágrimas.

—Sí puedo y, de hecho, lo voy a hacer.

—¿Por qué me tratas así? —preguntó Kristen. Una profunda tristeza la embriagaba—. ¿Por qué me humillas?, ¿por qué me rechazas?, ¿por qué me ignoras?

—Porque te lo mereces —respondió Liam.

Kristen frunció el ceño, estupefacta.

—¿Por qué me lo merezco? —repitió, como si no hubiera oído bien.

—Sí, tú y toda tu familia —soltó Liam con sumo desprecio en la voz.

—¿Qué te he hecho yo para merecer este trato tan vejatorio? ¿Qué te ha hecho mi familia? —preguntó,

totalmente desconcertada. Lo siguiente que dijo le produjo un escalofrío, pero no podía callarlo por más tiempo—. ¿Por qué me odias? ¿Por qué me odias tanto?

Liam alzó la vista y le sostuvo la mirada, pero no respondió. Kristen observó que sus ojos tenían una expresión fría, envenenada por algo que no acababa de comprender, que solo él sabía, pero por lo que Kristen entendió que estaba siendo castigada.

—¿Qué pecados me estás haciendo pagar, Liam? —continuó, segura de lo que hablaba. Lágrimas cristalinas se deslizaron lentamente por la línea que formaban las pestañas negras y espesas

—. ¿Qué tengo que expiar?

Un largo silencio siguió a sus preguntas.

Liam, malhumorado, movió la cabeza. Kristen le observó contraer las mandíbulas en un gesto que casi producía dolor verlo. Solo resopló, luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

Kristen lo vio marcharse abatido. Liam parecía estar sumido en una lucha interna, como Jekyll y el señor Hyde. Una batalla a la que se enfrentaba solo, consigo mismo. Sin saber a qué fuerzas ceder. Un conflicto que estaba comenzando a pasarle factura.

Kristen volvió a acariciarse el brazo;

le seguía doliendo. Y entonces sintió miedo. Liam no había contestado a su pregunta, había preferido asentir callando, pero Kristen sabía que ella era objeto de su odio, por eso la trataba de aquella manera tan despectiva, con tanta indiferencia.

Cuando empezó a darse cuenta de la realidad, a entender que Liam la odiaba, sintió como si una mano de dedos helados se cerrara sobre su corazón. Se dejó caer en la cama y rompió a llorar.

Liam terminó de subir los últimos peldaños de la escalera y enfiló el

pasillo bajo la luz sesgada de la luna. Al pasar delante de la habitación de Kristen se detuvo. Durante un rato largo permaneció de pie igual que una estatua de mármol, mirando el tallado de la madera como si quisiera aprendérselo de memoria. A esas horas de la madrugada Kristen estaría dormida. Llevado por un impulso que no quiso refrenar dio un paso al frente, apoyó la mano en el pomo y le giró tratando de no hacer ruido.

La estancia estaba sumida en silencio y sombras. Solo las cuchillas que formaba el resplandor perlado de la luna que se filtraba por el ventanal del balcón hendían la oscuridad,

permitiendo ver el contorno de las cosas.

Liam se adentró sigilosamente en la habitación y se acercó a la cama. La tenue claridad dejaba intuir bajo las sábanas las formas proporcionadas de Kristen. Se sentó a su lado como lo haría un gato y la observó detenidamente durante unos instantes, repasando cada uno de los rasgos que conformaban su rostro; admirando su excepcional belleza. Se había quedado dormida llorando, porque tenía la piel de debajo de los ojos húmeda y surcos brillantes en las mejillas. Alargó la mano y con el pulgar y toda la delicadeza del mundo le enjugó las lágrimas.

Kristen se movió ligeramente al sentir su contacto, pero no se despertó.

Bajó la mirada y advirtió que le había dejado la marca de los dedos en el brazo, justo donde la había agarrado. Frunció el ceño. ¿Por qué de repente se sentía tan mal? ¿No era eso lo que anhelaba desde hacía quince años? ¿Hacer de la vida de la hija de Gilliam Lancashire un infierno? En definitiva, ¿vengarse?

Su mano fue deslizándose por el brazo despacio, pero con una determinación como si tuviera vida propia. Los dedos rozaron la piel desnuda, tibia y sedosa, produciéndole un escalofrío. Tenía un tacto tan exquisito.

Liam no había sido capaz de arrinconar un solo segundo de su mente la sensación que le había provocado el calor de los labios de Kristen cuando la había besado la otra noche, su cuerpo palpitante pegado al suyo, su timidez desbordándose por los preciosos ojos azules, las manos temblorosas...

Liam apartó de pronto la mano como si le hubiera dado calambre, como si tocar a Kristen le doliera. La acercó de nuevo para acariciarle la mejilla, pero volvió a echarla para atrás con un sentimiento de culpa. Flexionó los dedos, aguantándose las ganas. Una voz en su interior le dijo que si la tocaba estaría perdido.

CAPÍTULO 44

*Somos una casualidad
llena de intención.*

—Vamos, Anabella —dijo impaciente Bryan, retocándose el cuello de la camisa—, o llegaremos a la hora que tengamos que regresar.

—Ya bajo —contestó Anabella desde lo alto de la escalera—. Un momento...

—Mujeres —siseó Bryan para sí.

Diez minutos más tarde, Anabella descendía los peldaños de la majestuosa escalera de la mansión de su padre terminando de atarse el lazo del sombrero. Bryan le dirigió una mirada conmisericordiosa. Su prometida y la puntualidad eran definitivamente incompatibles.

—Estoy lista —dijo Anabella.

—Ya vamos con retraso —apuntó Bryan.

Anabella le dio un beso en la mejilla a modo de saludo.

—No te enfades, mi amor —dijo con

voz apacible—. La tarde todavía tiene muchas horas de luz.

Bryan lanzó al aire un suspiro resignado. Tratar de que Anabella fuera puntual era tarea imposible.

Salieron de la mansión agarrados del brazo, subieron al carruaje que les esperaba en la puerta y emprendieron el camino hacia Birmingham. Al llegar a la hacienda, Silvana les abrió la puerta.

—¿Están el señor y la señora Lagerfeld? —preguntó Bryan.

—¿De parte de quién? —dijo la criada en tono formal.

—De Anabella y Bryan.

—Pasen, por favor —indicó Silvana, cediéndoles el paso al interior.

—Que casa tan bonita —comentó Anabella en voz baja mientras Silvana les acomodaba en el salón.

—Por favor, siéntense —dijo Silvana—. Enseguida aviso a los señores.

—Gracias —contestaron Bryan y Anabella casi al unísono.

Anabella deshizo el nudo del sombrero, se lo quitó y lo dejó encima de la mesita.

—Señor Lagerfeld, la señorita Anabella y el señor Bryan han venido a visitarlos —anunció Silvana cuando entró educadamente en el despacho de

Liam—. Están en el salón, esperándoles.

—Muchas gracias —le agradeció

Liam—. Dígales que en un minuto estoy con ellos.

—¿Quiere que avise a su esposa o se encarga usted de hacerlo?

—Yo le aviso, Silvana. No se preocupe.

Silvana inclinó la cabeza, se dio la vuelta y se fue.

Liam guardó unos documentos en una carpeta de solapas de cuero gris, la introdujo en el cajón superior del escritorio y se levantó.

No le hacía ninguna gracia que Anabella fuera a ver a Kristen. Pero daba la casualidad que era la prometida

de su mejor amigo y casi hermano y alguna visita de vez en cuando resultaba inevitable.

De todas formas hablaría con Bryan para que Anabella fuera a la casa lo menos posible, pensó.

Liam tocó en la puerta de la habitación de Kristen. Al no contestar nadie al otro lado, abrió. Asomó la cabeza y comprobó que no estaba por ningún lado. Terminó de entrar y se dirigió al cuarto de baño; tampoco estaba allí.

Cuando salía vio sobre la cama el camisón de color rosa palo y encaje que Kristen se había puesto la noche de bodas. Se inclinó y lo cogió. La seda se

deslizaba por la mano como si fuera líquida. Durante unos segundos se imaginó a Kristen con la sexy prenda puesta y de inmediato notó como una erección crecía apabullante debajo del pantalón. Maldijo para sus adentros. Volvió a dejar la prenda sobre la cama y salió de la habitación.

Justo en el momento en que cerraba la puerta, Kristen apareció por el pasillo.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Liam en tono serio, acercándose a ella.

—En la biblioteca —respondió Kristen con la misma seriedad que había utilizado él—. Coloqué todos mis libros allí cuando vine. —Al ver que la expresión de Liam no se suavizaba, dijo

—: ¿Acaso tampoco puedo ir a la biblioteca?

—Sí, si puedes ir a la biblioteca —dijo Liam pausadamente—. Pero si sigues hablándome así quizá tengas que pedirme permiso.

Kristen puso los ojos en banco, molesta por la fiscalización a la que la sometía Liam.

—Tenemos visita —anunció después Liam, haciendo de nuevo uso de la palabra.

—¿Visita? —repitió Kristen, arqueando las cejas. De pronto el rostro se le iluminó, como a una niña pequeña a la que le dan un regalo—. ¿Ha venido Bertha? ¿O Tommy? —preguntó.

Liam torció el gesto.

«¿Tommy?, redundó en su interior».

¿Por qué habría de ir a verla Tommy?

Ya era una mujer casada. No tenía lugar que la visitara, y menos sabiendo que estaba enamorado de ella. Él no lo permitiría.

—No, no es Bertha —contestó Liam—. Ni tu querido amigo Tommy, tampoco —añadió. Había una nota extraña en su voz.

¿Estaba celoso?

—¿Entonces quién ha venido? —quiso saber Kristen, que en esos momentos parecía tener la mente en blanco.

—Anabella y Bryan... —anunció

Liam.

—Anabella... —prorrumpió Kristen.

La mirada azul adquirió de nuevo un brillo extraordinario que le iluminó todo el rostro. Sin mediar más palabras con Liam, se dio la vuelta y echó a andar hacia la escalera. Liam la siguió detrás.

—¡Kristen! —exclamó Anabella cuando la vio entrar en el salón.

—Anabella.

Anabella se levantó del sofá y ambas se fundieron en un afectuoso abrazo. Pese a la alegría del reencuentro, Anabella reparó en que Kristen había adelgazado y que presentaba unas ojeras violáceas alrededor de los ojos. Pero prefirió ser discreta y no decir nada.

—¿Cómo estás? —preguntó únicamente.

—Bien, ¿y tú? —preguntó a su vez Kristen, esforzando una sonrisa.

—Bien —respondió Anabella.

—Amigo —saludó Bryan a Liam mientras se daban unas cuantas palmadas en la espalda—. ¿Cómo te va?

—Muy bien, ¿y a ti?

—No nos quejaremos —dijo Bryan—. Buenas tardes, Kristen. —Bryan tomó la mano de Kristen y la besó.

—Buenas tardes, Bryan —correspondió Kristen.

Liam y Anabella hicieron lo propio.

—¿Por qué no vamos a tu despacho y dejamos a las damas solas? —le sugirió

Bryan a Liam—. Tengo cosas que contarte sobre el asunto de los nuevos empleados de la fábrica.

Liam asintió a modo de respuesta y condujo a su amigo hasta la segunda planta mientras Kristen y Anabella se acomodaban en el sofá. Silvana entró en ese momento en el salón.

—¿Desean que les sirva algo? —preguntó.

—¿Un té? —dijo Kristen a Anabella.

—Sí, por favor.

—Enseguida los traigo —dijo Silvana.

Un rato después apareció llevando en las manos una bandeja de madera con una tetera, dos tazas y un plato de pastas.

Anabella siguió con la mirada la figura de Silvana hasta que desapareció tras las puertas y cuando se aseguró de que no podía oírlas, le preguntó a Kristen con un palpable tono de alarma en la voz.

—¿Te encuentras bien? Se nota que has adelgazado y tienes ojeras...

A Kristen se le llenaron los ojos de lágrimas. Meneó la cabeza, negando.

—No —respondió.

—Kristen... —dijo Anabella. Le cogió las manos y se las envolvió con las suyas. ¿No te acostumbras a vivir aquí? ¿Te gustaría más estar en una ciudad?

Kristen volvió a negar.

—Es Liam—afirmó. Anabella frunció el ceño y esperó a que Kristen continuara—. No sé qué le pasa... Me humilla, me rechaza, me rehúye... — Bajó la mirada y se contempló las manos, le temblaban—. Ni siquiera hemos tenido... intimidad —dijo en un hilo de voz mientras las lágrimas se precipitaban rápidamente por sus mejillas.

—¿En la noche de bodas tampoco? — preguntó Anabella con los ojos color miel muy abiertos en el rostro redondo. Kristen negó reiteradamente con la cabeza.

—Apenas me deja salir de la habitación —añadió después.

—Pero, ¿por qué?

Anabella estaba perpleja.

—Propuse la idea de dar clase a los hijos de los criados de la hacienda —comenzó a explicar Kristen—. Se negó en rotundo sin darme una razón. Le desobedecí. Algunos trabajadores me ayudaron a acondicionar un cobertizo que hay detrás de la casa. —Anabella escuchaba a Kristen atentamente—. No sé cómo se enteró, pero hace unos días se presentó allí cuando estaba dando clase a los pequeñines. Me trajo a rastras hasta la casa y desde entonces casi no me permite salir de la habitación.

—Dios santo... —musitó Anabella.

Kristen clavó los ojos en su amiga.

—Me odia, Anabella —aseveró.

—¿Por qué motivo? Tú no le has hecho nada.

—Directamente no. Creo que es por algo del pasado.

—¿Del pasado?

—Sí. Algo que tiene que ver con las familias.

—¿Algo relacionado con la eterna enemistad entre los Lagerfeld y los Lancashire?

Kristen hizo una mueca con los labios.

—No creo que sea eso... No creo que solo sea eso —enfaticó.

—¿Le has preguntado a Liam? —dijo Anabella, que no sabía muy bien por

dónde agarrar el tema.

—Sí. Pero no me dice nada. Cuando le preguntó por qué me trata así me dice que me lo merezco y mi familia también.

—Kristen suspiró, vencida—. Estoy tan cansada...

Anabella le apretó las manos cálidamente, para que entendiera que estaba con ella. Todo lo que le estaba contando su amiga le parecía tan horrendo. Liam parecía tan enamorado de Kristen antes de casarse...

CAPÍTULO 45

La virtud que infringe no es más que algo mancillado por el pecado; y el pecado que enmienda no es más que algo mancillado por la virtud.

(Shakespeare)

Liam abrió la pesada puerta y cedió el

paso a Bryan para que entrara en el despacho.

—¿Qué tal estás? —preguntó mientras cada uno se sentaba en un lado del escritorio.

—No me quejaré —respondió Bryan—. ¿Y tú? No tienes buena cara —observó.

—Me gustaría poder decirte que bien.

—¿Y no puedes?

—No —negó Liam.

—¿Es por Caperucita?

Liam arrugó la nariz, levantó los ojos y miró a Bryan.

—Me ha salido más rebelde de lo que pensaba.

—Una mujer con carácter —apuntó

Bryan como si saboreara las palabras.

—El otro día tuvimos una discusión muy fuerte —comenzó a explicar Liam.

—¿Y cuál fue el motivo?

—Está empeñada en enseñar a leer y a escribir a los hijos de los trabajadores de la hacienda.

—Vaya... No puedes negar que es generosa. —Bryan se quedó pensativo unos segundos. Estaba ciertamente sorprendido—. Muy generosa —recalcó—. Pocas *señoritas* de su abolengo se dignarían a compartir espacio y aire con los mocosos de los criados, y menos una Lancashire. Los miembros de su familia siempre han tenido fama de clasistas. Desde luego no se parece a su padre —

añadió.

—No lo niego —dijo Liam—. Reconozco que la idea me sorprendió gratamente y estaría de acuerdo en que les diera clase si no fuera porque prohibírsele supone una fuente de sufrimiento para ella. Le frustra no poder desarrollar su vocación y ser una mujer florero.

—Entiendo...

—Aunque me negué —continuó Liam—, se las apañó para que algunos empleados le ayudaran a reformar el viejo cobertizo que hay en el límite norte de la hacienda y dar las clases allí a los niños. Y todo a mis espaldas.

Bryan levantó una ceja.

—Sí que te salió rebelde, sí —dijo en tono socarrón—. ¡Es decidida y desafiante! Me imagino que meterla en cintura tiene que ser toda una experiencia. —Bryan hizo una pausa—. ¿Y cómo te enteraste de que estaba dando clases a los renacuajos sin tu permiso? —curioseó.

—Me lo dijo Kamelia.

—¿La hija de Silvana? —Liam asintió con una leve inclinación de cabeza—. Supongo que Kristen no le debe de caer muy bien que digamos —anotó Bryan—. Si la memoria no me falla, esa muchachita invierte todos los suspiros en ti.

—Me lo contó sin querer —anotó

Liam—. Pensando que yo finalmente se lo había permitido.

—O eso es lo que te hizo creer... — intervino Bryan. La expresión de su rostro reflejaba suspicacia—. Con las mujeres hay que tener cuidado. Sobre todo con las despechadas, y esa tal Kamelia lo está.

—Puede que lo hiciera de manera intencionada —admitió Liam indiferente. Los motivos por los que la criada se lo hubiera dicho le eran totalmente indiferentes—. El caso es que me enteré, fui hasta el cobertizo y la traje a rastras del brazo durante todo el camino. No puede salir de la casa y se pasa la mayor parte del tiempo en su

habitación o en la biblioteca.

—¡Tienes que estar disfrutando como un enano! —exclamó Bryan. Sin embargo, Liam no se inmutó—. ¿O me equivoco? —dijo después, al advertir que en el rostro de su amigo no se había movido ni un músculo.

—Pensé que me iba a resultar más fácil —confesó Liam en un arranque de sinceridad.

—Explícate —pidió Bryan, tratando de encontrar sentido a aquellas palabras.

—No sé lo que me pasa... Hay veces que la odio con tanta fuerza que incluso me doy miedo a mí mismo y otras... —Liam se interrumpió súbitamente.

—¿Y otras...? —insistió Bryan.

Liam alzó la mirada.

—Y otras tengo unas inmensas ganas de follármela, de... —Volvió a detenerse y apretó los dientes. La idea que merodeaba por su cabeza lo turbaba sobremanera.

—¿De abrazarla?

—Sí —reconoció Liam, muy a su pesar.

Bryan se inclinó hacia adelante y apoyó los brazos en el escritorio sin apartar los ojos de su amigo.

—Debes de tener cuidado —dijo entonando una voz seria—. A veces, hay cosas que pesan más que la sed de venganza. —Liam arrugó la frente, sin entender—. El amor —concluyó Bryan

—. A veces el amor puede pesar más que el odio.

Liam soltó una risilla socarrona.

—Creo que estás exagerando —dijo apresuradamente—. Que quiera follármela no significa que la ame. Hay una gran diferencia. Es normal que me sienta atraído por ella —afirmó, justificándose. Aunque lo hacía más para él mismo que para Bryan—. Es muy hermosa, y yo soy un hombre. Me preocuparía si una mujer como Kristen no me excitara.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —señaló Bryan—. Pero Kristen no es cualquier mujer.

—Eso ya lo sé —dijo Liam—. No es

cualquier mujer, es la mía —aseveró con un deje posesivo en la voz. Bryan lo observaba con los ojos entrecerrados—. No me mires así. —Liam volvió a hacer uso de la palabra—. Ya me conoces... Nunca dejaría que el corazón se interpusiera a la cabeza.

—Entonces, si lo único que quieres es hacerla tuya —dijo Bryan—. Entonces, hazlo.

Liam enarcó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Justamente eso. Solo hay un modo de calmar el deseo; y es saciándolo —aseguró Bryan—. Si quieres ser el primero, desflorarla... Fóllatela y listo.

Liam no estaba muy seguro de que esa

fuera la solución.

—Por cierto, la otra tarde me encontré con Leslie Simmons en el *Delicatessen* —comentó Bryan seguidamente, cambiando de tema.

—¿Qué hacía allí? —preguntó Liam.

—Me pareció que había quedado con unas amigas —respondió Bryan—. Se paró a saludarme.

—Ya sabes lo *amable* que es —apuntó Liam.

—Lo peor es que estaba con Anabella.

—Me imagino que después te sometería a un interrogatorio.

—Exacto —confirmó Bryan—. ¿Me preguntó qué quién era? Le dije que la

cabaretera de uno de los bares a los que acudíamos cuando estábamos solteros y se quedó conforme. Pero cuando Leslie me saludó temí que me preguntara por ti y que Anabella pudiera llegar a sospechar algo... Las mujeres tienen un sexto sentido que nunca se equivoca.

—Leslie siempre ha sido discreta con nuestros encuentros —señaló Liam—. De todos modos ya no la frecuento con la asiduidad de antes.

Bryan pareció sorprenderse.

—Pensé que ibas a seguir viéndola aunque estuvieras casado con Kristen —dijo.

—Y esa era la intención, pero las fábricas y Kristen me tienen muy

ocupado —contestó Liam—. A propósito, ¿está solucionado lo de los empleados? Quiero que ese asunto quede cerrado de una vez.

—Sí —asintió Bryan—. Ya tienes cincuenta hombres más en plantilla.

—Muy bien —dijo Liam, satisfecho.

—Y tú, ¿pudiste convencer a los clientes de Irlanda? —quiso saber a su vez Bryan.

—Sí —afirmó Liam—. Realmente las piezas estaban defectuosas y eran prácticamente inservibles. Les prometí unas nuevas sin coste alguno y accedieron de buena gana. Espero que con el incremento que hemos hecho de trabajadores mejore la producción.

—Yo estoy convencido de ello —dijo Bryan—. Lo único que se necesitaban eran más manos. No has recibido más quejas, ¿verdad?

—No —negó Liam.

—Pues ahí lo tienes. Despreocúpate ya de ese tema y presta toda tu atención a tu esposa.

CAPÍTULO 46

*Quiero llenar mi boca
Con tu nombre.
(Pablo Neruda)*

—Tengo que averiguar qué está pasando —afirmó Kristen en el salón de la planta baja. Había una pequeña nota

de desesperación en su voz—. Si no logró saber qué le ocurre a Liam y por qué de ese odio voy a volverme loca.

Anabella se frotó la frente, tratando de pensar.

—Hablaré con Bryan... —dijo—. Quizá él sepa algo. Es el mejor amigo de Liam.

—¿Harías eso por mí? —preguntó Kristen.

—Por supuesto —respondió Anabella.

—Hazlo con discreción, por favor —le pidió Kristen—. No quiero que sepa que estoy hurgando en su pasado. Se enfadaría. Sea lo que sea, no quiere contármelo, sino ya lo hubiera hecho. —

Kristen hizo una pausa y miró atentamente a Anabella. Después volvió a tomar la palabra—. Scott me comentó que mi padre odiaba a Bernard Lagerfeld, el padre de Liam, pero no supo decirme el motivo de ese odio.

—¿Y no tienes idea de por qué puede ser? —preguntó Anabella.

—Al principio pensé que sería fruto de la animadversión que siempre ha existido entre las dos familias —dijo Kristen—, pero Scott lo negó. Al parecer, había algo más que no era tan público.

—Seguro que Liam está al tanto de ello —anotó Anabella.

—Yo también lo creo —afirmó

Kristen.

—¿Y no hay nadie más a quién se pueda preguntar?

—Se lo comenté a Bertha, pero no sabía nada, excepto lo que todos conocemos y es *vox populi*, que los Lagerfeld y los Lancashire han sido rivales desde siglos atrás, que ambas familias luchaban por tener una mejor posición que la otra dentro de la sociedad londinense y el largo etcétera que ha alimentado la leyenda.

—¿Nada más?

—Nada más —dijo Kristen, mordiéndose el labio—. Bertha hizo memoria, tratando de recordar algo. Quizá, lo que generara ese odio sucedió

antes de que ella llegara a la casa. Mi madre la contrató para que cuidara de mí. Ante no estaba en Londres.

—Entiendo... —dijo Anabella—. Intentaré sonsacarle a Bryan. Él tiene que saber algo... —volvió a decir.

—Gracias —le agradeció Kristen. Agarró la mano de Anabella y la apretó.

En esos momentos Kamelia entró en el salón, carraspeó, interrumpiendo la conversación.

—¿Se les ofrece algo más? —preguntó en tono neutro y casi desafectado.

—No, Kamelia —dijo Kristen. Kamelia se acercó a la mesa y recogió la tetera y las tazas vacías—. Puedes

retirarte. Gracias.

—Es una apreciación mía..., o esa muchacha no me gusta nada —dijo Anabella con suspicacia cuando Kamelia se marchó con la bandeja.

—No te gusta a ti, ni a mí tampoco —aseveró Kristen—. Sobre todo cuando coquetea descaradamente con Liam.

Anabella arqueó las cejas.

—¿Es una lagarta? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

—Eso parece, porque no desaprovecha ninguna ocasión para metérsele por los ojos —alegó Kristen—. Un día le va a sacar uno con una teta mientras le sirve la comida.

Anabella se echó a reír ante la

ocurrencia de su amiga.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—dijo entre risas.

—Juraría que ha sido ella la que me ha delatado ante Liam —aseveró Kristen en tono serio.

—¿Lo sabía?

—No —negó—. Me he cuidado mucho de que nadie lo supiera. Mucho menos Kamelia... No me fío de ella.

—Haces bien en no fiarte —dijo rotunda Anabella—. Se nota a la legua que le reconcome la envidia. Seguro que lo que más le gusta de tu esposo es su dinero y la posición en que la colocaría si la convirtiera en su mujer, o incluso en su amante. No es la primera criada

que trata de mejorar su estatus por medio de su señor.

Kristen suspiró quedamente. Parece que lo único que tenía era frentes abiertos.

—Es hora de irnos —anunció Bryan cuando entró en el salón seguido de Liam.

—¿Por qué no os quedáis a cenar? —sugirió Kristen, que deseaba pasar más tiempo junto a Anabella.

Bryan torció el gesto.

—Nos encantaría, Kristen, gracias —dijo—. Pero mañana tengo una reunión

muy importante con unos clientes y esta noche quiero dejar preparada la documentación que voy a presentar. Ya sabemos cómo es esto: primero la obligación y después la devoción.

En el rostro de Kristen podía adivinarse un viso de desilusión. Necesitaba tanto no sentirse tan sola como se sentía...

—Trabajas demasiado —bromeó Liam, dándole una palmadita en el hombro.

—Le dijo la sartén al cazo... —saltó Bryan.

—Eso es cierto —intervino Anabella—. Kristen y tú ni siquiera habéis tenido luna de miel.

Liam miró de reojo a Kristen y después dirigió los ojos a Anabella.

—Hay tiempo para todo —dijo con una amplia sonrisa en los labios—. Ya nos tomaremos unos días de descanso. Pero estoy de acuerdo con Bryan. Primero es la obligación y después la devoción.

—¡Por eso nos llevamos tan bien! —exclamó Bryan—. Porque pensamos igual.

Anabella miró a Kristen y alargó los brazos.

—Hasta pronto, amiga —dijo, fundiéndose con ella en un afectuoso abrazo.

—Hasta pronto —se despidió Kristen

con la voz tocada por la emoción, estrechando más a Anabella contra su torso.

—Si logro averiguar algo, te lo haré saber de inmediato —le susurró confidencialmente Anabella al oído.

—Gracias —dijo Kristen en voz baja. Tenía un nudo en la garganta.

—¿Nos vemos el martes en Londres? —dijo Bryan a Liam a modo de despedida cuando ya estaban en el porche de la casa.

—Sí —respondió Liam.

—Entonces hasta el martes.

—Hasta el martes.

Bryan bajó los peldaños de la escalera y se subió al coche de caballos.

Anabella ya estaba dentro de él.

Kristen volvió el rostro hacia Liam cuando finalmente el carruaje desapareció por el serpenteante sendero que se dibujaba a través del jardín.

—¿El martes vas a ir a Londres? —preguntó.

—Sí —afirmó Liam—. Tengo que ir a arreglar unos papeles al banco.

A Kristen se le iluminaron los ojos.

—¿Puedo ir contigo? —dijo.

Liam la miró con rostro inexpresivo.

—No —negó con una rotundidad solemne.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Kristen con el ceño fruncido.

—Porque no —repitió Liam, sin

cambiar la expresión de la cara. Se dio la vuelta y entró en la casa, impidiendo que Kristen pudiera dar réplica a su negativa.

CAPÍTULO 47

*Para que la herida sane,
hay que dejar de tocarla.*

—La familia Stratford va a dar una fiesta en honor a la reciente graduación de su hijo mayor. Nos han invitado y he pensado que podríamos ir —dijo Liam

mientras cenaban en el comedor.

—No me gustan las fiestas de sociedad —contestó únicamente Kristen.

—Lo sé. Pero de todas formas iremos. Los Stratford son buenos amigos míos, aparte de unos de mis mejores clientes.

Kristen dejó los cubiertos sobre el plato y giró el rostro hacia Liam.

—No voy a ir —dijo tajante.

—Sí, sí que vas a ir —contradijo Liam, mirándola con los ojos entornados—. Vamos a ir juntos y vas a venir conmigo porque eres mi mujer. A veces parece que se te olvida que eres mi esposa.

—No se me olvida —aseveró Kristen con expresión poco amable—. Te

aseguro que lo tengo presente cada minuto, de cada hora del día.

—Me alegro de que tengas tan buena memoria —comentó Liam en tono socarrón—. Aunque no tienes de qué preocuparte. Si en algún momento se te olvida que eres mía, yo me encargaré de recordártelo.

Kristen levantó la mirada y observó que los ojos de Liam se habían ensombrecido. Bajó la cabeza lentamente y suspiró resignada.

—Mañana mismo les confirmaré nuestra presencia —afirmó Liam.

—Puedes hacer lo que quieras.

La voz de Kristen sonó como si estuviera agotada. Lo estaba. La guerra

sin cuartel que mantenía a diario con Liam la cansaba. Iría a la fiesta; tampoco tenía otra opción.

Kamelia entró en la habitación después de que Kristen le diera permiso.

—¿Este es el vestido que te vas a poner para la fiesta que organizan los Stratford? —preguntó.

Kristen se quedó unos segundos mirando la prenda que descansaba sobre la cama.

—No —respondió finalmente.

Kamelia arrugó la frente.

Kristen sonrió para sus adentros. Sí

Liam quería guerra, ella no era quién para no dársela. Quizá había llegado el momento de entrar en acción. Estaba segura de que a Liam le gustaba su cuerpo, lo había visto en sus ojos y en su manera de recorrerlo de arriba abajo con la mirada. Así que no estaría mal que él sufriera un poco.

Se giró y con paso decidido se dirigió al armario. Lo abrió y comenzó a buscar un vestido en concreto. Cuando lo vio entre los centenares que colgaban de las perchas, su sonrisa se hizo visible en el rostro. Alargó la mano y lo cogió.

—Este es el vestido que me voy a poner para la fiesta de los Stratford —le anunció a Kamelia, mostrándoselo al

mismo tiempo.

La criada abrió los ojos de par en par. La prenda era una obra maestra de sastrería. Estaba confeccionado en tela de color rojo sangre y poseía un ligero brillo satinado que lo hacía muy elegante. El corpiño estaba tejido en un delicado encaje de seda negro y sobre el fondo rojo, dibujaba enormes rosas que se distribuían por todo el torso. El escote era descarado y provocativo, dejando al descubierto los hombros, y la falda caía hasta el suelo en varios pliegues que nacían desde la cintura. A todas luces tenía un sofisticado corte español, alejado en algunos casos de los insípidos vestidos de época ingleses.

—Es... muy bonito —comentó Kamelia.

No solo era bonito, pensaba la criada. Era el vestido más sensual que había visto en su vida. Sintió una punzada de envidia cuando se dio cuenta de que Kristen iba a ser el centro de todas las miradas. Tanto los hombres como las mujeres girarían el rostro a su paso.

—Sí, ¿verdad? —dijo Kristen, que había empezado a relamerse por dentro viendo la cara que pondría Liam—. ¿Me ayudas a ponérmelo?

—Sí... por supuesto —respondió Kamelia.

Liam hacía tiempo caminando de un lado a otro del hall. Cuando sintió el ruido de los tacones de Kristen, se detuvo al pie de la escalera y se giró. Tuvo que mirar dos veces para comprobar que lo que estaba viendo no era una ilusión. ¿Cómo podía estar tan endiabladamente hermosa?

El vestido realzaba sus curvas de un modo prodigioso, estilizando sus formas casi hasta el infinito y acentuando una cinturilla que abarcaría sin problemas con sus enormes manos. Llevaba los hombros al aire y una ligera cinta roja caía graciosamente por los brazos, a la altura del pecho. Los ojos descendieron

hasta el escote, era tan tentador que los senos parecía que iban a desbordarse con solo un suspiro.

El rostro estaba enmarcado por un elaborado moño recogido en la parte alta de la cabeza, dejando que una sección de la melena cayera en cascada por la espalda, y el cuello quedaba insultantemente despejado solo con un collar de encaje negro por el que se entrelazaba un lazo de seda roja. El centro estaba coronado por un rubí. El vivo color escarlata de la gema acentuaba de modo sublime su deliciosa piel acaramelada. ¿Por qué de repente le habían entrado ganas de morderle el cuello?

Durante un momento se quedó sin habla, impresionado por la extraordinaria belleza de Kristen. Estaba radiante y exquisitamente sensual con los labios pintados de rojo. Tras unos instantes salió de su ensimismamiento y volvió a la realidad.

Kristen bajó los peldaños aguantando la respiración. Era indiscutible que no podía resistirse al halo arrebatadoramente enigmático que emitía Liam; ni a su potente masculinidad; a su espalda ancha y al modo en que se erguía con esa elegancia desbordante e innata. Verlo vestido con su immaculado pantalón y levita negros, su camisa de cuello almidonado y sus

botas altas lustradas le hizo bajar la guardia. Durante un segundo, la entereza con la que había salido de la habitación la abandonó, pero enseguida endureció de nuevo la expresión del rostro. Aquella noche ella tenía que ganar la batalla.

—Podemos irnos cuando quieras —dijo al llegar al principio de la escalera.

Liam apartó su atención del vestido y, haciendo verdaderos esfuerzos por ocultar su impresión, la miró a los ojos.

—Estás preciosa —dijo por instinto, sin poder contenerse.

Kristen sintió que el corazón le daba un vuelco, incluso hubiera jurado que se ruborizó. Pero respiró hondo y mantuvo

la compostura como pudo. No podía dejar que Liam la afectara de aquella forma. Lo miró, intentando disimular los nervios que tenía en la boca del estómago.

—Gracias —agradeció en tono monocorde—. ¿Nos vamos? —preguntó con la mayor indiferencia que fue capaz de reunir.

Liam le ofreció el brazo y Kristen, tras pensarlo unos instantes, finalmente se agarró a él. Liam intuyó que iba a ser una noche muy larga.

CAPÍTULO 48

*Sé que voy a quererte sin preguntas.
Sé que vas a quererme sin respuestas.
(Mario Benedetti)*

—¡El señor Liam Lagerfeld y su honorable esposa Kristen Lagerfeld! — anunció el lacayo. Un hombre menudo y

de rasgos consumidos al que parecía sobrarle una talla del traje.

Kristen y Liam asintieron cordialmente y aguardaron unos segundos en la puerta, observando el atestado salón de la familia Stratford.

«Respira hondo y no dejes de sonreír por nada del mundo», se dijo Kristen a sí misma.

Mientras descendían por la inmensa escalera, Kristen advirtió que algunos hombres se giraban hacia ella, atrayendo su atención, y que las mujeres habían comenzado a cotillear tras las manos o el encaje y las plumas de los abanicos. No le gustaba ser el centro de las miradas, pero aquello era un caso de

fuerza mayor.

Pronto se vio inmersa en una espiral de saludos. Inclinando la cabeza a una persona y a otra, a un matrimonio y a otro, manteniendo todo el tiempo la sonrisa en la boca, hasta que se le dieran de sí las comisuras de los labios si fuera necesario.

Algunas parejas danzaban alegremente en círculo en el centro del salón, otras hablaban con copas de champán en las manos mientras los sirvientes, vestidos de librea, llevaban canapés y más champán y vino en bandejas de plata de un extremo a otro de la enorme sala.

El resplandor parpadeante de la magnífica araña que pendía del techo

hacía brillar el cristal tallado de las copas, las chispeantes burbujas del champán y el exceso de joyas que envolvían los cuellos, las orejas, las muñecas y los dedos de las mujeres, e inundaba hasta el último rincón de una luz melosa e íntima que creaba un ambiente de cuento de hadas.

Liam llevó a Kristen al fondo de la sala y se fue a coger un par de copas de champán a una de las mesas. Kristen vio como parte del plantel femenino se abalanzaba —se podría decir que casi literalmente y con toda la insolencia del mundo— contra Liam. Aquello encendió de inmediato sus celos, aunque trataba por todos los medios posibles de

mantener la calma. ¿Acaso no sabían que estaba casado? ¿Quiénes demonios se creían para estar tonteando con su marido? Y lo más enervante de todo, ¿por qué Liam les seguía el juego?

—¿Me permite?

La voz grave de un hombre alto y elegante, con el rostro cuadrado y el cabello negro, brillante como las alas de un cuervo, la arrancó de sus pensamientos. Frente a ella, la mano del atractivo individuo se tendía con una copa de champán.

Kristen miró a Liam y comprobó que estaba muy entretenido atendiendo a sus admiradoras, sin hacerle el menor caso. Así que no se lo pensó dos veces y

cogió la copa.

—Gracias —dijo, ofreciéndole a aquel hombre su mejor sonrisa.

—Me llamo Harry Bently —se presentó—. Conde de Bently.

Tomó la mano de Kristen como si fuera una posesión suya, se la llevó a los labios y la besó durante más tiempo de lo que establecía cualquier decoro.

—Kristen Lancashire —dijo, usando su apellido de soltera.

—Encantado, señorita Lancashire. Es un verdadero placer.

—Igualmente —dijo Kristen, acercándose la copa a los labios y dando un sorbo. De inmediato sintió en la garganta el cosquilleo del champán y

eso la ayudó a relajarse.

Harry Bently imitó su gesto mientras sus ojos descendían escrutando al detalle la figura de Kristen.

—¿Ha venido sola? —curioseó con intención.

Kristen miró a Liam, que seguía atendiendo a su séquito de admiradoras.

—Sí —respondió con voz firme y dirigió la mirada hacia Harry Bently.

—Es extraño... Con lo hermosa que es —apuntó el conde en tono sensual—. No es difícil imaginarse que tiene que tener una corte de pretendientes suspirando por usted.

—Bueno, no se crea, señor Bently —contestó coquetamente Kristen,

siguiéndole el juego—. La mayoría de los hombres solo están interesados en pasar un buen rato en la cama.

El conde sonrió.

—Hay mujeres con las que incluso pasar una vida entera no es suficiente —afirmó Harry a modo de indirecta.

—¿Usted cree?

—Estoy completamente seguro. Igual que estoy completamente seguro de que usted es una ellas.

Kristen soltó una carcajada y se terminó el champán que quedaba en su copa.

—¿Otra? —preguntó Harry Bently.

—Sí, por favor —dijo Kristen.

Harry paró a uno de los sirvientes con

aire de suficiencia, dejó las copas vacías en la bandeja que portaba en las manos y cogió otras dos llenas. Entregó una a Kristen.

—Por usted —brindó con mirada lobuna.

Liam giró el rostro y posó los ojos en la escena que se estaba desarrollando al otro lado del salón. ¿Ese era Harry Bently?, se preguntó. Enarcó las cejas. ¿Qué hacía el maestro del libertinaje hablando con su esposa?

Las mandíbulas se le tensaron al contemplar a Kristen brindado y riendo con despreocupación con él. Kristen miró de reojo disimuladamente y se percató de que Liam la estaba

observando con cara poco amable. No estaba prestando atención a las estupideces que decía el conde, pero rio divertida como si le acabara de contar el chiste más gracioso del mundo.

Liam cerró las manos formando un puño al ver los dedos de Harry Bently en la cintura de Kristen. Seguro que estaba desplegando con ella todo su arsenal de seducción. Kristen volvió el rostro y lo miró desde el otro lado de la sala. Liam entornó los ojos.

Una muchacha rubia, de piel extremadamente pálida y con talle de avispa le cogió juguetonamente del brazo. Kristen sintió que la sangre le hervía en las venas. De manera

mecánica paró a uno de los camareros y cogió otra copa de champán de la bandeja. Se la llevó a los labios y se la bebió de un trago. Harry la miró asombrado.

—¿No cree que está bebiendo demasiado?

Kristen iba a ignorar su pregunta. ¿Quién era aquel hombre para decirle si estaba bebiendo mucho o poco?, pero al final contestó en tono despreocupado:

—Es solo champán.

Lanzó una mirada fugaz a Liam. ¿Es que esa rubia de piel descolorida no iba a soltarle nunca?

«¿Por qué el imbécil de Harry Bently se acerca cada vez más a

Kristen? —se preguntó Liam sin hacer el menor caso a la chica que le acariciaba el brazo—. ¿Por qué no se le cae encima la araña de luz que cuelga sobre su cabeza?».

Bufó para sus adentros. ¿Por qué Kristen le parecía todavía más hermosa desde aquella distancia? ¿Quizá porque la tenue luz acentuaba más aún su grácil figura? ¿Por qué sus sofisticados rasgos parecían haber sido esculpidos a base de cincel? ¿O porque no dejaba de sonreír, aunque fuera a ese patán de Harry Bently?

—¿Estás bien? —le preguntó la muchacha rubia.

Liam emergió de su ensimismamiento

y volvió el rostro hacia ella.

—Sí —respondió, sin ningún tipo de emoción en la voz.

Trató de concentrarse en Mery Green, como así se llamaba la chica que se afanaba en capturar su interés. ¿Qué más le daba con quién coqueteara Kristen o quién coqueteara con ella? Él de lo único que tenía que preocuparse esa noche era de divertirse.

Sin embargo le resultaba imposible no echar el ojo a Kristen constantemente. ¿Estaba borracha?, se preguntó en un momento dado de la noche. ¿Es que el conde no iba a dejar de acercarse nunca a ella? La sangre le bulló cuando lo vio aproximarse a su rostro y hacerle un

comentario al oído con aire depredador.

Liam dejó la copa sobre la mesa y la palabra de Mery Green en la boca y salió disparado hacia ellos. Los ojos le ardían de rabia cuando se abrió paso entre la multitud a grandes zancadas. En menos de tres latidos estaba frente a Kristen. La cogió de la muñeca con un gesto hábil y la levantó.

—Nos vamos —dijo en tono imperativo.

—¿Ya? —dijo Kristen con voz pastosa.

—Sí, ¡ya!

—Pero si es muy pronto —balbució Kristen.

—No creo que sepas si es pronto o

tarde porque no creo que veas las agujas del reloj —dijo Liam con visible enfado.

—¡Oiga! ¿Quién es usted para llevarse a la señorita? —preguntó Harry Bently al mismo tiempo que se levantaba y agarraba el brazo de Liam, sujetándolo.

—Su marido —respondió él con expresión de pocos amigos en el rostro, y dio un brusco tirón para soltarse de la mano de Harry.

El conde frunció el ceño, desconcertado.

—¿Pero...? —farfulló.

Miró a Kristen, que le sonrió con aire bobalicón en los labios. Liam la asió

por la cintura y tiró de ella.

—Adiós —dijo Kristen a Harry, alargando el brazo y tendiéndole la copa vacía. El conde la cogió como un autómeta—. ¿Por qué no nos quedamos un poco más? —le sugirió a Liam en tono animado mientras la llevaba consigo por el pasillo que formaba la gente.

—Porque no —respondió Liam en tono exasperado, tirando de ella.

—Pero si es pronto. Son las...

Kristen consultó el reloj que había en la pared de enfrente. Liam tenía razón, no veía las manecillas, a pesar de que eran grandes como un brazo, o de ese tamaño le parecían a ella las cuatro

agujas que había contado.

Salieron de la casa de los Stratford de forma precipitada. Desde el porche, Liam hizo una señal con la mano a su cochero, que se acercó inmediatamente con el carruaje.

—Sube —ordenó Liam a Kristen.

CAPÍTULO 49

*Si quieres quererme
voy a dejarme querer.*

*Si quieres odiarme,
No me tengas piedad.*

(Joaquín Sabina)

—¿Te parece bonito? —inquirió Liam

cuando logró acomodar a Kristen en el asiento de cuero del coche de caballos.

—¿El qué? —dijo Kristen espesamente, como si la lengua le bailara dentro de la boca.

—Estar coqueteando con el imbécil de Harry Bently —soltó Liam—. Ese hombre tiene la mala costumbre de seducir a jovencitas...

—No es un imbécil —interrumpió Kristen. Aunque realmente sí que pensaba que lo era. Pero lo negaría si así llevaba la contraria a Liam—. Además, tú has estado toda la noche tonteando con esa rubia con patas de cigüeña —espetó.

—No le has visto las piernas, no

sabes si son de cigüeña o no —dijo Liam.

—Ya sé que no se las he visto, pero seguro que son de cigüeña —repitió Kristen.

Liam puso los ojos en blanco y a sus labios asomó el amago de una sonrisa.

Liam abrió la puerta de la casa y ayudó a entrar a Kristen, que no era capaz de mantenerse en pie, aunque hacía todo lo posible por hacerle ver que podía caminar sola.

Cruzaron el hall y cuando iban hacia la majestuosa escalera, Kristen se soltó.

—Puedo sola —dijo.

Cuando puso un pie en el primer peldaño, no calculó bien y se cayó hacia adelante. Como pudo se agarró a la barandilla para no caerse, pero fueron las manos de Liam, que la sujetaban por la cintura, la que impidieron que callera de rodillas en la escalera.

—Puedo sola. No necesito... — volvió a decir con voz visiblemente ebria.

Pero antes de que acabara la frase, Liam la cogió en brazos sin apenas esfuerzo. Kristen se aferró a su cuello.

—No me dejes caer —le dijo, con la sensación real de que en cualquier momento acabaría en el suelo.

—No te voy a dejar caer —contestó Liam con voz suave y tranquilizadora mientras la miraba con una expresión de ternura en los ojos.

Kristen observó los labios firmes de Liam y entre el sopor del alcohol cayó en la cuenta de las ganas que tenía siempre de besarlos.

—No me vas a dejar caer porque tú eres mi ángel de la guarda, ¿verdad? —murmuró Kristen como si estuviera ausente, como si no dirigiera su pregunta a nadie en particular. Sin embargo Liam respondió.

—Verdad —dijo, y durante un instante infinitesimal parecía sonar sincero.

Kristen acercó su rostro y lo acopló a

la concavidad de su cuello. Estaba tan cerca que Liam sintió el cálido aliento de su boca en la piel, provocándole un extraño sentimiento.

La llevó hasta la habitación y la dejó cuidadosamente sobre la cama. Cogió una manta que descansaba sobre la poltrona y la arropó. Kristen se revolvió ligeramente y abrió los ojos.

—¿Te vas? —preguntó a Liam cuando advirtió que se dirigía hacia la puerta. Liam la miró por encima del hombro—. No te vayas, por favor —le suplicó. Pero Liam giró el rostro y continuó su camino—. No te vayas... Quédate conmigo.... —repitió Kristen en un hilo de voz cargado de tristeza.

Para su sorpresa, Liam cerró la puerta, que se había quedado abierta de par en par al entrar, se dio la vuelta y volvió dentro.

—No me voy —dijo en un tono extremadamente cálido.

Se deshizo de la chaqueta y de la camisa y las arrojó suavemente sobre una silla. Se quitó las botas y se tumbó en la cama al lado de Kristen, a quien el poder soporífero del alcohol le había hecho quedarse dormida. Sin embargo, al sentir el calor del cuerpo de Liam en su espalda, se acurrucó contra él.

La mano de Liam acarició su rostro antes de darse cuenta de que lo hacía. ¿Qué le pasaba con Kristen Lancashire?

se preguntó. ¿Por qué le había molestado tanto que coqueteara con Harry Bently? ¿Por qué de buena gana le hubiera partido la boca a ese imbécil?

Durante un instante su entereza sucumbió a Kristen: acercó los labios y le besó la cabeza protectoramente. Después se recostó en el cabecero de la cama con el cuerpo de Kristen pegado al suyo y lanzó un suspiro al aire.

Por más que tratara de negarlo, era imposible fingir que aquella mujer no estaba teniendo ningún efecto sobre él, y no sabía muy bien de qué modo manejar la confusión que eso le provocaba. Cada vez le resultaba más difícil controlar las emociones que la hija de Gilliam

Lancashire le producía, sobre todo físicas. Últimamente, cuando la miraba, lo invadía una extraña sensación. La deseaba.

Y por un momento anheló que solo fuera eso: deseo.

Aquella espiral de divagaciones y pensamientos y la respiración pausada de Kristen le arrastraron hasta un profundo sueño que no tardó en convertirse en pesadilla.

Como ocurría siempre, la voz aterciopelada de su madre le llamaba:

—Liam... Liam...

—¿Sí, mamá?

—Ve a buscar a papá al despacho y dile que vamos a comer.

—Sí, mamá.

Liam corría por el largo pasillo saltando, canturreando y llamando a su padre.

—Papá, a comer... Papá...

Abrió la puerta del despacho y se detuvo de golpe en el umbral, estupefacto. Gilliam Lancashire estaba al lado de su padre, que permanecía de pie sobre un taburete de madera, con las manos atadas a la espalda y una soga alrededor del cuello. Cuando lo vio entrar, Gilliam volvió lentamente el rostro hacia él.

En sus labios había dibujaba una sonrisa histriónica mezcla de soberbia y de la suficiencia que tanto lo

caracterizaba, mientras que el rostro de su padre estaba colmado de horror y desesperación. De pronto, Gilliam Lancashire estalló en carcajadas al tiempo que daba una fuerte patada al taburete que sostenía a su padre.

Liam gritó, pero la voz se ahogó en su garganta como si la tuviera llena de agua. Echó a correr. Quería ayudar a su padre para que la soga no lo ahorcara. Sin embargo, no podía avanzar. Los pies le pesaban como si los zapatos fueran de plomo. Giró la cabeza y se encontró de nuevo con Gilliam Lancashire, que no paraba de reír caricaturescamente, como si fuera un muñeco, mientras su padre se convulsionaba colgado de la viga del

despacho.

—¡Asesino! —vociferó Liam, incorporándose de golpe en la cama.

El corazón le latía con fuerza, amenazando con salirse del pecho. Tenía la respiración acelerada y perlas de sudor brillaban en su cara, que se crispaba con una expresión de miedo.

—¿Te encuentras bien?

La voz suave de Kristen y su mano cálida sobre el hombro lo devolvieron a la realidad. Liam giró el rostro y se encontró con sus preciosos ojos azules clavados en él; mirándolo con la mayor dulzura que uno pueda imaginarse.

—Liam, ¿estás bien? —preguntó de nuevo con un viso de alarma en la

entonación.

—Sí —respondió Liam transcurridos unos segundos. Unos segundos que a Kristen se le antojaron eternos.

—Solo ha sido una pesadilla —dijo ella, acariciándole cariñosamente las mejillas y tratando de tranquilizarlo.

Era más que una simple pesadilla, pensó Liam para sus adentros. Los amargos acontecimientos que habían sucedido aquel día torturaban su mente casi cada noche desde hacía quince años. La imagen de su padre colgando de la viga del despacho insistía en atormentarlo, recordándole cuál era su cometido en todo aquello.

Kristen contuvo el aliento al darse

cuenta de que Liam estaba con el torso desnudo. Lo tenía tan cerca que podía percibir el olor de su piel mezclado aún con el de su fragancia habitual. Trató de dominarse para no mirar la perfecta definición de sus músculos y la fortaleza de sus brazos, y lo miró a los ojos.

Liam sintió una punzada de vergüenza por haber sucumbido a Kristen. Por haber sentido compasión por la hija de Gilliam Lancashire, el tirano que había destruido su familia y al que odiaba con todas sus fuerzas. De nuevo sintió que estaba traicionando la memoria de su padre, la de su madre y que estaba traicionándose a él mismo. No podía permitir que Kristen se metiera en su

cabeza y mucho menos en su corazón, o de nuevo los Lancashire habrían ganado la batalla.

Liam cogió las manos de Kristen y las apartó de su rostro. Ella lo miró con expresión de desconcierto en la mirada. ¿Por qué volvía a rechazarla?

—Tengo que irme —dijo Liam bruscamente. Sus ojos verdes se tornaron gélidos—. Tengo trabajo en la fábrica.

Liam se sentó en la cama de espaldas a Kristen y se puso las botas.

—Liam...

Kristen se acercó a él y le acarició el hombro desnudo. No podía ver sus ojos, solo el perfil denso de sus largas

pestañas y la tensión del rostro, tratando de luchar con lo que estuviera pensando. No sabía qué decir ni de qué manera actuar.

Liam evitó su contacto y ni siquiera se volvió para mirarla. Sin mediar palabra se levantó, apartándose de ella. Kristen retiró la mano y Liam salió de la habitación en completo silencio.

CAPÍTULO 50

*Escoge un amante
que te mire como si quizás fueras
magia.
(Frida Kahlo)*

Kristen suspiró, dolida. De repente se sentía muy sola en medio de la enorme

habitación. Los constantes rechazos de Liam le herían en lo más profundo del alma. Lo peor es que no sabía por qué la trataba de ese modo, por lo que no podía ponerle remedio, si es que lo tenía.

«Asesino», había gritado sobresaltado Liam. ¿A quién se referiría?, se preguntó Kristen para sus adentros.

Llenó los pulmones de aire y exhaló de nuevo. Liam había dormido con ella. No habían hecho nada porque ambos estaban vestidos cuando se despertaron, pero había dormido con ella. Aquello hizo que sonriera para sí. Sin embargo, la pesadilla que había tenido parecía haberle traído a la mente algún recuerdo

que había cambiado su humor.

«Asesino». La palabra resonó de nuevo en la cabeza de Kristen. Liam la había pronunciado con tanta vehemencia que sintió una suerte de escalofrío recorriéndole la espalda.

Alzó los ojos y se encontró con su camisa y su chaqueta sobre el respaldo de la poltrona. Se levantó de la cama y se encaminó hacia la butaca de patas curvadas. La tela del vestido susurró contra el suelo.

Cogió las prendas y se las llevó a la nariz. Inspiró hondo. Olían a la fragancia que Liam utilizaba habitualmente. Olían a él. Los fragmentos de algunas imágenes de la

fiesta de los Stratford comenzaron a relampaguear en su mente. Las espectaculares lámparas de araña, la gente bailando, las copas de champán, el estúpido de Harry Bently tratando de seducirla y la mirada reprobatoria de Liam desde el extremo del salón... Hubiera jurado que estaba celoso del conde, tanto como ella de la rubia de piel descolorida que coqueteaba incansablemente con él.

Recordó el tropezón que dio en la escalera y como Liam la cogió en brazos casi en volandas para no acabar de bruces en los peldaños. Su voz tierna cuando le dijo que no la dejaría caer y que no se iría cuando ella le pidió que

se quedara... Se ruborizó al evocar el calor de su cuerpo masculino cuando, flotando en algún lugar intermedio entre el sueño y la vigilia, se había acurrucado contra él.

¿Por qué siempre tenía la impresión de que Liam combatía en silencio consigo mismo? ¿En una suerte de querer y no poder? ¿Por qué de aquella extraña dualidad? Estaba segura que todo tenía que ver con lo que ocultaba.

—Ojalá Anabella pueda averiguar algo —murmuró con voz anhelante.

Dejó la ropa de Liam de nuevo sobre el respaldo de la poltrona y comenzó a desabrocharse el vestido. Aún no había amanecido; la noche seguía presente en

el cielo, y le dolía la cabeza terriblemente.

—No volveré a beber champán nunca más —se dijo.

Kristen vio a Liam bajar las escaleras.

—Liam, espera —lo solicitó.

Liam se detuvo en mitad de los peldaños y se giró. Kristen aceleró el paso y fue hasta él.

—Déjame ir a Londres contigo, por favor —le pidió cuando lo alcanzó.

—Creo que el otro día te dejé claro que no vendrías —respondió mientras se

retocaba el cuello de la camisa.

—Pero, ¿por qué?

—Porque tu lugar está aquí, en la casa, y no paseando por la ciudad —arguyó Liam, aunque tanto él como Kristen sabían que ese era un argumento carente de peso.

—No voy a ir a pasear —repuso aún todo Kristen—. Quiero ir a ver a Bertha, a Anabella, a Tomm...

Liam dejó de estirarse los puños y clavó sus profundos ojos verdes en Kristen.

—¿A Tommy? —terminó de decir con voz áspera—. ¿A él también quieres verlo?

—Tommy es mi amigo —afirmó

Kristen—. Lo somos desde que eramos niños, al igual que Anabella.

Liam rio con indisimulada mordacidad.

—Pregúntale a él si solo te ve como a una amiga... —dijo sin más.

—¿De qué estás hablando? —Kristen estaba desconcertada.

—De que Tommy está enamorado de ti —soltó Liam, evitando preámbulos innecesarios.

—¿Qué...? —barbotó Kristen sin dar crédito a sus palabras.

—Por eso no soy santo de su devoción —añadió.

—¿Quién te ha dicho eso?

—No hace falta que me lo diga nadie

—aclaró Liam con obviedad en la entonación—. Solo había que ver cómo me miraba el día de la boda.

Kristen respiró hondo y se obligó a calmarse. No quería mostrarse enfadada delante de Liam. Algo le hacía sospechar que esa era su intención.

—Aunque Tommy estuviera enamorado de mí, ¿a ti qué más te da? —dijo, fingiendo un tono despreocupado—. Desde que nos casamos me ignoras, me rechazas, me humillas... —Sonrió con amargura—. No se puede decir que seas precisamente un esposo ejemplar.

—Sea o no un esposo ejemplar, soy tu esposo de todas formas, y eso significa que eres mía —apuntó, enfatizando

pausadamente el «eres mía» y acercándose a Kristen como un felino—. Me perteneces —aseguró con voz posesiva a escasos centímetros de su rostro.

Kristen tragó saliva.

—Yo no le pertenezco a nadie —se apresuró a decir, indignada por la altanería de Liam. Sin embargo, su cercanía la puso nerviosa. Apartó la mirada. No quería mostrarse débil ante él.

Liam se separó de Kristen y esbozó una ligera sonrisa en los labios al tiempo que descendía por la escalera.

—Por favor, Liam, déjame ir... —insistió Kristen, sin perder la esperanza.

—Volveré a la hora de la cena —fue la respuesta de Liam.

Los ojos de Kristen se velaron por las lágrimas mientras contemplaba la regia silueta de Liam perderse tras la puerta. Se quedó unos segundos así, inmóvil en mitad de escalera. Liam tenía tanta facilidad para hierla, que a veces le daba miedo.

Dejó escapar el aire que había estado reteniendo en los pulmones, vencida. Se giró y volvió a la habitación, obligándose a contener el llanto.

¿Sería verdad lo que Liam había dicho sobre Tommy? ¿Qué estaba enamorado de ella?, reflexionó en silencio.

Se acercó al balcón y abrió la ventana de par en par. Necesitaba que le diera un poco de aire fresco o acabaría gritando. La suave brisa se coló en la estancia. Las cortinas se movieron como mecidas por la mano invisible de un ángel y le refrescó suavemente el rostro.

Si era verdad, entendería por qué Tommy había cambiado su actitud hacia ella cuando supo que iba a casarse con Liam.

Sonrió con amargura al recordar que él había sido el primero en sospechar de Liam. Algo que no sabía explicar había despertado su suspicacia, y ella no le había hecho caso. Pero, ¿cómo podría? Estaba perdidamente enamorada de

Liam Lagerfeld y, pese a todo, lo seguía estando hasta la médula. Lo quería como nunca había querido a un hombre. Pero a esas alturas no podía negar que Tommy tenía razón.

¡Dios Santo! Estaba tan confundida. ¿Cómo podía Tommy haberse enamorado de ella? Si eran amigos... Se le encogió el corazón al imaginarse lo que estaría sintiendo. Lo que sintió cuando anunció su boda. Por nada del mundo quería hacer daño a Tommy; no se lo merecía.

Y luego estaba Liam.

Kristen clavó sus ojos azules en la sirena de la fuente del patio y se mordisqueó el labio inferior, nerviosa,

mientras observaba caer el agua de sus manos de piedra formando un hermoso velo cristalino. Quizá lo mejor fuera separarse. Pero dudaba que Liam la dejara irse. Parecía tener la intención de destruirla antes de mostrarse satisfecho. Sin embargo, ella no podía seguir así, o su esposo acabaría volviéndola loca.

CAPÍTULO 51

*... Pero que nos importa la opinión
de la gente fría,
siempre que nuestras almas, más
ardientes y más nobles que las suyas,
sepan disfrutar de lo que ellos no
perciben.*

(Marqués de Sade)

Bryan alargó el brazo por encima de su escritorio en el despacho profesional que tenía en *High Holborn*, en el centro de Londres, y le brindó a Liam una carpeta con las solapas de cuero negras, acompañada de una sonrisa indescriptible en los labios.

—Estás de enhorabuena —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Liam.

—El embargo se ha hecho efectivo. La mansión de los Lancashire es tuya —afirmó Bryan.

Liam arqueó las cejas y los ojos brillaron con una expresión de triunfo, delatando su euforia.

—¿Al final has podido comprarla? —

preguntó.

—¿Lo dudabas? —dijo Bryan, fingiendo suficiencia—. Te dije que solo era cuestión de tiempo.

Liam abrió la carpeta y estudió los documentos que contenía. Cuando comprobó que las escrituras de la casa que un día había sido de Gilliam Lancashire estaban a su nombre, un enorme regocijo comenzó a recorrer sus venas silenciosamente. Poco a poco, todo lo que había planeado durante quince largos años estaba, por fin, tomando forma. Se había casado con Kristen Lancashire, dispuesto a hacer un infierno de su vida y ahora la ancestral mansión que había pertenecido a la

familia desde tiempos inmemorables era suya.

—Como ves, la cantidad por la que la he adquirido es bastante elevada — señaló Bryan— y es que, aunque se trata de un embargo, no deja de ser una de las mansiones más caras de Londres.

—El dinero no importa —alegó Liam, que estaba totalmente satisfecho—. Ya te dije que tenías carta blanca para actuar cuando saliera a concurso. Hubiera pagado incluso el doble de lo que refleja aquí con tal de ser el nuevo dueño de la mansión de los Lancashire.

—¿Qué vas a hacer ahora? —curioseó Bryan utilizando un tono más serio.

—De momento, dejar todo tal y como

está.

—¿No vas a hacer valer tus derechos como propietario?

Liam negó con un movimiento de cabeza.

—No. Esto —dijo, levantando en alto la carpeta de cuero—. Es el as que me voy a guardar bajo de la manga. No es bueno desvelar todos los recursos que se tienen desde el principio. Hay situaciones en las que es interesante guardarse algo para el final. Siempre me ha gustado el factor sorpresa, ya lo sabes; esos giros inesperados que de pronto hacen que todo cambie. Los golpes de efecto que te hacen... ganar.

Liam dejó la carpeta sobre la mesa y

se inclino hacia adelante.

—Pero, cuéntame... ¿Cómo van los preparativos de tu boda? —se interesó.

—Afortunadamente es Anabella, su madre y sus hermanas las que se están ocupando prácticamente de todo lo referente a la ceremonia y demás —respondió Bryan—. A mí ya me están confeccionando el traje y la semana que viene vamos a ver la casa en la que viviremos.

—¿Dónde la has comprado?

—En *Bayswater Road*, frente a *Kensington Gardens*.

—Buena zona —apuntó Liam—, y con unas excelentes vistas.

—Es una vieja residencia que

perteneció a la familia Sinclair — explicó Bryan—. La he mandado remodelar para que sea digna de una Cromwell, sino mi suegro me arrancará la piel a tiras.

Liam rio.

—Estoy seguro de ello —apostilló—. Tu futuro suegro es un hombre de armas tomar.

—Sí, sobre todo en lo que a sus hijas se refiere. Sería capaz de matar por ellas —dijo Bryan—. Por cierto, ahora que me he acordado, quería comentarte algo...

—Dime...

—Estos últimos días Anabella está tratando de sonsacarme información

sobre ti. Lo hace muy discretamente. Incluso diría que es normal en ella, si no fuera porque se ha acentuado desde que volvimos de visitaros a Kristen y a ti en Birmingham.

Liam no pareció sorprenderse.

—¿Y qué quiere saber? —preguntó.

—Cómo fue tu infancia, cómo te sentiste con el fallecimiento de tu padre y después con el de tu madre, cómo reaccionaste a sus muertes, o qué piensas de los Lancashire y la eterna rivalidad que siempre os ha enfrentado a ellos a lo largo de la historia.

—¿Le has contado algo? —quiso saber Liam.

Bryan negó contundentemente con la

cabeza.

—Para nada —contestó.

—Es normal qué pregunte —dijo Liam—. Me imagino que Kristen la ha puesto al tanto de lo que hay dentro de nuestro matrimonio, de mi trato hacia ella y supongo que habrá comenzado a sospechar que tiene que haber algo detrás de todo. No me preocupa —puntualizó—, pero sí que es conveniente que Anabella y Kristen se vean lo menos posible, como te dije el otro día.

—Eso no es ningún problema —aseguró Bryan—. Yo me encargaré de ello. Aunque tengo que hacerlo con tacto. Conociendo a Anabella, iría sola a Birmingham a ver a Kristen. No tengas

ninguna duda. Es como su padre.

—No quiero que Kristen mantenga contacto con nadie de los suyos. Ni con Anabella, ni con Bertha, ni siquiera con Ludwig, el cochero —enumeró—. Y mucho menos con ese tal Tommy —añadió con tono receloso en la voz, al mismo tiempo que apretaba las mandíbulas.

—Definitivamente ese muchacho no te cae muy bien —comentó Bryan, socarrón.

—No quiero a Kristen —afirmó Liam con frialdad—. No siento ningún afecto por ella, pero no voy a permitir que esté con otro. Así se llame Tommy o Harry Bently.

—¿El Conde de Bently anda detrás de tu esposa? —preguntó Bryan—. ¿Por qué no me sorprende?

—El otro día estuvo tratando de seducirla en la fiesta que celebraron los Stratford con motivo de la graduación de su hijo —explicó Liam, que de pronto se había puesto de mal humor.

Bryan estalló en sonoras carcajadas.

—Ese libertino no pierde oportunidad de beneficiarse todo lo que lleva faldas —comentó—. Aunque fuera una escoba trataría de cepillársela.

—Pues no será a mi mujer a la que se cepille —dijo Liam, tajante—. Antes le parto las piernas.

Bryan silbó mientras elevaba las cejas

en un gesto de lo más elocuente.

—Porque acabas de afirmar que Caperucita no te interesa, Lobo Feroz, sino juraría que estás celoso —dijo.

Liam le dirigió una mirada que podría haberlo fulminado en el acto.

—No estoy celoso —refutó de inmediato—. Pero aunque mi matrimonio sea una farsa de puertas para adentro, no quiero quedar como un cornudo ante todo el país.

—Entonces no la dejes sola, Liam —le aconsejó Bryan—. Tu esposa es preciosa y no le van a faltar buitres alrededor.

CAPÍTULO 52

*De las naturalezas diferentes nace el
amor.*

*En la contradicción el amor gana
fuerza.*

*En la confrontación y en la
transformación
el amor preserva.*

(Paulo Coelho)

Tenía que sacarse a Kristen de la cabeza.

Eso es lo único que pensaba Liam mientras iba con cara seria de camino al bar donde trabajaba Leslie Simmons. Tenía que arrancarse el calor de su cuerpo junto al suyo del modo que fuera, marginar en su mente su dulce mirada mientras le rogaba que se quedara; mientras le pedía en tono suave que le permitiera ir con él a Londres. ¿Cómo era posible que no pudiera dejar de pensar en ella? ¿Qué su imagen deambulaba por su cabeza a sus anchas? ¿Qué no dejara de resonar en sus oídos

la cadencia melodiosa de su voz?

La noche estaba inusualmente oscura y el otoño, con su decadencia y sus tonos apagados, había hecho su puesta de largo hacía ya algunas semanas. El aire corría fresco y hacía que la capa que Liam llevaba sobre los hombros aleteara como una bandera en su espalda.

Las calles de la ciudad estaban a esas horas prácticamente desiertas, de no ser por las prostitutas que ocupaban las esquinas en busca de clientes o los borrachos tambaleantes que salían de las tabernas. Un grupo de jóvenes pasó riéndose a carcajadas a lado de Liam, que hundió el rostro en la capucha de la capa y aceleró el paso.

—Señor... ¿Podría darme algo para comer? —le preguntó una mujer envuelta en un chal de punto que alargaba hacia él una mano tan ajada como escuálida—. No tengo nada que llevarme a la boca. Por favor...

Liam la miró durante unos instantes. Sacó unas monedas del bolsillo del pantalón y se las dio. El rostro de la mujer se iluminó entre los sucios mechones de pelo castaño claro que se apartaba con los dedos.

—Gracias, señor —dijo—. Que Dios lo bendiga.

Liam asintió en silencio y continuó su camino.

Cuando entró en el bar, inspeccionó

las mesas y al no ver ninguna cara familiar se bajó la capucha y se quitó la capa.

—¿Qué desea beber, señor? —le preguntó un camarero cuando se sentó en una de las mesas del fondo del local.

—Un coñac, por favor —respondió Liam.

—Enseguida.

Liam dirigió la vista al escenario. Leslie estaba concluyendo su número musical. Había llegado justo a tiempo, pensó, mientras sus miradas se encontraban. La cabaretera le guiñó el ojo provocativamente.

Kristen daba vueltas en la cama tratando de conciliar el sueño, pero era imposible; no llegaba por más que las manecillasafiligranadas del reloj paseaban por la vieja esfera redonda. El insomnio había decidido quedarse con ella aquella noche en que el viento soplaba fuera como si estuviera enfurecido.

—Quizá beber un vaso de leche caliente me ayude a caer en los brazos de Morfeo —se dijo en voz baja.

Con esa idea en la cabeza, a las tres y media de la madrugada se levantó, se cubrió con la bata y salió de la habitación camino de la cocina. Se

quedó estupefacta, con una expresión atónita en el rostro, cuando vio a Liam agarrado de la mano de una mujer rubia y esbelta que subía con él por la escalera.

—Liam... —musitó en un hilo de voz. Apenas daba crédito a lo que veía.

Liam alzó la vista y se encontró con los ojos fiscalizadores de Kristen en lo alto de la escalinata. Repentinamente su rostro se ensombreció.

—Vete a dormir —le ordenó hoscamente.

—¿Quién es esta mujer y qué haces con ella? —dijo Kristen, ignorando su orden.

—No te importa.

—Liam, soy tu esposa —alegó Kristen con los ojos bañados en lágrimas, sin poder contener la rabia que sentía en su interior.

—¡He dicho que te vayas a dormir! —rugió Liam con voz ronca, lanzándole una mirada furiosa.

Kristen contuvo la respiración en los pulmones y tragó saliva. Durante un rato permaneció inmóvil en el sitio, aferrada a la balaustrada de la escalera hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Rodó los ojos y miró a Leslie Simmons, que mantenía un semblante tranquilo, incluso digno, frente a ella, y volvió a dirigir la mirada a Liam. Tenía los dientes apretados y la mano formando un

puño. Finalmente Kristen se giró y se fue a su habitación. Al abrir la puerta ya había tomado una decisión.

Ya en el dormitorio, Liam se giró, cogió el rostro de Leslie y la besó apasionadamente mientras la arrastraba hasta la cama. Ver a Kristen le había puesto de mal humor y de alguna manera tenía que resarcirse. Se echó encima de la cabaretera y le mordió los labios y la lengua, como si quisiera devorarla. Le abrió el abrigo de un tirón y se lanzó a su cuello como un animal en celo. Leslie gimió embriagada por su pasión. La

misma que le arrancaba intensos orgasmos cada vez que estaban juntos.

—Liam... —susurró.

—Kristen... —musitó Liam, llevado por el deseo—. Kristen...

Cuando él mismo escuchó que era el nombre de Kristen el que salía de su boca, se detuvo de golpe ante la mirada de desconcierto de Leslie, que lo contemplaba a escasos centímetros con los ojos muy abiertos. Liam se apartó de ella y se sentó a su lado.

—Maldita sea... —masculló, pasándose la mano por el pelo.

Leslie se incorporó y le acarició el cuello.

—No pasa nada, corazón —dijo en

tono condescendiente —. Es normal, es tu mujer...

—No, no es normal —refutó Liam enfadado consigo mismo—. No es normal... —se repitió para sí con una voz apenas audible.

Leslie empezó a besarle la nuca muy despacio, depositando besos en cadena por el nacimiento del pelo mientras deslizaba las manos por el pecho y le desabrochaba la camisa.

—Para —dijo Liam, sujetándola las muñecas. Leslie alzó el rostro y dejó de besarlo—. No puedo —confesó—. No puedo hacerlo...

Incluso Liam estaba desconcertado ante sus palabras, pero de pronto se veía

incapaz de follar con Leslie cuando era la imagen de Kristen la que estaba constantemente vagando de un lado a otro de su cabeza. Veía en la cabaretera sus preciosos ojos azules, sus labios carnosos y definidos, su insinuante piel aterciopelada... Aquello le puso de peor humor. Se levantó, negando en silencio con la cabeza.

—Márchate, Leslie —dijo—. Esta noche no... —Su voz se fue apagando—. Por favor.

—Liam, es nor...

—Le diré a mi cochero que te lleve a casa —interrumpió Liam, sin que su entonación admitiera réplica.

Leslie se quedó mirándolo unos

segundos, por si cambiaba de idea. Pero Liam no movió un músculo de su rostro, que permanecía sumido en el juego de luces y sombras de la semipenumbra como una estatua de sal.

—Como quieras —dijo resignada. Se puso en pie y se abrochó los botones del abrigo.

—Discúlpame —apuntó Liam.

Pero Leslie no dijo nada. Abrió la puerta y salió de la habitación con cara seria.

CAPÍTULO 53

*El gran amor
y los grandes logros,
requieren grandes riesgos.
(Dalai Lama)*

—¿Dónde está la señora? —preguntó Liam a Silvana cuando entró en el salón y no la vio.

—Está desayunado en su habitación —respondió la criada mientras Liam se sentaba en la mesa.

—Suba y dígame que baje —dijo Liam en tono autoritario.

Silvana asintió ligeramente y fue a hacer el recado. Un rato después bajó con el mensaje de Kristen.

—La señora le manda decir que prefiere quedarse en la habitación.

Liam resopló.

—Dígale que baje a desayunar conmigo, o que sino subiré a por ella —ordenó.

Silvana inclinó de nuevo la cabeza, servicial. Unos minutos más tarde entró en el salón con rostro poco animado.

—¿Sigue sin querer bajar? —sondeó Liam al ver su expresión pesimista.

—Así es, señor.

Liam retiró la silla y se levantó de la mesa. Pasó al lado de Silvana, que lo miró con ojos expectantes y las manos cruzadas sobre el delantal, y enfiló los pasos hacia la escalera.

¿Qué pasaba entre los señores?, se preguntó la criada. Tampoco ella entendía nada.

La puerta se abrió sin previo aviso. Kristen alzó la mirada y tragó saliva cuando vio entrar a Liam y dirigirse a ella con semblante serio.

—No voy a bajar a desayunar contigo —se adelantó a decir Kristen, antes de que Liam hablara.

Bajó la cabeza, se llevó el vaso de zumo a la boca y bebió, tratando de que la presencia de Liam no la afectara de la manera que lo hacía.

—Eso será porque yo no quiero —aseveró Liam autoritariamente.

—Vete a desayunar con tu amante —

espetó Kristen, molesta, sin levantar la mirada.

Liam se acercó unos metros. La luz del sol que entraba en la estancia caía sesgada sobre su melena negra, proporcionándole reflejos azulados. Se fijó en sus ojos. Bajo el espeso abanico de las pestañas, estaban excesivamente enrojecidos y brillaban vidriosos. No era difícil adivinar que había estado llorando.

—No es mi amante —dijo únicamente.

No quería confesarle que aquella noche no había estado con ella, que no había podido siquiera tocarla porque su imagen no dejaba de centellear en su

mente. Eso sería como decirle que le había ganado la batalla a Leslie Simmons y a él mismo, y no estaba dispuesto a ello.

—¡Me da igual lo que sea! —bramó Kristen a punto de llorar, levantándose de golpe de la mesa—. Vete con ella y déjame en paz...

Caminó hasta la ventana del balcón y se quedó allí de pie, de espaldas a Liam, observando el ir y venir de los trabajadores de la hacienda, que desde hacía un rato habían empezado con sus quehaceres diarios.

—No voy a dejarte en paz —dijo él, súbita e inesperadamente, con su voz profunda y sonora.

Kristen se dio la vuelta despacio. Liam la miraba con ojos inexpresivos. Respiró hondo y como pudo guardó la compostura.

—Quiero que nos separemos —afirmó con la voz tocada por la emoción. Temía que en cualquier momento pudiera romperse. Sin embargo, tenía que ser fuerte para decirle lo que le quería decir—. Quiero irme de aquí. Quiero irme a Londres, con los míos.

Liam sonrió con un matiz socarrón en los labios.

—No voy a dejarte libre —dijo con una expresión inquietantemente tranquila en el rostro—. No te vas a ir de aquí

jamás —aseveró tajante—. No te imaginas dónde te has metido.

Kristen se irguió como si la hubieran golpeado con un martillo. El corazón se le encogió. ¿Por qué Liam volvía a utilizar ese tono amenazante que tanto miedo le daba?

—¿Qué quieres de mí, Liam? —preguntó en un hilo de voz, confundida, dejando caer unas lágrimas que le fue imposible poder reprimir por más tiempo.

Un completo silencio se hizo entre ellos.

Liam tardó unos segundos en responder mientras sopesaba lo siguiente que iba a decir. Ya estaba

cansado de fingir, de ocultar lo que sentía; lo que llevaba dentro desde hacía quince años, de esconder el verdadero motivo por el que se había casado con ella.

—Que pagues el infierno por el que tu padre hizo pasar a mi familia —soltó al fin.

Kristen sintió como si le acabaran de echar encima un jarro de agua helada. Lo miró con expresión confusa y aturdida.

—¿De qué...? —Las palabras no le salían de los labios—. ¿De qué estás hablando?

—¿Sabes cómo murió realmente mi padre? —le preguntó Liam, dispuesto a

contarle la verdad de una vez por todas —. Se suicidó —afirmó con amargura —. Se colgó de una viga del despacho y yo fui quien se lo encontró muerto con solo diez años. ¿Y sabes por qué se suicidó? Porque el miserable de tu padre lo arruinó, engañándole vilmente con un préstamo inviable al que mi padre se agarró como un clavo ardiendo porque estaba desesperado.

—Liam... yo...

Kristen no sabía qué decir.

—Todo estuvo urdido fríamente por el soberbio Gilliam Lancashire — prosiguió Liam—, que odiaba a mi padre por encima de todas las cosas. — Clavó la vista en Kristen—. Tanto como

yo ahora te odio a ti.

Kristen sintió como si una mano de dedos fríos le estrujara el corazón. Los ojos de Liam brillaban llenos de ira y de desprecio y eso le dolía en lo más profundo del alma. Sus sospechas habían cristalizado de golpe. Lo único que había movido a Liam a casarse con ella era su insaciable sed de venganza y no el amor, para que enmendara todo el daño que su padre le había hecho a su familia.

—Tu padre destrozó a mi familia sin ningún escrúpulo, y tú vas a pagar por ello —sentenció Liam.

—Pero yo no tengo la culpa —trató de defenderse Kristen con la voz quebrada.

La mirada de Liam se tornó gélida. Kristen se quedó unos instantes contemplando la frialdad de sus ojos, sin moverse, como si estuviera petrificada, hasta que un estremecimiento le atravesó la columna vertebral.

—Mi padre tampoco y fue la víctima del odio del tuyo —dijo Liam.

—No puedes hacerme pagar por los pecados que cometió mi padre —alegó Kristen—. No...

—¿Eso es lo que crees? —cortó Liam.

Kristen lo miró y sus ojos se ensombrecieron. Liam avanzó unos pasos hacia ella, que retrocedió. Liam

parecía peligroso. De pronto su ángel de la guarda se había convertido en un ángel vengador, tan glorioso como siniestro ante sus ojos asustados.

—Yo no tengo nada que ver con eso. Yo... —empezó a decir de nuevo Kristen. Pero no fue capaz de encontrar las palabras adecuadas. No sabía qué decirle para que se calmara, para hacerle entrar en razón.

Liam se abalanzó sobre ella como un felino y le cogió el rostro con una mano, atrayéndola hacia él.

—No pienses ni por un momento que vas a irte de aquí —le dijo, con la cara pegada a la suya.

—Liam, por favor... —rogó Kristen,

sujetándole el brazo.

—Esto no ha hecho más que empezar, cariño —aseveró Liam con una mirada burlona—. Los Lancashire todavía tenéis que pagarme muchas cosas —concluyó en un tono de voz que parecía estar saboreando las palabras.

Kristen sintió un escalofrío.

—No puedes retenerme aquí en contra de mi voluntad —alcanzó a decir.

—Ya lo veremos —sentenció Liam con la voz y la mirada envenenadas de odio.

La soltó, se dio la vuelta con una sonrisa lobuna en los labios y salió de la habitación cerrando de un portazo.

—Dios mío... —musitó Kristen sin

apenas aliento en los pulmones—.
¿Dónde me he metido?

Se cubrió el rostro con las manos temblorosas y rompió a llorar. Ahora empezaba su infierno.

CAPÍTULO 54

*Somos nuestro propio demonio
y hacemos de este mundo
nuestro propio infierno.
(Óscar Wilde)*

Kristen aprovechó que Liam se había ido a la fábrica para salir a dar un paseo

y despejarse. Necesitaba pensar con calma en lo que le había confesado por la mañana con tanta ira, o iba a volverse loca.

Se dirigió al claro de la cascada y se sentó en el saliente de piedra. Se rodeó las piernas con los brazos y observó con los ojos entornados y vidriosos como la cortina de agua se precipitaba en el estanque, mientras el aire frío soplaba agitando los mechones de pelo suelto que le caían a ambos lados del rostro. Los rayos de sol de media tarde daban de lleno en la cascada, arrancándole destellos plateados.

Cerró los ojos y se concedió un momento para que su cabeza asimilara

todo lo que había ocurrido y las sensaciones encontradas que tenía.

Liam la había engañado deliberadamente. La había seducido con estudiada sangre fría para hacerla su esposa y así convertir su vida en un infierno. Él solo quería vengarse del hombre que destruyó su familia y el único medio viable a esas alturas era ella. Se sentía dolida, enfadada y traicionada. Algo en su interior se había roto, dejando un enorme vacío.

Entre lágrimas amargas se dio cuenta de que no podía vivir sin Liam, pero ahora que sabía el verdadero motivo por el que se había casado con ella y que la odiaba, con él tampoco, y no la dejaría

ir por propia voluntad. La única salida era huir; intentar escapar de la prisión en que se había convertido aquella bonita hacienda.

Sabía que Liam sería implacable en su venganza; su sed parecía insaciable. Sucediera lo que sucediera, no tendría compasión de ella. Lo había visto en el odio que dormía en su mirada, en la rabia que se desprendía de sus palabras y en el desprecio con que se dirigía a ella y a su difunto padre. Su padre...

—¿Por qué odiaba a Bernard Lagerfeld? —se preguntó en voz baja—. ¿Sería por la ancestral enemistad que había entre las dos familias?, ¿o había algún motivo más?

Kristen estaba completamente segura de que había una razón mucho más poderosa que había engendrado en su padre ese odio ciego hacia Bernard Lagerfeld. Un odio que ahora la estaba destrozando a ella.

Las lágrimas empezaron a correr precipitadamente por sus mejillas.

—Estoy harta de llorar —susurró con voz rota—. Lo mejor es que me vaya de aquí.

—¿Te vas a ir?

La voz de Harper la sobresaltó. Kristen giró la cabeza y lo vio con su habitual pelo despeinado y su rostro manchado de barro.

—Cielo... —dijo aliviada al tratarse

de él y no de otra persona que la hubiera podido comprometer.

El niño se subió al saliente de un par de saltos, como la primera vez que se la encontró en el claro de la cascada, y se sentó a su lado.

—¿Por qué lloras? —preguntó en un tono sumamente tierno, al mismo tiempo que alargaba su mano menuda y le enjugaba las lágrimas.

—Por cosas de adultos —respondió Kristen, alborotándole aún más los mechones de pelo.

—¿Quieres irte de aquí?

—Es la única solución, cielo.

—Es por el señor Lagerfeld, ¿verdad?

—dijo Harper. Kristen asintió en

silencio. De nada servía mentirle. Harper era demasiado avisado. No podría engañarle tan fácilmente, y ella necesitaba desahogarse de alguna manera, aunque fuera con un niño de ocho años—. ¿Es por qué te regañó por darnos clase? —preguntó inocentemente.

Kristen blandió en los labios una sonrisa agridulce.

—No —negó para tranquilizarlo—. Es porque no me quiere y porque me hace daño.

—¿Y por qué no te quiere si tú eres muy buena y muy guapa?

Harper estaba desconcertado. Kristen bajó la mirada y contempló sus expresivos ojos azules.

—Porque mi papá le hizo algo muy feo al suyo.

—¿Tu papá?

—Sí.

—Pero tú no tiene la culpa de lo que hizo tu papá.

—Tienes razón. Pero eso el señor Lagerfeld no lo entiende.

—¿Por qué?

Kristen se encogió de hombros.

—Porque hay cosas que ciegan a las personas y no les deja ver —respondió al pequeño.

—Yo no quiero que te vayas... —dijo Harper con expresión triste. Kristen le acarició el rostro suavemente.

—No tengo otra elección, cielo —

expuso. En cualquier momento iba a romper a llorar de nuevo, embriagada por la pena que tenía en el alma—. Si no me voy, el señor Lagerfeld me va a destruir. Ese es el único motivo por el que se ha casado conmigo y me ha traído a esta hacienda.

Harper no dijo nada, simplemente la abrazó. Kristen lo apretó fuerte contra ella mientras le acariciaba la cabeza. Era tan reconfortante sentir el cariño de alguien en medio de tanta desolación, que se aferró al pequeño como si fuera una tabla salvavidas.

—¿Puedo irme contigo? —preguntó el niño, deshaciendo el abrazo y separándose un poco de Kristen. Ella

sonrió tenuemente.

—Tienes que quedarte con tus papás —dijo—. ¿Qué iban a hacer ellos sin ti?

—Cuidar de mis nueve hermanos.

—¿Tienes nueve hermanos? —preguntó Kristen, no sin cierto asombro en la voz.

—Sí.

—¿Y qué lugar ocupas entre ellos?

—El último —respondió el niño.

Kristen lo atrajo hacia sí con un gesto cómplice.

—¿Y qué iban a hacer sin el pequeño granujilla de la casa? —dijo, achuchándole de nuevo contra ella—. Además, tienes que enseñarles a leer y a

escribir.

—Pero yo prefiero irme contigo — insistió Harper.

—Y a mí me encantaría poder llevarte conmigo. Pero no puedo, cielo... —dijo Kristen, con expresión pensativa en el rostro, apoyando la barbilla en la cabeza del niño—. Tengo que irme sola y tengo que hacerlo pronto.

—Yo puedo ayudarte —afirmó Harper, muy seguro de lo que decía.

Kristen arqueó las cejas algo incrédula.

—Eres solo un niño...

—Pero conozco todos los caballos del señor Lagerfeld —se adelantó a decir Harper—. Mi padre es el

encargado del establo, y yo trabajo con él casi todos los días —aclaró con voz convincente—. Y tú necesitarás un caballo para huir. —Kristen reflexionó unos instantes sobre las palabras del pequeño—. Algunos te tirarían solo con subirte a ellos —continuó el niño—, y con otros no llegarías a salir de la hacienda porque son lentos como pollinos.

Kristen no había caído en ello, pero pensándolo detenidamente, Harper tenía razón. Necesitaría un caballo, y quien mejor que él para aconsejarle sobre alguno.

—Pero, ¿cómo podrías ayudarme? —preguntó Kristen—. Por nada del mundo

quiero que te descubran.

Harper se paró unos segundos a cavilar alguna idea. El rostro se le iluminó de pronto.

—El establo tiene treinta cuadras; quince a cada lado —comenzó a explicar. Hizo una breve pausa—. Calipsa es la mejor para esta misión —dijo para sí, como si fuera un experto estratega—. El día que te vayas la dejaré en la primera cuadra del lado derecho, para que sepas cuál es.

Kristen sonrió, asombrada. Estaba claro que no acababa de pensar con la cabeza fría que requería el asunto. Sin embargo, Harper lo hacía por ella.

—Calipsa es una yegua de color

blanco con unas manchas grises en la cabeza —especificó el niño—. Es muy tranquila, pero corre mucho cuando se la azuza. Te llevará al fin del mundo, si quieres.

Kristen ensanchó la sonrisa, con un viso de esperanza prendido en los labios. Al final no estaba tan sola como ella creía.

CAPÍTULO 55

*Comencemos este amor al revés:
dime adiós y entonces quédate para
siempre.*

(Anna Bahena)

Kristen se puso una falda verde oscura y una camisa blanca. Prendas

ligeras que le permitieran correr, en caso de necesidad, y que le agilizaran los movimientos a la hora de cabalgar.

Los nervios no le permitieron pegar ojo, así que se mantuvo despierta, sentada en la poltrona de su dormitorio, hasta que entró la madrugada. A eso de la una y media, se echó por encima el abrigo y salió de la habitación sigilosamente. Bajó la escalera de puntillas y sin hacer ruido se dirigió a la cocina. Era mejor salir por la puerta de servicio que por la principal. Además, estaba más cerca del establo.

La luna dominaba el cielo como un enorme medallón de plata. Llena y brillante, fulguraba a través de la red de

nubes que tejía la noche mientras una brisa constante lo impregnaba todo con su aroma otoñal.

Kristen se arrebujo el abrigo contra el cuerpo y echó a correr. Abrió la puerta del establo y sonrió tenuemente al ver a Calipsa en la cuadra de la derecha, tal y como le había indicado el pequeño Harper. No sabía cómo se las había ingeniado, pero tenía la silla de montar puesta. Ese niño era condenadamente avisado, pensó.

Calipsa pifio ligeramente cuando Kristen se acercó a ella. Notaba extraña su presencia. Pero le pasó la mano con suavidad por la cabeza y la yegua se calmó.

—Hola, Calipsa —susurró Kristen con voz melodiosa, sin dejar de acariciarla. Cogió las riendas y la sacó de la cuadra. Puso el pie en el estribo y de un impulso se subió—. ¿Lista? —preguntó, aunque la interrogación estaba más dirigida a ella misma que al animal.

No era experta en montar ni era una gran amazona. Pero tenía algunas nociones de equitación que había aprendido en los años que había estado en Madrid y que en esos momentos no le iba a venir mal recordar.

Salió del establo, espoleó ligeramente los lomos de Calipsa y sin mirar atrás puso rumbo a su libertad.

Kamelia dejó caer la cortinilla de la ventana de la cocina y se dio la vuelta despacio. En su rostro se leía una expresión malévola cuando se giró.

—Así que con esas andamos... — musitó para sí en la semipenumbra que supuraba la estancia—. Al señor Lagerfeld no le va a gustar nada que te hayas escapado.

Sus labios dibujaron una sonrisa perversa. Cogió el candil que había sobre la mesa y se dirigió con paso decidido a los aposentos de Liam.

El ruido que los nudillos hicieron en la puerta sobresaltó a Liam, que andaba

inmerso en una de sus habituales pesadillas.

—¿Quién es? —preguntó soñoliento.

—Soy yo, Kamelia, señor. Tengo algo muy importante que decirle acerca de su esposa.

Liam se desperezó de golpe y se levantó de la cama.

—¿Qué ocurre, Kamelia? —preguntó cuando abrió la puerta.

Kamelia no pudo evitar fijarse en el torso de músculos definidos de Liam, que brillaba sudoroso bajo la luz de la luna que se colaba por el ventanal.

—Es su esposa, señor —comenzó a decir—. La acabo de ver marcharse montada en un caballo blanco.

—¿Qué? —Liam no daba crédito a las palabras de la criada—. ¿Estás segura, Kamelia?

Kamelia asintió repetidamente con la cabeza.

—Completamente segura, señor.

Liam se pasó la mano por el pelo.

—Avisa a Jerry y a Edmond y que busquen a diez hombres más —ordenó Liam en tono apremiante—. No hay tiempo que perder. ¡Vamos!

—Sí, señor —dijo Kamelia. Se dio la vuelta, atravesó el pasillo y echó a correr escaleras abajo.

—¡Maldita sea! —farfulló Liam entre dientes. Sus ojos verdes destellaban furia. Cogió la camisa que descansaba

sobre el respaldo de la silla y comenzó a vestirse.

Kristen cabalgaba bajo la luz fulgurante de la luna, que iluminaba los senderos que se abrían por la arboleda como si fueran regueros de plata líquida. El viento, que había comenzado a soplar de manera implacable, le llevaba un olor a humedad que estaba empezando a impregnar toda la atmósfera.

—Va llover —auguró Kristen muy a su pesar. Chasqueó la lengua y continuó.

—Jerry, elige tres hombres y peina la zona este —ordenó Liam en el jardín de la parte de atrás de la casa—. Edmond...

—¿Sí, señor Lagerfeld?

—Llévate a los restantes y rastread la parte noroeste —indicó Liam con autoridad, dando a su voz un tono de urgencia—. Yo me encargaré de la zona sur.

—¿Irás solo, señor? ¿No quiere que alguno de los hombres lo acompañe? —preguntó Jerry.

Liam negó con la cabeza.

—Vuestras zonas son más amplias y más peligrosas que la mía —explicó—,

por eso necesitaréis ayuda. Yo me las apañaré bien solo.

—Como quiera, señor.

—Jerry, Edmond... —los solicitó Liam de nuevo. Ambos se volvieron al mismo tiempo—. Encontradla y traédmela de inmediato.

—Sí, señor —respondieron los hombres casi al unísono.

—Otra cosa... —apuntó Liam—. Coged mantas, antorchas y cerillas... No va a tardar en llover —concluyó, echando un vistazo al cielo.

Un rayó rasgó el cielo y segundos

después un trueno rugió como una bestia enfurecida. Calipsa se irguió ligeramente al oír el estruendoso ruido, pero Kristen pudo contenerla para que no se encabritara.

—Shhh, tranquila, bonita —le murmuró en el oído mientras le acariciaba el cuello—. Tranquila... Todo está bien.

Aquellas palabras emergieron de su boca de forma mecánica, porque en el fondo Kristen no estaba convencida de ello. Nada parecía ir bien. Alargó el brazo y apuntó con el candil el camino que se dibujaba bajo los pies del animal. Pero la tímida llama que desprendía el farolillo no alcanzaba a

iluminar más que unos insignificantes metros. El silencio sepulcral que había a su alrededor batía contra sus oídos como las olas contra un muro de rocas.

—Juraría que ya hemos pasado por aquí —comentó a Calipsa.

En su voz había una nota de angustia. Sin embargo, dispuesta a no rendirse, respiró hondo y se adentró en el sendero que salía delante de ella, rezando inútilmente para que no lloviera.

CAPÍTULO 56

*Fíjese que cuando sonrío,
se le forman unas comillas
en cada extremo de la boca.
Esa, su boca, es mi cita favorita.*

Liam montó en su semental de pura sangre negro de un salto ágil, cogió las

riendas, espoleó sus lomos con fuerza y se lanzó a la noche en busca de Kristen.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritaba enfurecido, al mismo tiempo que picaba espuela—. ¡Deprisa!

Atravesó el jardín a toda velocidad, sorteando fuentes y árboles con una habilidad vertiginosa, salió de los límites de la hacienda y se internó en el bosque dirección sur. La llama de la antorcha bailaba espaventosamente de un lado a otro a consecuencia del viento.

De vez en cuando tiraba de las riendas y se detenía, mirando con atención a su alrededor y maldiciendo por dentro por no ver ni rastro de Kristen.

—¡Ia!, ¡Ia! —azuzaba al caballo.

Avanzó un poco más y volvió a pararse —. Maldita sea, ¿dónde estás? — farfulló con rabia contenida.

Un fuerte trueno volvió a romper el cielo. Calipsa se encabritó, alzó las patas, pifiando. Kristen notó como el cuerpo de la yegua se erguía, como se le resbalaban las manos de las riendas, como perdía el control y como finalmente se precipitaba al suelo. Afortunadamente cayó sobre un montón de hojas y eso impidió que se hiciera daño. El candil se hundió a su lado entre la hojarasca.

—Calipsa —gritó cuando la yegua salió corriendo despavorida, aterrorizada por el estruendo. Pero el animal no se volvió.

En menos de lo que dura un latido, una tromba de agua empezó a caer mientras la oscuridad engullía poco a poco a la yegua, hasta hacerla desaparecer por completo entre las sombras de la noche.

Kristen se levantó, se sacudió la falda y recogió el candil, que para su suerte no se había apagado. Dio una vuelta sobre sí misma y se apartó de la cara los mechones de pelo mojados, tratando de orientarse. Pero la lluvia se abatía con tanta fuerza contra ella que no le permitía ver nada.

—Dios mío, ¿hacia dónde tengo que ir? —se preguntó. De pronto una punzada de miedo le pellizcó el corazón.

Liam se detuvo de golpe.

—Shhh... —silenció al caballo.

¿Había oído una voz? ¿Era la de Kristen? Aguzó el oído intentado captarla de nuevo, pero no tuvo éxito. Se cubrió la cabeza con la capucha de la capa para protegerse de la lluvia, torció las riendas y sin perder más tiempo echó a correr a toda velocidad hacia el lugar de dónde creía que provenía el sonido.

El caballo galopaba tan rápido entre

los árboles y las cortinas de lluvia que salpicaba el camino del barro que soltaban los cascos. Liam iba encorvado sobre sí mismo mientras una retahíla de pensamientos negros y amargos invadía su mente.

—¡Ia! ¡Ia! —azuzaba a su semental una y otra vez.

La capa ondeaba al viento como una bandera. En la intersección de dos caminos se paró, por si escuchaba la voz de nuevo. Pero la lluvia abnegaba cualquier sonido. Giró en redondo con el caballo. La oscuridad parecía latir como si tuviera vida propia y fuera a tragárselo.

Durante unos instantes un extraño

miedo se le prendió a los nervios. ¿Y si le había pasado algo malo a Kristen? El bosque era un lugar muy peligroso de noche, y más aún con la tormenta que estaba cayendo.

—Maldita sea, ¿dónde estás? — repitió con un viso de preocupación en la voz.

Bajo la simple luz lechosa de la luna —pues con la lluvia la antorcha se había apagado—, captó el reflejo de una sombra moviéndose en el lado derecho. Se giró y miró tratando de distinguir qué era. Sin embargo no vio nada. Quizá le había engañado el ojo, pero decidió ir tras lo que fuera que le había parecido ver. Espoleó al semental y salió al

galope, afrontando el viento y contrayendo las cejas en un gesto de preocupación.

Kristen notó que el suelo vibraba bajo sus pies. Alguien galopaba hacia donde estaba. Era imposible que fuera Liam, pensó. Para cuando quisiera darse cuenta de que se había escapado sería por la mañana, cuando Silvana le llevara el desayuno y no la encontrara en la habitación. Pero para ese entonces ya estaría lejos.

El pánico se apoderó de ella. Estaba sola en medio de un bosque del que no

sabía salir, en mitad de la noche, y una tormenta de dimensiones de diluvio universal se cernía sobre su cabeza como si no fuera a haber un mañana.

Detuvo en seco sus pensamientos. Tal vez fuera Calipsa...

—Sí —se respondió a sí misma—. Tiene que ser Calipsa. La tormenta la tiene desorientada.

Se dio la vuelta sobre sus talones y trató de ver a través de los velos de agua que formaba la lluvia. El eco de los cascos del caballo se hizo más cercano. Corrió en su dirección. En esos momentos la descarga de un relámpago surcó el cielo, iluminando el bosque con una intensa luz azul y dejando ver los

contornos de los árboles. El corazón le dio un vuelvo cuando se topó con Liam y su imponente semental negro delante de ella. Se detuvo de golpe y contuvo la respiración en los pulmones.

—¡Kristen! —dijo Liam al verla. Sus ojos verdes brillaron con una alegría íntima entre el resplandor de los rayos.

El rostro de Kristen estaba pálido y asustado y tenía la ropa pegada al cuerpo como si fuera una segunda piel. Kristen le devolvió la mirada; ¿lo que veía en sus ojos era alivio? ¿Por haberla encontrado?

—Sube —dijo Liam, tendiéndole la mano. Kristen dio un paso hacia atrás instintivamente—. ¡Sube! —la ordenó.

Kristen movió la cabeza lentamente, negando. Vio como Liam contraía las mandíbulas mientras le dejaba unos segundos para que se lo pensara. Sin embargo ella no se movió. Permanecía quieta, con una expresión impertérrita en los ojos, que lo miraban llenos de lágrimas mientras las gotas de lluvia le golpeaban el rostro. ¿Por qué tenía que haberla encontrado? ¿Por qué?, se preguntaba una y otra vez.

—No seas terca y sube —rugió Liam, levantando la voz por encima del estruendo de los truenos.

Quizá tuviera una oportunidad si salía corriendo, pensó Kristen. Rápidamente se giró y echó a correr. Liam chasqueó

la lengua. ¿Por qué era tan endiabladamente obstinada?, se preguntó. Espoleó al caballo y cuando le dio alcance la interceptó. Kristen trastabilló al ver al imponente animal frenando su carrera. Los hombros subían y bajaban por el esfuerzo. No tenía escapatoria.

—Sube —volvió a decir Liam.

Al advertir que Kristen no iba a coger su mano, se inclinó sobre su semental, la asió por la cintura y de un fuerte impulso la levantó y la sentó delante de él.

—¡Déjame! —gritó Kristen, intentando zafarse de sus brazos, que la retenían contra su cuerpo con fuerza.

—¿Cómo crees que te voy a dejar

aquí? —inquirió Liam—. ¿Has visto cómo está la noche? ¿Te crees que estoy loco? —Su expresión era seria, incluso severa. Kristen tragó saliva —. Sujétate —indicó, sin darle lugar a objeciones.

Kristen se aferró a su cintura. Liam picó espuela y salió galopando a toda velocidad.

CAPÍTULO 57

*El amor es mejor maestro
que el deber.
(Albert Einstein)*

La tormenta no tenía ninguna intención de amainar. Por el contrario, había adquirido mayor virulencia, si cabía.

Liam sabía que quedaban bastantes millas hasta la hacienda. Lo mejor era refugiarse en algún lugar y esperar a que remitiera. Si la memoria no le fallaba, recordaba que había una cabaña, abandonada desde hacía años, en el límite sur del bosque.

Torció las riendas y condujo al caballo por el sendero de arena que salía a la derecha. Poco después el contorno de una choza apareció ante ellos.

Liam se detuvo frente a la puerta, descendió del caballo en el pequeño porche que tenía la casita, y ayudó a Kristen a bajarse de él, que se lo permitió de mala gana. Durante un

minuto Liam forcejeó con el candado, pero no logró abrir la puerta. Echó atrás un paso y la dio una fuerte patada mientras Kristen aguardaba detrás. La madera chascó y la puerta cedió al impulso.

—Entra —dijo.

Kristen cruzó el umbral y se adentró en la cabaña mientras Liam cogía las alforjas del caballo.

Las paredes estaban revestidas de moho y humedad y había polvo y montones de paja por todas partes. Pero al menos allí dentro no llovía. Al fondo, una chimenea languidecía entre las sábanas que formaban las telas de araña.

Liam dejó las alforjas a un lado, miró

a su alrededor y advirtió una pila de leña en el otro extremo. Se acercó y cogió algunos trozos secos. Fue hasta la chimenea, quitó la ceniza y colocó la leña en la base. En silencio sacó una caja de fósforos de las alforjas, encendió uno y prendió la madera bajo la atenta mirada de Kristen, que no podía apartar los ojos de él. Era tan resuelto...

Liam se levantó y se dio la vuelta hacia Kristen.

—¿No tenías otra noche mejor para escaparte? —preguntó, lanzándole una mirada reprobatoria. Kristen no respondió nada.

Liam se quedó mirándola en silencio

durante unos instantes. Estaba calada hasta los huesos y desprendía un aire de vulnerabilidad capaz de derretir el corazón del más duro. El pelo negro le caía suelto y mojado sobre los hombros. La ropa estaba pegada al cuerpo, resaltando sus formas, y los ojos se habían agrandado por el temor. Estaba temblando como una hoja a merced del viento. Liam no supo si de frío, o de miedo, o de ambas cosas a la vez.

—Acércate al fuego —dijo mientras se quitaba la capa de cuero y la dejaba sobre una vieja silla que tenía el respaldo astillado.

Kristen se aproximó lentamente a la chimenea. Extendió los brazos y dejó

que el fuego le calentara las manos. Al girarse de nuevo hacia ella, Liam vio que tiritaba. De pronto quería abrazarla; tenía la imperiosa necesidad de protegerla, de arroparla, de... Se dio la vuelta para dejar de verla. Sacó las mantas que había metido en las alforjas antes de salir de la hacienda y tendió una a Kristen.

—Gracias —le agradeció ella, cogiéndola con mano temblorosa. Los dientes le castañeteaban.

Se ruborizó cuando reparó en que Liam tenía el torso desnudo, aunque se había dejado puestos los pantalones y las botas. Los ojos repasaron involuntariamente la forma definida de

la musculatura de arriba abajo.

—Quítate la ropa, Kristen —dijo Liam mientras se echaba una de las mantas sobre los hombros.

Kristen alzó la vista hacia él con expresión de desconcierto y lo miró como si lo que tuviera delante fuera un nido de víboras.

—No voy a quitarme la ropa —respondió tajante.

—Te vas a helar si te quedas con ella puesta —explicó Liam, tratando de convencerla—. Vas a coger una pulmonía con tanta humedad. Estás empapada. Lo mejor será que te la quites y la dejes secando en la chimenea.

—Me da igual si cojo una pulmonía o no —refutó Kristen con malas pulgas.

—¿Quieres que te la quite yo? —preguntó Liam con voz determinante.

—¿No te atreverías? —dijo Kristen en tono indignado.

—¿Crees que no me atrevería? —preguntó a su vez Liam, retándola con la mirada—. Ponme a prueba.

«¿Por qué no puedo mantener la boca cerrada?», se reprochó Kristen a sí misma.

—Date la vuelta, por favor —le pidió transcurridos unos segundos.

—Eres mi esposa, Kristen. Estamos casados —alegó Liam como si fuera algo obvio.

—Sí, estamos casados, pero no por las razones que deberíamos estarlo —lo contradijo ella con un viso de reproche—. Tú solo quieres veng... —Se calló de golpe. Una punzada de dolor le atravesó el corazón. Aquella afirmación la hacía daño, la hería en lo más profundo del alma—. Es igual —dijo, sacudiendo la cabeza resignada—. Por favor, date la vuelta —dijo de nuevo con voz casi suplicante.

Liam hizo lo que le demandó sin decir nada. ¿Cómo iba a negarse si se lo pedía de esa forma? Debía darle una tregua, pensó en silencio mientras Kristen trasteaba detrás de él con la ropa. Kristen la necesitaba. Y él también.

Aunque se mostraba dura, podía sentir su angustia y su temor. El temor que él le infundía.

—Ya está —anunció unos minutos después.

Liam se volvió lentamente hacia ella. Kristen respiraba de manera entrecortada por los nervios y el pudor y los ojos lo miraban con una inocencia que en esos momentos le resultó adorable. Kristen trataba de evitarlo, pero el cuerpo le seguía temblando sin parar.

En un impulso y sin pensar mucho en ello, Liam abrió su manta, dio un paso hacia adelante y envolvió a Kristen con ella. El corazón de Kristen estaba a

punto de desbocarse cuando los brazos de Liam la rodearon con ternura. De un momento a otro iba a salirse del pecho.

—¿Mejor? —le preguntó Liam en tono suave, buscando su mirada.

Kristen simplemente asintió un par de veces con la cabeza. Consciente de la cercanía de Liam y arrullada por la cadencia de su voz, apenas era capaz de articular palabra.

Liam no sabía por qué tenía la necesidad de estar junto a ella, de protegerla del mundo, y menos de las emociones que había sentido mientras la buscaba en el bosque: rabia, ira, desasosiego, desesperación, y miedo, un

profundo miedo a que le hubiera pasado algo malo, a perderla. La sola idea de que le ocurriera algo...

La apretó más contra sí, mientras la mirada se perdía en el fuego chisporroteante de la chimenea. Una sensación reconfortante lo invadió al sentir la calidez de su cuerpo desnudo contra el suyo.

CAPÍTULO 58

*Que buen insomnio
si me desvelo
sobre tu cuerpo.
(Mario Benedetti)*

Liam solo pensaba en tenerla junto a él, en acariciarla, en besarla, en

saborearla... Estaba tan sensual solo arropada con la manta, y él tenía tan poca fuerza de voluntad en esos momentos, que no podía manejar lo que sentía. Aunque trataba por todos los medios de retomar el control de sí mismo, no lo conseguía. ¿Por qué no era capaz de recuperar el sentido común?

La sola idea de poseer a Kristen, e imaginarse a sí mismo entrando y saliendo de ella, mientras ella gemía su nombre lo estaba excitando hasta tal punto que su erección era dolorosa.

Kristen levantó los ojos y lo miró sin decir nada. Solo quería contemplarlo inmersa en el silencio que reinaba en el lugar. Era tan débil al poderoso y

masculino encanto de Liam... Aquella mirada hizo que él no aguantara más. Atraído por la necesidad de tocarla, alargó la mano y le acarició la mejilla lentamente, hasta llegar a sus labios. El corazón de Kristen se detuvo mientras el pulgar de Liam los recorría. Después se inclinó y buscó su boca suave y carnosa y se fundió con ella en un tierno beso.

Se obligó a ir despacio, moviendo la lengua lenta y metódicamente; pese a que la deseaba con desesperación. Pero no quería asustarla como la noche que la asaltó en su habitación, aunque se moría de ganas de hacerla suya de una forma salvaje, como estaba acostumbrado con otras mujeres; a arrinconarla contra la

pared y tomarla por detrás. Sin embargo Kristen no era cualquier mujer: era la suya, pensó posesivamente para sí.

Antes de que Kristen se diera cuenta, la cogió en brazos y la llevó a uno de los rincones de la cabaña, donde había una suerte de lecho hecho con montones de paja. Se inclinó y la tumbó en él sin dejar de besarla.

—Liam, yo nunca —comenzó a decir, y se sonrojó—. Nunca he estado con un homb... —dijo a modo de advertencia.

Liam puso delicadamente el índice sobre sus labios y la hizo callar.

—Lo sé —murmuró él con voz suave y profunda al mismo tiempo, mientras se deshacía de la manta—. Tendré cuidado,

pequeña mía.

Kristen tragó saliva.

Liam inspiró entre sus pechos. El seductor aroma femenino que desprendía su cuerpo embriagó sus sentidos.

—Eres tan suave... —le musitó a ras de piel—. Tan exquisita...

El rubor manchó las mejillas de Kristen, que lanzó un suspiro quedo al aire mientras el aliento de Liam provocaba que se le erizara el vello de la piel. La incertidumbre y los miedos que tenía, desaparecieron. Solo sentía el calor, el deseo, la adrenalina que bullía en el interior de sus venas... y a Liam.

Liam se irguió, sonrió seductoramente y se deleitó unos instantes contemplando

el cuerpo de Kristen, iluminado por el resplandor anaranjado que emitían las llamas de la chimenea en el interior de la cabaña. Era precioso y muy femenino. Alargó el brazo y le rozó los pezones suavemente, que se endurecieron de inmediato al contacto.

Liam se inclinó y le lamió un pezón, haciendo movimientos en círculo sobre la aureola, y después otro, para seguidamente morderlo y succionarlo. Kristen gimió entrecortadamente. La sensación era sublime.

Contuvo la respiración en la garganta y una oleada de escalofríos le recorrió de arriba abajo cuando Liam deslizó la lengua por su vientre y jugueteó con su

ombligo, y sintió que estaba al borde de la locura cuando le abrió las piernas con delicadeza y la lengua se enredó en su sexo. No sabía exactamente lo que le estaba haciendo, pero fuera lo que fuera, no quería que se detuviera.

El calor que empezó a sentir en el fondo de las entrañas se hizo insoportable. Un suave gemido salió de su garganta mientras entrelazaba los dedos en el pelo de Liam. ¿Cómo podía hacerle eso con la boca? No recordaba haber hablado de algo parecido con sus amigas de Madrid, ni con Anabella.

—Liam, por Dios... —dijo casi sin aliento.

—Shhh... —susurró Liam en tono

provocativo, y siguió con su tarea en silencio.

Kristen empezó a temblar, parecía que todas sus terminaciones nerviosas estaban electrificadas. Las entrañas se le tensaron y sin saber exactamente qué le ocurría en el cuerpo, se dejó ir entre tímidos jadeos.

Liam se acercó a su rostro, sonrojado por la vergüenza y aturdido en cierta manera, sonrió atrevidamente y deslizó la lengua en el interior de su boca, saboreándola. Habiéndose asegurado de que Kristen estaba húmeda y preparada, llevó la mano hasta su bragueta, sacó su miembro y lo introdujo poco a poco en ella, tanteando; quería recrearse unos

segundos en la sensación al entrar dentro de Kristen.

Kristen frunció el ceño ligeramente y soltó un fuerte suspiro al sentir una punzada de dolor.

—Ya... —le susurró Liam al oído, tranquilizándola—. Ya, pequeña mía... —dijo cuando el himen de Kristen cedió a la presión de su miembro. Liam atrapó su gemido con la boca y la besó de nuevo con pasión renovada al mismo tiempo que comenzaba a moverse dentro de ella suavemente.

La tensión del primer momento se aflojó poco a poco y Kristen se fue relajando bajo su cuerpo a medida que entraba y salía de ella.

Liam apartó la cara y la miró fijamente.

—Eres mía, Kristen —murmuró, dejando escapar un gemido—. Me perteneces...

Aquellas palabras, musitadas en tono sensual, provocaron en Kristen un torbellino de emociones que bañó sus ojos de lágrimas.

Liam deslizó las manos hasta sus caderas, la levantó hacia él y de un fuerte empujón la llenó completamente. Kristen clavó las uñas en su espalda y rodeó su cintura con las piernas, que sentía que su cuerpo comenzaba a arder de nuevo.

—Liam, mi amor, mi ángel de la

guarda... —jadeó. La voz era apenas un susurro.

Una oleada de placer viajó por todo su ser.

—Kristen, pequeña mía... —siseó él a su vez, cargado de deseo.

Liam sintió que Kristen volvía a tensarse bajo su cuerpo, que sus nervios se electrificaban de nuevo con sus embestidas.

—¡Liam! —exclamó Kristen, arrastrando las sílabas de su nombre cuando un intenso orgasmo sacudió otra vez sus entrañas.

Liam siguió empujando contra ella, introduciéndose hasta el fondo. Cuando su interior explotó en una espiral de

placer incontrolable, emitió un profundo gruñido que llenó los oídos de Kristen.

—Dios... —farfulló Liam entre dientes, extasiado.

Nunca había tenido un orgasmo tan intenso como aquel, ni había deseado tanto a una mujer como a Kristen, pensó mientras la rodeaba con los brazos, le acariciaba la cabeza cariñosamente y la acunaba entre palabras de amor susurradas al oído.

CAPÍTULO 59

*Sabes a silencio y a sueños,
con melodías de ternura
y tacto de deseo,
sabes a mi mundo,
a todo lo que anhelo,
sabes a amor, a mi amor.*

Kristen abrió los ojos lentamente. La luz rosada del amanecer entraba con timidez por la ventana de la cabaña y caía sobre su rostro somnoliento. Pestañeó varias veces seguidas, desperezándose.

El fuego de la chimenea se había apagado, solo quedaba un montón de cenizas. Sin embargo la atmósfera mantenía algo del tibio calor que había invadido el lugar unas horas antes.

Se incorporó en el improvisado lecho de paja y se cubrió los pechos con la manta.

—Buenos días —dijo en tono alegre a Liam, que se encontraba de espaldas a ella, metiendo las cosas en las alforjas.

Liam giró la cabeza y la miró por encima de hombro. La expresión de su rostro era indescifrable.

—Vístete —dijo únicamente con voz cortante—. Ya tienes la ropa seca.

Kristen frunció el ceño, desconcertada por su cambio de humor.

—¿Está todo bien, Liam? —preguntó.

—Sí —respondió él.

Pero pese a la afirmación, la tensión de sus hombros no cedió.

Kristen se dio cuenta de que estaba de nuevo ante el Liam resentido, ante el Liam que odiaba a su padre y que la odiaba a ella; ante el Liam que estaba dispuesto a todo para vengarse. Movi6 la cabeza frustrada mientras se sujetaba

la manta sobre los pechos.

Se levantó, cogió la ropa que había dejado extendida en la silla y se vistió. Cuando el silencio se hizo insoportable, dijo con voz titubeante:

—Liam, si hablamos las cosas, quizá podemos soluc...

—No hay nada que hablar —arguyó Liam tajante, sin permitirle terminar la frase y sin dejar de trastear con las alforjas—. Tenemos que irnos —añadió después de unos segundos, cambiando de tema—. Ha dejado de llover, pero se aproxima otra tormenta.

Kristen lanzó un leve suspiro al aire, dándose por vencida.

Hicieron el camino hasta la hacienda sin mediar palabra, observando como el amanecer poseía el cielo con sus tonos anaranjados y púrpuras mientras un manto de nubes grises se abría camino por el norte. En esos momentos, Kristen se preguntó más que nunca por qué Liam la había encontrado en el bosque, por qué había dado con ella, por qué Dios no la había ayudado a escapar. A esas horas podría estar en su casa en Londres, con Bertha, con Ludwig y con Tommy, incluso con Scott, su padrastro, aunque no le tuviera ninguna estima. Sintió una punzada de angustia en el

corazón cuando pensó en lo que le esperaba al lado de Liam.

Al llegar, Kristen se fue directamente a su habitación sin ni siquiera saludar a Silvana, que había salido a recibirlos al porche. La criada había pasado toda la noche en vela, sentada en la cocina, preocupada por el paradero del señor Lagerfeld y de su esposa, desde que Kamelia le había dado la noticia.

Kamelia vio a Kristen atravesar el hall a grandes zancadas y subir las escaleras a toda velocidad con expresión poco amable en el rostro. Se

giró al escuchar el sonido que hacían las botas de Liam contra el suelo. La cara que traía también era de pocos amigos. Las cosas no habían ido bien, pensó, blandiendo en los labios una sonrisa maliciosa.

Kristen se encerró en la habitación y se dejó caer encima de la cama. Instintivamente se llevó los dedos a los labios; le ardían y los tenía hinchados por los besos. Aún podía notar el sabor de Liam sobre ellos.

El pulso se le aceleró cuando su cabeza empezó a recopilar las imágenes

de lo que había sucedido en la cabaña. El cuerpo de Liam sobre el suyo; empujando para inmiscuirse en ella, los besos, las lenguas enredadas, la pasión de las caricias, las palabras de deseo musitadas al oído. Un golpe de rubor coloreó sus mejillas.

Liam había sido tan delicado con ella, tan tierno; había tenido tanto cuidado haciéndole el amor, que parecía increíble que apenas unas horas después se hubiera transformado de nuevo en el hombre frío, resentido y vengativo que era. Porque eso era en el fondo.

Negó con la cabeza para sí y suspiró con las lágrimas a punto de desbordarse por los ojos.

Se obligó a levantarse de la cama y se miró en el espejo de cuerpo entero que tenía delante. Las ropas estaban sucias y ajadas y el pelo era una maraña negra que tardaría mucho tiempo en desenredar. Lanzó al aire otro suspiro, aguantando el llanto. Lo mejor era darse un baño.

CAPÍTULO 60

*No existe hombre tan cobarde,
como para que el amor
no pueda hacerlo valiente
y transformarlo en un héroe.
(Platón)*

Ludwig arreaba a los caballos por el

camino de tierra que atravesaba con un suave serpenteo la extensa pradera que se prolongaba más allá de donde alcanzaba la vista.

—¿No crees que deberíamos haber avisado nuestra visita con un mensajero? —preguntó Tommy.

—¿Y quedarnos sin el factor sorpresa? —dijo Bertha sonriente—. No —se respondió a sí misma—. Por nada del mundo me perdería la cara de Kristen cuando nos vea.

Tommy se retrepó en el asiento, impaciente por ver a Kristen. No podía negar que estaba algo nervioso. Hacerlo sería engañarse a sí mismo.

El carruaje atravesó el gran arco de

piedra que daba entrada a la hacienda y enfiló el sendero de gravilla que conducía hasta la casa. Tommy descorrió la cortina de la ventanilla con la mano y contempló las fuentes y las hermosas estatuas que salpicaban el jardín con el asombro pintado en el rostro.

Liam vio llegar la berlina desde su despacho. Cuando Tommy descendió de ella los músculos de la mandíbula se le tensaron como las cuerdas de una guitarra. ¿Cómo se atrevía a ir a ver a su esposa?, se preguntó. Dejó lo que estaba haciendo y se apresuró a bajar.

—Yo los atiendo, Silvana —dijo, antes de que la criada pudiera siquiera

pronunciar palabra cuando les abrió la puerta.

—Buenas tardes, Liam —saludó Bertha en el hall.

—Buenas tardes, Bertha —cumplió Liam en tono neutro. Miró a Tommy, pero no le dijo nada.

—¿Puedes decirle a Kristen que hemos venido? —preguntó Bertha.

—Kristen no está —respondió Liam—. Uno de los criados la ha llevado a Birmingham —mintió—. Ha ido a comprar unas cosas para la casa y a encargarse a la modista unos vestidos para ella.

El rostro de Bertha reflejó una expresión de desilusión.

—¿Y tardará mucho? —sondeó con voz decepcionada—. Podemos esperarla si...

—Se acaba de ir —afirmó Liam, interrumpiéndola amablemente—. Me ha dicho que regresaría a última hora de la tarde. —Sonrió, tratando de resultar convincente—. Conociendo cómo sois las mujeres cuando vais de compras, seguro que se demora hasta la cena.

—Que inoportuna casualidad —se lamentó Bertha—. Queríamos darle una sorpresa.

—Lo siento —dijo Liam, que quería que se marcharan cuanto antes.

Tommy lo observaba en silencio, con los ojos entornados y una mirada

recelosa en ellos. ¿Por qué no creía a Liam? ¿Qué era exactamente lo que le hacía pensar que les estaba mintiendo? No era raro que Kristen hubiera ido de compras a Birmingham, ni que se pasara toda la tarde en la ciudad. Sin embargo, había algo en la actitud de Liam que lo hacía dudar. Echó un vistazo al interior de la casa por encima de su hombro. Todo parecía estar en orden. Aunque tampoco esperaba que no lo estuviera.

Su vista quedó atrapa por la muchacha rubia y de piel pálida que bajaba las escaleras en esos momentos. Kamelia descendía los peldaños cargada con la ropa sucia de Kristen, ajena a la presencia de Tommy. Cuando levantó los

ojos, sus miradas se encontraron. Tommy sonrió ligeramente, o trató de sonreír, pero Kamelia no le devolvió la sonrisa, aunque permaneció unos segundos mirándolo, como si fuera la primera vez que veía a un hombre. Cuando reaccionó, puso una mueca algo altanera en el rostro, elevó la barbilla y enfiló los pasos hacia la cocina.

—Tommy, nos vamos. —La voz de Bertha lo devolvió a la realidad.

—Está bien, como quieras —respondió, mirando a Liam, que lo observaba a su vez con expresión ladina.

—Le diré a Kristen que habéis venido a verla —dijo Liam con toda la

amabilidad que fue capaz de reunir.

—Sí, por favor —le pidió Bertha. Se sentía desalentada por no poder haber visto a su niña. Le hubiera gustado estar un rato con ella y darle unos cuantos mimos. La echaba tanto de menos... — Si vais algún día a Londres, pasaros por casa —indicó.

—Iremos —dijo Liam—. No te preocupes. Pronto os haremos una visita.

Kristen salió de la biblioteca. Se dirigía a su habitación cuando oyó relinchar a un caballo en el jardín. Curiosa, se acercó a la ventana del

pasillo de la planta de arriba y se asomó. El rostro reflejó una expresión mezcla de incredulidad y confusión al ver a Ludwig al mando de las riendas y a Tommy subiendo al viejo carruaje de la familia. Seguro que Bertha se encontraba en su interior, pensó. Trató de abrir la ventana para gritarles que no se fueran, pero, para su desesperación, el pestillo estaba atrancado y no pudo por más que tiró.

Cesó en su intento; echó a correr por la galería y bajó las escaleras rápidamente. Cuando salió al jardín y descendió los peldaños del porche el carruaje ya había emprendido la marcha.

—¡Esperad! —gritó Kristen, sin dejar

de correr detrás de él mientras se recogía el vestido con las manos—. ¡No os vayáis! ¡Esperad, por favor! ¡No os vayáis! ¡Ludwig! ¡Ludwig! —vociferó impotente—. Tommy... —susurró en un hilo de voz, con los ojos atestados de lágrimas—. Volved... Volved...

Pero la silueta de la berlina se fue haciendo cada vez más pequeña, hasta que se convirtió en un punto difuminado en el camino. Kristen se rindió al cansancio y se detuvo en mitad del sendero, respirando entrecortadamente por el esfuerzo, mientras las lágrimas se precipitaban sin freno por sus mejillas.

Se dio la vuelta sorbiendo por la nariz y volvió a la casa con el alma en los

pies. Cuando entró, Liam la esperaba de pie en el hall con una mirada impertérrita en los ojos verdes.

—¿Por qué no me has avisado de que Bertha, Ludwig y Tommy han venido a verme? —le preguntó Kristen sin poder contener el llanto—. ¿Es que no te cansas de hacerme daño?

—¿Cómo se atreve Tommy a venir a verte? —dijo Liam, enfadado—. ¿No entiende que estas casada y que ya no tiene ningún derecho a visitarte?

—¿Por qué diablos te pones así con él, Liam? —protestó Kristen, elevando el tono de voz—. ¿Por qué? ¿Qué más te da si está enamorado de mí o no? Tú no me quieres. No entiendo por qué actúas

como un esposo celoso...

Liam reflexionó sobre aquellas palabras. La verdad es que él tampoco comprendía por qué sentía esos celos irracionales, por qué le molestaba que Tommy quisiera ver a Kristen, por qué le hervía la sangre cuando un hombre se interesaba por ella... Se sintió repentinamente desconcertado.

—Además —prosiguió Kristen—, tú tienes una amante, ¿no? —le reprochó—. Entonces que no te extrañe que yo me busque...

—¡Yo soy un hombre! —exclamó Liam, interrumpiéndola—. ¡Tengo necesidades!

Kristen alargó la mano y le pegó una

bofetada. Liam la fulminó con la mirada mientras apretaba las mandíbulas con fuerza. Kristen casi pudo oír el rechinar de los dientes.

—Eres un miserable —dijo Kristen, que apenas podía articular palabra. Su pecho subía y bajaba con rapidez—. ¿Por eso te has acostado conmigo? —le preguntó—. ¿Simplemente para satisfacer tus necesidades de hombre? ¿Para asegurarte de ser el primero?

La profunda decepción que expresaban los cristalinos ojos azules de Kristen hizo mella en Liam, que no sabía qué le sucedía. ¿Por qué le ponía tan débil? Tragó saliva, tratando de mantenerse firme. Su fuerza de voluntad

empezaba a flaquear.

—¡Me engañaste! —le escupió Kristen con rabia—. ¡Me mentiste deliberadamente para casarte conmigo sin estar enamorado de mí, mientras que yo lo hacía de ti como una boba! ¿Sabes cómo me hace sentir eso? ¿Lo sabes?

Liam dio un paso hacia adelante, dejando que su mirada actuase antes de acercarse a Kristen.

—¿Sabes cómo me sentí yo cuando vi a mi padre colgado de la viga de su despacho? —preguntó Liam a su vez—. Amaratado, con los ojos casi fuera de las órbitas en una mueca de horror, balanceándose de un lado a otro... — Kristen notó que se le formaba un nudo

helado en la garganta—. ¿Lo sabes, Kristen? —repitió Liam con voz pausada, pronunciando cada palabra como si le doliera—. ¿Sabes cómo me sentí cuando nos echaron a mi madre a mí fuera de nuestra propia casa? ¿Cuando ella falleció pocas semanas después? ¿Lo sabes, Kristen? —dijo de nuevo—. Y todo por cortesía de tu padre —concluyó con una ironía excesivamente ácida.

El silencio se prolongó. Kristen no sabía qué decir. Liam lo había perdido todo por culpa de su familia. Sin embargo, ella no tenía la culpa. Solo era una niña cuando todo eso ocurrió. Alzó los ojos y observó la mueca amarga que

cruzaba el rostro de Liam.

—Soy consciente de que mi padre no actuó bien —dijo en tono franco—. Os hizo mucho daño...

—Más del que te puedes imaginar —farfulló Liam.

—Pero yo no tengo la culpa —terminó de decir Kristen suavemente—. Yo no soy responsable de nada. Yo... —Su voz se fue apagando. No sabía de qué modo podía convencer a Liam. Estaba segura de que nada de lo que le dijera le haría entrar en razón—. No es justo que me hagas pagar los errores de mi padre.

—La vida es injusta —dijo Liam, indiferente.

Kristen se quedó mirándolo unos

instantes. Tembló ante la crudeza de sus palabras. Los ojos de Liam transmitían una marabunta de sentimientos. Kristen reconoció ira, rabia, resentimiento y odio.

—En estos momentos no eres mejor que mi padre —aseveró con contundencia—. Tu sed de venganza no solo me va a destruir a mí, también te va a destruir a ti —dijo, y sin dar lugar a réplica, se recogió la falda del vestido, pasó al lado de Liam y se fue para su habitación.

La rabia que asomaba a los ojos de Liam se apagó de golpe, dejando en su mirada una expresión indescifrable. La afirmación de Kristen lo había

descolocado profundamente. ¡Por todos los santos! ¿Era posible que él se hubiera convertido en un hombre tan despreciable como Gilliam Lancashire? ¿Y si Kristen tenía razón? ¿Y si sus ansias de venganza acababa destruyéndolos a los dos?

CAPÍTULO 61

*Si sé lo que es el amor
es porque lo aprendí contigo.*

Bertha miró a Tommy, que permanecía con semblante serio mirando por la pequeña ventana del carruaje, absorto en

sus pensamientos.

—¿Qué te ocurre, muchacho? —le preguntó—. Desde que hemos salido de la hacienda de Liam Lagerfeld no has dicho una sola palabra. Es como si el gato te hubiera comido la lengua.

Tommy rodó los ojos hasta el ama de llaves.

—El señor Lagerfeld nos ha mentado —respondió en tono solemne, sin dudar un solo instante y sin hacer gala de preámbulos.

Bertha abrió los ojos de par en par, visiblemente sorprendida.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber.

—Había algo en su voz que no era sincero —alegó Tommy—. ¿No te has

dado cuenta de que parecía que quería que nos fuéramos de la casa cuanto antes? —planteó—. ¿Como si tuviera algo que esconder? Solo le ha faltado echarnos.

—Tú mismo lo has dicho, muchacho: «parecía» — puntualizó Bertha, que comenzaba a pensar que la suspicacia de Tommy era desmesurada—. Pero eso no significa que el señor Lagerfeld ocultara algo. —Tommy hizo una mueca extraña con la boca—. Además —continuó el ama de llaves—, ¿qué razón tendría para no dejarnos ver a Kristen?

Bertha hablaba sin dar mucha importancia a las palabras de Tommy. Estaba celoso. Eso era todo.

—Eso es lo que me gustaría saber a mí —dijo él—. ¿Por qué razón no nos ha dejado verla?

—¿No crees que estás exagerando? —preguntó Bertha.

—No, Bertha, no estoy exagerando —respondió Tommy, algo molesto por la actitud escéptica del ama de llaves.

—Debes de tener cuidado, muchacho —dijo Bertha, recolocándose el chal de lana sobre los hombros—. Tus suspicacias pueden crear un problema entre Liam y Kristen. ¿Es eso lo que quieres? —En su tono de voz había una nota de reproche.

—No —se apresuró a negar Tommy—. Lo único que quiero es que Kristen

sea feliz. Pero no estoy seguro de que Liam pueda darle esa felicidad.

—Tommy... —lo amonestó Bertha.

—No son celos —aseveró Tommy, leyendo el pensamiento de la mujer—. Ya te lo he dicho. Esto no tiene nada que ver con que esté enamorado de Kristen.

—No sé qué pensar... —Durante unos instantes el ama de llaves dudó—. Hablas con tanta certeza que a veces temo que lo que dices sea verdad. Pero, ¿por qué razón Liam Lagerfeld querría hacer daño a Kristen? Las legendarias rencillas que ha habido entre los Lagerfeld y los Lancashire es algo que ninguno de los dos ha vivido; para ellos solo es pasado, historias que no tienen

ya peso, o no debería tenerlo... — añadió, aunque en esos momentos no estaba convencida de nada.

—Ignoro los porqués —dijo Tommy. En su rostro se vislumbraba una expresión apesadumbrada—. Pero estoy seguro de que el señor Lagerfeld nos ha mentado hace un rato en su casa.

Bertha lo miró con el ceño fruncido.

—¡Ay! ¡Cállate ya, muchacho! — exclamó en tono exasperado, tratando de apartar de su mente las ideas que estaban comenzando a revolotear por ella. No quería ni imaginarse que Liam pudiera hacer daño a Kristen. El solo pensamiento la angustiaba y Tommy no dejaba de sembrar la incertidumbre en

su cabeza.

Al atardecer, cuando el crepúsculo envolvía el cielo con un manto naranja, Liam se dirigió a los establos, cogió su semental negro y salió a galopar. Necesitaba quemar energía, cansarse, perderse...

Cabalgó a toda velocidad por las praderas de la hacienda, levantando a su paso la hojarasca que cubría el suelo mientras el viento le golpeaba el rostro. De pronto tiró de las riendas y detuvo al caballo. Durante unos minutos

contempló como la bola incandescente en que se había convertido el sol se hundía en la lejana línea del horizonte.

No quería pensar en Kristen; no debería pensar en ella; pero su imagen insistía en visitarlo. La idea de verla en brazos de otro hombre no tenía que importarle, pero le importaba, más de lo que le gustaría. Porque Kristen era suya. Aquel sentimiento de posesión lo asombró y lo desconcertó al mismo tiempo, porque nunca antes lo había sentido por ninguna mujer, y eso no le gustaba.

—¿Qué me está sucediendo? —se preguntó a media voz—. ¿Qué diablos me está sucediendo?

Le había molestado que Kristen asegurara que podría buscarse un amante, le había dolido que le dijera que no era mejor que su padre. ¿Por qué? La decepción en sus hermosos ojos azules se había calvado en su alma como una daga cuando le reprochó que se había acostado con ella solo para saciar su instinto animal. No era cierto, aunque no se lo había desmentido. Pero no era cierto. La había hecho el amor en la cabaña porque necesitaba tocar su piel, sentir su aliento, el roce de su cálido cuerpo contra el suyo; porque le quemaban los dedos si no la acariciaba... Si no la hubiera hecho suya se hubiera vuelto loco. Y ahora que

la había saboreado, que había estado en su interior, sabía que nunca se saciaría de ella. Durante unos segundos se odió a sí mismo por desearla tanto.

¿Podría seguir adelante con su venganza?, se preguntó en silencio mientras el sol se ocultaba ya casi por completo en el horizonte. Por primera vez desde que había comenzado con su plan, las dudas lo asaltaron. ¿Por qué se había complicado todo tanto? ¿Qué precio le estaba haciendo pagar a Kristen por los pecados del miserable de su padre? ¿Era justo? Indudablemente no. Pero no tenía otra elección. Tenía que seguir adelante, por sus padres fallecidos y por él mismo.

Frustrado, sacudió la cabeza.

Alzó la vista y se quedó mirando al vacío, pensando en Kristen, y en él. De pronto, no le gustaba la persona en la que se había convertido.

CAPÍTULO 62

*El corazón de una mujer
es un profundo océano de secretos.
(De la película Titanic)*

—Gracias —le dijo Kamelia al mensajero cuando le entregó el pequeño sobre.

El chico, un muchacho de unos diecisiete años con aspecto enclenque, inclinó la cabeza cortésmente y se marchó.

—¿Para quién es?

La voz de Liam sonó a su espalda.

—Para la señora —contestó Kamelia, girándose al mismo tiempo.

Liam alargó el brazo.

—Yo me encargo de entregárselo —dijo.

Kamelia le tendió el sobre y Liam lo cogió con la mano. Miró el remitente. Era de Anabella.

—¿Se le ofrece alguna cosa, señor? —preguntó Kamelia, servicial y con un indisimulado deje seductor en la voz.

—No —respondió Liam escuetamente —. Puedes retirarte, Kamelia. Gracias.

Kamelia hizo una leve inclinación de cabeza y se fue, frustrada porque sus insinuaciones hacia Liam no tenían respuesta.

En el despacho, Liam rasgó cuidadosamente el lacre rojo y extrajo la nota de Anabella. La leyó con detenimiento. Tal y como le había dicho Bryan, Anabella estaba tratando de obtener información sobre él. Sin embargo, hasta ese momento no había conseguido nada, por más que había

preguntado a su prometido. Eso es lo que le decía a Kristen en la carta.

Liam se quedó unos segundos reflexionando. No había ninguna razón por la que su esposa no pudiera leer la nota que le había escrito Anabella, pues no contenía nada relevante. Metió la carta de nuevo en el sobre y se dirigió al escritorio. Calentó un poco de lacre y vertió unas gotas encima del anterior. Esperó a que se enfriara y se dirigió a la habitación de Kristen con pasos resueltos.

Hacía días que no la veía. No era difícil adivinar que trataba de evitarlo por todos los medios. Comía y cenaba sola en la habitación y se pasaba las

horas muertas en la biblioteca, leyendo o estudiando. Pero ahora Liam tenía una excusa para verla. Algo que, aunque le costara reconocerlo, necesitaba.

Entró en la habitación de Kristen, pero no se encontraba. Se disponía a irse cuando oyó ruido en el cuarto de baño. Cerró la puerta de nuevo, dejó la carta de Anabella encima de la mesa y se encaminó hacia él. Al asomarse sigilosamente, como un espía en la noche, el pulso se le aceleró en contra de su voluntad. Kristen estaba dándose un baño entre decenas de velas encendidas que supuraban un tenue resplandor anaranjado y que acentuaban su piel aterciopelada.

La contempló durante un rato, hipnotizado. Era tan femenina, tan apetitosa... Observó cómo se echaba agua por los hombros, como le caía por el escote, por los pechos, que podía intuir debajo de la espuma. Apartó la mirada, tratando de controlar el creciente deseo que sentía en su interior y la erección que comenzaba a manifestarse debajo de la tela del pantalón, pero le era imposible. Nada podía distraerle de la sensualidad que rezumaba el cuerpo de Kristen, que seguía bañándose ajena a los ojos de Liam. Tenerla tan cerca y tenerse que dominar para no tocarla era una tortura. ¡Maldito fuera por desearla de aquella

manera tan irracional!, se dijo a sí mismo. Porque la pasión fuera más fuerte que la razón.

Kristen terminó de enjuagarse y se puso de pie en la bañera. Cuando Liam la envolvió suavemente por detrás con la toalla, no pudo evitar sobresaltarse. Giró el rostro con expresión de desconcierto en los ojos.

—Shhh... —musitó Liam en tono tranquilizador.

El rostro de Liam estaba tan cerca del suyo, que lo único que alcanzó a ver fueron sus pupilas extraordinariamente dilatadas. No lo había sentido. Sus pisadas habían sido tan silenciosas como las de un gato.

Kristen sintió una contracción en las entrañas. Un violento rubor le incendió las mejillas mientras el corazón comenzaba a palparle con fuerza. El deseo que asomaba a la mirada de Liam la aturdió.

—Liam... por favor... —dijo con voz apocada, intentando no fijarse en que su penetrante mirada verde estaba centrada en sus labios.

—Kristen...

—No me hagas esto... —musitó Kristen como una súplica—. Por favor... Eres cruel conmigo porque sabes que no puedo resistirme a ti.

Liam le alzó la barbilla y la besó suavemente en la boca, acallando sus

palabras. Kristen entreabrió los labios, sin protestar, y correspondió a su beso. Lo único que podía hacer era rendirse al deseo. Liam, incapaz de contenerse más tiempo, la cogió en brazos y la llevó a la cama.

—Kristen...

—Liam...

Kristen rozó con la mejilla su barbilla y suspiró.

—No sé qué me estás haciendo... — le susurró Liam mientras la tumbaba. Su respiración era pesada y su tono de voz perturbadoramente íntimo—. No sé qué me pasa contigo... Vas a volverme loco.

El pulso de Kristen se aceleró al escuchar aquellas palabras.

Liam la dejó con cuidado sobre la cama, apartó la tela del dosel y se incorporó para admirarla. Mientras aprovechaba para quitarse la ropa y las botas, sus ojos recorrieron el cuerpo desnudo de Kristen, apenas iluminado por la claridad plateada de la luna que se derramaba en la penumbra de la noche, como la sensual caricia de un amante. La intensa mirada de Liam, que contenía algo ardiente y pasional, provocó en Kristen una oleada de calor que viajó a lo largo de su ser y que se detuvo en su entrepierna. Aquello hizo que se sonrojara de nuevo. ¿Cómo era posible que Liam tuviera ese efecto sobre ella?

Liam se puso encima de Kristen y comenzó a besarla, incapaz de controlar su impulso. Kristen se vio transportada de inmediato a ese lugar sin retorno al que la llevaba Liam, donde nada importaba más que él y las sensaciones que le provocaba.

Liam deslizó las manos por su torso y acarició su vientre desnudo. La piel de Kristen se estremeció al sentir su contacto y gimió al notar los labios de Liam mordisqueando sus pezones. Cuando los traviesos dedos jugaron con su sexo, Kristen se encendió hasta casi el límite.

Antes de que se corriera, Liam entró de lleno en ella de un empujón. Kristen

exhaló con fuerza ante su imperiosa invasión.

—Necesito estar dentro de ti —dijo Liam con voz jadeante—. Necesito calmar esta ansiedad. Saborearte... — Agachó la cabeza y lamió sus labios con la lengua—. Déjame sentirme dentro de ti, Kristen.

Guiada por el instinto, Kristen se arqueó para que Liam se introdujera a fondo en su cuerpo, dejando escapar un sonido gutural de la garganta.

—Di que eres mía —indicó Liam con voz ronca.

—Soy tuya —dijo Kristen.

—Di que eres solo mía —repitió Liam, entrando en ella una y otra vez sin

descanso.

—Soy solo tuya —respondió Kristen entre gemidos.

Liam entrelazó sus dedos con los suyos, inhalando su aroma, que era como un afrodisíaco para él. Puso sus manos por encima de su cabeza y las apretó contra la cama mientras sus ojos se encontraban. Un brillo animal apareció en la mirada de Liam al tiempo que la embestía con fuerza. Se sentía poseído, ávido, hambriento de Kristen. ¿Por qué no conseguía saciarse de ella? ¿Por qué?

—Esto es lo que provocas en mí —masculló entre dientes, corriéndose dentro de Kristen. Ella se estremeció de placer ante su voz grave y profunda. Sus

músculos se tensaron y un centenar de espasmos recorrieron su cuerpo de la cabeza a los pies, abandonándola a un intensísimo orgasmo que la sacudió casi al mismo tiempo que Liam.

CAPÍTULO 63

*Te sostendrá entre sus brazos cuando
la pasión haya agotado su novedosa
fuerza.
(Lord Tennyson)*

Liam notó que Kristen se movía

ligeramente a su lado. Estaba acurrucada contra él, con las piernas enredadas con las suyas. Le apartó un mechón de pelo del rostro y contempló su hermoso perfil durante un rato. ¿Por qué no se cansaba de mirarla?, se preguntó. El sonido de su respiración pausada le resultaba reconfortante.

Alargó el brazo y la estrechó con ternura contra sí. Tenía que detener aquella locura. Estaba comenzando a ser adicto a Kristen; a sus besos, a sus caricias, a su olor, al sonido de sus gemidos mientras la foll... mientras le hacía el amor, rectificó, porque eso era lo que le hacía, el amor.

No quería dormirse. Sabía que le

esperaba otra noche de horribles pesadillas y, paradójicamente, la proximidad de Kristen era lo único que le hacía olvidarse de la angustia que sentía cuando la imagen del cuerpo ahorcado de su padre lo asaltaba. Solo ella poseía ese poder.

Al irrumpir el amanecer en la habitación, Kristen se despertó. Entrecerró los ojos a la luz del sol que entraba por el balcón. Giró el rostro y se encontró con la mirada de Liam, que la observaba fijamente como si fuera un hermoso retrato.

—Buenos días, pequeña mía —se adelantó a decir él.

Su tono de voz era suave y amable,

incluso cariñoso. Kristen sintió alivio al ver que Liam estaba de buen humor y no con la irascibilidad con la que se despertó en la cabaña. Su seriedad la imponía.

—Buenos días —dijo ella sonriendo. Frunció el ceño—. ¿Por qué siempre te despiertas antes que yo? Comparada contigo, parezco una marmota.

Liam no pudo evitar sonreír ante la jovialidad de Kristen. Su gesto, deslumbrante, hizo que Kristen se derritiera por dentro.

—No duermo mucho —respondió.

—¿Por... las pesadillas? —preguntó Kristen cautelosamente. Liam asintió débilmente con expresión reservada. Al

ver que Liam respondía, Kristen se animó a seguir con la conversación—. ¿Las tienes muy a menudo?

—Casi todas las noches desde hace quince años. —La respuesta de Liam dejó asombrada a Kristen, que se quedó sin palabras.

—¿Has probado a tomarte alguna tisana? —sugirió con la mejor voluntad del mundo—. La valeriana y la melisa tienen efectos sedantes que podrían ayudarte a conciliar mejor el sueño.

—Sí —afirmó Liam, recostándose en el cabecero de la cama y llevándose a Kristen con él, que apoyó la cabeza en su pecho desnudo—. Y también he probado con infusiones de lavanda y

pasiflora. Pero nada puede con ellas...

—Lo siento —se lamentó Kristen.

Liam respiró pesadamente y soltó el aire.

—Tú no tienes la culpa —dijo.

Kristen se incorporó un poco y antes de que Liam pudiera decir algo, lo besó en los labios.

—Kristen... —musitó Liam, en un tono de suave reproche.

Kristen tomó su mano y se la llevó al corazón.

—¿Sientes cómo late? —le preguntó dulcemente.

—Sí —contestó Liam—. Late muy deprisa.

—Late así de deprisa por ti —aseguró

Kristen.

Liam apartó la mano, desvió la mirada y se quedó en silencio. Después se sentó en el borde de la cama, de espaldas a Kristen.

—Mi corazón nunca latirá así de deprisa por ti —aseguró en tono frío, adoptando un semblante serio—. Yo nunca podré amarte. —Aquellas palabras golpearon con fuerza a Kristen, que sintió que se le helaba la sangre—. Si me enamorara de ti —continuó Liam, haciendo una pausa—. Sería una traición.

—¿Una traición? —repitió Kristen perpleja—. ¿A quién estarías traicionando?

—A mi padre —dijo Liam sin titubear.

—Pero...

—Tú eres la hija del hombre que lo arruinó —cortó secamente Liam, contrayendo las mandíbulas—, del hombre que lo instigó a que se suicidara, del hombre que destruyó mi familia... ¿Cómo podría enamorarme de ti? —se preguntó.

—Entonces, deja que me vaya —dijo Kristen, con un profundo dolor en el alma y los ojos atestados de lágrimas. Era tanto resentimiento el que maceraba Liam en su interior que nada parecía hacerlo recapacitar—. Si nunca me vas a amar como yo te amo a ti, si tu corazón

no va a latir tan deprisa por mí, como el mío late por ti, déjame ir, Liam.

Liam giró el rostro y sus ojos se ensombrecieron. Un mechón de pelo caía sobre su frente.

—Jamás —afirmó con una rotundidad sobrecogedora.

—Pero, ¿por qué? —dijo Kristen, exasperada—. ¿Por qué te empeñas en retenerme aquí en contra de mi voluntad?

—Porque eres mía —dijo Liam únicamente—. Porque me perteneces; eres mi esposa.

—¿Tu esposa? —se rio Kristen sarcásticamente—. ¿Tu esposa? Una esposa a la que desprecias, a la que

odias... —Hizo una pausa, tratando de serenarse. Pronunciar aquellas palabras le dolía en lo más hondo de su ser—. Nunca pensé que fueras tan cruel y despiadado, Liam. Nunca —enfaticó. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas precipitadamente—. Que disfrutaras tanto haciéndome sufrir del modo que lo estás haciendo. Has convertido mi vida en un infierno —concluyó, sorbiendo por la nariz.

Liam se giró de nuevo, apartando la mirada de Kristen. No soportaba verla llorar así, y menos por él. Sintió una punzada de remordimiento y apretó los dientes. Cuando se volvió y la miró de nuevo, Kristen se sorprendió. Durante un

instante infinitesimal le pareció ver...
¿Era dolor lo que reflejaban sus ojos?

—Ya no puedo más, Liam —le dijo con la voz más dulce que se puede imaginar, apelando a eso que creía haber visto en su mirada—. Acaba con todo esto de una vez. Déjame ir, por piedad.

Liam movió la cabeza, negando.

—No puedo vivir contigo —dijo—. Pero sin ti, tampoco. —Aquella extraña confesión sorprendió a Kristen—. No sé qué me pasa... No... —Cerró los ojos y frunció los labios, impotente. Cuando los abrió, algo había cambiado en su mirada—. No voy a dejar que te vayas —apuntó en tono frío, como una sentencia.

Volvió a apartar la vista de Kristen, se levantó y se puso el pantalón. Tenía que distraerse con otra cosa. Desde hacía un rato le había estado observando los labios, sintiendo como un intenso calor le subía por los muslos hasta instalarse en la entrepierna. Estaba tan hermosa nada más de despertarse, con la piel sonrosada y el pelo alborotado... Su inocencia le resultaba tan excitante que le era imposible reprimir el deseo que bullía en el interior de sus venas. Respiró hondo, haciendo un esfuerzo por apartar de su cabeza las imágenes que lo hostigaban de lo que haría con ella. Kristen tenía la capacidad de agitar su pasión cada vez que estaba cerca, cada

vez que miraba sus ojos azules, cada vez que olía su aroma de mujer. Esa era su particular manera de castigarlo; manteniéndolo en un duelo consigo mismo que se preveía eterno. El deber y el querer. Quizá se lo mereciera, pensó en silencio, por el daño que él le estaba causando.

Liam se giró de nuevo para mirar a Kristen una última vez antes de marcharse. De pronto, al encontrarse con sus ojos, ese deseo que palpitaba en su cuerpo se revolvió en su interior como una bestia.

Sin respiro se abalanzó sobre ella, le cogió el rostro y comenzó a besarla frenéticamente, como si de sus labios

dependiera vivir.

—No, Liam... —protestó Kristen, empujándolo con una mano mientras que con la otra sujetaba la sábana para que no se le vieran los pechos. Sin embargo, Liam no la dejó apartarse.

—No me prives de tus besos —susurró en su boca.

Durante unos segundos, Kristen se dejó arrastrar por la pasión de Liam y por la suya propia. Sus lenguas se encontraron y se enredaron en un nudo húmedo. Pero enseguida volvió a la realidad.

—No... ¡Déjame! —dijo—. No quiero que me utilices para saciar tus necesidades animales. ¡Déjame!

Liam se paró en seco, con el aliento detenido en la garganta. Kristen observó sus labios firmes y sensuales; el deseo que asomaba a sus ojos entornados.

—Kristen... —siseó Liam en un tono que limitaba con la súplica.

—Vete —dijo Kristen, decidida a no ceder al impacto que Liam tenía sobre ella, e ignorando el calor que le estaba naciendo en las entrañas—. Vete, por favor.

Liam se puso de pie, resopló y se pasó la mano por el pelo. Su rostro mostraba una expresión de resignación.

—Kris...

—¿Es que no me has oído? —interrumpió Kristen con la voz cargada

de emoción y el rostro cubierto de lágrimas. Giró la cara para no verlo y así evitar de alguna manera la espiral de sensaciones que le provocaba su proximidad—. Vete —repitió.

Liam la miraba con una extraña mueca en el rostro, como si hubiera perdido el sentido; tratando de controlarse y de contener las ganas que lo devoraban por dentro, mientras su entrepierna palpitaba por la intensidad de su deseo.

—¡Qué te vayas! —gritó Kristen, al ver que Liam no se movía. Si dejaba que la tocara estaría perdida.

Se hizo un tenso silencio en la habitación. Solo se escuchaba el acompasado tic-tac del reloj que había

en la mesilla. Al cabo de unos largos segundos, Liam se dio media vuelta, cogió el resto de la ropa y salió de la habitación. Cuando Kristen escuchó que cerraba la puerta, se dejó caer en la cama, enterró el rostro en la almohada y luchó contra el torrente de lágrimas que brotaba de sus ojos con el corazón hecho pedazos.

CAPÍTULO 64

*El amor no puedes ocultarlo
cuando existe, ni puedes fingirlo
cuando no existe.*

(Alejandro Jodorowsky)

Kristen se levantó y se echó la bata.

Se dirigía al cuarto de baño con pasos perezosos cuando vio la carta de Anabella sobre la mesa. Se apresuró a sacar unas conclusiones rápidas: Liam la había dejado allí; por eso había ido a su habitación. Cogió el sobre y extrajo la nota de Anabella.

Al terminar de leerla tenía una extraña expresión de desilusión en el rostro. Si bien era cierto que ya sabía el motivo por el que Liam se había casado con ella y de su trato esquivo, no era menos cierto que tenía la esperanza de que las pesquisas de Anabella arrojaran algo de luz sobre el motivo por el que su padre odiaba a Bernard Lagerfeld de aquella forma tan visceral como lo había hecho.

Sin embargo, la carta no decía absolutamente nada al respecto.

Unos nudillos golpeando la puerta la sacaron de sus pensamientos.

—Adelante —dijo Kristen, levantando el rostro de la nota.

Silvana entró con la bandeja del desayuno.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —correspondió Kristen.

La criada se adentró en la habitación y dejó la bandeja encima de la mesa.

Kristen oyó fragmentos de una conversación que iba y venía en la planta baja.

—¿Con quién está el señor? —

preguntó.

—Con el señor Bryan Cooper —
respondió Silvana.

El rostro de Kristen se iluminó por momentos.

—¿Ha venido Anabella con él? —
dijo impaciente.

—No lo sé —contestó Silvana en tono neutro—. Le ha recibido Kamelia.

—¿Me ayudas a vestirme? —De pronto Kristen tenía prisa.

—Sí, claro. Pero, ¿no va a desayunar? —pregunto Silvana.

—Después. Ahora ayúdame a vestirme, por favor.

Kristen bajó las escaleras precipitadamente. Atravesó el vestíbulo y entró en el salón con su elegante vestido de organza amarillo. Liam y Bryan estaban conversando de pie, de espaldas a ella. Ambos se giraron cuando la sintieron llegar.

—Buenos días, Bryan —dijo, mirando a su alrededor, buscando a Anabella con los ojos.

Bryan se adelantó un par de pasos, tomó su mano y se la llevó a los labios.

—Buenos días, Kristen —dijo, besándosela cortésmente.

—¿No ha venido Anabella contigo? —preguntó ella, con expresión de

decepción en el rostro al no verla por ningún lado.

Bryan hizo una mueca con la boca.

—Se ha quedado en Londres. Tenía que elegir los arreglos florales para la ceremonia de la boda —respondió en tono despreocupado, tratando de sonar convincente. Aunque en realidad ni siquiera le había dicho que iba a Birmingham a ver a Liam—. Ya sabes cómo son estas cosas... Tú has pasado por ello.

—Sí, lo sé —dijo Kristen. Esforzó una sonrisa, pero en su voz había una visible nota de decepción.

Bryan intercambió una mirada con Liam. En esos momentos Kamelia hizo

entrada en el salón con el desayuno.

—Aquí tienen —dijo con voz coqueta, mientras colocaba las tazas encima de la mesa y le ponía ojitos a Bryan.

«¿Es que no se detiene ante nada ni nadie?», pensó Kristen con repugnancia.

—¿Quieres desayunar con nosotros? —le preguntó Bryan a Kristen, tratando en cierto modo de animarla, cuando Kamelia se fue.

—No, gracias. No tengo apetito —declinó la invitación ella—. Dale recuerdos a Anabella de mi parte, por favor —dijo después.

—Sí, por supuesto —respondió Bryan en tono dócil.

Kristen cogió la falda del vestido y la

alzó ligeramente, se dio media vuelta y salió del comedor. Cuando su esbelta figura desapareció tras las ornamentadas puertas de madera, Bryan giró lentamente el rostro hacia Liam y le lanzó una mirada interrogante.

—¿Va algo mal? —dijo.

—Todo —contestó categóricamente Liam, pasándose la mano por la cabeza. Se dirigió a la enorme mesa y se dejó caer en una de las sillas.

—¿Qué sucede con Caperucita? —dijo Bryan en el tono sarcástico que utilizaba cuando se refería a Kristen con ese apodo.

—No le llares así, Bryan —se apresuró a decir Liam.

Bryan enarcó una ceja, asombrado por la actitud de su amigo.

—Como quieras... —dijo, sentándose en la silla de al lado.

—No sé lo que me está pasando, Bryan —se arrancó a decir Liam con voz seria y confusa al mismo tiempo—. Te juro que no sé lo que me está pasando.

—¿Es por Kristen?

Liam hizo un ademán de afirmación con la cabeza.

—Ya sabe todo —dijo.

—Bueno, era lógico que más tarde o más temprano acabara enterándose.

—Sí, lo que no es lógico es que cada día que pasa me desprecie más a mí

mismo —aseveró Liam.

Aquella revelación causó una extraña sorpresa en Bryan.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó a su amigo.

—Aunque parezca absurdo, a veces siento la desesperación de tenerla y no tenerla al mismo tiempo. A veces la odio y otras... —Liam se interrumpió súbitamente —. Las manos me arden si no la toco, Bryan, si no la acaricio. Es como si tuviera fuego debajo de la piel —dijo, bajando los ojos y mirándose las palmas—. Necesito poseerla, estar dentro de ella...

—¿Ya la has hecho tuya? —intervino Bryan.

Liam asintió de nuevo.

—Sí —afirmó después—. Y lejos de que el deseo se apaciguara, ha crecido más.

—Es normal, Liam —opinó Bryan, intentando calmarlo—. Kristen es una mujer preciosa y tú no eres de piedra. A mí me pasaría lo mismo. A cualquier hombre le pasaría lo mismo —dijo, abriendo los brazos.

Liam sacudió la cabeza.

—Me hierva la sangre solo de pensar que puede caer en los brazos de otro hombre. —Apretó los puños mientras hablaba entre dientes—. Que otro pueda tocarla, que otro pueda... ¡Dios! —exclamó, sin poder terminar la frase—.

¡Es una tortura!

Bryan dejó que siguiera.

—Hace unos días intentó escaparse en plena madrugada. Organicé una partida de doce hombres y salí a buscarla — continuó Liam—. Hubo momentos en que estaba desesperado, Bryan. —Miró a su amigo con los ojos entornados—. Desesperado por que le hubiera ocurrido algo, desesperado al pensar en la posibilidad de perderla.

Liam se levantó del asiento y enfiló los pasos hacia los enormes ventanales del salón.

—Me casé con Kristen Lancashire buscando venganza —dijo, dando la espalda a Bryan—. La traje aquí para

hacerla sufrir y el que está sufriendo ahora soy yo.

—Y ella —le recordó Bryan, que de pronto estaba actuando como abogado del diablo.

—Y ella... —murmuró Liam con voz apesadumbrada. Su silueta alta y de espaldas anchas se recortaba contra el resplandor que entraba por la ventana, acentuando su porte regio y señorial—. Y eso es lo que más me duele, su sufrimiento.

—Déjala ir, Liam —dijo Bryan, advirtiendo la angustia que sentía su amigo—. Para acabar con su sufrimiento, y con el tuyo.

—No quiero. —Liam se giró—. No

puedo... —dijo en un extraño tono de voz—. Porque entonces solo me quedaran recuerdos.

—¿Estás empezando a sentir algo por Kristen? —le preguntó directamente Bryan.

Preocupado, Liam alzó la vista y miró a su amigo.

—No... No lo sé —respondió dubitativo—. Solo sé que ahora no sería capaz de vivir sin ella. —Se llevó la mano a la frente y se la acarició, como si así pudiera aclarar la maraña de pensamientos y emociones que lo hostigaban—. ¿Cómo ha podido ocurrir? —se preguntó—. Durante quince años he estado planeando mi vendetta.

¡Durante quince años! —exclamó a media voz—. Pero nunca tuve en cuenta las consecuencias ni el daño que podía hacer.

—Ni que pudieras enamorarte de tu víctima —añadió Bryan.

Liam se acercó a la mesa y volvió a sentarse. Se tapó el rostro con las manos. Aturdido, reflexionó acerca de su descubrimiento. Lo que sentía por Kristen era mucho más que deseo, sí, pero no podía ser amor.

—Es la hija de Gilliam Lancashire. Tengo que odiarla —afirmó como si eso fuera una obviedad.

—Sin embargo estás completamente loco por ella —dijo Bryan.

Liam volvió el rostro hacía su amigo y lo miró frunciendo el ceño. Sus ojos se oscurecieron.

—No —negó tajante, moviendo contundentemente la cabeza al mismo tiempo—. Me niego. Me niego —repitió—. Eso sería una traición, Bryan. Una traición a mi padre, a mi madre, a mí mismo. No se me puede olvidar que es la hija del hombre que destruyó a mi familia.

Bryan se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—Tienes que tener cuidado, Liam —dijo con voz sensata y expresión seria en el rostro—. Si no lo tienes, lo único que vas a dejar detrás de ti serán lágrimas y

desolación, una inmensa desolación. Si esto se te va de las manos, puede acabar en una tragedia.

Liam contrajo la mandíbula.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Déjala ir —le aconsejó de nuevo Bryan.

—¡Ya te he dicho que no puedo! —exclamó Liam—. ¡Que no quiero!

No estaba dispuesto a dejarla marchar. No tenía ninguna duda de que en cuanto la dejara libre, la perdería para siempre. Kristen no se quedaría junto a él, junto al hombre que había convertido su vida en un infierno.

Bryan pudo ver la desazón que

atravesaba el rostro de su amigo. Liam parecía haber llegado al borde de su paciencia, batallando entre lo que le decía la cabeza y lo que le decía el corazón.

—Está bien —dijo en tono conciliador.

Liam cogió aire, tratando de calmarse y de liberar la tensión que tenía acumulada. Aquel tema se le estaba yendo de las manos.

CAPÍTULO 65

*La profundidad y el sueño de mi
deseo,
Las amargas sendas en las que me
pierdo.
(Rudyard Kipling)*

Kristen entró en la cocina y se sentó

con rostro abatido en una de las viejas sillas de madera.

—¿Qué le ocurre, señora? — preguntó Silvana, que no se había acostumbrado a llamarla solo por su nombre, aunque Kristen se lo hubiese pedido—. Si me permite preguntárselo... —añadió, esbozando una sonrisa formal en los labios.

Kristen apoyó el codo izquierdo en la mesa y dejó que su barbilla descansara sobre la mano.

—Estoy cansada, Silvana —dijo en tono apático—. Muy cansada. Las cosas no están siendo como yo pensaba que serían.

—Bueno, a veces no es fácil... —

señaló la criada, haciendo gala de experiencia—. El matrimonio lleva una parte de resignación y de sacrificio, que se enmienda con el amor que se siente por la pareja.

Kristen dibujó en sus labios una sonrisa amarga.

—¿Y si tu pareja te odia? —dijo.

Silvana dejó de pelar la patata que tenía entre las manos y mostró una expresión de sorpresa.

—¿Odiar? —repitió, sin dar crédito a las palabras de Kristen.

—Sí —ratificó Kristen—. Odiar.

—¿Qué le hace pensar que el señor Lagerfeld la...? —Silvana no fue capaz de terminar la pregunta. La palabra tenía

demasiado peso.

—¿Qué me odia? —Kristen finalizó la frase por ella—. Me lo ha dicho él mismo.

—¿Entonces por qué se ha casado con usted? —preguntó la criada.

—Para vengarse.

La respuesta de Kristen dejó perpleja a Silvana.

—¿Qué motivos tiene el señor Lagerfeld para vengarse de usted?

—Es una historia muy larga, Silvana —dijo Kristen desanimada—. Demasiado larga...

La puerta que daba al jardín se abrió, interrumpiendo su conversación.

—Hola, Kristen —saludó Harper.

El rostro infantil se iluminó cuando la vio. Kristen giró la cabeza al escuchar su voz. Harper tenía la nariz y las mejillas coloradas, por el frío que hacía afuera.

—Hola, cielo —respondió cariñosamente Kristen.

—Señora Silvana, esto es para usted —dijo Harper, dirigiéndose a ella y entregándole un saquito lleno de verduras que acababan de recoger él y su padre en el huerto.

—Muchas gracias, granujilla —dijo la criada en tono alegre. Cogió el saco de las verduras y lo puso encima de la mesa.

—¿Te apetece una taza de chocolate?

—le preguntó Kristen.

Harper asintió entusiasmado. Miró a su padre, pidiendo permiso. Edmond, que permanecía de pie en el umbral de la puerta, inclinó lo cabeza ligeramente.

—Estate solo un rato —advirtió al pequeño.

—Sí, papá.

—Y no molestes a la señora.

—Tranquilo, Edmond —comentó Kristen con una sonrisa afable en los labios—. Harper nunca molesta. Todo lo contrario.

—Me portaré bien, papá —dijo Harper con todo la buena intención del mundo.

—Silvana, ¿nos haces un poco de

chocolate, por favor? —dijo Kristen amablemente.

—Por supuesto, señora.

La criada se levantó, se limpió las manos en el delantal y se dirigió a los fogones.

—¿Tú también vas a tomar chocolate?

—preguntó Harper, dirigiéndose a Kristen mientras se sentaba en un taburete de madera que había frente a ella.

—Claro que sí. A mí me encanta el chocolate —contestó ella—. Cuando era pequeña, como tú ahora, Tommy y yo convencíamos todos los días a mi nana para que nos preparara una enorme taza.

—¿Tommy? —dijo Harper, arrugando

la nariz—. ¿Era tu novio?

—No. —Kristen sonrió ante la ocurrencia del niño—. Tommy es mi mejor amigo. Con él cazaba ranas en la charca y trepaba a los nogales del jardín.

Harper abrió los ojos con mucho asombro.

—¿Tú cazabas ranas y trepabas a los árboles? —preguntó, extrañado. Kristen le parecía tan elegante y delicada que no se la imaginaba haciendo esas cosas.

—Sí, y era muy buena —afirmó Kristen.

—Vaya... A mí también se me da muy bien trepar a los árboles.

—¿En serio?

Harper asintió repetidamente con la cabeza.

—Sí, siempre gano a todos los demás niños de la hacienda. Menos a Rod, pero porque él hace trampas...

Kristen se echó a reír.

—Un día podemos hacer una competición —comentó en broma—. Tú, yo y ese tal Rod.

—Aquí tenéis —interrumpió Silvana, poniendo a cada uno una taza hasta arriba de chocolate y un plato de pan frito.

—Gracias, Silvana —le agradeció Kristen.

—Gracias —dijo Harper. Impaciente

y con la boca a punto de hacérsele agua, se acercó la taza, cogió un trozo de pan y lo hundió en el chocolate. Kristen hizo lo mismo.

—Está riquísimo —se adelantó a decir.

Uno de los criados de la hacienda llamó a Silvana desde el jardín.

—Voy —vociferó ella.

Abrió la puerta y salió.

—Siento que no pudieras escaparte —dijo Harper en voz baja.

—No te preocupes —comentó Kristen, aunque en el fondo ella era quien más sentía no haber podido llevar a buen puerto sus planes.

—He oído que Calipsa te tiró.

—La tormenta la asustó, se encabritó y me caí al suelo —explicó Kristen a medio tono—. Pero me desplomé sobre un montón de hojas y afortunadamente no me hice daño.

—Mi padre la encontró horas después —dijo el niño, pringando otro trozo de pan en el chocolate—. Estaba desorientada al borde del despeñadero que hay al norte de la hacienda.

—Me alegro de que apareciera, a pesar de que yo no haya podido escapar —afirmó Kristen con una mezcla en la voz de alivio y tristeza a la vez—. Si no hubiera sido por la tormenta que se desencadenó, me hubiera llevado hasta Londres.

—Sí, lo hubiera hecho sin problemas —corroboró Harper mientras masticaba—. Calipsa es una yegua muy buena. —Hizo una pausa y se quedó pensando unos segundos, dejando el bocado del pan con el chocolate a medio camino de la boca—. ¿Todavía sigues con la idea de escaparte? —le preguntó a Kristen, en el mismo tono bajo que había utilizado durante toda la conversación.

—Ahora más que nunca —respondió ella con anhelo—. Pero es muy difícil, Harper. Liam me tiene vigilada más que antes, incluso creo que los criados y la servidumbre controlan cada uno de mis movimientos.

Harper torció el gesto. Si lo que decía

era cierto, ayudarla a huir iba a ser tarea imposible.

—Creo que nunca voy a poder irme de aquí —dijo Kristen llena de frustración. De repente se había quedado sin apetito—. Esto es como estar en una cárcel —añadió, apartando hacia un lado la taza de chocolate.

—Encontraremos la forma para que puedas escaparte, no te preocupes —la animó Harper. Kristen alzó la vista y lo miró. Harper era la única persona en esa casa que le proporcionaba algo de alegría. El pequeño le regaló una sonrisa, como si hubiera leído su pensamiento—. Ya lo verás —concluyó, dando un bocado al trozo de pan frito

que tenía en la mano.

Kristen suspiró resignada. Ella no estaba tan convencida.

CAPÍTULO 66

*La felicidad es como la neblina:
cuando estamos dentro de ella no la
vemos.*

(Amado Nervo)

Scott apuró el vaso de absenta y levantó la mano para llamar la atención

del camarero.

—Otro —pidió con malos modales.

El camarero asintió.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó el hombre que estaba sentado frente a él en la mesa del fondo de la taberna del *Viejo Sabio*. Un individuo con entradas, peinado hacia atrás, de rasgos enjutos y aire refinado que iba vestido con ropas de primera marca.

—El embargo sobre la mansión ya se ha hecho efectivo —respondió malhumorado.

—¿Cuándo? —quiso saber el hombre, con expresión de extrañeza en el rostro.

—Hace ya algunos días.

—¿Y quién la ha comprado?

—No lo sé —dijo Scott—. No ha trascendido. La persona que se ha hecho con ella prefiere mantenerse en el anonimato y eso no me gusta nada.

—¿Por qué?

—Porque puede haber sido cualquiera —dijo Scott, intentando no elevar el tono de voz. No quería que nadie le oyera, pero le resultaba complicado dado lo alterado que estaba en esos momentos—. Cualquiera —repitió para que quedara claro.

—¿Entonces no has tenido todavía noticias del nuevo propietario?

Scott negó con la cabeza mientras se llevaba el vaso a los labios y bebía un trago de absenta.

—No.

—Que extraño... —comentó el hombre—. Si el embargo se ha hecho efectivo hace algunos días, a estas alturas deberías estar ya fuera de la mansión de los Lancashire.

Scott alzó los ojos y fulminó a su amigo con la mirada. Su rostro hosco había adoptado un semblante más grave de lo habitual.

—¿Crees que no soy consciente de ello? —le espetó.

—¿Y qué vas a hacer?

El hombre cogió su copa de coñac de la mesa y dio un sorbo, obviando el malhumor que se gastaba Scott.

—No lo sé —respondió Scott,

mirándolo por encima del borde del vaso—. No lo sé...

—¿Lo sabe Kristen Lancashire?

—La casé con Liam Lagerfeld para no tener que darle explicaciones —dijo Scott en tono despectivo.

—Pues ahora no te va a quedar más remedio —apuntó el hombre, tirando de sentido común—. Has perdido la fortuna que le dejó su padre y la mansión. ¿No crees que ya es hora de írselo diciendo?

Scott puso los ojos en blanco.

—¿Y qué más da que se lo diga o no? Ya da igual —respondió con desidia en la voz—. Ya no se puede poner remedio.

El hombre negó lentamente para sí. La actitud despreocupada de Scott iba a

llegar a ser legendaria. ¿Cómo podía no haberle contado a la heredera universal de Gilliam Lancashire que lo había perdido todo? No podía decir que aquella indiferencia iba a llevarle a la perdición porque ya lo había hecho.

—Lo único que tengo claro es que no voy a hacer nada hasta que quién sea que haya comprado la mansión dé señales de vida —dijo Scott—. Cuando al nuevo dueño le dé por aparecer, entonces ya veré que hago. —Y volvió a beber un trago de absenta.

—Quizá... —empezó a decir Harper

a media voz.

—Quizá... ¿qué? —dijo Kristen.

El niño miró a un lado y a otro para asegurarse de nuevo que nadie lo escuchaba.

—Todos los lunes por la tarde viene el señor Brown a recoger la leche. Podrías escaparte escondiéndote en los cántaros que lleva en la carreta.

—¿Quieres que me meta en un cántaro? —bromeó Kristen.

—No —negó Harper, moviendo enérgicamente la cabeza al mismo tiempo—. No cabe —dijo como algo obvio—. Pero puedes meterte entre ellos. Siempre van tapados con unas cuantas mantas.

—¿De dónde sacas estas ideas? — preguntó Kristen en voz baja—. ¿De alguna de esas historias de dragones y héroes que tanto te gustan?

—Esta sí —respondió Harper, con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

—¿Y el protagonista logra escapar? —se interesó Kristen.

Harper asintió a modo de respuesta. Silvana entró de nuevo en la cocina, obligando a ambos a callarse mientras intercambiaban en silencio una mirada cómplice.

—Harper, tu padre me ha dicho que vuelvas con él, que tienes que ayudarlo —dijo.

Harper dio el último sorbo de

chocolate que le quedaba en la taza, se bajó del taburete, se acercó a Kristen, le dio un rápido beso en la mejilla y salió por la puerta como una exhalación.

—Hasta luego —se despidió.

—Hasta luego —dijeron Kristen y Silvana casi a la vez.

Kristen sonrió. Adoraba a ese niño.

—Voy a ir al mercado —anunció Silvana—. ¿Necesita algo, señora?

—No, gracias —respondió Kristen.

—Entonces no me demoro más —comentó la criada mientras se desataba el delantal—. Después se llena de gente y es imposible caminar por las calles.

Silvana se fue y Kristen se levantó de la silla pensando en lo que le había

dicho Harper sobre esconderse entre los cántaros del lechero. Si, como decía el pequeño, los cubrían con varias mantas, no le sería difícil ocultarse bajo ellas. Cuando iba a salir por la puerta se encontró con Liam, que se quedó mirándola fijamente.

—¿Me dejas pasar? —le preguntó Kristen, al ver que no tenía ninguna intención de moverse del medio de la puerta, ocupándola por completo.

—¿Y si no quiero?

—Por favor, Liam —dijo Kristen azorada.

—Antes no me has dado ni los «buenos días» —señaló Liam.

Kristen dibujó en los labios una

amarga media sonrisa.

—Me lo reprochas como si eso te importara.

—Quizá sí me importe.

El corazón de Kristen se detuvo. Miró fijamente a Liam. Su expresión era indescifrable.

—¿A qué estás jugando, Liam? —preguntó, visiblemente confundida.

—No estoy jugando —aseguró él con rostro imperturbable.

—¿Se te ha olvidado que soy hija de Gilliam Lancashire? ¿Se te ha olvidado que me odias? ¿Qué no te importa en absoluto nada de lo que me pase —inquirió Kristen con cierta recriminación.

—No se me ha olvidado. Lo recuerdo todas las horas de todos los días. —Fue la contestación de Liam, a quien su propia respuesta parecía causarle pesar.

Kristen movió la cabeza. Sus palabras siempre acababan haciéndole daño, siempre acababa herida.

—Por favor, déjame pasar —le pidió en tono apesadumbrado.

Liam buscó sus ojos. Su mirada azul mostraba esa vulnerabilidad que hacía que su corazón se encogiese. Hizo un esfuerzo para tratar de ignorar la voz que le decía que la abrazara. No debía, aunque deseaba estrecharla en sus brazos con todas sus fuerzas.

Dio un paso hacia atrás y se hizo a un

lado. Kristen pasó rozándolo.

—Gracias —dijo únicamente.

El característico aroma a rosa mosqueta embriagó las fosas nasales de Liam, que trató de retener la fragancia en su nariz. No le gustaba aquella fría formalidad con que lo trataba. Prefería a la Kristen pizpireta. La que coqueteaba tímidamente con él y se lanza a sus labios para darle un beso tan inesperado como furtivo.

De repente advirtió que Kristen se sujetaba con la mano al marco de la puerta, como si le hubiera dado un mareo. Extendió los brazos rápidamente y la asió por la cintura para que no se cayera al suelo. Kristen sintió un

cosquilleo en el estómago ante la cercanía de Liam.

—¿Qué te sucede? —preguntó Liam con una nota de alarma en la voz cuando la vio sin una gota de color en el rostro.

—No es nada. Solo un simple mareo —respondió Kristen, recomponiéndose y zafándose de las manos de Liam, aunque no logró que él la soltara.

—¿Comes bien? —quiso saber Liam.

—Sí, como bien —mintió Kristen, hosca.

¿Por qué siempre tenía que precisar de la ayuda de Liam? ¿Por qué él estaba siempre detrás de ella para evitar sus caídas? ¿Cómo si realmente fuera su ángel de la guarda y no el hombre que se

había casado con ella para vengarse de su padre?, se preguntó en silencio para sí misma. La hacía sentirse como una verdadera tonta.

—¿Por qué será que no te creo? —abdujo Liam en tono serio—. Últimamente estás pálida y has adelgazado varios kilos.

—Estoy bien, Liam —alegó Kristen, intentando sonar rotunda—. Suéltame, por favor. —Sus dedos cálidos y fuertes quemaban su piel.

Liam retiró las manos de su fina cintura.

—Mañana pediré cita con el médico. No quiero que te enfermes —afirmó.

—¿Para seguir torturándome? —

preguntó Kristen con mordacidad—. ¿Por eso no quieres que me enferme? ¿Por eso te preocupas por mí?

Sonrió con tristeza.

—Kristen... —la nombró Liam, reprendiéndole.

—Déjame, Liam —pidió ella—. Estoy bien. No voy a ir a ningún médico.

—Entonces comeremos y cenaremos juntos todos los días. Así vigilaré si te estás alimentando bien.

—No voy a comer y a cenar contigo todos los días —contradijo Kristen—. Prefiero hacerlo en mi habitación o aquí en la cocina.

—Da igual lo que prefieras —replicó Liam—. Comerás y cenarás conmigo y

punto.

Durante unos instantes, Kristen estudió el rostro de Liam. Se veía firme e imperturbable. Sin embargo, el brillo de sus ojos sugería algo más. Realmente parecía que estaba preocupado por ella. Negó para sí, volviendo a la realidad. No le convenía dar pábulo a esa idea. Dio un paso hacia delante, se liberó del poderoso efecto que Liam producía en ella y se fue sin decir nada más.

Mientras Liam la observaba alejarse, medio hipnotizado por su elegante forma de caminar, pensó detenidamente en lo que le había dicho Bryan. ¿Y si su amigo tenía razón? ¿Y si estaba comenzando a enamorarse de Kristen?

Aquella posibilidad lo aturdió profundamente. Lo último que esperaba que ocurriera era enamorarse de la hija de Gilliam Lancashire. Era una trampa del destino con la que no había contado. Pero era cierto que Kristen estaba despertando sensaciones en él que hasta ese entonces le eran desconocidas, sensaciones que nunca antes había experimentado.

—Nadie es más listo que el diablo —masculló en voz baja, dejando escapar un suspiro.

CAPÍTULO 67

Se separaron.

Ella tomó el camino de la izquierda.

Él, el de la derecha.

Pero olvidaron algo.

El mundo es redondo.

Kristen no aguantaba más estar

confinada entre las paredes de la hacienda. Se sentía como en un convento, en una cárcel, o en una preciosa jaula con los barrotes de oro. Con cualquiera de aquellas comparaciones se identificaba bien. ¿Cómo había llegado a esa situación?, se preguntó con amargura. Ella, que se había casado tan ilusionada y enamorada de Liam. Y él... Le dolía tanto pensar en las razones por las que él le había pedido matrimonio.

La única opción factible para salir de allí era por medio de la idea de Harper. Quizá pareciera un desatino; escapar escondida bajo mantas entre unos cántaros de leche. Pero desde que se

había casado con Liam y la había llevado a la hacienda, todo era un desatino en su vida. Así que no se lo pensó mucho más. Aquel mismo lunes trataría de huir de nuevo.

—Yo distraeré a Silvana y a la tonta de Kamelia mientras tú te subes a la carreta y te tapas con las mantas — explicó Harper con la resolución de un adulto—. Tiene que ser ahora, que es cuando el señor Brown está haciendo las cuentas con Jerry.

Kristen asintió, depositando toda su confianza en Harper.

—Gracias, cielo —le dijo. Lo estrechó contra su pecho y le dio un fuerte abrazo. Ese niño era el pequeño

ángel que Dios había puesto para ella en aquella hacienda.

—Te quiero mucho —confesó Harper.

—Y yo a ti —afirmó Kristen, con los ojos bañados en lágrimas.

Se echó el pañuelo sobre la cabeza a modo de turbante, se dio la vuelta y enfiló rápidamente los pasos hacia la destartalada carreta, mirando a todos lados, inevitablemente nerviosa. Por nada del mundo quería que Liam se enterase de que estaba tratando de escaparse de nuevo. No hasta que estuviera en Londres. Sino la encerraría con llave en la habitación. De eso estaba segura. Aunque si ocurriera, no sería muy diferente a la vida que llevaba

ahora.

Dejó a un lado esos pensamientos y echando un último vistazo a su alrededor, puso un pie en la rueda de la carreta y se impulsó dentro. Como pudo se deslizó entre los cántaros de leche del fondo y se cubrió con las viejas mantas. De algo le habían servido todos los nogales del jardín a los que había trepado cuando era pequeña. Su agilidad seguía siendo admirable.

Las mantas olían a rancio y leche reseca. De pronto sintió náuseas y se le revolvió el estómago. Pero aunque era un olor desagradable, el aire que soplaba frío también le llevaba una fragancia a libertad que comenzaba a

saborear mientras el corazón le latía aceleradamente.

Harper le había dicho que tenía que tratar de bajarse tres paradas más adelante, en un pequeño caserío al norte de Banbury, donde el señor Brown recogería los últimos cántaros de leche antes de dirigirse hacia el oeste, a Cheltenham, pues él no iba a Londres.

Estaba repasando mentalmente todas las instrucciones cuando oyó que se aproximaban pasos. Contuvo la respiración en la garganta, sin moverse. Alguien subió a la carreta. Segundos después escuchó el chasquido de un látigo y una voz ronca arreando a los caballos. Kristen soltó el aire de los

pulmones, aliviada, cuando se pusieron en marcha.

—Dios, apiádate de mí —imploró, elevando una plegaria al cielo.

CAPÍTULO 68

*Cuando el sol se pone, las sombras,
que al mediodía se mostraban solo
pequeñas,
aparecen entonces largas y
amenazadoras.
(Nathaniel Lee)*

El tenue e hipnótico traqueteo de la carreta le producía somnolencia, menos cuando pillaba algún bache y entonces los cántaros se movían a su alrededor. Kristen también rezó para que ninguno se le cayera encima y la empapara de leche. No se quería ni imaginar cómo tendría que oler pasadas unas horas.

Separó discretamente las mantas con los dedos y miró a través del hueco que se había formado. Estaba atardeciendo y la noche se abría paso en el cielo anaranjado con jirones de color azul oscuro. Una legión de grillos cantaba en algún lado y bandas de pájaras volaban para refugiarse al amparo de los nidos.

—Ya queda poco —se dijo a sí

misma, animándose.

Una hora después la carreta se detuvo. Era el tercer sitio donde el señor Brown paraba desde que habían salido de la hacienda. Kristen volvió a mirar por el hueco de las mantas. Ante sus ojos de pupilas extraordinariamente dilatadas apareció el pequeño caserío del que le había hablado Harper recortado contra el negro cerrado de la noche. Estaba en Cheltenham.

Tenía que apearse.

El señor Brown bajó de la carreta y se dirigió al hombre de treinta y largos años que lo esperaba en la puerta de la casa.

—Buenas noches, Jack —le saludó.

—Buenas —respondió el hombre.

—¿Tienes las cántaras listas? —oyó que le preguntaba el señor Brown.

—Sí, como cada lunes.

Kristen advirtió que se dirigían a la parte trasera del caserío. Pestañeó para que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad. Cuando los perdió por completo de vista y se cercioró de que no había nadie más cerca, se destapó y se bajó de la carreta. Echó un vistazo fugaz a un lado y a otro y decidió que lo mejor era esconderse en el interior de la arboleda que se prolongaba a su izquierda. Ya tendría tiempo después para decidir con calma cuál sería su siguiente paso a seguir. De momento no

podía negar que se sentía feliz de haber llegado hasta allí sin ningún contratiempo. Pero era ahora cuando tenía que ser más precavida. Liam ya se habría dado cuenta de que se había escapado y no dudaría en volver a reunir una partida de hombres para buscarla debajo de las piedras, si fuera necesario.

Sin pararse a pensar en nada, se recogió la falda y salió corriendo. Oculta detrás de un robusto tronco observó cómo el señor Brown y el dueño del caserío cargaban las cántaras de leche en la parte trasera de la carreta, cómo el señor Brown se subía a ella y cómo de nuevo arreaba a los caballos a

golpe de látigo.

Entonces todo quedó en silencio. Un silencio súbito y absoluto que le produjo un escalofrió. Echó un ojo detrás de ella por encima del hombro. La oscuridad a su espalda era espesa y absorbente como un pozo sin fondo, dando a la arboleda una profundidad infinita.

Una ráfaga de viento frío, como si surgiera de una tumba recién abierta, le sacudió los mechones de pelo sueltos. Kristen se acarició los brazos. Se dio cuenta de que estaba helada.

—No puedo pasar la noche a la intemperie —farfulló—. Y menos con este frío. No sé qué dirección tengo que tomar —dijo para sí, mirando a derecha

e izquierda—. Lo último que quiero es perderme.

Su mente empezó a barajar la posibilidad de pedir a la familia que vivía en el caserío que le dejaran pasar la noche dentro, aunque tuviera que dormir en el suelo. Las ventanas emitían la luz amarillenta de su interior y la chimenea exhalaba un humo grisáceo que dejaba adivinar el fuego que debían de tener dentro. Pero desechó la idea de inmediato. ¿Con que cara iba a presentarse en mitad de la noche a pedir cobijo?

A lo lejos se escuchó el sonido melancólico del aullido de un lobo. Después otro se unió a él. Y

seguidamente otro y otro más, formando una coral que por momentos resultaba sombría. El corazón de Kristen dio un vuelco. Miró a su alrededor, aterrada. La niebla flotaba en la atmósfera como dedos de bruma con voluntad propia.

Llevada por el miedo, salió del bosque y se encaminó hacia el caserío. Frente a la puerta se alisó la falda con las manos y se colocó los mechones de pelo. Respiró hondo y tocó suavemente con los nudillos.

Tras unos segundos que se le antojaron eternos, la puerta se abrió.

—¿Qué desea? —preguntó una mujer de treinta y pocos años, con el pelo castaño claro y unos ojos gris oscuro

que se entrecerraban con cierto recelo. En los brazos sujetaba a una niña rubita de mirada azul clara que se chupaba el dedo.

—Buenas noches —dijo Kristen—. Disculpe... Disculpe las molestias. Soy Kristen Lancashire, hija de Gilliam Lancashire —se presentó—. Necesito... necesito que me ayuden, por favor.

La mujer frunció el ceño, sin decir nada. Otra niña, mayor que la que sostenía en brazos, también de cabello dorado y ojos claros, se asomó a la puerta.

—Vengo desde Birmingham y... —Kristen tenía las palabras atascadas en la garganta—... ¿Podrían darme cobijo

esta noche? —preguntó al fin—. Voy a Londres, pero no puedo...

—¡Sí, mamá! —interrumpió con entusiasmo la niña que se mantenía de pie junto a su madre—. ¿Has visto que guapa es? Parece una princesa —observó la pequeña, sin apartar un solo instante la mirada de Kristen. Estaba ensimismada con su belleza de cuento.

—Jack... —dijo la mujer.

—¿Sí?

El hombre que Kristen había visto hablar con el señor Brown apareció detrás de la mujer y de las dos niñas.

—Necesita un sitio donde pasar la noche —comentó.

—¿Tienes dinero? —dijo Jack.

—No —respondió Kristen—. Pero cuando llegue a Londres les pagaré tres veces más de lo que cuesta una posada.

El hombre pareció pensárselo mientras se rascaba la barbilla.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Kristen Lancashire.

Jack enarcó las cejas en un indisimulado gesto de incredulidad.

—¿Eres hija de Gilliam Lancashire?

—Sí —afirmó Kristen, segura de que el nombre de su padre era una suerte de garantía, por lo menos en lo que a dinero se refería.

—Pasa —dijo, haciendo al mismo tiempo un ligero movimiento de cabeza.

Kristen respiró aliviada.

—Gracias —dijo, verdaderamente agradecida por la hospitalidad que le ofrecían.

Al traspasar el umbral de la puerta se encontró con una casa humilde y austera hasta la saciedad. Con techumbre de madera y una chimenea al fondo en la que chisporroteaba el fuego.

—¡Jana, mira! ¡Ha venido una princesa a casa! —gritó la niña, y salió corriendo en busca de su hermana, que se encontraba en la habitación.

—Soy Brenda —se presentó la mujer con expresión afable en el rostro.

—Encantada —dijo Kristen.

—Él es Jack, mi marido. Y estas son mis hijas, Kim, Jana y Rose —siguió

Kim

—Encantada —volvió a decir Kristen, dedicándoles a las pequeñas una amplia sonrisa.

—¿Eres una princesa? —le preguntó la niña que se llamaba Jana. Una muñequita de vivos ojos grises y pelo castaño claro como su madre.

Kristen se inclinó hacia ella.

—No, no soy una princesa —dijo, acariciándole el cabello.

—Pero pareces una princesa —intervino Rose.

—Muchas gracias —agradeció Kristen—. Vosotras también parecéis unas princesas.

—¿En serio? —preguntó Jana,

asombrada por el comentario que acababa de hacerle Kristen.

—Por supuesto —respondió Kristen sin dejar lugar a dudas—. Sois tan hermosas como lo son ellas.

La niña abrió los ojos de par en par.

—Vaya... —expresó—. ¿Has oído eso, papa?

—No molestéis más a la señorita. — Fue la respuesta de Jack.

—No se preocupe. No me molestan —se adelantó a decir Kristen—. Al contrario, me encantan los niños. Soy maestra.

—¿Nos contarás un cuento? —curioseó Rose.

Kristen intercambió una mirada con

Kim. La mujer no dijo nada.

—Sí, claro —afirmó sonriente.

—Pero eso será más tarde —terció Jack—. Id a la habitación a jugar un rato —. Me imagino que tendrás hambre... —dijo, dirigiéndose a Kristen—. Kim, dale algo de cena.

—Gracias —dijo Kristen, sentándose a la mesa.

Kim le llevó pan moreno, huevos duros y puré de patatas.

—¿Por qué quieres ir a Londres? —le preguntó en tono suave.

—Porque allí está mi familia.

—¿Y de dónde vienes? —curioseó después.

—De Birmingham.

Kristen hizo una pausa antes de continuar, sopesando lo siguiente que iba a decir. Era inevitable dar explicaciones. Al fin y al cabo, aquellos desconocidos le estaban hospedando en su casa. Lo mínimo que se merecían era saber por qué estaba allí.

—Vivo allí con... mi esposo. Pero me he escapado. Mi matrimonio es un infierno. Ya no aguanto más —dijo con expresión apenada en el rostro. — Levantó los ojos y miró a Kim y a Jack con aprensión, que la escuchaban atentamente—. Por favor, no le digan a nadie que estoy aquí, que me he escapado. Si mi esposo se entera... — La voz la abandonó. Le dolía tanto

pensar en Liam, y haberse visto obligada a huir de su lado.

—Tranquila. —Kim se acercó a ella y le pasó la mano por el hombro cariñosamente—. Aquí estás a salvo.

—Mañana por la mañana te llevaremos a Londres, con tu familia —intervino Jack—. Esta noche puedes quedarte aquí. Hay una cama de sobra en el cuarto de las niñas.

—Gracias —dijo Kristen, con los ojos vidriosos—. Gracias, de verdad.

Por fin parecía verse algo de luz entre tanta oscuridad.

CAPÍTULO 69

*Hay en ti lo que creemos de los
cielos,
asombro, fulgor, pureza y verdad,
alegría eterna y amor imperecedero.
(Thomas Otway)*

Al fin Kristen disfrutaba de algo de tranquilidad sentada sobre el camastro. Una paz interior que anhelaba desde hacía mucho tiempo. Cuando estuviera en casa, en Londres, todo sería distinto. Allí estaría arropada por Bertha, Ludwig, Tommy y Anabella. Ninguno de ellos dejaría que regresara a Birmingham para que Liam siguiera haciéndole la vida imposible. Ninguno.

—¿Nos cuentas un cuento? —preguntó Rose.

Kristen pestañeó un par de veces y volvió a inmiscuirse en la realidad con la voz infantil de la niña.

—Sí —dijo, blandiendo una cariñosa sonrisa en los labios.

Las tres pequeñas se subieron a la cama y se sentaron a su alrededor.

—¿Sobre qué queréis que os cuente el cuento?

—Sobre princesas —respondió Rose.

—Sí, sobre princesas —confirmó Jana.

—¿Y tú, pequeña? —preguntó a Brenda, que por nada del mundo dejaba de chuparse el dedo.

—Sobre princesas —balbuceó con su lengua de trapo.

—Está bien. ¿Os han contado el de La Bella Durmiente?

—No —negaron Rose y Jana casi al mismo tiempo.

—Entonces os lo contaré. —Kristen

carraspeó para aclararse la garganta—. En un lugar muy lejano, vivía...

Cuando se quiso dar cuenta, las tres niñas se habían quedado dormidas. Miró el destartado reloj de estaño que descansaba sobre la mesilla. No le extrañaba. Eran casi las dos de la madrugada. Se levantó de la cama, cogió la manta que había sobre una de las sillas y las arropó, mientras sonreía ligeramente. Se las veía tan felices.

La puerta de la habitación se abrió. Kristen se giró.

—Kristen, puedes venir un momento

—dijo Kim, sujetando el pomo de la puerta. En su voz había un deje extraño.

—Sí —respondió Kristen.

Cuando salió de la habitación le dio un vuelco el corazón. Las rodillas se le aflojaron de golpe.

—Liam... —dijo incrédula.

Tragó saliva y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Lanzó una rápida mirada a Jack, que estaba sentado a la mesa y después a Kim, que permanecía de pie unos pasos detrás de ella.

—Digitéis que me ayudaríais, que no me preocupara, que no diríais que estaba aquí —dijo con lágrimas en los ojos, impotente.

Kim la miró avergonzada. No era cosa

suya. Aunque no le había quedado más remedio que estar de acuerdo. Abrió la boca para decir algo, pero no fue capaz de articular palabra. Liam arrojó una pequeña bolsa sobre la mesa. Se abrió con el golpe y algunas monedas cayeron y rodaron por el suelo. Jack se apresuró a recogerlas con el rostro lleno de avaricia. ¿Por qué la gente se vendía siempre por dinero?, pensó Kristen.

—¿No dejáis solos, por favor? —
pidió Liam.

Kristen volvió a tragar saliva, pero tenía la garganta seca. No quería quedarse a solas con Liam.

Cuando Jack y Kim se metieron en su habitación, Liam dio un paso adelante.

Kristen lo miró de arriba abajo en toda su estatura.

—Nos vamos a casa —indicó únicamente. Su tono era rotundo y concluyente.

—No voy a ir contigo —se negó Kristen, sacando aplomo de donde no lo tenía.

Liam se acercó a ella unos cuantos metros con pasos largos y tranquilos mientras se quitaba lentamente los guantes de cuero. Kristen se obligó a no retroceder, pese a que su altura y su semblante autoritario la imponían. Pero no estaba dispuesta a dejarse intimidar en absoluto.

—Regresarás conmigo por las buenas

o por las malas —dijo Liam con parsimonia, sin elevar una octava la voz.

—No quiero ir contigo, Liam —repitió Kristen, levantando la barbilla con expresión retadora.

—Eres mi esposa. Y el deber de toda esposa es estar al lado de su marido —alegó Liam, arqueando una ceja.

—Al lado de un marido que la ame. Pero tú a mí me odias —replicó Kristen, tratando de no alzar la voz. No quería que las niñas se despertaran. No era su casa y tenía que ser considerada—. Solo quieres tenerme cerca para vengarte de lo que mi padre le hizo a tu familia, y ya estoy harta. Harta de expiar unos pecados que no son míos, de cargar con

una culpa que no me corresponde, de...
—Se calló de golpe. Liam se percató del intenso dolor que había en aquellas palabras y el tono amargo en que habían sido pronunciadas—. Quiero irme a mi casa —dijo Kristen mientras una lágrima se derramaba por su mejilla.

Se hizo un tenso silencio. Kristen se quedó a la espera de que Liam acabara con todo aquello, que dijera que sí, que la llevaría a su casa. Sus esperanzas se rompieron en mil pedazos cuando vio que Liam negaba con la cabeza.

—No puedo dejarte ir. No ahora. — Fue lo único que dijo él.

Kristen trató de descifrar el significado de sus palabras. ¿Qué quería

decir con «no ahora»? ¿Por qué esa frase había sonado distinta al resto? ¿Por qué de pronto Liam parecía abrumado?

—Por favor, Liam... —dijo Kristen con un toque de súplica en la voz—. Es absurdo seguir con esto.

—He dicho que no voy a dejarte ir —repitió Liam. En su rostro de rasgos angulosos se dibujó una expresión seria.

Kristen deseaba mandarle al infierno. Pero se mordió la lengua, apretó los labios y se quedó callada. ¿De qué le serviría discutir? Liam siempre tenía las de ganar y ella las de perder.

Aunque... quizá lo mejor era actuar. Echó un vistazo fugaz a la puerta y sin

pensárselo dos veces se lanzó a ella. Tenía la mano en el agarrador cuando Liam la cogió por la cintura.

—¿Dónde crees que vas? —le preguntó con ironía.

—Déjame —dijo Kristen, tratando de apartar las manos de Liam. Pero le fue imposible zafarse de ellas—. Déjame marchar —repitió, debatiéndose con él.

Liam la cogió y se la echó al hombro.

—¡Maldito seas! —exclamó Kristen con rabia y la voz atenazada por la frustración—. ¡Mil veces maldito!

Liam abrió la puerta y salió del caserío sin darle réplica. El cochero, al verlo llegar, se apresuró a abrir la puerta del carruaje. Liam sujetó a

Kristen por las muñecas y la introdujo en la berlina.

—Al final vas a conseguir que te encierre con llave en tu habitación — comentó, cuando logró sentarla en el asiento de cuero.

—Puedes hacer lo que quieras —dijo Kristen sin poder contener las lágrimas—. ¿Crees que es peor a cómo vivo? Apenas me dejas salir de la casa y no me permites ver a mis amigos, a mi gente... —Su voz se fue apagando. Ya no le quedaban fuerzas. Alzó la mirada y la clavó en Liam. Los suyos se intuían entre el juego de sombras que supuraba la noche—. Voy acabar odiándote.

Liam entornó los ojos. Aquella última

afirmación fue un golpe que no esperaba, y que le dolió. ¿Podría hacer frente al odio de Kristen?

CAPÍTULO 70

No me pidas que me detenga —le susurró él con voz ronca, que salía de lo más hondo de su pecho—. Te deseo tanto.

(Jayne Castle en Gentle Pirate)

El comedor estaba iluminado por una

tenue luz que recordaba el resplandor de las velas.

—¿No vas a probar el estofado de pato? —preguntó Liam en tono suave.

—No tengo apetito —respondió Kristen, haciendo una mueca con la boca y apartando ligeramente el plato.

Desde que Liam la obligaba a comer y a cenar con él, sentarse a la mesa era un suplicio, porque nunca tenía hambre y además sentía náuseas cuando veía la comida.

Liam dejó el cuchillo y el tenedor en el plato, apoyó los codos sobre la mesa y juntó las manos en el centro, dirigiendo la mirada a Kristen.

—Últimamente no comes nada —

observó, sin disimular cierto matiz de alarma en la voz—. Estás empezando a preocuparme seriamente.

Kristen levantó los ojos y lo miró con indiferencia.

—Cualquiera diría que realmente te preocupas por mí —dijo. Aunque en el fondo sabía que aquello no era cierto, por muchas ilusiones que se hiciera.

—Es que me preocupo por ti —afirmó Liam.

Kristen esbozó una sonrisa irónica.

—Eres como un criador de cerdos —dijo. Liam frunció el ceño, extrañado—. Que los engorda para luego matarlos. ¿Eso es lo que vas a hacer conmigo? ¿Engordarme para después...?

—Deja de hacer comparaciones estúpidas —arguyó Liam, molesto por el símil.

—¿Estúpidas? —estalló Kristen—. ¿Por qué sino muestras preocupación por mí? Dime. ¿Por qué? —Suspiró exasperada—. Quieres que esté bien para poder seguir con tu plan de venganza —alegó, tratando de no mostrar el dolor que sentía.

—Me preocupo de ti porque me importas —dijo Liam.

—Bonita manera tienes de demostrarme que te importo —contradijo Kristen—. Vivo igual que si estuviera en una cárcel.

—No quiero empezar con eso de

nuevo.

—¿Entonces de qué quieres que hablemos? —preguntó Kristen—. ¿De lo felices que somos en nuestro matrimonio? O, ¿de lo enamorados que estamos el uno del otro? —Hizo una pausa y respiró hondo.

—No. Hablemos de por qué no comes —sugirió Liam.

—Porque no tengo apetito —repitió Kristen.

El fuego de la chimenea chisporroteó detrás de ellos.

—Y, ¿hasta cuándo piensas seguir así? —insistió Liam—. ¿No tienes pensado comer nunca?

—No lo sé —dijo Kristen—. Lo

único que necesito es un poco de tranquilidad y aquí no la consigo.

—Las cosas irían mejor si no hubieras tratado de escaparte dos veces —le reprochó Liam.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me quede quieta mientras conviertes mi vida en un infierno? —inquirió Kristen con amargura—. Debí meterme en un convento cuando Sir Roger Sullivan pidió mi mano a Scott, y no haber aceptado tu propuesta de matrimonio —se dijo a sí misma con reproche en la voz—. Tenía que haber caído en la cuenta de que había algo raro en tu apresurada petición. Pero mi amor por ti limitaba mi capacidad para pensar con

claridad. Ya me lo advirtió Tommy, pero yo no le hice...

—¿Tommy? —cortó seco Liam.

—Sí, Tommy. Él me previno de ti antes de la boda —dijo Kristen—. Intuyó algo... No le gustabas. Sin embargo, yo lo ignoré, porque estaba ciega a tus defectos y a tus dobles intenciones.

—Está enamorado de ti —le recordó Liam con gravedad, como si eso sirviera de atenuante. La alta estima que Kristen le tenía a Tommy y su simple mención le hacía hervir la sangre, inevitablemente.

—¿Y qué importa eso? De todas formas, supo que ocultabas algo, y lo peor es que tenía razón.

Liam se tomó aquellas palabras como un extraño golpe bajo, aunque era consciente de que eran verdad. Sabía la animadversión que Tommy sentía por él. Lo había visto reflejado en sus ojos el día de la boda. Pero era un sentimiento mutuo. Él también le profesaba una antipatía que podía palpase.

—No me gusta que hables de Tommy —dijo Liam, sin poderse contener.

A Kristen le hubiera gustado abofetear su rostro arrogante. ¿Con qué moral le hablaba así él? ¿Él, que...?

—¿Y crees que a mí me gusta saber que te acuestas con otras? —soltó.

—Yo no me acuesto con otras.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué hiciste con

la rubia estirada que trajiste a casa aquella noche? ¿No me irás a decir que estuvisteis jugando a las cartas en la habitación? —preguntó Kristen con aticismo.

—No hice nada con ella.

—Liam, por favor. No creerás que soy tan tonta como para creerme que no...

—No pude —cortó Liam de inmediato—. No... —Movi6 en silencio con la cabeza y apret6 los dientes. Un m6sculo se contrajo en su mand6bula angulosa. Todav6a le costaba reconocer que, llevado por el deseo, hab6a pronunciado el nombre de Kristen cuando estuvo con Leslie esa noche, que aquello lo descuadr6 por completo y que era el

cuerpo de ella el que anhelaba tener debajo del suyo y no el de la cabaretera.

Kristen hizo una mueca de contrariedad y lo miró a los ojos, estudiándolo con atención. Quería ver su expresión para saber si decía la verdad.

—¿No te acostaste con ella? —dijo de nuevo. Aunque era una afirmación más que una pregunta.

—No —reafirmó Liam.

¿Por qué no se lo había confesado antes?, se preguntó Kristen. ¿Por qué la había dejado con la duda todo ese tiempo? ¿Era para hacerla daño? ¿Para seguir torturándola?

—No tienes ni idea de cómo me sentí aquella noche —le reprochó con

intención.

Después de un breve silencio, Liam respondió.

—Sí, sí lo sé —dijo—. Porque es lo mismo que siento yo cuando hablas de Tommy del modo en que lo haces.

Kristen no pudo evitar sorprenderse ante su revelación. ¿Liam estaba celoso?

«No —se dijo para sus adentros—. Solo es amor propio».

—Eres mía, Kristen —afirmó Liam unos segundos más tarde—. Me perteneces.

Kristen estaba dolida. Liam se había callado lo de aquella noche con la única pretensión de dañarla, haciéndole creer que se había acostado con esa mujer. Se

sentía aliviada al saber que no había sido así, pero también molesta por su silencio.

—No soy tuya, Liam —dijo—. No soy de nadie.

No quería sentirse como si fuera una propiedad, un mueble, y Liam era cómo la hacía sentir. Una propiedad contra la que arremeter para saciar su infinita sed de venganza.

Echó hacia atrás la silla y se levantó. Sin decir nada más, asió los largos faldones del vestido, se dio la vuelta y salió del comedor.

Liam levantó los ojos y los fijó en un punto indeterminado de la pared de enfrente, mientras oía la cadencia de los

pasos de Kristen alejarse por el pasillo.

—Sí, sí que eres mía —susurró, incapaz de ocultar la nota de deseo que bailaba en su voz—. Y lo vas a ser siempre.

CAPÍTULO 71

*Era mentira,
pero ambos comprendimos
que hacía bien en mentir.
(La Tregua -Mario Benedetti)*

—Quiero ayudarte a escapar —le dijo
Kamelia a Kristen mientras le ajustaba

las tiras del corsé a la espalda.

Kristen alzó los ojos y la miró a través del espejo, sorprendida y, en cierto modo, intrigada.

—¿Por qué habría de creerte? —dijo en un visible tono de desconfianza—. ¿Quién me dice que no me estás tendiendo una trampa?

—No es una trampa —alegó Kamelia, contundente. Aunque no tenía muchos más argumentos con los que responder.

—Estoy segura de que tú fuiste quien le dijo a Liam que estaba dando clase a los hijos de los criados en la cabaña que hay cerca del claro de la cascada —siguió Kristen, como si no la hubiera oído—, y la que dio la voz de alarma

cuando intenté huir la primera vez.

—No importa lo que pensara antes, o lo que hiciera —se excusó Kamelia, sin confirmar ni desmentir las hipótesis de Kristen—. Ahora creo que lo mejor es que te vayas de aquí.

Kristen curvó los labios en una sonrisa mordaz.

—Así tienes el camino libre con Liam, ¿verdad? —preguntó—. No creas que no me he dado cuenta de que mi esposo te gusta —dijo—. Todos los días veo como lo miras y como no pierdes oportunidad para insinuarte delante de él.

—¿Y qué si me gusta? —dijo Kamelia con descaro, tirando con fuerza de los

lazos del corsé.

—Simplemente por decencia, deberías respetar que es un hombre casado —le aconsejó Kristen, con la mirada entornada. Kamelia hizo una lanzada en la parte baja de la prenda y Kristen se dio la vuelta—. Pero las mujeres como tú no reparáis en nada ni en nadie. Os da igual uno que otro, que esté casado o no. Nada importa mientras tenga dinero, posición o títulos, ¿no es cierto?

Kamelia levantó la mano, pero Kristen paró la bofetada que iba a darle a mitad de camino.

—No se te ocurra pegarme —le dijo a la criada en tono grave mientras sujetaba

su muñeca con fuerza. Su cara adquirió una expresión severa. Estaba cansada de la altanería y la desfachatez de Kamelia y ya era hora de cortarle las alas. La criada le lanzó una mirada retadora que Kristen acogió con el mismo desafío—. No vuelvas ni siquiera a intentarlo, o me aseguraré de que esta misma tarde estés despedida.

Kamelia dio un ligero tirón sin apartar los ojos de Kristen y se soltó de su mano.

—Lo siento —dijo, forzando la disculpa.

Kristen se mantuvo con el rostro impasible frente a ella. No estaba dispuesta a que Kamelia le faltara el

respeto en ninguna ocasión más. La criada carraspeó.

—¿Quieres que te ayude a escapar o no? —dijo.

Kristen la miró con recelo, pero relajó la expresión del rostro.

—¿Cómo podrías hacerlo? —preguntó—. Ya ves que apenas salgo de la casa —añadió frustrada.

—Esta tarde tengo que ir a Londres —comenzó a explicar Kamelia. Kristen la escuchaba atentamente—. El señor Lagerfeld ya está al tanto de ello y ya tengo su permiso. Puedes hacerte pasar por mí e ir en mi lugar —concluyó la criada.

Kristen no necesitó preguntarle qué

ganaba con todo eso. Estaba claro: quitársela de encima y, como le había dicho, dejarle el camino libre con Liam. Le dolía en lo más profundo del alma pensar en que Kamelia pudiera tener algo con él, que cualquier mujer pudiera tener algo con él, pero no le quedaba otra salida más que irse de allí. Ella no podía continuar a su lado, no sabiendo que solo la quería para vengarse de lo que su padre le había hecho a su familia.

—¿Qué has pensado? —quiso saber.

—Puedes ponerte algo de mi ropa en mi habitación y de allí salir por la puerta de servicio al coche de caballos —indicó Kamelia, que había pensado en todos los detalles—. No te preocupes

por el cochero. Joseff está enfermo y le está sustituyendo uno nuevo. No nos conoce. Solo sabe que tiene que esperar a una mujer a las cuatro de la tarde y llevarla a Londres. Así que no habrá problema.

A Kristen la idea no pareció disgustarle. Al contrario. Una brecha de esperanza se abrió en su corazón.

—El frío va a permitirme echarme un pañuelo por la cabeza como si de un turbante se tratara. De ese modo podré ocultar parte del rostro y pasar desapercibida. Además, Liam estará a esas horas en la fábrica —dijo, poniendo voz a sus pensamientos. Alzó los ojos y volvió a dirigir una mirada de

recelo a Kamelia—. ¿Cómo puedo saber que no es una trampa? —inquirió.

—No puedes saberlo —respondió Kamelia, encogiéndose de hombros—. Solo puedes confiar en mi palabra.

Su palabra..., pensó Kristen, ¿acaso su palabra valía algo? Probablemente no, se respondió. Pero no le quedaba más remedio que confiar en ella si finalmente aceptaba su propuesta.

De repente se sintió invadida por una temeridad que desconocía y que la impulsó a decir que sí a Kamelia.

—Está bien —dijo al fin—. Confiaré en tu palabra.

En el fondo no se fiaba de ella. Ni de ella ni de nadie en esa casa. Pero, a fin

de cuentas, a esas alturas ya no tenía nada que perder.

Kamelia sonrió ligeramente.

—Estate preparada a las tres y media —indicó—. Vendré a buscarte.

Kristen asintió.

CAPÍTULO 72

*La calma en medio de la quietud
no es verdadera calma.*

*Mantenerse tranquilo
en medio de la turbulencia,
esa es la verdadera calma.*

(Huanchu Daoren)

Las tres y media parecían no llegar nunca. Quizá debido a la impaciencia de Kristen, que se restregaba los dedos de las manos mientras caminaba de un lado a otro de la habitación, esperando a Kamelia. Las manecillas del reloj giraban parsimoniosamente en la esfera sin ninguna prisa y aquella calma la desesperaba.

Algo le decía que esa era su última oportunidad para dejar atrás la hacienda y escapar de Liam.

—Adelante —dijo, cuando unos nudillos tocaron la puerta.

Kamelia entró.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Sí —respondió Kristen—. ¿Liam se

ha ido a la fábrica?

Kamelia asintió, afirmando.

—A las tres.

—Bien.

Ambas salieron de la habitación y Kristen cerró la puerta tras de sí. Bajaron la escalinata y enfilaron los aposentos del personal de servicio.

—Por aquí —la guió Kamelia, atravesando un pasillo—. Pasa —dijo, cuando llegaron a una habitación humilde con un camastro, un armario y una mesilla.

Kristen miró a su alrededor. Sobre la colcha de la cama descansaba un vestido sencillo de algodón de color verde, un abrigo y una pañoleta negra.

—No es la ropa a la que estás acostumbrada pero... —empezó a decir Kamelia.

—Es perfecta —cortó Kristen. Se dirigió hacia el camastro y comenzó a desvestirse apresuradamente—. Ayúdame con los botones —pidió a Kamelia.

Cuando se puso el abrigo, cogió el pañuelo y frente a un pequeño espejo que colgaba de la pared se envolvió la cabeza con él, dejando al descubierto únicamente los ojos, que destellaban con un brillo de esperanza. Giró el rostro y consultó el reloj. Eran las cuatro menos cinco.

—Deprisa —dijo Kamelia.

Kristen dio un par de zancadas hasta alcanzar la puerta, en el umbral, antes de salir, se dio la vuelta.

—Gracias —le agradeció a Kamelia.

Con independencia de las intenciones por las que la criada la ayudaba, tenía que reconocer que era gracias a ella que en aquella ocasión podía huir.

Kamelia asintió ligeramente con la cabeza.

Kristen salió de la habitación con el corazón latiéndole con fuerza en las sienes. Atravesó el pasillo con pasos cautelosos y cruzó la cocina. Abrió la puerta y emergió al jardín.

Respiró aliviada cuando comprobó que el cochero que sustituía a Joseff la

esperaba pacientemente junto al coche de caballos. Kristen bajó los peldaños de dos en dos, saludó rápidamente al hombre sin apenas mirarlo, y se introdujo en el carruaje conteniendo la respiración.

Solo cuando el cochero puso en marcha la berlina soltó el aire que tenía retenido en los pulmones. Cerró los ojos con fuerza y por tercera vez elevó una plegaria al cielo.

El camino se le hizo interminable. Cada minuto parecía ser una hora y cada hora un día. A veces, descorría la cortina de la ventanilla y se exasperaba al ver el paisaje que formaban los bosques, las explanadas y los campos,

bajo el color grisáceo y melancólico que le conferían a la atmósfera los crudos días de invierno. ¿Cuándo llegarían a Londres?, se preguntaba una y otra vez, mientras lanzaba quedos suspiros al aire y se restregaba los dedos con nerviosismo.

El sonido de los cascos de los caballos se acentuó. Ya no sonaba amortiguado por la tierra. ¿Iban por un suelo empedrado? Kristen volvió a descorrer las cortinas con un brillo de emoción en los ojos azules. El corazón le dio un vuelco cuando advirtió que estaban entrando en *Hampstead Road*, después de lo que le había parecido una eternidad. A su derecha se extendía

Regent's Park.

Pese a la emoción del momento, *Regent's Park* le trajo a la mente un torrente de recuerdos de Liam. El picnic, la tortilla de patatas española que le hizo, el beso... Su primer beso... Como una autómatas se llevó los dedos a los labios. El vello se le puso de punta cuando evocó lo que había sentido, aunque para Liam no hubiera significado nada. Su mente proyectó de manera traicionera la imagen de sus profundos ojos verdes y su sensual boca.

—¿Dónde la llevo, señorita? —La voz del cochero la devolvió a la realidad.

—Al final de *New Kent Road* —

respondió, todavía algo ausente.

Cuando la mansión Lancashire apareció en el hueco de la ventanilla, la esperanza renació en Kristen. El mundo le pareció de nuevo un lugar lleno de posibilidades, lejos del odio y la sed de venganza de Liam. Ahora nada ni nadie la sacarían de allí, de su hogar.

Se apeó del carruaje con la emoción prendida en el corazón. Subió la enorme escalera de piedra y tocó la campanilla de la puerta. Estaba a punto de llorar. Al ver que no le abrían, volvió a llamar.

Oyó pasos al otro lado y el ruido del cerrojo descorriéndose.

—¿Qué haces aquí? —dijo Scott con expresión entre sorprendida y hosca

cuando la vio de pie en el porche.

Kristen se extrañó que fuera él quien hubiera abierto la puerta, pero no dijo nada.

—¿No está Bertha? —interrogó, ignorando su pregunta mientras se quitaba el pañuelo de la cabeza.

—No. Me ha pedido unos días de permiso para ir a cuidar a un familiar enfermo. —Kristen sintió cierta desilusión. Tenía tantas ganas de verla. Pero enseguida se repuso; ya tendría tiempo—. Y Ludwig se ha ido a llevarla —se adelantó Scott antes de que Kristen le preguntara por él—. No me has contestado, ¿qué haces aquí? —volvió a decir con expresión ceñuda—. ¿Dónde

está tu esposo?

—Me he escapado de casa —soltó Kristen sin ningún tipo de preámbulos.

—¿Qué has hecho qué?

—Mi matrimonio es un infierno. No puedo seguir con Liam.

Intuyendo por dónde iba los tiros, Scott dijo:

—No puedes quedarte aquí.

Kristen lo miró contrariada.

—¿Por qué no? Esta es mi casa —afirmó.

—No, ya no —respondió Scott con una inquietante calma.

—¿De que estás hablando? —preguntó Kristen, entornando los ojos con incredulidad.

Scott no se lo pensó dos veces. Aquel era el momento idóneo para confesarle a Kristen todo. No se le iba a presentar una ocasión mejor.

—La mansión se embargó, salió a concurso hace unas semanas y...

A Kristen se le contrajo el corazón con una punzada de dolor. Ya no escuchaba a Scott; el sonido de sus palabras se transformó en un murmullo en su cabeza. Tenía que ser una broma, un mal sueño. No era posible que la casa donde había pasado su infancia ahora le perteneciera a otra persona. De pronto sintió un mareo. Se sujetó al aparador del hall para no caerse.

—No puede ser... —musitó. Fue lo

único capaz de articular. Levantó la vista lentamente y miró a Scott—. ¡Maldito bastardo! —estalló de pronto, abalanzándose sobre él y aporreándole el pecho con los puños—. ¡Todo ha sido por tu culpa! ¡Por tu maldita culpa! ¡Eres un crápula! ¡¿Cómo es posible...?!

Scott la agarró por las muñecas y la zarandeó.

—Déjate de histerias —le ordenó.

Kristen se sintió desfallecer.

—Maldito... —susurró, con el corazón hecho mil pedazos —. Eres un maldito...

—Lárgate de aquí —gritó enfurecido Scott.

—No me voy a ir —aseveró Kristen

con fuerzas renovadas—. Esta es mi casa.

—Si no te vas, yo mismo te echaré a patadas —aseguró Scott—, o a latigazos, si es necesario—. Quizá es eso lo que estás buscando: unos buenos latigazos que te enseñen a obedecer a la primera. Desde que eras una niña has sido demasiado rebelde, demasiado indomable. Era imposible manejarte...

Kristen sintió el azote de los ojos llenos de desprecio de Scott. Siempre la había odiado y ahora sabía los motivos.

—¡Suéltame, bastardo! —le dijo, tratando de zafarse de sus manos—. ¡Suéltame!

Scott volvió a zarandearla de un lado

a otro.

—Yo te voy a enseñar a ser más dócil...

Le apretó con fuerza el brazo y la arrastró hasta los establos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Kristen, dando traspiés.

—A darte una lección que no vas a olvidar nunca. —El tono sombrío con que dijo aquello la estremeció.

CAPÍTULO 73

*Cupido en la calle estaba tarde en la
noche.*

*Mojadas sus alas al extenderse bajo
la lluvia.*

(Robert Greene)

Antes de que Kristen se diera cuenta,

le inmovilizó las manos, se las ató y la colgó de una de las viejas vigas de madera que cruzaban el techo del establo.

—No... —masculló Kristen con un sollozo, adivinando lo que se le venía encima.

—Seguro que unos cuantos latigazos te bajan los humos —afirmó Scott.

Dio un fuerte tirón y le bajó el vestido hasta la cintura, dejando al descubierto su espalda.

—No, por favor... —repitió Kristen.

Scott cogió uno de los látigos que tenía Ludwig para arrear a los caballos, lo desenrolló y se acercó a Kristen observando su inmaculada piel.

—Scott, por favor —rogó. Pero todo era inútil.

El primer latigazo cruzó su espalda de lado a lado sin previo aviso. Kristen apretó los dientes. El segundo rasgó el aire. El golpe fue rápido y seco. Kristen se aferró con fuerza a las cuerdas y contuvo la respiración en los pulmones, al tiempo que un agudo dolor le recorría el cuerpo.

Mientras los latigazos se sucedían uno tras otro. Se prometió no llorar; no iba a darle ese gusto a su padrastro. Aunque tenía los ojos anegados de lágrimas, respiró hondo y se dominó. La garganta le ardía.

Tommy cruzó el jardín con un saco de alfalfa echado al hombro.

¿De quién sería el elegante carruaje negro que había a la puerta de la mansión?, se preguntó en silencio cuando pasó delante de él.

Miró al cochero. Su cara no le sonaba de nada. Sería alguna visita del señor Russell, se dijo. Últimamente no dejaba de recibir gente en la casa. Apartó los ojos del hombre y siguió con su tarea, ajeno a lo que estaba sucediendo en el establo. Si no se daba prisa, no llegaría a tiempo al mercado, pensó. Bajó la cabeza y aceleró el paso.

Kristen sintió que la cabeza le daba vueltas. Un zumbido se había instalado en sus oídos y amenazaba con volverla loca. Cuando Scott decidió que ya era suficiente y la soltó. Kristen se dejó caer tremendamente dolorida sobre el montón de paja que había en el rincón. Fue entonces, lejos de los ojos adustos y burlones de su padrastro, cuando rompió a llorar.

Un largo rato después se colocó el vestido sobre los hombros y se levantó, tambaleante por el intenso dolor que surcaba su espalda y que se extendía

como finos tentáculos por todo el cuerpo.

Nadie podía ayudarla. Bertha y Ludwig no estaban y seguro que Tommy se había ido al mercado. ¿Qué podía hacer? Si se quedaba en la casa Scott podría volver a arremeter contra ella con la misma sangre fría con la que lo había hecho. Su padrastro parecía haber perdido el juicio. ¿Qué pensaría su madre si hubiera visto lo que acababa de hacerle? ¿Y su padre?

Sacudió la cabeza. No era capaz de pensar con claridad. Se sentía confusa y aturdida y la realidad había cobrado de pronto una dimensión que la asustaba.

—Tengo que irme de aquí —masculló.

Salió del establo y se dirigió hacia el cochero de Liam, que se encontraba apoyado en la berlina. Le temblaban las rodillas y la cabeza le daba vueltas.

—¿Está bien, señorita? —preguntó con alarma en la voz, cuando vio que se tambaleaba y que la piel de su rostro estaba blanca como una sábana.

—Sí —mintió Kristen, tratando de poner buena cara—. Por favor, lléveme a... a...

El hombre la sujetó del brazo y la ayudó a subir al carruaje. Durante unos instantes Kristen fue consciente de que estaba perdiendo el sentido.

—Señorita..., señorita... —Kristen abrió los ojos lentamente a la voz suave que la llamaba y balbuceó algo ininteligible—. ¿Está bien? —le preguntaron. El contorno del rostro del cochero tomó forma delante de ella.

—¿Qué...? —alcanzó únicamente a decir.

—Ya está en casa —dijo el hombre.

Kristen frunció el ceño mientras se incorporaba sobre el asiento de cuero del carruaje. La espalda le ardía como si le recorrieran miles de llamas de un extremo a otro.

—¿En casa? —Estaba desorientada.

—Sí, en casa.

Kristen giró ligeramente la cabeza y vio la fachada de la hacienda al otro lado de la ventanilla de la berlina. Suspiró desconsolada. Se había desvanecido antes de que pudiera decirle al cochero que la llevara a la mansión de Anabella y él la había llevado de regreso a casa, a la que creía que era su casa, cuando en realidad era su particular infierno.

—¿Necesita que la ayude a bajar?

—Sí, por favor —le pidió.

El hombre le ofreció cortésmente la mano. Kristen la tomó y descendió del carruaje. Estaba aturdida y cansada, terriblemente cansada. El cochero la ayudó a subir la escalinata del porche y

la dejó en la puerta.

—Gracias —dijo Kristen, haciendo un esfuerzo.

En la casa reinaba un silencio sepulcral. Era mejor así; prefería no encontrarse con nadie. Ni con Silvana, ni con Kamelia, ni mucho menos con Liam.

Cuando llegó a la habitación estaba más cansada si cabía y la turbación había ido a más. La cabeza no había dejado de darle vueltas ni un solo segundo.

En esos momentos la puerta se abrió y entró Liam. Kristen se dio la vuelta y se agarró a uno de los postes de la cama. Tenía la sensación de que en cualquier

instante se caería al suelo.

—¿Dónde has estado? —preguntó, alterado.

—Yo... —Kristen casi no podía articular palabra.

—¿Y qué haces con esa ropa puesta?

Kristen apenas le escuchaba. Estaba mareada. Notaba como si miles de alfileres le punzaran la espalda. El dolor se había vuelto insoportable. En ese momento Liam miró el reflejo de su imagen en el espejo de enfrente. Algunos latigazos habían rasgado la piel y la sangre había traspasado la tela del vestido.

—Liam, yo...

De repente, la mirada se la eclipsó y

todo se llenó de oscuridad. Liam se lanzó hacia ella con rapidez y la sujetó en brazos antes de que cayera al suelo.

—Kristen —dijo, con una mueca de horror en el rostro.

Cuando se miró la mano con la que sujetaba su espalda vio estaba manchada de sangre.

—¿Qué diablos...? —masculló, dejando escapar una maldición.

CAPÍTULO 74

*Yo que amé y a ti que te complació,
¿quieres que empecemos a pelear.
(Anónimo)*

El médico cambió el último emplaste de árnica que había puesto sobre las filigranas que los golpes habían

dibujado en la piel de Kristen. Sus propiedades antiinflamatorias y sedantes ayudarían a bajar la hinchazón y le calmarían el dolor.

Liam se quedó horrorizado cuando vio su espalda. El látigo había dejado profundas marcas a lo largo de ella. Tanto, que dolía solo mirarlas. La rabia y la impotencia le quemaban la sangre. ¿Quién había podido hacerle semejante atrocidad?

Desesperado, trató de averiguar qué era lo que había pasado, hasta que encontró la respuesta en el cochero, que le contó dónde habían estado Kristen y el estado en que se la había encontrado. Un nombre relampagueó en la cabeza de

Liam: Scott. Él tenía que ser el autor de tal barbaridad.

Sin pensárselo dos veces se fue a Londres y se presentó en la mansión Lancashire. De ninguna manera estaba dispuesto a dejar las cosas así.

Llamó a la puerta con impaciencia, cuando Scott abrió, se abalanzó sobre él y le agarró por la pechera.

—Eres un bastardo cabrón —le dijo entre dientes.

Scott le dedicó una sonrisa taimada.

—Veo que no me tienes en muy buena estima —apuntó con suma ironía en la voz.

Una sensación de ira se apoderó de Liam. Por impulso, le propinó un

puñetazo en la cara sin mediar más palabras. Scott notó como los nudillos le partían el labio inferior. Un cálido hilo de sangre comenzó a deslizarse por la comisura de la boca.

—¿Has visto cómo has dejado a Kristen, malnacido? —dijo después—. ¿Qué clase de hombre le hace eso a una mujer? —le escupió con rabia.

—¿Y acaso tú eres mejor que yo? —soltó Scott, zafándose de las manos de Liam—. Kristen vino aquí huyendo de ti. ¿Qué trato le das tú para que diga que su vida es un infierno? —inquirió—. No creo que eso sea algo de lo que te debas sentir muy orgulloso.

—Pero yo nunca le he puesto la mano

encima —se justificó.

Scott lanzó al aire un bufido burlón.

—Tal vez... Pero los golpes físicos se curan antes que los golpes del corazón —aseveró mientras se limpiaba con los dedos la sangre que le manaba del labio —. Las heridas producidas en el alma jamás cicatrizan.

Aquellas palabras fueron un duro golpe para Liam, que se detuvo durante unos instantes a reflexionar, aturdido. No podía negar que Scott tenía razón. ¿Qué clase de trato le estaba dando él a Kristen? Nunca le había pegado. Jamás se le ocurriría hacer algo semejante. Pero los golpes físicos terminaban cicatrizando y dejaban de doler. Sin

embargo, las heridas del alma producían un efecto mucho más profundo y más difícil de curar. Y el odio que él había vertido sobre Kristen había sido más dañino que los latigazos de Scott.

Liam se pasó la mano por el pelo.

¿Hasta que punto había estado ciego?, se preguntó, angustiada. De pronto la culpa comenzó a corroerlo.

—Yo... —farfulló.

—Tú eres tan miserable como yo — afirmó Scott con desdén.

Liam levantó los ojos y lo miró durante un largo rato. Quizá él no se hubiera portado bien con Kristen, pero eso no justificaba de ningún modo la atrocidad que había cometido Scott.

—Quiero que te largues de aquí —
soltó de repente.

—¿Quién te crees que eres para
echarme de mi propia casa? —preguntó
Scott en un tono de indignación.

—¿Tu casa? —repitió Liam—. Aparte
de cabrón eres también un cínico —dijo
—. Si estás aquí es porque yo he
querido que estés.

Scott frunció el ceño, confuso.

—¿Qué quieres decir con...? —Su
voz se apagó cuando cayó en la cuenta
de lo que estaba sucediendo. Su rostro
rojizo reflejó sorpresa. Liam arqueó una
ceja en un gesto elocuente—. Eres el
nuevo dueño de la mansión
Lancashire...

—Exacto —dijo Liam—. Así que te quiero fuera hoy mismo.

—Pero no puedo... —se quejó Scott. Su frente comenzó a llenarse de perlas de sudor.

—Hoy mismo —cortó Liam con expresión hosca, sin dar lugar a réplica posible—. Si no vendré y te echaré a patadas. Estás avisado.

Liam se dio media vuelta, abrió la puerta y se marchó a grandes zancadas.

Scott supo de inmediato que Liam Lagerfeld no bromeaba, hablaba completamente en serio. No le dejaría quedarse en la mansión ni un minuto más de lo estrictamente necesario. Giró el rostro y consultó el reloj del aparador.

Tenía solo un par de horas para sacar sus todas sus cosas.

—¿Dónde iré? —se preguntó en voz baja—. Quizá el bueno de George me deje quedarme en su casa algunos días.

Liam se subió de un salto al carruaje y se retrepó en el asiento de cuero. El camino de regreso a la hacienda fue revelador. Empezó a comprender por qué sentía celos de Tommy, de Harry Bently, por qué le hervía la sangre en las venas cuando se imaginaba a Kristen en brazos de otro, por qué le dolía en lo más profundo del alma lo que le había

hecho su padrastro, por qué las ganas constantes de abrazarla, de protegerla, de cuidarla, por qué la urgente necesidad de estar siempre haciéndole el amor. Nunca, nada ni nadie lo habían conmovido tanto como Kristen Lancashire. De pronto, la venganza dejó de tener sentido. Ver la paliza que le había dado Scott y su vulnerabilidad lo hizo reaccionar y darse cuenta de que estaba enamorado de ella.

—¡Por todos los santos! —masculló.

Una insólita y desconocida emoción se apoderó de él. Hasta ese momento el amor era un sentimiento que le resultaba extraño, porque nunca lo había sentido por ninguna mujer. Nunca había estado

enamorado. Pero en esos instantes invadió todo su ser como un incontrolable torrente de agua. Amaba a Kristen con toda su alma.

Cuando llegó a la hacienda, el médico lo mandó llamar aparte.

—¿Sucedó algo? —La voz de Liam tenía un tono de urgencia, que se acentuó al advertir la expresión de preocupación del doctor.

—Su esposa ha sufrido un aborto —le informó el médico.

—¿Un aborto? —Liam no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Apenas estaba embarazada de unas semanas. Pero ha tenido una hemorragia provocada por la presión y la angustia de los latigazos y lo ha perdido.

—Dios mío... —masculló Liam, pasándose la mano por la frente.

—Lo siento —dijo el médico en tono apesadumbrado.

«Un hijo... —pensó Liam para sus adentros—. Un hijo de Kristen y mío...».

Notó como si un cuchillo con el filo helado le atravesara el corazón.

CAPÍTULO 75

Llegas tarde, lamiéndote los labios.

¿Qué dejé intacto en el umbral:

blanca Niké,

aullando entre mis muros?

(Sylvia Plath -La otra)

—Buenos días, pequeña mía —dijo

Liam con una sonrisa en los labios.

Kristen abrió completamente los ojos y vio el rostro de Liam frente al suyo. Pestañeó un par de veces para acostumbrarse al resplandor del sol del mediodía que entraba por la ventana y se despezó. Liam alargó la mano y le acarició la mejilla con suavidad. Kristen trató de moverse, pero apenas podía; seguía estando tremendamente dolorida.

—Es mejor que te quedes así, boca abajo —comentó Liam—. El médico te ha puesto emplastes de árnica en la espalda para bajar la inflamación y calmarte el dolor —le explicó con dulzura. Hizo una pausa y volvió a acariciarla—. ¿Cómo te encuentras?

—Cansada —respondió Kristen con apatía.

Liam se acercó y le dio un beso breve y tierno en los labios.

—Hay algo que tengo que contarte... —comenzó a decir en tono cauteloso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kristen, ligeramente asustada y conteniendo el aliento en la garganta.

Liam buscó las palabras adecuadas, aunque no parecía que ninguna lo fuera.

—Has sufrido una hemorragia y... has perdido el bebé que esperabas —dijo en tono suave—, que esperábamos... —añadió después.

Kristen alzó las cejas entre sorprendida e incrédula. ¿Estaba

embarazada? Ahora comprendía por qué los mareos, las náuseas, la falta de apetito... Las lágrimas bañaron sus ojos. Había abortado. Un bebé. Se llevó la mano al vientre y lo acarició. De pronto, una sensación de vacío lo invadió todo. Liam se apresuró a enjugar con el pulgar la lágrima que se deslizaba por su mejilla.

—Lo siento —dijo con el rostro desolado. Acercó su frente y la apoyó en la de Kristen—. Lo siento tanto... Todo. —Kristen se echó a llorar—. Ya, pequeña mía, ya... —la consoló Liam. Tenía el corazón en un puño—. Dime cómo puedo ayudarte. Dime qué puedo hacer para que te sientas mejor. Pídeme

lo que quieras... Lo que quieras.

—Quiero irme a mi casa —dijo Kristen con la voz temblando y rota de dolor.

Liam se separó unos centímetros de ella y la miró a los ojos durante un largo y tenso rato. El cristalino azul de su mirada estaba lleno de tristeza y confusión y eso despertó en él su instinto protector.

«Ya ha sido suficiente», se dijo en silencio para sus adentros.

Al verlo asentir, Kristen sintió un enorme alivio.

—Está bien —dijo finalmente Liam, derrotado y con expresión decaída—. Cuando te recuperes podrás irte.

—Gracias —respondió Kristen.

—Me da mucha pena que te vayas — dijo Harper con voz visiblemente triste.

—Ya sabes que puedes ir a verme a Londres cuando quieras —lo animó Kristen. Se inclinó hacia él y le dio un fuerte abrazo—. Gracias —le susurró al oído.

—¿Por qué? —preguntó Harper, inocente.

—Porque gracias a ti estar aquí ha sido más llevadero —respondió Kristen mientras le acariciaba la mejilla con un dedo—. No sé que habría hecho sin ti.

Harper sonrió, orgulloso.

—Te voy a echar mucho de menos —
dijo.

—Y yo a ti, cielo.

—Ya están cargados los baúles en el
carruaje, señora —dijo el cochero.

—Gracias, muy amable —dijo
Kristen.

—Cuando quiera podemos
marcharnos.

En esos momentos Silvana apareció
en el hall.

—El señor Lagerfeld me ha dicho que
por favor suba a su despacho antes de
irse —anunció.

—Gracias, Silvana.

Kristen suspiró, giró el rostro y miró

hacia la escalinata.

—En cuanto baje, nos vamos a Londres —le comentó al cochero.

El hombre asintió, conforme.

—Hasta pronto —le dijo al pequeño Harper. Se agachó y le dio un beso.

—Hasta pronto —dijo el niño.

Kristen se incorporó, se dio media vuelta y se dirigió al despacho de Liam. Al llegar, antes de entrar, esperó unos segundos y respiró hondo.

—Adelante —dijo Liam al otro lado de la puerta cuando Kristen tocó suavemente con los nudillos.

—Me ha dicho Silvana que querías verme —dijo al entrar.

—Sí. Pasa, por favor.

Kristen carraspeó, nerviosa, y se adelantó unos pasos hacia el escritorio. Mientras caminaba no pudo evitar mirar de arriba abajo a Liam, que se mantenía de pie detrás de la ornamentada mesa. El ajustado y elegante traje marrón oscuro acentuaba su altura, dándole un aire extremadamente masculino y señorial. ¿Por qué tenía que ser tan endiabladamente apuesto?, se preguntó Kristen, muy a su pesar.

—Siéntate, por favor —le indicó Liam con amabilidad.

—Prefiero quedarme de pie —apuntó Kristen, que no se sentía nada cómoda.

Liam la contempló durante unos segundos.

—Como quieras —dijo.

Cogió una carpeta de solapas de cuero negras y se la tendió a Kristen.

—Esto es para ti.

—¿Qué es? —preguntó ella mientras la cogía.

—Ábrelo, por favor.

Kristen hizo lo que indicó Liam. Las líneas del rostro mostraban una expectación que no pudo disimular. Extrajo el documento que contenía y lo leyó. Unos minutos después alzó la mirada y clavó los ojos en Liam con una extraña mezcla de desconcierto e incredulidad.

—Tú fuiste quien compró mi casa —dijo.

—Sí —afirmó Liam en tono neutro—. Y quiero que ahora sea tuya. Mañana mismo podemos ir a un notario para hacer unas nuevas escritur...

—No soy ninguna mendiga, Liam —interrumpió Kristen—. No quiero tu limosna.

—No es una limosna, Kristen —arguyó Liam en tono serio—. Acéptalo como un regalo.

—Tampoco quiero tus regalos.

Un silencio tenso gravitó sobre sus cabezas.

—¿Y dónde tienes pensado vivir? —inquirió Liam.

—Tengo algunos ahorros —alegó Kristen, obstinada—. Alquilaré algo

modesto para Bertha y para mí.

—¿Y después?

—Después me pondré a dar clases; te recuerdo que soy maestra. Si no puedo en una escuela, lo haré particularmente.

Liam resopló.

—¿Por qué no quieres aceptar la casa? Yo no la quiero para nada. Además, es tuya. Ha pertenecido a tus antepasados desde hace siglos.

—No, ya no es mía, ni de los Lancashire —aseveró Kristen, ocultando su tristeza—. Tú la compraste. Ahora es tuya.

—Kristen, por favor... —dijo Liam con voz algo autoritaria.

—No, Liam. La mansión de mi familia

te pertenece. —Kristen hizo una pausa, cerró la carpeta y la dejó encima de la mesa. Se mordió el labio inferior tratando de no emocionarse—. Puedes hacer con ella lo que quieras. Véndela —le sugirió fingiendo indiferencia.

Le dolía enormemente decir aquello. Pero había dejado hablar al orgullo. No le hacía ninguna gracia que la casa de sus ancestros fuera a parar a manos extrañas si Liam finalmente la vendía. Sin embargo, no estaba dispuesta a aceptarla de ninguna manera. No era difícil adivinar que Liam la había comprado con la intención de utilizarla contra ella, para hacerle daño, cegado por su sed de venganza.

—Tengo que irme —anunció Kristen.

Liam rodeó el escritorio y se detuvo frente a ella.

—No, Liam —dijo Kristen, que dio un paso hacia atrás cuando advirtió sus intenciones.

—¿No te lo vas a pensar?

Kristen negó con un movimiento de cabeza. No quería mirarlo. No quería ceder a su encanto. Era tan débil a su presencia, a su carisma.

—No deseo que te vayas —dijo Liam en tono dulce.

—No tengo nada que hacer aquí. — Fue la respuesta de Kristen—. Necesito empezar una nueva vida... lejos de ti.

Liam sonrió con amargura. No podía

esperar que Kristen dijera algo distinto. La idea de que quizá nunca más volvería a verla le hizo un nudo en la garganta.

—Si algún día necesitas algo... Cualquier cosa. Lo que sea... No tienes más que decírmelo —se ofreció, tratando de no mostrar el dolor que sentía en el alma.

—Gracias —dijo Kristen.

Levantó la vista y se encontró con los ojos de Liam fijos en ella. Le pareció que un profundo pesar se reflejaba en su intensa mirada de color verde. Liam apretó los puños, conteniéndose para no estrecharla entre sus brazos y besarla. Su corazón era una bola incandescente que le quemaba el pecho.

—Kristen, perdóname —dijo, dando un tono de súplica a su voz. Habían aparecido lágrimas en sus ojos.

—El perdón no alivia el dolor que siento, Liam —alegó Kristen con sensatez—. Estoy demasiado dolida, demasiado decepcionada, demasiado confundida... Necesito... —Meneó la cabeza. Si se quedaba un segundo más allí acabaría condescendiendo a su efecto. Liam era capaz de mostrarle el cielo y el infierno. Así que lo mejor era cortarlo de raíz—. Adiós, Liam —se despidió.

—Hasta siempre —murmuró él después de unos segundos de silencio, sin ser capaz de enfrentarse a su mirada

decepcionada. Quería decir algo más, palabras con las que expresar lo que sentía. Pero en esos momentos no las encontró.

Kristen se subió ligeramente los faldones del voluminoso vestido y se dio media vuelta. Liam la contempló irse con impotencia.

Cuando Kristen cerró la puerta tras de sí sin hacer ruido, Liam permaneció un rato inmóvil, de pie junto al escritorio, como si se hubiera quedado petrificado, o como si fuera una estatua de sal. Ahora sabía lo que le había hecho sentir durante todo ese tiempo. Ahora se daba cuenta del dolor que le había causado, abusando continuamente de su paciencia

y de su amor.

Pensar en una vida sin Kristen hizo que se estremeciera. De pronto, su mundo colgaba de un hilo que se rompía poco a poco. No se había ido todavía y la echaba ya de menos desesperadamente.

CAPÍTULO 76

*¿Adónde vas
sorbiendo aire como kilómetros?
¿Cómo te introduces entre yo misma
y yo misma?
Araño como un gato.
(Sylvia Plath -La otra)*

—¡Maldita sea su estampa y su negra alma! ¡Ojalá se pudra para siempre en el infierno! —exclamó Bertha cuando Kristen le contó el verdadero motivo por el que Liam se había casado con ella y cómo había sido su vida en los últimos meses.

—Sabía que acabaría haciéndote daño —masculló Tommy—. Lo sabía.

Se levantó de la silla de un salto y salió de la cocina.

—¿Dónde vas? —le preguntó Kristen, saliendo detrás de él.

—A ajustarle las cuentas a ese malnacido —respondió Tommy con los dientes apretados.

—No, por favor —le pidió Kristen,

sujetándolo por el brazo.

Pero Tommy se soltó, aunque no de una manera brusca; en aquella ocasión no iba a hacerle caso y se iba a tomar la justicia por su cuenta. Alguien tenía que hacerle pagar a Liam Lagerfeld el infierno en que había convertido la vida de Kristen durante el tiempo que había vivido con él.

—¿Dónde está el señor Lagerfeld? Quiero hablar con él —dijo Tommy cuando Silvana le abrió la puerta.

—¿Para qué quiere ver al señor? —preguntó la criada, al advertir que aquel

hombre de espaldas anchas y pelo rubio ceniza traía cara de pocos amigos.

—Me va a disculpar, señora, pero el motivo por el que quiero hablar con el señor Lagerfeld no es de su incumbencia —respondió Tommy.

Liam salía de su despacho cuando oyó voces en la planta baja. Aguzó el oído y reconoció a Tommy. Enseguida se dirigió a la escalera y bajó.

—Está bien, Silvana —dijo al llegar al hall—. Déjenos solos, por favor.

La criada asintió con reticencia y se retiró a la cocina.

—¡Eres un maldito desgraciado! —gritó Tommy a Liam en cuanto Silvana desapareció de su vista.

—¿Qué quieres? —preguntó Liam.

—Esto es lo que quiero.

Sin mediar palabra, Tommy se lanzó a él y le propinó un puñetazo en la cara. Liam trastabilló hasta casi perder el equilibrio, pero la pared lo sujetó y no cayó al suelo. No atacó a Tommy. Se quedó quieto, a la espera de su siguiente movimiento.

—Qué bien que se ha quedado solo —afirmó Tommy sin disimular el desprecio que sentía por Liam—. Usted no se merece a Kristen. Ella es la persona más bondadosa que existe, y usted solo la ha hecho sufrir, como si tuviera la culpa de lo que hizo su padre a su familia.

Liam se limpió con el dorso de la mano la sangre que manaba de su labio roto mientras apretaba las mandíbulas con fuerza. Pese a todo, no podía negar que Tommy tenía razón; había sido cruel y despreciable con Kristen. Sin embargo, le resultaba imposible no sentir celos de él.

—Supongo que ahora tú aprovecharás la ocasión para tratar de enamorarla —le reprochó.

—¿Y qué si lo hago? —espetó Tommy—. Kristen se merece un hombre bueno a su lado. Un hombre que la cuide, que la proteja, que la haga sentir especial...

—Y ese hombre, por supuesto, eres tú —afirmó Liam, sin poder evitar

pronunciar las palabras con una acusada ironía.

Tommy se abalanzó de nuevo sobre él hecho una furia. Pero esa vez Liam no se quedó quieto. Detuvo su golpe con un movimiento hábil de la mano y respondió pegándole un puñetazo en la nariz.

—¿Quién demonio cree que es para hablarme así? —dijo Tommy, llevándose la mano a la nariz, que había comenzado a sangrar profusamente.

—Alguien que no va a dejarte el camino libre con Kristen —respondió Liam, seguro de sí mismo—. Sé que estás enamorado de ella y me imagino que a partir de ahora harás lo imposible

por conquistarla. Pero ella me pertenece.

Tommy bufó burlonamente.

—¿Qué le pertenece? ¿Y cree que después de lo que le ha hecho...?

—Ya basta, señores.

La voz de Bryan se oyó imperativa al otro lado del hall, interrumpiendo su acalorada disputa. Ambos miraron hacia la puerta.

—¿Creéis que estas son formas de arreglar las cosas? ¿A golpes? —preguntó mientras se quitaba los guantes —. ¿Os habéis visto?

—La ocasión lo requiere —aseguró Liam, mirando de reojo a Tommy.

Bryan sacó el pañuelo de su pantalón

con porte elegante y se lo ofreció a su amigo. Liam lo cogió y se limpió el labio.

—Será mejor que te vayas —le aconsejó Bryan a Tommy—. Esto podría costarte varios días en el calabozo.

—¿Cree que me importa ir al calabozo? —dijo Tommy despreocupado.

—Supongo que no —respondió Bryan—. Pero no creo que dispongas de la cantidad de dinero necesaria para pagar la multa que te podría caer si el señor Lagerfeld te denuncia.

Tommy entornó los ojos.

—Los ricos y su dinero —masculló.

Miró a Bryan y después arrastró la

vista hasta Liam.

—Si le hace daño otra vez a Kristen, tendrá que vérselas conmigo —le advirtió en tono amenazante—. Me ocuparé de usted con mis propias manos.

Tommy se dio media vuelta. Liam se adelantó unos pasos dispuesto a ir tras él, pero Bryan lo sujetó por el brazo cuando pasó a su lado.

—Cálmate —le dijo.

Liam apretó los dientes.

CAPÍTULO 77

*Con un mismo principio,
con mil finales todos junto a ti.
Tú junto a mí una vida para recorrer,
mil momentos para compartir,
y un solo amor que vivir.*

Tommy atravesó el porche a zancadas

y descendió los escalones tratando de cortar la hemorragia de la nariz.

—¿Necesitas ayuda?

Levantó la vista y se encontró con los ojos claros y la nariz pecosa de Kamelia, que lo miraba con asombro en los ojos. Antes de recibir alguna respuesta, la criada se acercó a él.

—Levanta la cabeza —le indicó—, o acabarás desangrándote.

Cogió un trapo que llevaba en el bolsillo del delantal y le tapó la nariz con él.

—Gracias —le agradeció Tommy.

—Ven —le dijo Kamelia.

Lo asió del brazo, lo ayudó a bajar los escalones para que no se cayera y lo

condujo a la cocina por la puerta de servicio. Cuando entraron, lo sentó en una de las sillas de madera.

—Mantén la cabeza inclinada —indicó Kamelia. Tommy hacia de buena gana todo lo que le decía. Estaba extrañamente encantado—. No parece que esté rota —apuntó la criada—. Pero tienes un buen golpe.

—Me alegra saber que el señor Lagerfeld no ha podido partírmela —afirmó Tommy con un matiz de orgullo en la voz.

Kamelia fue a por trapos limpios. Humedeció uno de ellos en un cubo de agua helada que había en el suelo y le limpió la sangre.

—Me imagino que el motivo de vuestra pelea ha sido la señora —curioseó.

—Ese malnacido se merecía que le ajustara las cuentas por todo lo que le ha hecho a Kristen —respondió Tommy sin titubear.

—Algún día me gustaría que un hombre me defendiera de la manera que tú la has defendido a ella.

Kamelia había puesto involuntariamente voz a sus pensamientos. Tommy irguió la cabeza y la miró fijamente durante unos instantes.

—Yo te defendería de quien fuera necesario —aseveró, sin desviar la vista de sus ojos azules.

—¿Aunque sea una simple criada? — preguntó Kamelia.

—¿Qué tiene que ver eso? —dijo a su vez Tommy—. Yo soy un simple mozo de establo.

Kamelia sonrió. La mirada de aquel muchacho era tan franca...

—Un mozo de establo con la nariz casi rota —bromeó, rompiendo el pequeño silencio que se había instalado entre ellos.

—Un mozo de cuadra con la nariz casi rota, sí —se rio de sí mismo Tommy—. Por cierto, me llamo Tommy —se presentó.

—Yo Kamelia.

—Encantado.

—Igualmente.

—Tú eres la muchacha que bajaba la escalera de la hacienda el día que Bertha y yo vinimos a visitar a Kristen —recordó Tommy, sonriente.

—Y tú el muchacho que no dejaba de mirarme —dijo Kamelia.

Ambos se echaron a reír sin saber muy bien por qué. Después de estar un rato mirándose, Kamelia dijo:

—Voy a por algo para bajarte la hinchazón.

—Gracias —contestó Tommy, ciertamente ensimismado.

Liam y Bryan se internaron en el despacho.

—¿Cómo estás? —preguntó Bryan a su amigo—. Aparte de tener el labio roto.

—Mal —respondió Liam.

—¿Es por Kristen?

Liam asintió con expresión apesadumbrada mientras cogía un pañuelo del cajón y se limpiaba la sangre reseca.

—Me parece increíble que haya habido un tiempo en que me haya amado y que yo no lo haya sabido cuidar —afirmó—. Que no me hayan importado los sentimientos que tenía hacia mí y que me haya burlado de su amor del modo en

que lo he hecho.

—No sé qué decirte —señaló Bryan.

—No hay nada que decir —dijo Liam—. He hecho las cosas mal desde el principio y ahora estoy pagando el precio por ello. Entiendo a Tommy. Él siente hacia mí el mismo desprecio que yo siento hacia Scott, por lo que le ha hecho a Kristen.

—En el pecado llevas la penitencia —comentó Bryan.

—Sí —afirmó Liam—. La venganza me ha envenenado tanto el alma que me ha convertido en un ser ruin y miserable, hasta llevarme por delante el amor que Kristen sentía por mí.

—No te castigues así, Liam —le

aconsejó Bryan en tono sosegado—. De nada sirve lamentarme. Es mejor mirar al frente y continuar con la vida.

—Ese es el problema —dijo Liam, mirando a su amigo fijamente a los ojos—. Que yo no me imagino mi vida sin Kristen. La amo. La amo con toda el alma y haberla perdido me duele en lo más profundo del corazón.

CAPÍTULO 78

*... Y la vida siguió
como siguen las cosas
que no tienen mucho sentido.
(Joaquín Sabina)*

Las tazas de té humeaban encima de la mesa y el frío arreciaba fuera en un

invierno crudo como no se recordaba desde hacía décadas.

—Lo siento tanto, Kristen —dijo Anabella—. ¿Cómo te encuentras? —se preocupó.

—Estoy bien. No te preocupes —respondió Kristen, forzando una sonrisa. Aunque las comisuras de sus labios apenas se elevaron.

—¿Cómo es posible que Liam haya estado tan obsesionado con vengarse? Tú no tienes la culpa de lo que hizo tu padre.

—El odio ciega de la misma manera que el amor, y desde que su padre se suicidó, Liam ha estado cegado. Lo único para lo que ha vivido desde que

tenía diez años ha sido para vengarse del hombre que destruyó su familia.

Anabella negó con la cabeza.

—Si me permites preguntártelo: ¿por qué la animadversión de tu padre hacia Bernard Lagerfeld? ¿Qué tenía en contra de él?

—Yo también me lo pregunto —dijo Kristen, lanzando al aire un suspiro frustrado—. Pero no logro saber de dónde pudo nacer el odio que mi padre sentía hacia Bernard Lagerfeld...

—Del amor.

Una voz femenina y madura sonó al otro lado del enorme salón. Kristen y Anabella giraron los rostros hacia la dirección de donde provenía.

—Emilia... —dijo Anabella. Sus ojos de color miel reflejaron sorpresa.

La que había sido ama de llaves de los Cromwell desde hacía décadas, dio unos pasos hacia adelante, adentrándose en la estancia.

—¿Puedo? —preguntó, señalando el sillón que había al lado de la mesita de té.

—Sí, claro —le dio permiso Anabella.

La mujer, de mediana edad, rasgos delicados y pelo canoso recogido en la nuca, se sentó.

—Perdonen que las haya interrumpido —se disculpó—. No he podido evitar escucharlas...

—Pierde cuidado —dijo Anabella, e hizo un suave gesto con la mano, quitándole importancia—. ¿Qué has querido decir con eso de que el odio que el padre de Kristen tenía hacia Bernard Lagerfeld nació del amor? —interrogó seguidamente en tono intrigado.

—El señor Lancashire, su padre —dijo Emilia, dirigiéndose a Kristen con voz respetuosa—, amaba a la señora Myriam, la madre de Liam, su esposo.

Los ojos de Kristen se entornaron llenos de incredulidad ante la revelación que acababa de hacer Emilia.

—¿Qué...? —balbuceó.

—Ella lo rechazó y se casó con Bernard Lagerfeld, el hombre y el amor

de su vida —continuó Emilia—. Su padre no perdonó jamás que Bernard le quitara a la dulce y hermosa Myriam.

Kristen y Anabella intercambiaron una mirada muda. La expresión de Kristen era indescriptible en esos momentos. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué su padre nunca había estado enamorado de Milena, su madre?

Bajó los ojos. Ahora entendía todo. El odio de su padre hacia Bernard Lagerfeld había emergido fruto del despecho. Se pasó la mano por la frente, turbada.

—Por todos los santos —masculló—. No puedo creer que... —No se atrevió a terminar la frase. Anabella le acarició el

hombro.

—Que Bernard fuera un Lagerfeld, los enemigos acérrimos de los Lancashire desde siglos, no ayudó mucho a que se apaciguaran las aguas —añadió en tono neutro el ama de llaves de los Cromwell.

—¿Cómo sabes tú todo eso, Emilia? —le preguntó Anabella con curiosidad—. Al parecer, es una historia que muy poca gente conoce.

—Una amiga de la infancia, Julie, trabajó como criada en casa de los padres de Myriam Lawrence cuando Gilliam Lancashire la cortejaba —explicó el ama de llaves—. Ella me lo contó. Aunque me hizo jurar que jamás

saldría de mi boca. Pero ya ha pasado demasiado tiempo y Julie murió hace ya algunos años...

—Gracias por confiárnoslo —dijo Kristen, mostrando a Emilia una expresión de profundo agradecimiento—. Mi padrastro me habló del odio que mi padre le profesaba a Bernard Lagerfeld, pero no sabía a qué era debido. Ahora todo está claro. Muy claro. —Hizo una pausa—. Por eso lo arruinó.

A Kristen le costaba decir la clase de persona que había sido su padre, a quien había idolatrado desde niña. Sin embargo, se sentía terriblemente decepcionada con él. Había sido un

hombre vil y mezquino. Desde luego que no excusaba el trato que le había dado Liam, haciéndole pagar por algo de lo que no tenía ninguna culpa, pero lo que su padre le había hecho a su familia no tenía nombre.

Cerró los ojos, cansada de aquella historia. ¿Por qué todo era tan complicado? ¿Por qué no, simplemente, podía haber vivido su amor con Liam de una manera pura y tranquila? Lo seguía amando tanto..., pensó, suspirando quedamente.

El día era gris y desapacible y la

niebla reptaba perezosamente por las calles de Londres como serpientes de múltiples cabezas, impregnando la atmósfera de una melancolía tan profunda que amenazaba con instalarse eternamente en el corazón.

Liam entró en el cementerio de *Highgate*, situado en *Swain's Lane*, al norte de la ciudad. Tenía sus propios fantasmas a los que tratar de poner fin.

Caminó con semblante abatido entre las filas de lápidas y mausoleos del camposanto, revestidos de tanto verdín, herrumbre y madejas de hojas, que apenas dejaban leer en las piedras los nombres de los que descansaban en su interior.

Cuando llegó a la tumba de sus padres, se agachó y retiró con la mano enguantada la hojarasca que el viento había arrastrado hasta ella. Los nombres y las fechas en que habían muerto su padre y su madre languidecían labrados en el mármol envejecido.

—Al final no he podido vengaros — musitó. Sus ojos brillaban húmedos mientras hablaba—. No he podido... — De pronto la voz se le quebró y cayó de rodillas al suelo. Hundió el rostro entre las manos y lloró amargamente—. Lo siento. Lo siento... Perdonarme, por favor, perdonarme —repetía una y otra vez. Levantó los ojos atormentados y los fijó en el epígrafe de su padre—. La

amo tanto, papá. Y le he hecho tanto daño, que nunca va a ser capaz de perdonarme —se lamentó—. Os he fallado a vosotros, a mí mismo y a ella... Lo último que pretendía era enamorarme de la hija de Gilliam Lancashire. No había contado con los sentimientos que ha despertado en mí. Pero a ella también la he perdido. La he perdido para siempre. ¡Dios mío, la he perdido para siempre!

Una ráfaga de viento sopló, sollozante, y arremolinó un montón de hojas sobre la solitaria lápida. Liam echó un vistazo al cielo. Un denso manto de nubes grises se aproximaba por el norte. De pronto se sintió pequeño en

medio aquel cementerio. Y solo.
Terriblemente solo.

Antes de que se diera cuenta comenzó a llover. Cuando las primeras gotas de agua mojaron su rostro, se levantó, se acercó a la tumba, dio un beso a la cruz de piedra que se alzaba en la cabecera y se encaminó hacia la salida.

Las campanas de alguna iglesia repiqueteaban las siete en punto con un ronquido sordo.

Meses después

CAPÍTULO 79

*Quizá nos encontremos frente a
frente
algún día... ¿Cuándo ocurra, si
ocurre,
sabré yo de suspiros, sabrás tú de
respirar?
(Un día -Alfonsina Storni)*

—La clase ha terminado por hoy — anunció Kristen a los niños—. Podéis salir, pero, por favor, no empujéis al compañero de delante. Hacedlo ordenadamente —dijo con una sonrisa afable en los labios.

Se dio media vuelta, cogió su carpeta de encima de la mesa y salió del edificio donde se emplazaba el colegio en el que había empezado a dar clases unos meses atrás.

En esos momentos se acordó de Harper. ¿Qué estaría haciendo?, se preguntó. ¿Habría leído ya muchos cuentos de dragones y héroes? Quizá un día fuera a Birmingham a verlo.

Enseguida cambió de idea. Ir a la hacienda supondría encontrarse con Liam y no le convenía. No le convenía en absoluto. Todavía seguía pensando en él... La primavera estaba a punto de dejar paso al verano y aún no había conseguido olvidarlo. Borrar su imagen de su mente parecía una tarea imposible.

Al otro lado de la calle, Liam la observaba oculto detrás de un árbol. Giró el rostro y la siguió con la mirada entornada, como si fuera un felino. Estaba condenadamente hermosa, más que nunca, con un vestido color vainilla ribeteado de encaje blanco y un recogido en lo alto de la cabeza. Algunos mechones de pelo negro le

caían a ambos lados del rostro dándole un aire sofisticado y sensual. La adrenalina comenzó a quemarle la sangre cuando detuvo los ojos en sus exuberantes labios.

—¿La llevo a casa? —preguntó Ludwig a Kristen.

—No, Ludwig —respondió ella, ajustándose el sombrero —. Llévame a *Clerkenwell Road*, por favor. Tengo que comprar unos libros en una librería de allí.

—Como quieras —dijo el cochero con expresión afable.

Kristen subió al carruaje con la ayuda de Ludwig y se sentó en el asiento.

Al otro lado de la calle, Liam había

escuchado hacia dónde se dirigía. Era su oportunidad.

Mientras se dirigían a *Clerkenwell Road*, Kristen reflexionó acerca de la suerte que había tenido. Con los ahorros que poseía y el sueldo del trabajo en la escuela podía pagar a Bertha y a Ludwig. Ellos habían renunciado a parte de su sueldo con tal de quedarse con ella. De ese modo podía sufragar el alquiler de una pequeña casa al oeste de Londres, y Tommy había entrado como capataz en una de las haciendas del padre de Anabella. De quien no sabía nada era de Scott, aunque le habían dicho que se había ido a Escocia. Pero realmente tampoco tenía mucho interés

en saber qué era de su vida.

—Hemos llegado —oyó vociferar a Ludwig.

El carruaje se detuvo. La puerta se abrió y la mano del cochero se extendió para ayudarla a bajar. Kristen la tomó y se apeó de la berlina.

—Gracias...

La palabra se le atascó en la garganta cuando vio por debajo de la línea del ala del sombrero que la mano que la sujetaba era la de Liam. El pulso se le aceleró de golpe.

—Es un placer —dijo él, mirándola fijamente a los ojos. Después le dedicó una de aquellas sonrisas deslumbrantes y pícaras que hacían que Kristen se

derritiera. Tragó saliva mientras el corazón se le desbocaba dentro del pecho.

—¿Qué... haces aquí? —tartamudeó Kristen—. Pensé que estabas en Birmingham.

—Asegurarme de que no te caigas al suelo —respondió Liam, y volviendo a sonreír con algo de malicia, añadió—: Recuerda que yo soy tu ángel de la guarda.

—Liam... —El tono de Kristen pretendía ser de reproche, pero no lo logró del todo. La cadencia grave y profunda de su voz la desarmaba. Aún todo, se irguió y elevó ligeramente la barbilla, tratando de mantener la

compostura—. Tengo que irme —dijo.

—Tus ojos siguen siendo capaces de robarle el aliento a cualquiera —la halagó Liam, atrapando su mirada con la suya e ignorando su comentario a propósito.

—Liam, por favor... —musitó Kristen en un hilo de voz, ruborizada hasta las raíces del pelo.

Nunca había conocido un hombre tan seguro de sí mismo como Liam y esa cualidad, lejos de desagradarla, la atraía más si cabía. Siempre la había atraído, incluso después de todos los meses que había estado sin verlo.

El espectro del deseo comenzó a gravitar peligrosamente sobre sus

cabezas. Kristen carraspeó, nerviosa. Ante la insistente mirada de Liam, volvió a decir:

—Tengo prisa, Liam. Tengo que irme...

Liam dibujó una pícaro sonrisa en sus labios.

—¿Tienes? —repitió, arqueando una ceja—. «Tener» suele ser una obligación. ¿Te quedarías conmigo si no «tuvieras prisa»?

Kristen se tensó. Se le había olvidado lo bien que se le daban a Liam los juegos de palabras.

—No, Liam, no —respondió con cierta exasperación, tratando de salir del atolladero como podía. Estaba azorada

— Me voy porque quiero irme, porque... —Bufó.

¿Por qué Liam seguía teniendo ese efecto sobre ella? ¿Por qué la alteraba de aquella manera? ¿Por qué la ponía en jaque? Sin decir nada más, puesto que sería inútil, se recogió las faldas del vestido y enfiló los pasos hacia la librería.

—Te estaré esperando a la salida — anunció Liam, sin que la sonrisa pícará desapareciera de su rostro. Sabía que eso la pondría más nerviosa todavía. Le encantaba comprobar que aún se ruborizaba con su cercanía.

Kristen se dio la vuelta al oír sus intenciones. Volvió a bufar.

—Ludwig, he cambiado de idea. Llévame a casa, por favor —le pidió.

—Como desee —dijo el cochero, asintiendo al mismo tiempo con la cabeza.

Kristen pasó al lado de Liam, solo a unos cuantos centímetros de él, y puso un pie en el primer escalón del carruaje. Cuando Liam fue a cogerla de la mano para ayudarla a dar el impulso, Kristen dijo:

—Puedo sola.

Aquella frase trajo hasta su mente la ocasión en que Liam tuvo que sujetarla por la cintura en la escalera de la hacienda, para que no caerse de bruces. Acababan de llegar de la fiesta de los

Stratford y estaba ebria. Es lo que le había dicho; que podía sola. En esos momentos rezó para no tropezarse. Por nada del mundo quería requerir de la ayuda de Liam. ¿O sí?

Cerró la puerta de la berlina de un portazo y se retrepó en el asiento de cuero. Ludwig arreó a los caballos, que se pusieron en marcha de inmediato. La silueta regia de Liam desapareció del marco que dibujaba la ventanilla del carruaje. Kristen respiró aliviada.

Liam contempló como la berlina comenzaba a circular y se mimetizaba con la gente que iba de un lado a otro de la calle.

Su pequeña estaba condenadamente

hermosa y lo mejor de todo: seguía poniéndose nerviosa con su presencia, aunque tratara de disimularlo de todas las formas posibles. Sonrió para sí. Esa era una de las mejores señales de que no le era totalmente indiferente.

CAPÍTULO 80

*Los días se pasan sin ti,
las noches se alargan sin ti,
sin tu amor, sin tus besos.
(Maná)*

Kristen llegó a casa alterada. Aquel encuentro con Liam la había perturbado

y no podía disimularlo de ninguna forma. Dejó la carpeta y los guantes sobre el aparador del vestíbulo y se dirigió a la cocina, atraída por el buen olor que desprendían los guisos de Bertha.

—Buenas, nana —dijo Kristen cuando entró.

El ama de llaves se giró al oír su voz.

—Buenas, mi niña. —Apoyó la cuchara de madera en el fogón y se acercó a darle un beso—. ¿Qué tal has tenido la mañana?

—Bien —respondió Kristen.

—¿Y esa cara? —curioseó Bertha, arrugando la frente.

—Acabo de encontrarme con Liam —

soltó Kristen, que estaba deseando decírselo a alguien.

En la cabeza de Bertha se arremolinó una batería de preguntas.

—¿Has visto a Liam? ¿Dónde? ¿Habéis hablado? ¿Qué te ha dicho?

—Sí. A la salida de la escuela. Sí. Que mis ojos siguen siendo capaces de quitarle el aliento a cualquiera — respondió Kristen en orden.

—No se puede negar que caballeroso lo ha sido siempre —apuntó Bertha.

—Caballeroso y rabiosamente apuesto —matizó Kristen, más casi para ella misma que para el ama de llaves.

El rostro de Bertha adoptó un semblante serio al ver la expresión de

Kristen.

—¿Y tú cómo estás ahora? —se interesó.

—Mal, nana —dijo Kristen con total franqueza—. No consigo ser inmune a su encanto, por más que lo intente. —Había un deje de frustración en el tono de su VOZ.

—¿Sigues enamorada de él?

—Como el primer día —aseveró—, y decir lo contrario sería mentirme a mí misma. Pero lo nuestro no puede ser. Yo no puedo estar con alguien que me ha hecho sufrir tanto, aunque lo quiera con todo el alma. —Hizo una breve pausa y se detuvo a reflexionar unos instantes—. Nada duele más que ser herido por la

persona que creíste que nunca te haría daño.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Bertha la estrechó entre sus brazos.

—Mi niña... —musitó.

—¿Por qué todo tiene que ser tan difícil, nana? —preguntó Kristen—. ¿Por qué nos tuvo que unir la venganza y no el amor?

—Ya, mi niña... —la consoló Bertha, pasándole suavemente la mano por el pelo—. Tienes que dejar de preguntarte y de dar vueltas a esas cosas, que lo único que consiguen es que las heridas no se cierren nunca.

—Pero es que no puedo evitarlo —afirmó Kristen con impotencia—. Liam

está clavado a fuego en mi corazón y nada ni nadie lograrán nunca arrancarlo de él. —Suspiró—. Me gustaría dejar atrás el dolor, pero no puedo.

Se irguió y deshizo el abrazo.

—Debes de salir más —le aconsejó Bertha con voz maternal—. Distraerte, divertirte... Eres muy joven todavía. Tienes toda la vida por delante...

Kristen movió la cabeza, negando, y curvó los labios en una mueca de hastío.

—No me apetece, nana —dijo en tono desanimado—. Ya sabes lo poco que me gustan las fiestas y recepciones sociales.

—Entonces, sal con Anabella —propuso Bertha—. Seguro que estará encantada de que la ayudes con los

últimos preparativos de la boda. Ya la conoces...

Kristen suspiró resignada. Quizá Bertha tuviera razón. No podía pasarse el resto de la vida enclaustrada en casa como si fuera una monja. Pero no le apetecía alternar en absoluto, y menos con la nueva cohorte de pretendientes que habían llamado a su puerta.

Todo lo que había sucedido con Liam, con Scott, con la casa de su familia y la pérdida del bebé, la habían sumido en una profunda tristeza que solo conseguía aliviar a ratos. Pero tenía que hacer un esfuerzo. Miró al ama de llaves y sonrió ligeramente.

—Gracias, nana —dijo—. Por estar

siempre ahí, por protegerme y por quererme tanto como me quieres.

—Eres mi niña —respondió Bertha con voz cariñosa—. La hija que nunca he tenido. Además, te he criado y sé que eres una de las personas más bondadosas y con el corazón más grande que he conocido. No quererte sería un pecado. —Tomó aire y continuó—. Y ha sido precisamente esa bondad y ese enorme corazón lo que al final pudieron con el odio ciego de Liam. Lo combatiste con lo único con lo que se puede combatir, con el amor.

—Puede, nana —dijo Kristen—. Aunque yo no estoy tan segura de que Liam me ame.

Bertha la miró extrañada.

—¿Por qué? —preguntó.

—A veces pienso que la sombra de mi padre siempre planeará sobre nosotros —afirmó Kristen con pesadumbre—. Liam era apenas un niño cuando ocurrió todo, y ese tipo de cosas se quedan grabadas en el alma de manera indeleble.

—El amor es capaz de derribar cualquier barrera —aseveró Bertha—. Cualquier barrera —redundó, enfatizando cada sílaba—. La fe y el amor mueven montañas.

Kristen lanzó al aire un resoplido, abatida.

—No sé, nana —dudó con pesimismo

—. No sé si el amor sería capaz de desterrar del corazón de Liam todo el odio que Liam siente hacia mi padre.

CAPÍTULO 81

*Cuando mi voz calle con la muerte,
mi corazón te seguirá hablando.*

(Rabindranath Tagore)

Kristen giró el rostro lentamente hacia la ventana y miró con nostalgia a través de los cristales. La penumbra del

atardecer había tomado ya el día y arañaba el cielo con rasguños de color escarlata y púrpura.

Trataba de concentrarse en la lectura de *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes. Sin embargo, pasaba las páginas sin interés. El encuentro con Liam unos días antes todavía perduraba en su memoria, tan vivo como en el momento en que había sucedido.

Cerró el libro y suspiró. En esos momentos oyó la campanilla de la puerta sonar con insistencia y los pasos de Bertha por el pasillo.

—Kristen, ¿puedes venir un momento?
—preguntó Bertha después de atender la

visita.

—Sí, por supuesto —respondió Kristen. Dejó el tomo encima de la mesa y se levantó.

Al llegar al recibidor, se sorprendió de ver a Felda y a Edmond, los padres de Harper. Pasó la mirada de uno a otro y advirtió que Felda tenía los ojos rojos, como si hubiera estado llorando durante muchas horas.

—Buenas noches —dijo Edmond, tomando la palabra.

—Buenas noches —respondió Kristen. De pronto tuvo un mal presentimiento—. ¿Está bien Harper? —preguntó seguidamente.

—¿No está aquí con usted? —dijo

Edmond, quitándose la gorra y estrujándola entre los dedos.

Kristen frunció el ceño, confusa.

—¿Aquí conmigo? —repitió.

Los rostros de Felda y de Edmond se tensaron al oír la respuesta y ver la expresión de extrañeza de Kristen.

—Tuvimos una fuerte discusión porque le... obligué a limpiar los establos y él no quería —se arrancó a decir Edmond. Se notaba en la angustia de su voz que se sentía culpable—. Se enfadó conmigo y dijo que se vendría con usted. Pero no creí que fuera capaz de escaparse.

A Kristen le dio un vuelco el corazón. Ya se había hecho casi de noche y

Harper era solo un niño. Recordó el miedo que había sentido ella en mitad del bosque cuando huyó la primera vez de la hacienda y un estremecimiento le recorrió de los pies a la cabeza.

—Tenemos que ir a buscarlo —dijo apresuradamente—. Es muy pequeño... No me imagino lo que tiene que estar pasando por su cabecita.

Pero enseguida se dio cuenta de que ella no disponía ya de empleados para organizar una partida como antes, y económicamente tampoco se podía permitir pagar a un par de docenas de hombres que salieran a buscarlo. Se le hizo un nudo en la garganta y se llenó de impotencia. ¿Qué podía hacer?, se

preguntó angustiada.

La imagen de Liam apareció en su mente. No se lo pensó dos veces, consciente de que él era el único que podía ayudarlos.

—Bertha, avisa a Ludwig y que prepare el coche de caballos —indicó al ama de llaves.

—Enseguida —respondió Bertha.

Kristen se acercó a Felda y la abrazó.

—No te preocupes, lo encontraremos —trató de consolarla de alguna manera, infundiéndose ánimos también a ella misma—. Lo encontraremos...

Kristen alargó la mano e hizo sonar la campanilla. La criada que abrió la puerta pareció sorprenderse ante su visita.

—¿Qué desea? —le preguntó en tono amable.

—¿Está el señor? —dijo, rezando por que Liam se encontrara en la casa.

—Sí —respondió la mujer—. Por favor, pase.

Terminó de abrir la puerta y se hizo a un lado para dejar entrar a Kristen, a quien guió después al salón.

—Espere aquí, por favor —pidió la criada—. Voy a avisar al señor Lagerfeld.

—Gracias.

La espera hasta que Liam la atendió se le antojó eterna, aunque sabía que no había transcurrido ni medio minuto.

—Kristen —dijo Liam, adentrándose en el salón a grandes zancadas—. ¿Ha ocurrido algo?

Kristen se giró cuando escuchó su voz.

—Es Harper, Liam —comenzó sin perder el tiempo—. Se enfadó con su padre y se ha escapado. Felda y Edmond han venido hasta Londres con la esperanza de que estuviera conmigo, pero... —La voz de Kristen se quebró y no pudo continuar con la explicación.

—Ya, pequeña mía, ya... —dijo Liam. Se acercó un par de pasos y la

estrechó entre sus brazos. Una sensación de calidez y seguridad invadió a Kristen.

—Tenemos que salir a buscarlo, Liam. Solo tiene ocho años... ¿Qué va a hacer un niño de ocho años solo en mitad de la noche? —dijo, sollozando contra su pecho—. Yo no tengo empleados, ni puedo pagar a una cuadrilla de hombres para que organicen la búsqueda. Yo...

Liam le cogió el rostro con las manos.

—Shhh..., tranquila —susurró—. De eso me encargo yo —apuntó con voz envolvente—. No te preocupes, encontraremos a Harper sano y salvo. Te lo prometo —dijo, mientras le enjugaba suavemente las lágrimas con los

pulgares.

—Gracias.

—No tenemos tiempo que perder.

¿Edmond está en tu casa?

—Sí.

—Avísale —indicó Liam—. Dile que venga aquí. Entre los dos organizaremos a los hombres, incluidos los de la hacienda. Rastreamos cada kilómetro que hay desde Birmingham hasta aquí.

CAPÍTULO 82

*Jamás nos hallamos
tan a merced del sufrimiento
como cuando amamos.
(Sigmund Freud)*

Kristen esperaba con Felda en su casa. Juntas habían acabado con las

existencias que Bertha tenía de té y café en la cocina, mientras las horas transcurrían parsimoniosamente por el reloj, sin tener ninguna noticia.

—Todo va a salir bien —dijo Kristen.

Tenía el corazón en vilo, pero confiaba en Liam. Había actuado de una manera resuelta y diligente y estaba convencida de que Harper aparecería sano y salvo, tal y como se lo había prometido. Su actitud segura inspiraba tanta confianza...

Kristen le contó a Felda cómo conoció al pequeño. Escondido entre los matorrales del claro de la cascada y las dos veces que la había ayudado a huir gracias a sus ingeniosas ideas.

—Es muy inteligente —apuntó Felda sin disimular el orgullo que sentía por su hijo—. Nos gustaría que estudiara. ¿A qué padres no les gusta que sus hijos estudien? —se preguntó con obviedad, mirándose las manos, ajadas de trabajar—. Pero nosotros no tenemos dinero, y necesitamos que nos ayude con las tareas del día a día.

—Ahora no cuento con una economía boyante, pero yo podría ayudaros a costear una parte, aunque sea pequeña, de sus estudios —se ofreció Kristen—. También pienso que es un niño muy inteligente y avisado. —Hizo una pausa y reflexionó durante unos instantes—. Hablaré con Liam. Estoy segura de que

no pondrá ninguna objeción en hacerse cargo de los estudios de Harper.

Felda alzó los ojos, enrojecidos por el llanto, y los fijó en Kristen. Vibraban.

—¿Haría eso, señora? —preguntó. Su expresión reflejaba una mezcla de sorpresa y agradecimiento.

Kristen asintió.

—Por supuesto —dijo—. Por Harper haría cualquier cosa que estuviera en mi mano. Gracias a él mi estancia en la hacienda fue más llevadera.

A Felda se le saltaron las lágrimas de la emoción.

—Gracias, señora —dijo. Cogió las manos de Kristen y las envolvió con las suyas—. Muchas gracias.

Al llegar al final del camino que atravesaba el espeso bosque, Liam tiró de las riendas y detuvo a su semental negro, sintiendo el aire frío dar contra su rostro. Las llamas de las antorchas oscilaban de un lado a otro.

—¿Nada? —preguntó. Los hombres que formaban la cuadrilla que lo acompañaba negaron con la cabeza al unísono, visiblemente desalentados—. ¿Y Jerry tampoco ha tenido suerte?

—No, señor Lagerfeld —respondió un hombre fuerte de espaldas anchas y rasgos vastos, que hablaba con un

marcado acento escocés—. Hemos peinado toda la zona norte y la del oeste que no tiene despeñaderos —añadió.

«Los despeñaderos...», pensó Liam para sus adentros.

La idea de que Harper pudiera haberse dirigido hacia ellos le produjo un escalofrío. Si había sido así, el desenlace iba a ser terriblemente doloroso. Solo esperaba que Edmond o alguna de las otras partidas hubiera dado finalmente con el pequeño.

—Sigamos rastreando esta zona —indicó—. No creo que le haya dado tiempo a ir mucho más allá.

—No subestime a Harper, señor —intervino uno de los hombres de la

cuadrilla. Un tipo rubio de barba descuidada, ojos azules y piel extremadamente pálida.

—Tienes razón —reconoció Liam—. Es un niño muy vivo. Puede haberse escondido en alguna carreta y estar en cualquier parte. Sam, escoge cinco hombres y peínad el este —ordenó después de unos segundos de silencio—. El resto se vendrá conmigo hacia el sur.

Espoleó los lomos de su caballo y salió galopando. Ocho hombres le siguieron a la zaga.

Una hora después, la búsqueda no

había dado tampoco ningún resultado. Tanto a Liam como a los hombres que lo acompañaban había comenzado a invadirles un sentimiento de frustración que se acentuaba a medida que pasaba el tiempo.

Liam, que encabeza la marcha, se paró y chasqueó la lengua. Giró el rostro y miró en derredor. No había ni rastro de Harper.

—Continuemos —indicó, picando espuela.

—No le puede pasar nada —dijo de pronto Felda. La expresión de su rostro

era de pura angustia.

—No le va a pasar nada —aseguró Kristen, pasándole afectuosamente el brazo por los hombros—. Tenemos que confiar en Liam. Él va a traerlo sano y salvo. Ya lo verás...

—Ojalá —apuntó Felda con los ojos bañados en lágrimas—. Me volvería loca si... —súbitamente se interrumpió. No tuvo fuerzas para terminar la frase.

—Todo va a salir bien —la animó Kristen—. Antes de que nos demos cuenta, Harper estará correteando y haciendo travesuras por ahí.

Felda asintió. Necesitaba aferrarse a cualquier atisbo de esperanza para afrontar aquello y las palabras de

Kristen resultaban un magnífico paliativo. Edmond y ella tenía tenían tanto que agradecerle.

Liam y sus hombres atravesaron los bosques de Aylesbury, la capital del condado de Buckinghamshire, al sur de Inglaterra. Al llegar a la parte más meridional, volvieron a detenerse. Las filas de árboles formaban espesos muros a su alrededor. Algunos eran centenarios y se resquebrajaban abriendo heridas en los troncos.

Liam guió a su caballo por un pequeño sendero que zigzagueaba a su

derecha. El animal pifió ligeramente.

—Shhh... —susurró Liam, acariciándole el cuello.

Giró el rostro, prestando atención a su alrededor. En el límite de su campo visual apareció una mancha blanca. Torció las riendas y condujo a su semental negro hacia el lugar donde descansaba aquella sombra que permanecía inmóvil.

Se detuvo a unos cuantos metros y aproximó la antorcha. El contorno de la silueta de Harper apenas se adivinaba en la oscuridad de la noche. Pero pudo ver que dormía acurrucado en el hueco de un árbol de tronco robusto y ancho. Respiró aliviado al tiempo que

esbozaba una tenue sonrisa.

—¿Todo bien, señor? —preguntó el hombre rubio de piel pálida cuando se acercó a él.

Liam se llevó el dedo índice a los labios y le indicó que bajara la voz mientras señalaba con la cabeza al niño. El hombre arqueó las cejas. Harper parecía un ángel, inocente e indefenso.

—Por todos los santos —masculló el hombre. La boca se abrió en una sonrisa.

Liam le entregó su antorcha y se apeó del caballo. Con cuidado cogió a Harper y lo sacó del hueco del árbol. El pequeño estaba tan profundamente dormido que no se enteró de nada.

—Menudo susto nos has dado —siseó

Liam, apartándole un mechón de pelo que le caía por la frente.

Liam dirigió una mirada al hombre rubio.

—Tratad de localizar al resto de partidas y decidles que detengan la búsqueda, que Harper ya ha aparecido —indicó.

—Sí, señor —se apresuró a responder el hombre, que se giró rápidamente y fue a informar a los demás.

CAPÍTULO 83

*Algún día todo tendrá sentido,
así que, por ahora, riete ante la
confusión,
sonríe a través de las lágrimas
y sigue recordando que todo pasa por
una razón.*

(Anónimo)

Los cascos de un caballo se escucharon en el empedrado del patio. Kristen se levantó, descorrió las cortinas y se asomó por la ventana.

—Es Liam —dijo en tono impaciente.

Felda se incorporó del sofá y corrió detrás de Kristen que, como una exhalación, fue a abrir la puerta. Cuando vio a Liam que portaba en brazos el cuerpo inerte de Harper, el corazón le dio un vuelco.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está herido?

Kristen y Felda se pusieron a su alrededor cuando Liam se detuvo en el recibidor. Las preguntas se agolpaban en sus cabezas.

—Está perfectamente —respondió Liam para tranquilizarlas.

—A Dios gracias —se oyó decir a Felda, visiblemente aliviada.

Liam y Kristen intercambiaron una mirada muda, pero llena de significado.

—Gracias —susurró Kristen con los ojos embriagados de emoción. Sonrió alentada. Instantes después Liam le devolvió la sonrisa—. Llévalo a mi habitación —indicó segundos más tarde, guiando sus pasos por la casa. Felda fue detrás de ellos.

Liam le tumbó con cuidado en la cama, para que no se despertara. Kristen se acercó al niño y le acarició la mejilla. Se inclinó y le besó la frente.

Liam se quedó un rato contemplándola.

«Sería una madre perfecta», pensó en silencio con los ojos rezumando orgullo.

Entonces se acordó del bebé que había perdido. Su hijo. Se imaginó el dolor que tendría que haber sentido Kristen y su rostro se ensombreció. La vida y él mismo habían sido tan injustos con ella...

—Mi niño... —dijo Felda, mientras se echaba sobre él y lo abrazaba sollozando.

En esos momentos Edmond entró en la habitación.

—¿Cómo está? —pregunto, ávido.

—Bien —respondió Kristen, brindándole una sonrisa afable—.

Durmiendo como un angelito.

Edmond cerró los ojos, que habían dejado de brillar de angustia.

—Gracias, señora —dijo, dirigiéndose a Kristen—. Muchas gracias. Sin usted... —Edmond se rompió.

—En realidad todo ha sido gracias a Liam —reconoció Kristen, mirando a Liam de reajo con un matiz de complicidad—. Él ha sido quien lo ha buscado y quien lo ha encontrado.

—Tiene razón, señora. —Edmond se giró y miró a Liam. Los ojos se advertían vidriosos bajo la tenue luz anaranjada que emitían las lámparas—. Muchas gracias, señor Lagerfeld.

Muchas gracias a los dos por lo que han hecho por Harper, y por Felda y por mí. Les estaremos eternamente agradecidos.

—No hay nada que agradecer —se apresuró a decir Liam—. En mi caso era mi deber ayudarlos. Por humanidad y por solidaridad.

—Sea como sea gracias —repitió Edmond.

—Edmond... —lo solicitó Felda.

Edmond se acercó, abrazó a su mujer y después dio un afectuoso beso a Harper, que seguía dormido plácidamente como un bebé.

Kristen apartó los ojos de la escena que estaban protagonizando Edmond, Felda y Harper y miró a Liam bajo el

abanico negro que formaban sus largas y espesas pestañas. Liam le sonrió y el corazón de Kristen se derritió por dentro.

—¿Te apetece un café? —preguntó con voz suave—. Tienes que estar cansado.

Liam asintió en silencio.

—Vamos a la cocina.

Ambos salieron de la habitación y dejaron a Felda y a Edmond solos con su pequeño.

—Sí que hay mucho que agradecerte, Liam —dijo Kristen mientras se acercaba al estante y cogía el tarro de café—. Sin tu resolución, sin tus hombres, sin tu diligencia a la hora de

actuar, Harper no hubiera aparecido y a saber lo qué le hubiera sucedido.

Kristen tenía las emociones a flor de piel. Aquella situación la había llevado al límite.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo que yo —respondió Liam con humildad.

—Puede que sí, pero en este caso lo has hecho tú y eso es lo importante — insistió Kristen, que se sentía tremendamente orgullosa de él y de la manera en qué había resuelto las cosas.

Guiada por un incontrolable impulso y sin pararse a pensar en todo lo que había sucedido en el pasado, se lanzó a él y lo abrazó con fuerza. De pronto, necesitaba sentir el calor de los brazos de Liam

rodeándola. El rostro de Liam reflejó una agradable sorpresa. No esperaba que Kristen reaccionara de esa inesperada manera. Mientras sus brazos la estrechaban contra su pecho se sintió el hombre más feliz del mundo. Le reconfortaba tanto su contacto y el olor a rosa mosqueta de su piel.

Se separó unos centímetros, apoyó su frente en la de Kristen y se quedó así un rato, pegado a ella, intercambiando el calor de los alientos y los suspiros.

—Kristen, yo... —comenzó a decir—. Siento tanto lo que te he hecho. He sido tan injusto contigo, tan cruel...

—Shhh... —susurró Kristen, posando suavemente su dedo índice sobre los

labios perfectos de Liam—. No quiero hablar de nada eso Liam, no quiero que nada de eso nos siga separando —confesó—. Ya no.

—Yo tampoco.

—Durante todos estos meses he intentado olvidarte, pero no he podido —dijo Kristen—. Estás clavado en mi corazón a fuego.

—Yo tampoco he podido —reveló Liam con voz envolvente, atrayendo a Kristen hacia él. Necesitaba sentir todo su cuerpo pegado al suyo; vibrar—. Solo que yo no lo he intentado —añadió—. No quiero privarme de tu recuerdo. No quiero olvidarme de ti jamás. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida...

Liam atrapó la boca de Kristen con la suya y la besó con una ternura infinita. Kristen rodeó el cuello con sus manos y lo empujó para sí.

—¡Te amo, te amo, te amo, te amo, te amo, te amo, te amo! —exclamó Liam, cogiéndola por la cintura y dando vueltas con ella.

—Liam... —dijo Kristen entre risas—. Vas a conseguir que me maree.

Liam paró y volvió a besarla. Bertha carraspeó en la puerta de la cocina, interrumpiendo su juego de enamorados.

—Perdón —se disculpó, tratando de ocultar la leve sonrisa que esbozaban sus labios—. Harper se ha despertado y está dispuesto a comerse una vaca entera

—dijo.

Kristen y Liam se echaron a reír.

—Nana, llévale todo lo que quiera —
indicó Kristen—, y hazle una taza de
chocolate. Cuando estuve en la hacienda
le hablé del que tú me preparabas
siendo una niña y estoy segura de que se
va a chupar los dedos.

—Muy bien —dijo Bertha, encantada.

CAPÍTULO 84

*De nadie seré, solo de ti.
Hasta que mis huesos se
vuelvan cenizas, y mi
corazón deje de latir.
(Pablo Neruda)*

—¡Kristen! —dijo Harper con una

sonrisa de oreja a oreja y los expresivos ojos iluminados por la alegría cuando la vio entrar en la habitación—. Mira, Bertha me ha hecho una enorme taza de chocolate.

—¿Y te gusta? —preguntó Kristen. Aunque a juzgar por los berretes que tenía alrededor de la boca supo que sí.

Harper afirmó con la cabeza mientras mordía un trozo de pan.

—Es el mejor chocolate del mundo —respondió con la boca llena.

Kristen se sentó en la cama. Al otro lado estaban Felda y Edmond.

—Nos has dado un susto de muerte, cielo —comentó, revolviéndole los mechones de pelo con la mano.

—Lo siento —se disculpó Harper. Hablaba apenado—. Mis papás me han contado todo. —Levantó los ojos y miró a Liam—. Gracias, señor Lagerfeld —dijo.

—Tienes que prometernos que no vas a volver a escaparte —apuntó Liam serio, aunque en su voz no había ninguna nota de enfado ni de reproche—. Hemos estado todos muy preocupados por ti.

—Lo sé y lo siento mucho, de verdad —dijo Harper, bajando la cabeza avergonzado—. No volveré a escaparme. Lo prometo.

—Además, ahora vas a poder ir a la escuela y aprender todo lo que quieras —anunció Liam.

Harper abrió los ojos de par en par, asombrado.

—¿En serio? —preguntó incrédulo.

—Sí —afirmó Kristen—. Liam se va a encargar de pagar tus estudios.

—Papá, mamá, ¿habéis oído eso? —dijo Harper. Estaba entusiasmado—. Voy a ir a la escuela y un día podré escribir mis propias historias de dragones y héroes.

Felda y Edmond asintieron con una amplia sonrisa en los labios. La felicidad de Harper era contagiosa.

—Gracias, señor Lagerfeld —dijo el niño. Se levantó de la cama de un salto, corrió hasta Liam y le dio un fuerte abrazo—. Gracias, gracias, gracias —

continuó diciendo.

Liam le alborotó el pelo.

—Al fin solos, señora Lagerfeld —
dijo Liam.

Kristen se ruborizó ligeramente cuando atisbó en su tono de voz una picardía que no trataba de disimular de ninguna forma. El espectro del deseo llevaba ya un rato haciendo de las suyas en ellos y ahora que Felda, Edmond y Harper habían vuelto a Birmingham y se habían quedado solos en la casa, lo mejor era darle rienda suelta.

—¿Solos para qué, señor Lagerfeld?

—preguntó Kristen, siguiéndole el juego mientras se enroscaba un mechón de pelo en el dedo.

—¿No lo adivina, señora Lagerfeld?

—dijo Liam a su vez, poniendo un claro viso de lujuria en la voz.

Kristen hizo un mohín con los labios y negó con la cabeza fingiendo ingenuidad. Liam dio un par de pasos hacia adelante y se acercó a ella con mirada felina. A Kristen se le aceleró el pulso.

—Entonces no me va a quedar más remedio que mostrarle por qué quiero estar a solas con usted —señaló. Kristen dibujó media sonrisa en su rostro.

Liam la tomó en brazos y se dirigió

escaleras arriba. Sus intensos ojos verdes ardían de deseo. Kristen enterró la cara en el hueco de su cuello y comenzó a besarlo.

—La he echado de menos, señora Lagerfeld —comentó Liam. Los besos de Kristen estaban provocando que todo su ser se licuara en su interior.

—Y yo a usted, señor Lagerfeld —susurró Kristen.

Liam abrió la puerta de la habitación, atravesó la estancia, sumida en la vaporosa claridad plateada de la luz de la luna, y dejó a Kristen sobre la cama. Durante unos segundos fijó la mirada en sus preciosos ojos azules.

—Nunca dejes de quererme, Kristen

—le pidió.

—Nunca lo haré —respondió ella—. Sería como arrancarme la mitad del corazón.

Liam sonrió. Se inclinó y comenzó a besarla.

—Esta noche voy a devolverte todos los besos, todas caricias y todos los abrazos que no te he dado durante este tiempo —dijo.

—¿No cree que van a ser muchos, señor Lagerfeld? —preguntó Kristen en tono travieso.

—Para mí nunca serán muchos —aseveró Liam mientras le subía la falda del vestido. Kristen sintió que una ráfaga de calor recorría su cuerpo.

Seguidamente le separó las piernas con manos de ángel, se puso encima de ella y se hundió con urgencia en sus entrañas. Su erección se había vuelto exigente. Kristen gimió en su boca cuando Liam la embistió profundamente.

Liam comenzó a moverse en su interior. Primero de una manera suave. Después, a medida que Kristen se fue acostumbrando a él, aumentó el ritmo, hasta que ambos se entregaron a una pasión desenfrenada.

Antes de culminar y sin dejar que Liam saliera de ella, Kristen lo empujó, rodó media vuelta y se colocó a horcajadas encima de él. En los labios de Liam apareció una sonrisa sesgada.

Le gustaba que Kristen venciera la timidez y se atreviera a hacer cosas como la que acababa de hacer. Le gustaba y le excitaba.

Su precioso cuerpo meciéndose sobre su miembro duro y enhiesto era una panorámica espectacular que apenas le permitía pestañear. Los pechos turgentes se movían de arriba abajo con una cadencia que iba a volverlo loco, mientras la larga melena azabache le caía en cascada por la espalda. Liam alargó los brazos y le pellizcó los pezones con el índice y el pulgar. Kristen lanzó al aire un suspiro de placer.

Las manos de Liam se deslizaron

sigilosamente por su cintura hasta coger sus caderas. Enseguida se puso a ayudarla con sus movimientos.

—Mi pequeña... —murmuró con la voz colmada de deseo.

—Mi ángel de la guarda —dijo Kristen entre jadeos.

Un minuto después, los músculos de sus cuerpos se tensaron como las cuerdas de un violín recién afinado y ambos estallaron en un intensísimo orgasmo que los dejó sin aliento.

Kristen se tumbó sobre Liam y apoyó su cabeza sobre su pecho, tratando de que su respiración se normalizara. Liam se inclinó y le besó la cabeza al mismo tiempo que pasaba la mano derecha por

su espalda y la apretaba contra él.

A lo largo de aquella interminable noche de pasión hicieron el amor unas cuantas veces más. Ninguno de los dos parecía saciarse del otro. El deseo daba paso a más deseo en una espiral que no terminaba nunca.

Cuando la luz del sol comenzó a entrar por la ventana, Kristen abrió los ojos. El cuerpo fuerte de Liam estaba pegado al suyo y los brazos la rodeaban en un gesto protector. La sensación era maravillosa. Se apoyó ligeramente en un codo y contempló su rostro durante un

rato. Era tan apuesto... La había vuelto loca desde el día que lo vio en la fiesta del senador McLean. Ya no importaba nada de lo que había pasado; ni el dolor, ni el sufrimiento, ni el odio, ni la venganza... El amor que sentían el uno por el otro podía con cualquier obstáculo, tal y como le había dicho Bertha. No había muchas más explicaciones; el amor era así.

Acercó sus labios a los de Liam y lo besó con ternura. El contacto hizo que él se despertara. Abrió los ojos y cuando vio el rostro de Kristen a escasos centímetros del suyo dijo:

—Una de las cosas más maravillosas del mundo es despertarse con un beso

tuyo.

—Para mí, una de las cosas más maravillosas del mundo es despertarme rodeada por tus brazos —apuntó Kristen.

Liam le cogió la mano y la puso encima de su corazón.

—¿Sientes cómo late? —le preguntó con dulzura.

—Sí —respondió Kristen—. Late muy rápido. Parece que va a desbocarse.

—Late así de deprisa por ti —aseguró Liam.

Kristen sonrió, recordando que esas mismas palabras se las había dicho ella a Liam la última vez que habían estado juntos. Con aquella maravillosa

sensación invadiendo cada célula de su cuerpo, volvió a tenderse sobre su pecho. Se aferró fuerte a él, como si en cualquier momento pudiera desaparecer, o irse.

—Me da tanto miedo perderte... Volver a lo antes... —comentó angustiada, poniendo voz a los pensamientos que viraban por su cabeza.

—Ya no busco venganza, Kristen. No es mi objetivo a cumplir. Ya no —le aseguró Liam, totalmente convencido de lo que decía—. Lo único que quiero es que me perdones y ser merecedor de tu amor.

—Yo ya te he perdonado, Liam. Mi corazón no alberga ningún resentimiento

hacia ti. Ninguno. El amor es mucho más fuerte, más grande. Él se ha encargado de borrar todo el sufrimiento, todo el dolor.

Liam tiró de ella y la estrechó con más fuerza entre sus brazos.

—Te debo tanto... —afirmó.

—Liam...

—¿Sí?

—¿Sigues teniendo pesadillas?

Liam sonrió.

—Hoy es la primera noche en casi quince años que he logrado deshacerme de ellas.

—¿En serio? —preguntó Kristen.

—Nunca he hablado tan en serio en mi vida —aseveró Liam.

Hablaba en serio, sí, muy en serio, y le parecía mentira haber logrado deshacerse de ellas, de los terribles demonios que lo asediaban y de la telaraña oscura que tejían en su mente, cegándolo y ensordeciéndolo cada día más. Se sentía como si fuera capaz de respirar sin tener los pulmones encharcados de agua. Esa era la sensación. Tan maravillosa y fascinante como novedosa.

—Me alegro mucho, mucho —dijo Kristen.

De pronto, una idea asomó en la cabeza de Liam.

—Vístete —le pidió a Kristen—. Tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo? —repitió Kristen,
extrañada.

—Sí, un regalo. ¡Vamos! —la animó
Liam.

CAPÍTULO 85

*Al final solo se tiene
lo que se ha dado...*

(Inés del alma mía -Isabel Allende)

—No mires —dijo Liam, al ver que Kristen trataba de echar un vistazo fugaz por la ventanilla del carruaje.

—¿No me vas a dar una pista de adónde vamos? —preguntó Kristen con impaciencia en la voz.

Liam negó tajante con la cabeza.

—No.

—¿Ni una sola? —insistió Kristen, juguetona.

—No.

Suspiró resignada, al mismo tiempo que la berlina giraba por una calle y por otra sin que ella supiera hacia donde se dirigían. Unos minutos después se detuvieron.

—¿Hemos llegado ya? —quiso saber. Los ojos le brillaban de emoción.

—Sí —respondió Liam—. Pero aún no puedes mirar.

La ayudó a bajar y le tapó los ojos con la mano mientras la guiaba por un sendero de gravilla.

—Párate aquí —le indicó. Kristen se quedó quieta—. Ya puedes mirar —dijo Liam, destapando sus ojos.

A Kristen le dio un vuelco el corazón cuando el contorno de la mansión que había pertenecido a su familia apareció ante ella.

—Liam... —murmuró en un hilo de VOZ.

—Es para ti —aseguró Liam.

—No la vendiste —comentó Kristen con los ojos bañados de lágrimas.

—No.

—Pensé que... Bueno, que por

vengarte la venderías, que no querías tenerla por haber pertenecido a los Lancashire y a mi padre.

—No la he vendido porque es tuya, pequeña.

Kristen se abalanzó sobre Liam y lo abrazó.

—Gracias —dijo entusiasmada

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas formando surcos sobre su piel acaramelada.

—¿Por qué no entramos? —sugirió Liam, enjugándole los ojos.

—¿Quieres? —preguntó Kristen reticente, por si eso suponía un mal recuerdo para Liam. Sin embargo él afirmó con un ademán de la cabeza sin

pensárselo dos veces.

Buscó la mano de Kristen, se la cogió y juntos ascendieron la escalinata de piedra.

Kristen sintió un escalofrío cuando entró. Olía a cerrado, a vacío y a madera vieja. Los muebles victorianos languidecían intactos entre tupidas capas de polvo y no quedaba nada de la vida que sus pasillos y sus estancias de lujo habían tenido en otros tiempos.

Se soltó de la mano de Liam, se dirigió a la escalera que ascendía al segundo piso y miró hacia arriba, como si esperase que alguien fuera a bajar. Liam la siguió atentamente con la mirada.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Kristen se giró hacia él y sonrió.

—Sí, estoy bien.

Un recuerdo que permanecía almacenado en el fondo de la cabeza de Liam emergió de pronto en ella, como un trozo de corcho al que se le ha quitado el contrapeso que lo retenía en la profundidad de un lago. Su mente viajó quince años atrás, justo al día en que su padre y él habían estado en aquella casa.

El rostro risueño y dulce de Kristen se mezcló con el de la niña morena de grandes e intensos ojos azules que estaba agarrada a la mano de su madre y que lo sonrió al pie de la escalera cuando salían del despacho de Gilliam.

—Dios mío... —susurró Liam.

—¿Ocurre algo? —sondeó Kristen.

Liam levantó la vista hacia ella.

—Eras tú... —respondió Liam, como ausente—. Tu pelo negro, tus preciosos ojos azules, tu cálida sonrisa...

—¿De qué hablas Liam? —Kristen no entendía nada.

Liam sonrió ligeramente, perplejo.

—La noche que mi padre vino aquí para pedirle al tuyo que le diera unos meses más de plazo para pagarle el préstamo, tú y yo nos encontramos a la salida del despacho de tu padre.

Kristen hizo memoria. De repente, sus ojos se iluminaron como si acabara de recibir una suerte de inspiración divina.

—Ahora lo recuerdo —dijo—. Ibas agarrado a la mano de tu padre.

—Y tú estabas dándole la mano a tu madre al pie de la escalera, justo donde estás ahora. —Los dos se transportaron a aquel día—. Tu sonrisa fue tan cálida en esos momentos, tan tierna... —continuó Liam—. Tan reconfortante...

—Ahora entiendo por qué tus ojos me eran vagamente familiares cuando te vi por primera vez en la fiesta del senador MacLean —apuntó Kristen—. Es porque los había visto antes. Aquí mismo, cuando no eramos más que unos niños.

—Quise devolverte la sonrisa —dijo Liam—, pero mi padre tiró de mí y no me dio tiempo.

Los recuerdos comenzaron a llegar en torrente a la memoria de Kristen.

—Me acuerdo que tu padre estaba pálido y tenía la cara desencajada cuando salió del despacho. —A Kristen le parecía estar viéndolo en esos momentos—. Me pregunté qué le ocurría, porque nunca había visto a nadie así. Cuando os fuisteis, le pregunté a mi madre, pero solo me respondió que eran cosas de adultos. Después mi padre y ella tuvieron una discusión muy fuerte. Ahora sé por qué, y también por qué mi padre odiaba al tuyo.

Liam frunció el ceño, expectante, y esperó que Kristen siguiera hablando.

»Mi padre estaba enamorado de tu

madre, o lo estuvo... —explicó. Se recogió el vestido y se sentó en los peldaños de la escalera—. Pero tu madre lo rechazó. Se casó con tu padre y eso fue algo que el mío no perdonó jamás. De ahí su animadversión...

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Liam, que en esos momentos no salía de su asombro.

—Me lo contó Emilia, el ama de llaves de Anabella —respondió Kristen—. Según parece, una amiga de su infancia fue criada en casa de los Lawrence, tus abuelos, cuando mi padre cortejaba a tu madre.

Liam arqueó las cejas, incrédulo.

—Claro —dijo una sonrisa agrídulce

en los labios—. Por eso mi padre, en una acto de desesperación, le preguntó al tuyo que si lo haría por Myriam, mi madre.

—¿Y qué respondió mi padre? — Kristen sentía una profunda curiosidad por toda aquella historia.

Liam hizo memoria.

—Algo así como que él no tenía por qué hacerlo por ella, que había sido mi padre el que no había sabido darle la vida que se merecía —respondió—. Yo era muy pequeño y no entendí aquella conversación, pero ahora todo encaja a la perfección.

—Sí, todo encaja demasiado bien — apuntó Kristen.

Liam se sentó a su lado.

—No podemos ni debemos dejar que lo que hicieron nuestros padres nos afecte. Fue su vida, no la nuestra; sus pecados, no los nuestros. Es lo que me has dicho tú siempre —dijo Liam—. Ha sido suficiente con el daño que yo te he hecho a ti como para dejar que siga interfiriendo en nuestro amor.

Kristen giró el rostro y lo miró.

—Tienes razón —dijo—. La venganza nos unió y la venganza casi nos destruye.

—Por eso tenemos que tratar de mantener al margen lo que han hecho nuestras familias en el pasado. Solo somos responsables de nuestros actos, no de lo que hacen los demás.

Kristen esbozó una sonrisa.

—Una decena de generaciones de Lagerfeld y de Lancashire tienen que estar revolviéndose en su tumba — bromeó—. Dos de sus miembros enamorados.

—O quizá están felices —dijo Liam—. Ya es tiempo de poner fin a la guerra que siempre ha habido entre nuestras familias.

Levantó suavemente la barbilla de Kristen y se fundió con ella en un beso.

—Te quiero —confesó—. Te quiero como nunca he querido a nadie.

—Yo también te quiero —dijo Kristen, abrazándolo.

CAPÍTULO 86

*Al verdadero amor no se le conoce
por lo que exige,
sino por lo que ofrece.
(Jacinto Benavente)*

Liam contemplaba a Kristen con ojos embelesados mientras bajaba la

majestuosa escalera de balaustrada dorada de la mansión Lancashire, donde vivían ahora.

—Ya podemos irnos —dijo Kristen.

—Estás preciosa —le susurró Liam al oído, ofreciéndole su mejor sonrisa.

—Muchas gracias —dijo Kristen, visiblemente halagada.

Liam le tendió su brazo y Kristen se cogió a él.

—Vas a ser la dama de honor más hermosa de todas —apuntó Liam sin disimular lo orgulloso que se sentía—. Vas a eclipsar a la mismísima novia.

Kristen se echó a reír.

—No creo que a Anabella le haga mucha gracia eso —comentó—. Ella

tiene que ser hoy la protagonista absoluta. Al fin y al cabo, es su boda.

En esos momentos fue Liam quien rio.

—¡Dios mío, estás bellísima! —le dijo Kristen a Anabella después de la ceremonia—. Te ves radiante.

—Estoy feliz —respondió Anabella con ojos brillantes.

—Me alegro mucho por ti —apuntó Kristen, dándole un fuerte y afectuoso abrazo—. Bryan es muy afortunado.

—No más que Liam —dijo Anabella—. Es maravilloso que finalmente os reconciliarais. Estáis hechos el uno para

el otro.

Kristen sonrió. De pronto, su rostro se llenó de sorpresa cuando vio a Kamelia muy acaramelada agarrada del brazo de Tommy.

—¿Qué hace Tommy con... Kamelia?
—preguntó asombrada.

—Están juntos —respondió Anabella.

—¿Y por qué yo no me he enterado?

—Porque estabas muy ocupada pensando en Liam —dijo Anabella en tono mordaz—. Según me ha contado Tommy, se conocieron en la hacienda y bueno... el resto lo ha hecho el amor.

—¿El amor? —repitió Kristen—. Tommy no tiene dinero ni posición y a Kamelia es lo que le gusta.

—Pues ahora no está entre sus prioridades, te lo aseguro —aseveró Anabella—. He visto como se comporta con Tommy y realmente está enamorada de él. Lo mima, lo cuida y lo atiende como si le fuera la vida en ello, y él a ella igual.

—Si es así, entonces me alegro mucho por los dos. Se lo merecen

En esos momentos, las miradas de Tommy y de Kristen se encontraron por encima de hombro de Anabella. Kristen le sonrió. Tras unos segundos, él le devolvió la sonrisa.

Cuando vio que Tommy y Kamelia se dirigían hacia ella. Kristen se apartó unos pasos de Anabella y fue a su

encuentro.

—Enhorabuena —les dijo—. Anabella ya me ha contado... Me alegro mucho.

—Gracias —respondió Tommy.

Kristen miró a Kamelia.

—Espero que seáis muy felices, de todo corazón.

—Gracias. —Fue la criada quien habló en esa ocasión y lo hizo entusiasmada.

Kristen se disponía a irse, pero Kamelia la llamó.

—Kristen...

—¿Sí? —dijo ella, dándose la vuelta de nuevo.

—Quiero... pedirte perdón —soltó de

improvisado delante de Tommy—. Sé que mi comportamiento no te facilitó la vida en la hacienda. Lo siento... Lo siento mucho. —Su voz sonaba sincera y algo avergonzada.

—Por mi parte está olvidado —dijo Kristen, ofreciéndole una sonrisa.

—Gracias. —Kamelia le devolvió el gesto.

Kristen miró a Tommy. También sonreía. Ver feliz a su amigo —y si lo era al lado de Kamelia—, para ella era más que suficiente.

—Felicidades —le dijo Liam a

Bryan.

—Gracias, amigo.

Liam abrió los brazos y estrechó a Bryan en un afectuoso abrazo.

—¿Cómo estás? —preguntó cuando se soltaron.

—Feliz —dijo Bryan. La expresión de su rostro se veía radiante—. Anabella es absolutamente todo lo que quiero. No hay otra mujer como ella. Aunque, que te voy a decir a ti... Sabes de lo que hablo, ¿verdad?

—Perfectamente —respondió Liam, sonriente—. Estoy enamorado de Kristen como un loco.

Bryan rio.

—Me alegro de que por fin hayas

encontrado la felicidad, Liam —dijo. Su voz se había tornado seria—. Te lo mereces más que nadie, por todo lo que has sufrido.

—Gracias, Bryan. —Liam le dio una palmadita en la espalda—. Cuida de Anabella y no la dejes escapar —le aconsejó.

—Lo haré. —Bryan hizo una pequeña pausa—. Cuando tú te separaste de Kristen me pregunté que haría yo sin Anabella... Entonces me di cuenta de cuánto la quiero y de que por nada del mundo desearía perderla.

—Escarmentaste en cabeza ajena —dijo Liam esbozando una ligera sonrisa.

—Se podría decir que sí —respondió

Bryan—. Aunque el refrán dice todo lo contrario.

—Tenemos que cuidar de nuestras pequeñas —afirmó Liam—. Hay que reconocer que son mejores que nosotros.

—Tienes toda la razón —concluyó Bryan.

Kristen se giró y advirtió que Liam la estaba mirando apoyado en la pared del fondo. Cuando lo alcanzó, buscó su mano y se la cogió.

—Ven —le dijo con voz suave—. Tengo que contarte una cosa.

Liam la siguió hasta el jardín con

expresión de intriga.

—¿Sucedo algo, pequeña? — preguntó.

Kristen lo miró fijamente a los ojos y respiró hondo.

—Puede... —comenzó a decir—. Creo que estoy embarazada —dijo.

El rostro de Liam se iluminó súbitamente.

—¡Pero es maravilloso! —exclamó—. ¡Maravilloso!

—Llevo unos días de retraso en el periodo y soy muy regular, por eso creo que...

Liam la cogió por la cintura sin apenas dejarle terminar y empezó a darle vueltas, embriagado por la

emoción y la dicha que le había producido la noticia.

—Perdona —dijo de pronto, deteniéndose en seco—. Tanta vuelta no debe de ser bueno... Lo siento. —En esos momentos miró a Kristen como si estuviera a punto de romperse. Le parecía más frágil y vulnerable que nunca—. ¿Quieres sentarte? —preguntó impaciente. De pronto no sabía qué hacer—. ¿Estás cansada? ¿Quieres que nos vayamos a casa?

—Liam, estoy bien —dijo Kristen sin poder contener la risa.

—Pero... ¿bien de bien? —quiso asegurarse Liam.

—Bien de bien —afirmó Kristen con

voz tranquila.

—Dios mío... Un hijo... —dijo Liam, pasándose la mano por la cabeza—. Un hijo. —Levantó la vista, se acercó a Kristen y la estrechó entre sus brazos—. Soy el hombre más feliz del mundo —susurró—, y todo es gracias a ti.

EPÍLOGO

*El amor no tiene cura,
pero es la cura para todos los males.
(Leonard Cohen)*

Se oyó un murmullo, seguido del chasquido de un azote y de un débil sollozo. Liam abrió la puerta de golpe y

entró en la habitación, llevado por la impaciencia.

—Es un niño —anunció la matrona.

Liam se adelantó unos pasos y lo miró.

—Un niño... —susurró.

Era pequeño y rollizo y su cabecita estaba coronada por una ligera mata de cabello negro. La matrona lo limpió, lo envolvió en una mantita y se lo puso a Liam en el hueco de los brazos.

—Bendita seas —dijo Liam, acercando el bebé a Kristen, que yacía exhausta y sudorosa en la cama—. Es el niño más hermoso del mundo.

Kristen alzó las manos y lo cogió con sumo cuidado.

—Dios mío. Es tan pequeño... —
murmuró mientras sonreía
cariñosamente.

—Es igual que tú. ¿Lo ves? —afirmó
Liam, henchido de orgullo—. Tiene tu
mismo pelo negro azabache, tu misma
nariz, tu misma boca...

Kristen acarició la mejilla del bebé
con los dedos.

—¿Quieres que lo llamemos Bernard?
—le preguntó a Liam.

Liam abrió los ojos de par en par,
gratamente sorprendido. ¿Qué si quería?
Para él era un orgullo que su hijo se
llamara como su padre.

—Bernard Lagerfeld Lancashire —
pronunció—. Suena bien. Muy bien...

Miró a Kristen y le sonrió. Pensaba que ya no podía ser más feliz de lo que lo era desde que se había reconciliado con ella. Pero sí, todavía podía serlo un poco más.

—Gracias —dijo con lágrimas en los ojos. Se acercó y le dio un beso en la boca.